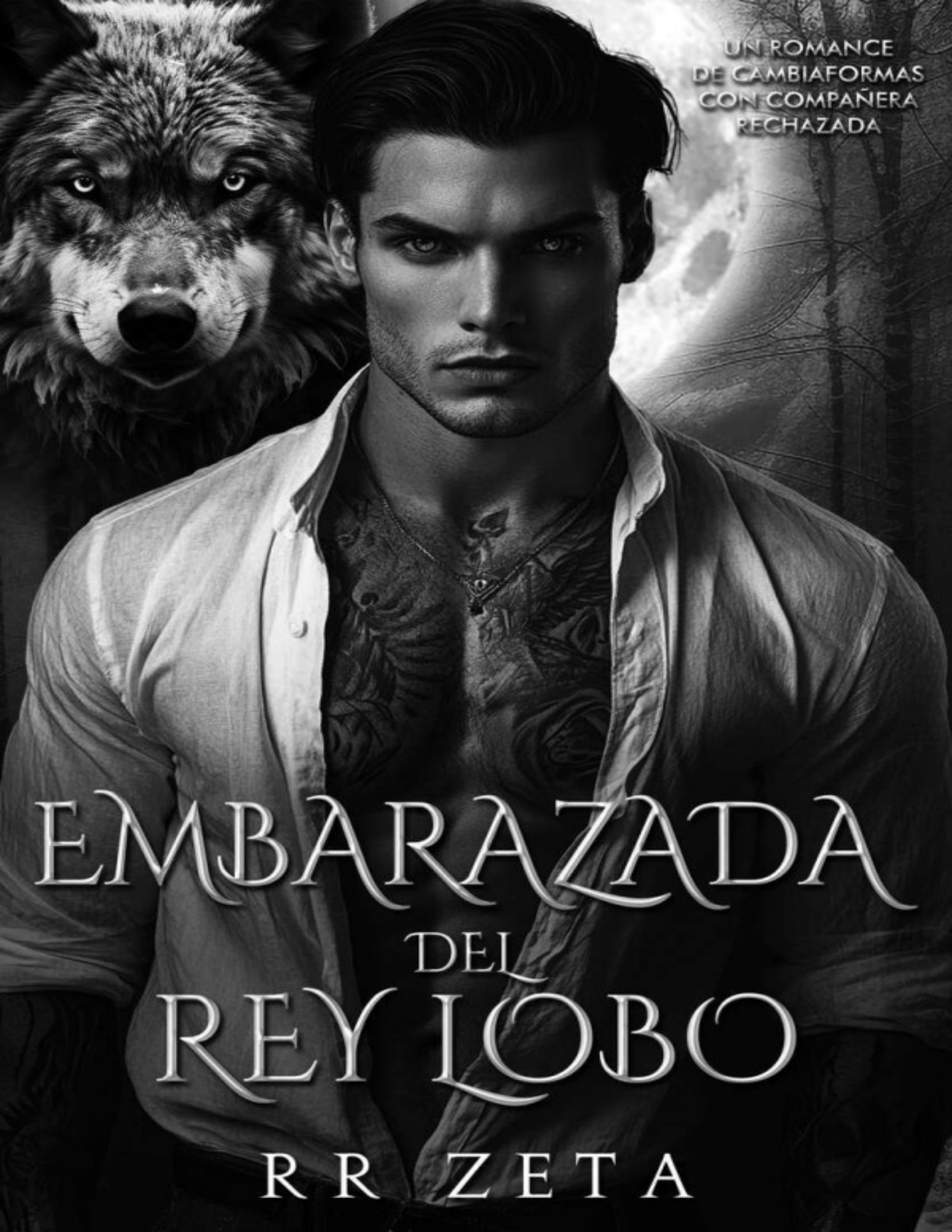

UN ROMANCE
DE CAMBIAFORMAS
CON COMPAÑERA
RECHAZADA
EMBARAZADA
DEL
REY LOBO
RR ZETA

Embarazada del rey lobo

Un romance de cambiaformas con compañera rechazada

RR Zeta

Copyright © 2025 por RR Zeta

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, incluidos el fotocopiado, la grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos reales.

Boletín

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.

Índice

Embarazada del rey lobo
Advertencia sobre el contenido
1. Nova
2. Nova
3. Nova
4. Nova
5. Atlas
6. Nova
7. Atlas
8. Nova
9. Atlas
10. Atlas
11. Atlas
12. Nova
13. Nova

14. Nova
15. Nova
16. Nova
17. Nova
18. Nova
19. Nova
20. Nova
21. Nova
22. Nova
23. Atlas
24. Nova
25. Nova
26. Atlas
27. Atlas
28. Nova
29. Atlas
30. Nova
31. Nova
32. Nova
33. Nova
34. Nova
35. Nova
36. Nova
37. Atlas
38. Nova
39. Atlas
40. Atlas

41. Nova
42. Nova
43. Atlas
44. Atlas
45. Nova
46. Nova
47. Atlas
48. Nova
49. Nova
50. Nova
51. Nova
52. Nova
53. Nova
54. Nova
55. Nova
56. Nova
57. Nova
58. Nova
59. Nova
60. Atlas
61. Nova
62. Nova
63. Atlas
64. Nova
65. Nova
66. Nova
67. Nova

68. Nova
69. Nova
70. Atlas
71. Nova
72. Atlas
73. Nova
74. Nova
75. Atlas
76. Nova
77. Nova
78. Nova
79. Nova
Epílogo

Embarazada del rey lobo

Me quedé embarazada del Rey Lobo.
Y luego tuve que rechazarlo.
Ahora estoy huyendo.

El rey no deja de perseguirme.
Puede que sea porque el bebé de mi vientre es suyo.
Pero también podría ser porque es mi compañero predestinado y lo he rechazado.

Nadie había visto al Rey Lobo por mucho tiempo, no desde que fue coronado.
Érase una vez..., esto no era más que un cuento de miedo.
Hasta que apareció en el rito de apareamiento y reclamó a la omega maldita como suya: a mí.

Sólo que no soy una loba ordinaria. Soy algo completamente distinto.
Y tengo un secreto mortal.

Correr es la única manera de mantener a mi compañero a salvo.
Porque la verdad es que... alguien viene a por mí.

La Ciudad de los Cambiaformas ha sido segura durante mucho tiempo. Cada especie de cambiaformas fue enviada aquí para habitar este mundo.
Era el propósito de los dioses.
Pero ya no.

Ahora, después de todo este tiempo, hemos descubierto que no estamos solos en este extraño mundo de fuego.
Tenemos compañía.

Advertencia sobre el contenido

Esta historia está destinada a lectores mayores de 18 años y contiene temas que pueden resultar delicados para algunos. Contiene lenguaje explícito y escenas de sexo.

Desencadenantes: sangre; violencia; encarcelamiento; poner en peligro a los niños.

1

—•—

Nova

El alfa más sexy que he visto en Ciudad Cambiaformas se abre paso entre la multitud de cambiaformas que intentan colarse por el estrecho puente de piedra que lleva a los terrenos reales. Me fijo en él de inmediato, incluso en mi forma de loba.

Y por todos los Dioses, es enorme.

¿Hace calor aquí o soy yo?

¿A quién quiero engañar? Siempre hace calor en Ciudad Cambiaformas. Este lugar solo tiene una estación: el verano. Pero el último día del año es siempre el más caluroso.

La noche ha caído, pero en este día, los dos soles que azotan este mundo siguen brillando en lo alto, junto a las cinco lunas, luchando por su espacio en el cielo iluminado por las estrellas. La luz plateada de las lunas y el naranja ardiente de los soles tiñen toda la atmósfera de colores etéreos y luminosos. Hace que el rojo de la arena bajo nuestros pies sea aún más brillante.

Esta noche es el rito sagrado de apareamiento, la noche en la que todos los cambiaformas elegibles acuden para participar en la magia del rito y encontrar a su otra mitad perfecta.

Se celebra cada año en la sede del poder que se encuentra en el centro de Ciudad Cambiaformas. La torre de cristal del rey es como un misil que sobresale en medio de la ciudad, más alta que cualquier otro edificio. De sus cuatro lados, sobresalen puentes de piedra que conectan la propiedad del rey con el resto de la ciudad.

La torre de cristal se convirtió en el hogar del rey cuando fue coronado como rey alfa, pero en realidad es un lugar histórico y abierto a todos los cambiaformas. La mayoría de los eventos ocurren aquí.

Mi familia y yo logramos cruzar el puente, y él sigue observándome, sigue apuntándome como un cohete.

Los intensos ojos rojos del alfa miran con desdén a la mayoría de los cambiaformas y luego se fijan en mí una y otra vez como un blanco fijo. Es el único de la multitud que parece venir del interior de la torre del rey.

Hay tantos cadáveres esta noche que le está llevando algún tiempo pasar por ellos, pero ¿por qué parece que se dirige directamente hacia mí?

Es completa e innegablemente guapo. Cuando los otros cambiaformas lo ven, se apartan de su camino.

Pero son demasiados, y la multitud se lo traga. Esta noche, todos los cambiaformas de la ciudad están fuera.

Hay algunas sacerdotisas y videntes para dar seriedad al rito, pero en realidad es una batalla campal.

Esta noche podría pasar cualquier cosa.

Es probable que las sacerdotisas y las videntes ya hayan terminado de rezar a los dioses y diosas y estén empezando a despedirse.

No quieren estar aquí para el desenfreno que sin duda se va a desatar esta noche.

A la luz de la luna, Ciudad Plateada está llena de caos.

Ciudad Plateada es la capital de Ciudad Cambiaformas, y está enclavada a la sombra de tres volcanes inactivos. También es donde está la torre de cristal del rey.

Mamá me empuja hacia una de las entradas laterales, evitando el gigantesco arco que hace las veces de entrada principal.

Todas las omegas hemos tenido problemas para cambiar de forma desde que llegamos a este mundo, traídas por dioses que nos ordenaron reclamarlo para ellos y los cambiaformas. Mi designación me impide transformarme en loba en este momento, así que ni siquiera puedo hablarle a mi madre sobre el alfa gigante que se dirige hacia nosotros.

Bueno, hacia mí.

Sabía que no podía venir sin más al rito de apareamiento. No sin que sucediera algún que otro drama.

Mi loba gime y tira hacia la dirección de la que venía el alfa, pero Madre la ignora y tira aún más fuerte.

Oh, no. ¿Mi loba *quiere* a este misterioso alfa?

Nos acercamos a la zona principal donde se celebrará el rito de apareamiento esta noche. Me queda claro que el rey alfa sigue desaparecido en combate.

Tras su desaparición al ser coronado, todo el mundo lo dio por muerto. Pero más recientemente, empezaron a aparecer nuevos artilugios y tecnología infundidos por la magia. Al parecer, el rey descubrió una forma de infundir la magia que tienen las omegas (y a veces los alfas y los betas) en cosas que construyó con los recursos de Ciudad Cambiaformas.

Así que no puede estar muerto, ya que sigue distribuyendo tecnología punta.

Pero nadie lo ha visto desde que fue coronado, y nadie espera verlo tampoco la noche del rito de apareamiento. Eso ha quedado claro por el temprano comienzo de la juerga de los cambiaformas y la falta general de respeto.

Mi loba ya no puede poner los ojos en el alfa que se abre paso entre la multitud como si estuviera en una misión. Y eso le molesta.

Pero puedo sentir sus ojos sobre mí, aunque no pueda verle. Me está cazando desde algún lugar invisible.

Hay gente por todas partes. Peleando, bailando, follando. Alguien debe de haber pasado horas y horas colocando esas luces y entretejiendo los adornos brillantes de plata en la valla negra que rodea el castillo de cristal, todo para que sea derribado y destruido por los cambiaformas salvajes.

La música y la magia pesan en el aire mientras los tres monstruosos volcanes que se ciernen sobre Ciudad Plateada echan nubes de humo de vez en cuando.

Algo en esto parece una advertencia. Madre me tira de la correa.

Es humillante y degradante para mi loba, pero admito que es necesario. De hecho, fue idea mía, y Madre era bastante reacia al respecto.

Y ni siquiera la cadena ha disuadido a mi loba.

—No deberías haber traído a Nova Crescent —sisea en voz baja mi hermanastro mayor, Devon, a mi madre, mientras mi familia se abre paso entre la multitud para entrar en el recinto del rey.

La fiesta se celebrará al aire libre, en los jardines traseros, aunque estoy segura de que se extenderá por todos los terrenos del rey. Y aunque a nadie se le permite entrar en el castillo de cristal, como cambiaformas, todos estaremos encantados de estar al aire libre de todos modos.

No se me escapa que Devon ha utilizado mi nombre completo, quizá para ponerme en mi lugar como su hermanastra, la hija de un hombre sin rostro y sin nombre. O quizá para recordarme mi condición.

Todos los niños cambiaformas de Ciudad Plateada que nacen bastardos se llaman Crescent.

Madre frunce el ceño y tira de mi correa, el resto de mis hermanos son como sombras detrás de nosotros. Solo cuatro de ellos están aquí; los demás se quedaron en casa porque no eran mayores de edad.

Mi madre podría haberse quedado en casa con ellos, pero yo sabía que no se perdería la diversión de esta noche. Siempre ha sido una especie de espíritu libre, por así decirlo, pero desde que murió mi padrastro, aprovecha cualquier excusa para divertirse un poco.

Siempre vuelve con historias sobre el rito de apareamiento. Hoy acabo de cumplir la mayoría de edad, así que es mi primer año.

Algunos de los juerguistas que entran y salen de la propiedad del rey ausente no están tan lejos como para no fijarse en mis hermanos y mi madre.

Algunos de ellos miran.

Y cuando nos ven, se apresuran a apartarse.

Después de todo, la llamamos Ciudad Cambiaformas, pero es más bien un pueblo. No muchos fueron elegidos para ser traídos a este mundo y poblarlo.

Aquí todo el mundo se conoce, y hubo un tiempo en que el padre de mis hermanastros era uno de los alfas más fuertes. Ahora está muerto, y toda nuestra familia es pobre y no goza precisamente de la mejor posición, pero eso no es algo que los cambiaformas olviden.

Todos recuerdan el nombre de Rise, no importa lo lejos que hayan caído. Devon Rise no dejará que lo olviden.

Ahora refunfuña algo ininteligible, frustrado porque mamá nunca le hace caso cuando habla. —¿Has oído lo que he dicho? —gruñe—. No deberíamos haber traído a Nova...

—¡Ya te he oído! Pero hay otros que tienen a sus omegas con ellos —dice mamá en ese mismo tono susurrante.

Pero levanta la barbilla y camina con toda la arrogancia de una reina. Mira fijamente a cualquiera que la mire demasiado, como hacen mis hermanos; los mira fijamente hasta que apartan la vista.

Siempre miran hacia otro lado.

Madre tiene razón. Hay otras omegas aquí, bestias que merodean entre la gente, osos gigantes y lobos y serpientes y pájaros con los mismos ojos plateados que tengo yo, los ojos plateados que marcan nuestra designación.

Omegas.

Pero ninguna tiene correa.

—Sí —dice Devon, con el labio superior curvado mientras mira a mi loba con total desdén. Sus ojos son del azul brillante que tienen todos los beta. Los alfas tienen los ojos rojos—. Pero Nova no es como las otras omegas.

La ira hierve en mi interior ante el insulto intencionado. El humo se filtra desde una mata cercana, flotando frente a la cara de Devon.

Ya hace calor fuera, pero parece que la temperatura sube notablemente.

Madre le golpea en el pecho, haciendo sonar con fuerza los pesados brazaletes que lleva en las muñecas. Devon acelera el paso cuando ella intenta rozarle, lanzando miradas nerviosas al humeante arbusto que dejamos atrás.

La agarra del brazo para obligarla a detenerse. —Ya ha habido dos bajas en el camino hacia aquí —señala en esa forma molesta y sabelotodo suya.

Esta cadena de plata es lo único que impide que mi maldición destroce a mi familia. Mi loba de ónice gruñe mientras la culpa me invade.

Bajas. Pero esas bajas eran vidas.

Y todo es culpa mía. Ese alfa que me buscaba entre la multitud debería esperar no encontrarme nunca.

Soy la peor clase de monstruo.

Devon y mis otros tres hermanos me lanzan miradas incómodas. —Tenemos suerte de que no deje rastro —murmura Devon, cruzándose de brazos y dando golpecitos con el pie.

Mi loba tira de la correa como si quisiera unirse a la fiesta a nuestro alrededor, o al menos encontrar a alguien divertido para comer.

Madre sacude la cabeza indignada, luchando por controlar la correa. —No iba a dejarla atrás. Además, nunca se sabe. Su pareja predestinada podría estar aquí.

Todos mis hermanos se ríen. No les culpo. Yo también quiero reírme. La idea de una omega maldita con una pareja predestinada es absurda.

Mamá se lo reprocha a todos y me hace sonar la correa. —Ven, Nova —dice resoplando.

Pero mi loba se niega. Le enseña los dientes a Madre y tira con fuerza de la cadena de su correa.

Madre abre mucho los ojos.

Un flujo constante de gruñidos retumba desde la loba de ónice con la que comparto piel. Como siempre, no estoy en el asiento del conductor, ni siquiera en el del copiloto. Ni siquiera estoy en el puto coche.

No tengo nada de control.

2

—•—

Nova

No tiene sentido que mi loba se pelee ahora con mi madre cuando antes estaba dispuesta a entrar.

La gente empieza a mirarnos.

Y entonces la multitud se separa detrás de mí. El hermoso alfa que vi venir hacia mí con toda la fuerza de una tormenta se abre paso.

Estaba en lo cierto. El hombre me estaba buscando, y ahora que me ha encontrado, entiendo por qué mi loba quería quedarse aquí, en este lugar.

Ella lo estaba esperando.

Ahora sé por qué antes los cambiaformas se apartaban literalmente de su camino. Es de complexión musculosa, pero son los rizos plateados de su cabeza, afeitados a los lados y largos, los que le caen sobre la cara.

Su pelo es tan plateado como mis ojos. Como la luna. Tiene un tatuaje en la cara, que le atraviesa la ceja izquierda y continúa bajo

el ojo izquierdo. Más tatuajes recorren los lados afeitados de su cabeza, bajando por su garganta.

Él tiene más que yo, y eso que yo tengo mucha tinta.

Lleva unos sencillos pantalones negros y una camisa, pero está metida por dentro y los pantalones terminan justo por encima de los tobillos. Sus zapatos son unos bonitos mocasines negros.

La mirada roja y abrasadora de este alfa es cortante e intensa.

Y no es *un* alfa *cualquiera*.

Lleva la corona de obsidiana. Es el rey alfa. El alfa de los alfas.

La música se detiene tan repentinamente que algunas personas gritan. Yo ni siquiera me había dado cuenta de que sonaba música hasta que se ha cortado. Otros cambiaformas se detienen en la agonía del placer.

Mi madre se queda boquiabierta mientras mis hermanos se encogen detrás de ella.

El rey alfa lo ignora todo y merodea hacia mi loba. Se eleva sobre ella, sus ojos rojo rubí brillan como la lava de los infames ríos de fuego que salen del volcán más grande de los tres y recorren toda la Ciudad Cambiaformas.

Extrañamente, en lugar de que mi loba lo ataque, ella gimotea necesitada.

Por *él*.

—¡Rey Atlas! Qué quieres de mi hija! —grita Madre, intentando liberarse de mis hermanastros, que le impiden acercarse a mí.

Pero en realidad debería preguntar qué quiere mi lobo con Atlas Shadowmoon.

Antes de ser rey, era alto y desgarbado, el más empollón de todos los aspirantes al trono. Sin embargo, ya no es ese niño empollón.

Ni de lejos.

Una oleada de dominio inunda a la multitud, sólo alterada por la magia del rito que aún pesa en el aire. La música ha cesado, pero el ritual sagrado de apareamiento no se detendrá esta noche.

Está arraigado en la magia de este mundo que los cambiaformas, después de cincuenta años de estar aquí, todavía están intentando descifrar.

Aun así, la mayoría de los cambiaformas, incluida mi madre, que sigue luchando, y mis hermanos, doblan el cuello y apartan la mirada en señal de sumisión al rey alfa, el depredador supremo entre nosotros.

—He venido a reclamar a Nova Crescent como mi compañera —dice el rey alfa en voz baja y profunda. Su voz es segura y está completamente serio.

¿Cómo sabe mi nombre?

Mamá abandona su lucha. Parpadea y una sonrisa lenta y estúpida se dibuja en su cara, sus ojos se iluminan de esperanza.

Se oyen jadeos.

Miro fijamente al rey.

Hay una energía ardiente entre nosotros. Mi loba está aullando, acercándose a él, sorprendiéndome por su reacción ante el apuesto macho. Sus ojos empiezan a brillar con un rojo intenso, su propio lobo se asoma en respuesta a la mía.

Nadie ha visto al rey alfa desde que fue coronado.

Pero ha venido aquí, esta noche, en la noche sagrada del rito de apareamiento.

Por mí.

Dioses.

3

—•—

Nova

Da un paso adelante, atrayendo a mi loba y su olor me envuelve como el abrazo que nunca he recibido. Cítricos y pino. Tan específico y...

¿Por qué me resulta familiar su olor?

Lo vi de pasada antes de que fuera rey, pero ha estado desaparecido desde entonces. Su olor no debería serme familiar.

El rey Atlas se arrodilla a mi lado y extiende la mano, acariciando a mi loba sin su permiso.

No le muerde la mano. Se acicala.

Y en cuanto su mano toca mi piel, sucede. El cambio se produce en mí al mismo tiempo que el mundo entero se sumerge en la oscuridad. Una señal segura de que se está manifestando un vínculo de pareja.

La luna rompe el cielo sobre nuestras cabezas, y la magia nos arrastra juntos.

Sólo que ahora soy una hembra humana desnuda con una correa todavía enrollada alrededor de la garganta. La plata está fría y muerde entre mis pechos.

La luz de la luna se derrama sobre nosotros. No somos los únicos con un vínculo de pareja despertándose. Es típico que haya muchos en la noche del rito, cuando los lazos de la luz de la luna unen a otras parejas apareadas.

Incluidos Atlas y yo. La luz de la luna entra en nosotros y sale por el centro de nuestros pechos, fundiéndose entre nosotros como dos caminos que se convierten en uno. Dos caminos que se alinean.

No duele, pero hormiguea. Sinceramente, es una locura, como si un rayo me hubiera atravesado y me hubiera dejado ilesa, pero hubiera inyectado vida en cada célula de mi cuerpo.

Un vínculo de pareja me une al rey de todos los cambiaformas.

Incluso cuando nos libera, aún puedo sentirlo. Todavía puedo *sentirlo*.

Las alarmas empiezan a sonar en mi cabeza, silenciosas para el mundo pero alertándome desde dentro. Mi compañero. Mi compañero es el rey.

Que empiece la locura.

Mira la correa y se cabrea. Su expresión indignada se vuelve contra mi madre.

Todos mis hermanos la sueltan demasiado deprisa, y ella intenta correr hacia mí y quitarme la correa. Al final, la recoge.

El rey Atlas levanta una mano vacilante. —Déjalo —gruñe sin dejar de mirarme.

Todos susurran y nos miran mientras él le quita la correa a mi madre.

—Mía —gruñe, enseñando los dientes a quien siga mirándole.

Y debería sentirme degradada o avergonzada, pero en lugar de eso sólo quiero más.

Más de *él*.

Todos apartan la mirada de inmediato y no puedo evitar sentirme aliviada. Ya me estaba asustando, y todas las miradas puestas en mí me estaban provocando una gran ansiedad. La multitud que se había formado a mi alrededor y el rey se disipa, la gente se dispersa y retoma la fiesta multiplicada por diez desde que se manifestaron los lazos.

Supongo que era el gran acontecimiento que todos esperaban. Incluso mis hermanos se hacen de rogar.

Intento implorarles con la mirada, pero es una pérdida de tiempo. Ninguno de ellos va a ayudarme.

Mamá me guiña un ojo antes de irse bailando. Estará en las nubes pensando que se ha librado de mí.

Poco sabe ella que nunca podré aceptar este vínculo de pareja con el rey.

Me mira con los ojos entrecerrados y da un pequeño tirón de la cadena de plata, enrollándola alrededor de su enorme mano mientras me arrastra hacia él. Se muerde el labio inferior mientras me la desengancha del cuello.

—Guárdala para más tarde —ronronea, dejando que ahora cuelgue de su cuello.

La cadena es de plata, algo que se supone que es letal para todos los cambiaformas, pero él ni siquiera parece incómodo con su tacto. Y yo que pensaba que mi tolerancia al dolor era alta.

Casi me quedo con la boca abierta. Si es este sexy rey alfa el que me encadena, no sé, puede que todo esto me resulte realmente agradable.

¿Qué estoy diciendo? No. No puedo divertirme esta noche, no puedo ser normal y tener sexo en la noche del rito de apareamiento como todos los demás.

Me burlo, revolviéndome el pelo por encima de un hombro. —¿Más tarde? ¿El qué más tarde?

—Más tarde como ahora mismo. —Lo dice como si fuera lo más obvio del mundo que me vaya con él.

Su confianza es impresionante, aunque molesta.

—No habrá más tarde —digo bruscamente.

Me levanta la barbilla con dos dedos. Le aparto la mano y finjo que se los voy a arrancar de un mordisco. Sus ojos brillan divertidos. —Claro que habrá un después. Te reclamo.

Te reclamo.

Las palabras me envían un zumbido de placer directo al corazón. Suena tan sencillo viniendo de este rey tan seguro de sí mismo. Debe de estar acostumbrado a conseguir lo que quiere.

Pero nunca podré dejar que me tenga. Lo que sólo deja una opción.

Correr.

Me encojo de hombros y digo con indiferencia: —Tendrás que atraparme primero.

Los ojos carmesíes del rey Atlas parpadean con oscuro deleite.

Y luego me voy.

4

—•—

Nova

No soy la única hembra que corre en esta fiesta. Es típico del rito de apareamiento que la hembra corra y el macho la persiga. Está pasando a mi alrededor, pero soy la única que se lo toma en serio.

Las otras hembras *quieren* ser capturadas.

Si me atrapan, estaremos todos condenados. Que mi maldición acabe con el rey alfa es lo peor que le podría pasar a la Ciudad Cambiaformas.

No puedo dejar que me encuentre, no puedo dejar que el vínculo de pareja se solidifique entre nosotros.

Los compañeros siempre se enamoran, y por mi reacción inicial ante él, *sé que* me enamoraría de Atlas. Difícil.

¿Todo ese rollo posesivo alfa que tiene? Sé que soy una mujer fuerte, bla, bla, bla, pero ¿en la cama? Me gusta cuando el macho toma el control.

No puedo evitarlo. Y quizá me gusta demasiado.

El sexo es una cosa. Pero tener sentimientos es un gran no. Mi maldición actúa cuando mis sentimientos se descontrolan, y el amor es lo más descontrolado que existe.

Me escabullo entre los camareros que reparten alcohol y una pareja que se enrolla detrás de la fuente de un lobo.

¿Cómo puedo dejar atrás al rey alfa? Hay una razón por la que es rey, y es porque en la noche de la sucesión, se cargó a todos los demás aspirantes al trono.

Eso significa que es el alfa más grande y malo de Ciudad Cambiaformas.

Y *me* ha reclamado.

Mi pelo negro azulado se ha vuelto tan largo que se agita detrás de mí, revolviéndose en mi cara cuando me giro para mirar detrás de mí. Me meto en un pequeño callejón, esperando el momento oportuno para deslizarme entre la corriente de juerguistas que pasan bailando.

Aprovecho la pausa para recuperar el aliento, apoyando la espalda contra la pared para que nadie me vea.

Echo otro vistazo y finalmente considero que no hay moros en la costa. No hay rastro del rey.

Apenas doy un paso fuera del callejón cuando una mano implacable me tira del pelo. —Te gusta que te persiga, ¿verdad? —ronronea el rey.

¿Por qué no me sorprende que me haya encontrado tan fácilmente?

Atlas me gruñe al oído. Me toca el pelo con la mano de la forma más posesiva, y no hay ropa ni nada que enmascare lo mojada que me he puesto. Mi espalda se arquea. Apenas respiro.

El rey me rodea con la mano libre y me acaricia descaradamente la excitación. Se ríe entre dientes. —Eso es lo que pensaba. Buena chica. Ya tan mojada para mí.

No puedo hablar, no puedo explicarme. No hay nada que explicar. Esto es lo que se supone que sucede en el rito de apareamiento. El vínculo cobra vida, él me reclama, tenemos sexo, y eso es todo.

Si tan sólo pudiera... dejar que sucediera.

Inhalo bruscamente cuando desliza un dedo por mi columna vertebral, justo sobre la tinta. Cruje el cuello. —Corre entonces. Veamos si puedes correr tan rápido como esa boca. Incluso te daré ventaja. Pero si te atrapo... —Me dobla el cuello hacia un lado, desnudando mi garganta, y lame un rastro hasta donde iría el mordisco reivindicativo de un compañero—. Eres *mía*.

Y luego me deja ir.

A caballo regalado no se le mira el diente, así que corro tal y como me ha ordenado. Me atrevo a lanzar una mirada por encima del hombro.

El rey está allí sonriendo, con mi correa colgando de su cuello como una promesa.

Maldigo y acelero. Una ventaja, pero nunca me dijo cuánta. Dondequiera que miro hay cambiaformas sonrientes. Todos acaban de ver a los Dioses confirmar que estoy unida al rey.

Según la ley de los cambiaformas, la pareja predestinada del rey es automáticamente la reina.

No recibiré ninguna ayuda de ellos.

Sólo hay una parte de la propiedad exterior del rey que está fuera de los límites esta noche, y es la habitación donde se guarda la tabla

sagrada.

Si puedo llegar allí, podría estar a salvo.

Cualquier apariencia de orden y ceremonia ha desaparecido. El rito de apareamiento se ha convertido en una gigantesca fiesta.

Y a mi alrededor, todo el mundo se está enrollando.

Veo cómo una chica es atrapada por su compañero, riéndose mientras él se la echa al hombro.

Ojalá a mí también me resultara tan fácil rendirme y dejar que la noche siguiera su curso natural.

—Mi turno —sisea el rey desde algún lugar que no puedo ver.

Su profunda voz de barítono me hace dar un respingo. Mi corazón se acelera en cada latido hasta que estoy segura de que se me va a salir del pecho.

Mierda. Debo haberme distraído demasiado mirando a la pareja. Giro la cabeza y busco a Atlas.

Pero no está a la vista.

Y juraría que el sonido de su voz venía desde arriba.

Pero eso es imposible.

Levanto la vista justo a tiempo para verle saltar desde el tejado de la casa de cristal.

Es una altura increíble, pero por supuesto aterriza de pie, cortando el aire con una velocidad inimaginable.

De algún modo, se las arregla para saltar y quedarse a un palmo de mí. Me quedo sin aliento y retrocedo un paso involuntariamente.

—Oh, no. —Me detiene agarrándome por los brazos. Su cara se estira en una amplia sonrisa, sus dientes blancos como huesos brillan—. El que lo encuentra se lo queda —dice.

Entonces el rey me echa sobre su hombro.

No puedo dejar que me lleve. Ya es difícil resistirse a su embriagador aroma. Me agito y él me deja en el suelo antes de que me caiga.

Sus ojos están llenos de preocupación e irritación. No ve venir mi primer golpe, no espera que luche. Debe de haber pensado que huía porque era el rito de apareamiento, no porque realmente quisiera alejarme de él.

Su error. Lo golpeo.

Me bloquea con el antebrazo y me agarra, apretándome contra su duro pecho. —Sométete —gruñe, sorprendido de tener que pronunciar esas palabras.

Bastardo engreído. Le clavo el codo en el estómago.

—No.

La primera palabra que le digo al rey, ausente desde hace tiempo, es no.

No es un comienzo brillante.

Le vuelvo a clavar el codo, perdiendo contacto una vez más, pero consiguiendo que se eche hacia atrás lo suficiente como para que su agarre sobre mí sea más flojo.

Este alfa no me deja ir tan fácilmente, e intercambiamos unos cuantos golpes antes de que decida que ya ha tenido suficiente. Me imaginaba que habría terminado la pelea antes, y el hecho de que me dejara asestarle unos cuantos golpes ya es bastante chocante.

Pero entonces me clava en el suelo con facilidad, con su cuerpo entre mis muslos.

—¡Deja de pelear! —gruñe. El rey alfa vuelca todo su dominio en la orden.

Como omega, tengo todo el poder para resistirme, pero esa es la cuestión. No quiero hacerlo.

Nuestros cuerpos están uno contra el otro, cada parte sensible de mí rozando cada parte dura de él. Su excitante aroma es tan fuerte que parece que me ahogo en él. De cerca está aún más caliente.

La magia del rito de apareamiento no sólo está en el aire; se ha apoderado de mí.

Y no puedo resistirme a este sexy rey alfa.

Mis piernas dejan de patalear para envolverlo. Sus ojos rojo rubí se iluminan de sorpresa mientras mis dedos recorren su espalda. —Sí, señor —digo, con voz sensual y sumisa.

Atlas parpadea. Esto es un cambio completo de la hembra que era hace dos minutos.

Toda lógica me dice que es la peor idea que he tenido.

Pero la lógica voló por la ventana en cuanto empezó el rito de apareamiento. Y ya no puedo evitarlo.

Hay mucho ruido a nuestro alrededor. Todo tipo de sonidos de otras parejas y fiestas llenan el aire, pero durante un momento prolongado, nos miramos fijamente como si no hubiera nadie más.

¿Qué daño podría hacer una noche con el rey?

Se inclina tanto que nuestros labios casi se tocan. —Buena chica —me dice, y luego me sorprende rozando sus labios con los míos. Es

como el fantasma de un beso, y no es suficiente.

Su erección está perfectamente alineada con mi centro. Me aprieta y echo la cabeza hacia atrás, dejando escapar un gemido.

Siento que me arde todo el cuerpo. La cabeza me da vueltas de deseo y la lujuria ha enturbiado mis pensamientos.

Es como estar borracha pero peor. Sin ninguna inhibición. Tiro de su camisa, deseando que me coja aquí y ahora.

—Aquí no —dice el rey, acariciándome el cuello.

—¿Por qué? —Respiro.

Sus ojos miran a nuestro alrededor y se oscurecen al ver a tantos cambiaformas llenando el patio. —Demasiada gente. —Es todo lo que dice mientras me levanta, al estilo nupcial.

Gimo mientras nos entrelaza entre la multitud. Me duele cada vez más el corazón. Mis dedos se clavan en sus brazos. —Por favor, mi rey —casi le suplico en una bruma de deseo lleno de lujuria—. Te necesito.

Como si nunca hubiera necesitado nada más. Estar en sus brazos no es suficiente. Lo necesito dentro de mí, que me llene, que me consuma.

El rey me mira con esos ojos que todo lo consumen. Me sujeta con fuerza, aplastándome contra él. —Aguanta, mi pequeña llama.

Y entonces el rey alfa *se mueve*. Ni siquiera puedo llamarlo correr.

El mundo entero se mueve en un borrón de color y sonido apresurado. Cuando se detiene, estamos irónicamente en el mismo lugar donde yo iba a esconderme de él.

El hogar de la tabla sagrada está bajo tierra. Las capas de tierra y suciedad que nos separan silencian los sonidos de la fiesta.

En esta cámara tan subterránea, la arena es mucho más oscura que la arena roja brillante de arriba. Esta arena es tan oscura que es casi del color de la sangre.

Es casi negra.

La tablilla sagrada está sobre un sencillo pedestal en medio de la pequeña sala circular, con un montón de palabras en un idioma extraño grabadas a su alrededor en la tierra. Técnicamente, este lugar está abierto al público. A veces, vienen estudiantes a analizar la tablilla, que contiene la última profecía registrada por los videntes.

Pero normalmente nadie viene aquí por todas las escaleras que hay para bajar a este nivel. Y además... las palabras de la tablilla tienen un aire premonitorio.

Tampoco hay duda de que la magia del rito llega hasta aquí, porque en cuanto el rey me pone en pie, estamos el uno sobre el otro. Salto sobre él y me atrapa, me agarra el culo con las manos y me rodea la cintura con las piernas.

Nuestros labios se chocan. Este beso no es como el primer roce de nuestros labios, no es suave ni tentativo.

Nos besamos como si ambos quisiéramos devorar al otro por completo. Mis manos se enredan en su pelo. Nuestros dientes chocan hambrientos mientras su lengua domina mi boca.

Nunca me había sentido tan unida a un desconocido. Es como si hubiera una canción serpenteando entre nosotros, uniéndonos. Su música es inquietante, interminable y embriagadora.

Esta es la definición misma de una conexión de almas. No conocer a alguien pero *conocerlo* igualmente.

Atlas me tumba en el suelo, pero el frío contra mi espalda desnuda no alivia el calor que me quema por dentro. Me mira y se relame mientras me froto los muslos.

Sus ojos arden intensamente. Se arranca la ropa con la misma energía frenética que siento zumbar en mí.

Pero no se quita la corona de obsidiana.

Lo único que me deja puesto es la correa, que aún cuelga de su cuello. El rey está ante mí, tan desnudo como yo.

Al verle me sube el calor a las mejillas. Es una obra de arte. Atlas coge su polla palpitante con la mano y se la acaricia mientras baja para cernirse sobre mí.

Es enorme, y lo digo en todos los sentidos posibles.

La punta de su polla roza mi calor. Noto cómo el líquido preseminal se mezcla con mi propia excitación. Pero él vacila, su cabeza se balancea de un lado a otro mientras los dos casi nos estremecemos por la necesidad de esto.

—Vas a reclamarme, ¿verdad? —Me burlo, pestañeándole. Mis palabras salen sin aliento. Me estoy impacientando—. Pues hazlo.

Atlas gruñe y me empala de un solo golpe. Sin preliminares, sin nada, solo todo él, de una vez, hasta el fondo.

Grito.

Es tan grande que creo que me va a desgarrar ahí abajo. Pero el dolor es tan delicioso. Se queda ahí, sin moverse, con mis pechos agitándose contra él.

Gimoteo. —Dioses.

Atlas me penetra más profundamente, poniendo las manos a ambos lados de mi cabeza. Su nariz juega con la mía, su respiración es ronca e irregular. —Sé que no nos conocemos bien, pero es Atlas, cariño.

—Atlas —gimo.

Le clavo las uñas en la espalda, le araño, le saco sangre, pero no se mueve. La sensación de su polla llenándome es casi demasiado. Si no me folla pronto, creo que los dos nos volveremos locos.

Su mirada, desesperada y anhelante, se refleja en la mía.

—Sí —murmura—. Buena chica. Atlas. Y estoy a punto de hacerte gritar.

Me sujeta por las caderas mientras me penetra.

—¡Joder, Nova! —Respira, sin parar.

Me folla duro y rápido, como un salvaje, como si hubiera perdido la cabeza, y me encanta cada segundo.

Es vergonzoso lo rápido que mi nombre en sus labios me hace correrme. El orgasmo me recorre oleada tras oleada.

Cada caricia es él aporreándome con necesidad animal y yo aferrándome para salvar mi vida.

Lo que le sigue es sexo frenético y alucinante. La falta de preliminares me excita aún más. El hecho de que debiera tenerme, de que no pudiera esperar más...

Es sin duda una inyección para mi ego.

—Lo estás haciendo jodidamente bien, nena —gruñe—. Toma mi polla así. Así. Joder. Tan buena.

—Atlas —gimoteo—. Es demasiado.

La presión aumenta en mi estómago. Orgasmo tras orgasmo me han invadido sin fin a la vista.

Podría morir así. Muerte por orgasmo. Estoy segura de que sería así.

Este placer no se parece a ningún otro sexo que haya tenido antes. Es tan bueno que no creo que ningún otro sexo esté a la altura.

—Puedes soportarlo, nena —me tranquiliza. Me pellizca el labio inferior con tanta fuerza que me hace sangrar—. Coge mi puta polla como la buena chica que eres. Tómala así, nena.

Y suena completamente loco, pero todo lo que quiero hacer es lo que él me diga que haga. Cualquier cosa que diga. Sólo quiero complacerle, ser la buena chica que él cree que soy. Incluso si la verdad es que soy cualquier cosa menos eso.

Puedo estar llorando o gritando, gritando su nombre una y otra vez como una plegaria. Apenas puedo ver cómo se mueve sobre mí con el ritmo brutal que ha marcado y al que se ciñe con vigilancia.

Dioses, cuando dijo que me reclamaría, no bromeaba. La forma en que me folla es como si me dijera con cada caricia que le pertenezco.

Eres mía, dice con su polla.

Eres mía, me dice con la boca mientras me muerde y me marca por todas partes.

—Eres mía —me dice una y otra vez mientras me folla.

Mis garras de loba salen y arañan su espalda también muy bien, pero sólo parece hacer que me folle más fuerte.

Le gusta el dolor. Y es entonces cuando me doy cuenta de que tal vez los Dioses nos emparejaron bien. Que tal vez mi compañero está tan jodido como yo.

En un momento dado, me agarro a la correa que aún lleva enrollada al cuello. *Mi* correa. La plata escuece al tacto, pero la euforia que siento por mis innumerables descargas embota cualquier otra sensación.

Tiro de la cadena de plata y me viene a la mente su promesa anterior. Y lo que me sugirió... quiero probarlo.

El rey alfa podría estar tan loco como para satisfacer mi sucia perversión.

Atlas se da cuenta de hacia dónde miro y, por fin, afloja el paso y me saca toda la polla. Abro la boca y él me penetra de un solo golpe. Mi espalda se arquea sobre el suelo.

Atlas me sonríe y se quita la correa del cuello mientras sigue dentro de mí. Mira la correa en sus manos y luego a mí, con esos ojos intensos llenos de curiosidad.

—Vamos —me atrevo—. Úsala.

5

—·—

Atlas

—¿Esto es lo que quieres? —le pregunto al pequeño enigma que tengo ante mí.

Nova me pestañea y asiente.

Nunca me hubiera imaginado que una bocazas como ella fuera tan sumisa en la cama. Pero me gusta. Es perfecta para mí. Los Dioses eligieron bien a mi compañera.

Alargo una mano para rodear su garganta, y entonces sé que tengo una guardiana. Me ofrece el cuello, facilitándome el acceso para ponerle el collar. Le muestro los dientes.

—Menos mal —murmuro, inclinando su cabeza de un lado a otro como si estuviera estudiando uno de mis experimentos.

Se retuerce alrededor de mi polla, su coño me aprieta a la perfección.

—Has sido muy... —Tiro hasta el fondo y martilleo dentro de ella, acentuando cada palabra con un empujón—. Muy. Mala. —El

embriagador aroma de su excitación flota en el aire.

—Sí, lo he sido, señor —ronronea seductoramente.

Aprieto más fuerte. Mis ojos se clavan en ella. —Veo que aún no has aprendido la lección. Tu boquita perversa sólo va a conseguir que te folle más fuerte, mi pequeña llama.

Sus ojos se abren de par en par, pero no de miedo. *De excitación*.

O hay algo muy malo con mi compañera, o... muy bueno. Sus ojos plateados no dejan de mirar la correa que tengo en las manos.

Y sé lo que quiere mi compañera.

—¿Esto es lo que quieres? —Pregunto una segunda vez para estar completamente seguro.

—Sí, mi rey. —Se muerde el labio inferior sonrosado, con los pechos turgentes.

La saco y gime. Acaba de probarlo y ya está tan necesitada de mí. Y me encanta. Tengo la intención de darle exactamente lo que necesita.

—Ponte de rodillas, Nova —le ordeno.

Su respiración se entrecorta, pero obedece sin vacilar.

—Buena chica. —Le pongo la cadena alrededor del cuello, con cuidado de no hacerle daño—. Esto es lo que quieres, ¿verdad? —La penetro por detrás con un movimiento suave—. Quieres que *te posea*. —Tiro de la cadena para que su espalda y su garganta se arqueen deliciosamente—. Quieres pertenecerme. ¿Verdad, nena?

Jadea algo ininteligible. —Repite eso, nena —le digo, aflojando la correa lo suficiente para que pueda hablar.

—He dicho... —jadea. Entonces, por todos los Dioses, Nova gira su cabeza sobre su hombro. Me mira a los ojos como un demonio y dice: —*Más fuerte.*

Santos Dioses.

—Joder. —Es todo lo que consigo gruñir antes de obedecer.

Grita mi nombre una y otra vez, como le prometí que haría. Hay algo tan erótico en esta hembra cambiaformas de fuerte carácter que se somete a mí. Tiro de la correa con una mano y le aprieto el culo con la otra.

Incluso la curva de su espalda y sus caderas es tan jodidamente perfecta que me pongo a cien. Pierdo el control, me pierdo en ella.

Se siente como imaginé que se sentiría.

Perfecto.

Y es toda mía.

—Sí, Atlas. Dioses, ¡sí! —grita, tirando de mí como si me quisiera aún más cerca de lo que ya estoy.

Quiero seguir follándomela para siempre, pero mi liberación me llega inesperadamente.

Normalmente, tendría que seguir y seguir persiguiendo mi orgasmo, pero estar con Nova no se parece a lo que ha sido estar con ninguna de mis amantes anteriores. El placer del sexo se amplifica y, una vez más, soy un cachorro joven que se corre por el más mínimo elogio de mi compañera.

Me sacudo dentro de ella, derramando mi semilla una y otra vez hasta que se escurre por el interior de sus piernas.

6

—•—

Nova

Miro al rey alfa con una sonrisa en la cara, con su semen deslizándose fuera de mí y sin tener ni idea de lo jodidas que se van a poner las cosas.

—Eso ha sido... —Atlas comienza.

—Sí... —Termino, ninguno de los dos es capaz de encontrar las palabras adecuadas.

Era sólo sexo, intento decirme.

Entonces, ¿por qué me siento en la cima del mundo?

Pero este último orgasmo era diferente. Este orgasmo fue el orgasmo que todos los otros muchos mini orgasmos estaban construyendo. Este orgasmo me tiene chorreando fuera de mí sin control.

Sigue dentro de mí, derramándose una y otra vez hasta que soy un amasijo deliciosamente empapado de su semen y del mío. Ambos lo sentimos cuando el nudo empieza a formarse entre nosotros.

Mis ojos se disparan hacia los suyos en el mismo momento en que los suyos destellan hacia los míos. Su polla empieza a hincharse dentro de mí.

—¡Joder! —Maldigo y me muerdo el interior de la mejilla para contener el grito cuando me separo de él.

Las venas del cuello de Atlas se hinchan y su cabeza se arquea hacia atrás. Grita.

Yo también quiero gritar sólo por la ausencia de él dentro de mí. Separarme de él cuando estábamos a punto de anudarnos ha sido más doloroso de lo que hubiera imaginado.

Su polla se sale del todo, su semen cae dentro de mí.

Y ese tímido control que tengo se me escapa. Huelo algo quemándose un segundo antes de que ocurra.

Mis piernas se tambalean como las de un recién nacido mientras lucho por mantenerme en pie sobre ellas.

Grito el nombre de Atlas mientras se abalanza sobre mí. Ambos estamos aún desnudos y brillantes por las secuelas de esa primera unión primitiva.

Las llamas surgen en el espacio entre Atlas y yo, impidiéndole llegar hasta mí y quemando el hombro y el brazo de Atlas antes de que pueda saltar hacia atrás.

—¡Atlas! —Grito.

Su rostro se queda en blanco, como si sufriera un terrible dolor e intentara no demostrarlo. Pero por la forma en que se sujeta los brazos, sé que las llamas le han alcanzado.

Y aún así, intenta bordear el fuego para llegar a mí.

Entonces, explota a nuestro alrededor. Las hirvientes llamas naranjas y blancas están por todas partes, alcanzando y trepando hasta los techos bajos con facilidad.

Están vivos, creo. *Tienen hambre.*

El fuego no tiene fin. Arde y arde, nace de la nada.

Las paredes tiemblan. El suelo sobre nosotros empieza a romperse y a caer.

Atlas sigue intentando encontrar una abertura para llegar hasta mí, ya que las llamas parecen aislarme del mundo. Madre solía decir que cuando esto ocurría, parecía que el fuego buscaba protegerme.

Pero sé que no es así. El fuego sólo destruye.

Atlas y yo observamos boquiabiertos cómo un gran trozo de roca cae directamente sobre la tablilla sagrada, borrando la losa de roca en la que los videntes grabaron la última profecía.

Dioses.

Cuando todos sepan que mi orgasmo ha destruido la tabla sagrada, nunca lo olvidaré.

Atlas está gritando, sacándome del camino.

Observo como si fuera un espectador que ve cómo ocurre un accidente. No es la primera vez que ocurre algo así, y este incendio me trae recuerdos terribles.

Recuerdos de cuando accidentalmente me enfadé demasiado, me asusté demasiado, incluso me alegré demasiado, y mi maldición actuó.

Quemé nuestra casa muchas veces y tuvimos que mudarnos. Y mudarnos. Hasta que ya no hubo dinero para mudarnos, y tuvimos

que quedarnos en una casa demasiado pequeña y abandonada, incluso después de haberla chamuscado con mi maldición.

Después de todo, algunos de mis hermanastros no sólo me odiaban porque no soy hija de su padre. Algunos de ellos me odiaban por una buena razón.

Yo era la mayor carga para ellos. Y ahora soy la mayor carga para Atlas.

Hay un zumbido en mis oídos mientras intento bajar del subidón que me ha dado el sexo con mi pareja.

Todo está envuelto en llamas y no puedo detenerlo. No puedo hacer que las llamas disminuyan por mucho que lo desee. Estoy en brazos de Atlas, que sube corriendo las escaleras hasta la superficie.

El horror me invade mientras sigo reviviendo lo sucedido. Me siento congelada por la vergüenza. Mi maldición ha actuado. Es justo como las videntes le dijeron a Madre.

Cuando era más joven, me llevó a las videntes una vez que se hizo evidente que yo era... diferente. Le dijeron que estaba condenada a quemar a cualquiera de quien me enamorara.

Bueno, ya he quemado a mi compañero predestinado, y sólo lo he conocido una noche.

El terreno fuera de la casa del rey está destrozado. Papeles y adornos ensucian la hierba, junto con cristales rotos esparcidos de envases de bebida vacíos. Supongo que esta noche todo el mundo se lo ha pasado en grande. El aroma de la magia aún flota en el aire, los soles se han ido del cielo, pero las lunas siguen parpadeando.

Hay cambiaformas por todas partes, aún borrachos por la fiesta. Todos juntos vemos cómo la casa de la tabla sagrada se derrumba

sobre sí misma. Pero las llamas no dejan de salir de la tierra y no sé cómo apagarlas.

Y luego está el caos.

Todo el mundo se arremolina contra Atlas. Todos tienen preguntas para el rey, preguntas que parece tener problemas para responder. Estar ausente todo este tiempo hará eso.

Y aunque lo único que quiero es quedarme y asegurarme de que el brazo de Atlas está bien, me invade la culpa de que todo haya sido culpa mía.

No puedo ignorar que esta es la oportunidad perfecta para huir. Tengo que salir de aquí. Ahora.

Me escabullo entre la multitud, pasando desapercibida. Mientras corro, recojo la ropa que los otros cambiaformas han desechado mientras participaban en sus actividades de esta noche.

No me detengo a ponérmela, corro con ella en la mano y no me atrevo a mirar atrás.

Tengo que alejarme lo más que pueda del rey alfa.

Mis llamas casi lo hieren. Intentó disimular, pero vi lo que casi les hice a nuestro rey y a mi compañero. Las videntes tenían razón. Mi maldición quemará a cualquiera que se acerque demasiado.

Aunque no lo sintiera empezar en mis huesos, lo que casi pasó allí atrás lo deja claro como el agua. Casi me anudo con mi compañero, lo que significa que mi calor está a punto de comenzar.

Si no está empezando ya. Pero no me permito pensar en eso, no ahora.

Un nudo nos habría unido, no sólo en ese momento, sino para siempre. Nunca había tenido mi celo, pero un nudo sólo puede ocurrir cuando una cambiaformas está en celo.

Por lo general, el encuentro con la pareja predestinada desencadena un primer celo, y los primeros celos duran más que el ciclo medio.

Me habría quedado atrapada teniendo ese sexo alucinante durante días. Pobre de mí.

He despejado la multitud de fiesteros. Algunos se dirigen a sus casas tras no haber tenido suerte en el rito, así que la mayor parte del tiempo me mezclo con ellos.

Con suerte, si agacho la cabeza, el resto de los cambiaformas olvidarán que el rey me eligió en el rito de apareamiento. Sé que técnicamente me van a considerar su reina ahora, y huir no es muy propio de una reina, pero en mi defensa, sería una reina de mierda.

Alguien me agarra justo cuando estoy a punto de atravesar uno de los puentes laterales que se separan de Ciudad Plateada. No es el mismo que usé antes, sino que está en el lado opuesto por el que entré.

La persona que me agarró tiene un agarre de hierro. —¡Nova! —me sisean.

—¿Madre? —Dejo de forcejear contra ella y me quedo quieta.

Me sonríe borracha. Tiene el pelo enredado con ramitas y la ropa desarreglada. Sólo Dios sabe lo que ha estado haciendo. Ella y mis hermanas son muy libres con sus cuerpos, si sabes a lo que me refiero.

—¿Me dirás cómo es? —balbucea, balanceándose sobre sus pies—. Cómo es volar por encima de las nubes...

Dioses, está borracha, divagando sobre alguna tontería.

—Madre, estás borracha. Escucha, vuelve a la fiesta. —La giro en dirección a la multitud, intentando que gire en esa dirección.

Me muerdo el labio mientras la miro. Sigue siendo tan guapa como siempre. Madre siempre ha tenido ese encanto sin esfuerzo.

Quiero despedirme de ella o explicarle lo que está pasando, pero sé que por la mañana no se acordará de nada. Y yo me habré ido.

Pero quizá siempre debió ser así. De todos modos, siempre he sido una carga para mi familia.

—Es por aquí —le digo pacientemente, aunque sienta cualquier cosa menos eso.

Madre me agarra la cara por ambos lados, sus ojos destellan con repentina sobriedad. —No es culpa tuya, Nova. Tienes un fuego dentro de ti. El fuego es parte de ti.

Mi cara se ablanda. Dijeran lo que dijeran las videntes, mamá no les hacía caso. Se reía de ellas y me decía que estaban todas locas. No importaba lo que destruyera con mi maldición, mi madre siempre insistía en que no era culpa mía.

No sé si eso la convierte en una ilusa o simplemente en una tonta.

Bajo lentamente sus manos de mi cara. —Lo sé, Madre, lo sé.

Asiente distraídamente y me permite darle un suave empujón en dirección a la fiesta. No me sorprendería que no tuviera ni idea del incendio que su hija ha provocado esta noche.

La veo tropezar un poco y luego alejarse en la noche.

Abandono la propiedad de la casa del rey antes de oír su rugido estremecedor.

Me pongo la ropa mientras corro más rápido, desesperada por escapar.

¿Adónde se va para huir de un rey? Esta es su ciudad. No sé dónde esconderme, dónde estaría a salvo de él. Tal vez ningún lugar sea seguro, pero tengo algunas ideas de por dónde podría empezar.

Me dirigiré al territorio de su enemigo, el lugar donde sería menos probable que me atraparan y me entregaran al rey. Todos saben de la disputa entre el rey y el alfa de los cambia serpientes.

Pronto no seré lo bastante fuerte para resistir la orden del bramido de Atlas.

La orden dada sólo para mí.

El rey quiere que vuelva con él, que lo acepte como mi pareja.

Las lágrimas se me escapan por las comisuras de los ojos y se derraman mientras corro. Normalmente, no soy una chica emocional, pero huir de mi pareja es un nuevo tipo de tormento. Siento un dolor en el pecho que me parte el corazón en dos.

Creía que no había nada malo en una noche, pero ahora me perseguirá para siempre este pequeño bocado de algo que nunca podré tener.

Porque, lo mires como lo mires, nadie querría a un monstruo como reina.

7

—·—

Atlas

Este fuego está por todas partes. Se ha extendido desde las cámaras sagradas y se ha arrastrado hacia fuera, extendiéndose a mi propiedad.

Es casi como si el fuego estuviera vivo. Intento usar mi poder sobre el aire para apagar las llamas.

No soy precisamente la persona más indicada para tranquilizar a los cambiaformas tras la destrucción de la tablilla sagrada, así que soy más útil aquí, controlando los daños. Hace tanto tiempo que no me dirijo a ninguno de mis súbditos que enseguida me siento abrumado y se me traba la lengua.

Paso esa tarea a mi segundo mientras uso mis habilidades para apagar el fuego. Darin intenta decir a los cambiaformas presentes que los Dioses no van a castigarnos por destruir la profecía, pero ninguno de ellos parece muy seguro de ello.

Yo tampoco estoy muy seguro de eso, si te soy sincero. Sólo hay una profecía que los Dioses hayan enviado a las videntes a transmitirnos mientras hemos estado aquí en este mundo.

Dioses, todo está chamuscado.

Mi poder debe haberse descontrolado cuando estaba dentro de mi compañera. Todos los alfas influyen en el entorno que les rodea hasta cierto punto; el mío es más fuerte debido a mi título y poder. Soy capaz de influir en los cuatro elementos.

Aún así, soy el cambiaformas vivo más poderoso, y hasta yo tengo deslices.

Especialmente cuando estoy metido hasta las pelotas en la mujer más hermosa del mundo. O yo inicié el fuego o Nova accedió accidentalmente a mi poder mientras estábamos unidos.

Siempre hay un reparto de poderes entre los compañeros, sobre todo con las omegas. Los betas tienen poderes a veces, y con los alfas es más común, pero las omegas están bendecidas por Dios. Después de todo, el primer cambiaformas fue una omega.

Dirijo mis manos hacia la izquierda, cortando el fuego que lame allí. Todo el mundo se asusta de que la tabla esté destruida. Las videntes han vuelto, y las profetisas se aferran unas a otras y murmuran.

Pero no me importa la tablilla ni la profecía grabada en ella.

Todo el mundo sabe lo que dice. Las videntes no dejan que nadie lo olvide en Ciudad Cambiaformas, se paran en cada esquina y gritan las palabras como si fueran una advertencia.

—¡Atlas! —Una voz ronca retumba detrás de mí.

El alfa de los cambiaformas osos y mi viejo amigo, el alfa cazador, me mira con el ceño fruncido. —¿Qué coño ha pasado? —me pregunta.

El alfa de los cambiaformas tigres está con Hunter y en su forma de tigre. Está flanqueado por dos hembras. Ninguna de ellas es su

pareja predestinada, pero todas suelen participar en el rito, tanto si se manifiesta un vínculo como si no.

Es nuevo, así que no le conozco mucho. No recuerdo su nombre, pero los ignoro y me concentro en apagar el fuego que queda.

Sólo queda un poco, y entonces podré centrarme en mi compañera.

—Pérdida momentánea de control —digo con voz monótona—. Nada de lo que preocuparse.

El alfa Hunter se burla, cruzando los brazos sobre su abultado pecho. —¿Nada de lo que preocuparse? La tabla sagrada ha sido destruida...

El alfa de los tigres cambiaformas acecha, su pata delantera presiona el suelo una vez antes de que el cambio se apodere de él. El aire a su alrededor se arremolina hasta que un hombre se yergue donde antes estaba un tigre. —¿Has dicho destruida? —suelta, agarrando a Hunter por el cuello de la camisa.

Alfa Derek. Ahora recuerdo su nombre.

Las dos hembras tigres a ambos lados gruñen con desagrado, lamiéndose las patas.

Hunter empuja a Derek. —Sí. *Destruida*. Eliminada. Desaparecida.

Alfa Derek abre los ojos alarmado. Abre la boca para decir algo justo cuando estoy apagando la última llama. Suelto las manos, pero no llego a oír lo que dice.

Miro a mi alrededor y veo que mi compañera ha desaparecido. Puedo sentirla, pero se mueve rápido.

Está huyendo.

Derek está hablando, diciendo algo a lo que el otro alfa está prestando mucha atención, algo importante, estoy seguro, pero no puedo oírlos. Salgo detrás de Nova.

—¡Fuera de mi camino! —Ladro a los numerosos cambiaformas que se interponen entre mi pareja y yo.

Todos me miran a mí, su rey ausente e inadecuado. Estoy seguro de que después del drama que se ha desatado esta noche, todos están deseando que nunca hubiera hecho acto de presencia. Que hubiera seguido desaparecido.

—¡Muévete! —Gruño con frustración, apartando a la gente de mi camino.

¿Tenía que elegir la noche más ajetreada del año para desaparecer?

No entiendo su rechazo después de lo que hemos compartido, y me escuece, pero no puedo dejarla escapar.

Aún recuerdo la primera vez que la vi. Por eso sé que será imposible encontrarla.

Nova es una cazadora.

8

—•—

Nova

El rey alfa ha puesto una alerta de persona desaparecida para mí, y ahora cada cambiaformas de Ciudad Cambiaformas me está buscando.

La ciudad es pequeña y todo el mundo se conoce. Eso significa que todo el mundo sabe cómo soy.

Oí la primera palabra cuando estaba a medio camino de mi destino.

Agazapada en las sombras, oí a un grupo de varones vestidos con el uniforme de la Fuerza, la policía de Ciudad Cambiaformas, hablando de la recompensa que ofrecía por traerme ilesa.

Ahora me están cazando como a un animal. ¿Tienen mi olor como los perros? A veces, el olor de los compañeros se mezcla y se convierte en uno, pero Atlas y yo sólo estuvimos juntos una noche.

¿Es suficiente?

Supongo que el rey no se toma muy bien el rechazo. No es que lo culpe.

Dioses, ¿irme como lo hice después del sexo que tuvimos? Las mujeres probablemente se lanzan a él por la oportunidad de pasar una noche con el rey, no se largan a la primera oportunidad que tienen. Como hice yo.

Corro lo más rápido que puedo, pero todas las manadas de Ciudad Cambiaformas quieren ganarse el favor del rey ausente. Siento que hay ojos sobre mí dondequiera que vaya. Alguien siguiéndome de cerca en todo momento.

Ningún lugar es seguro.

Sobre el papel, todas las especies de la Ciudad Cambiaformas están en paz y mantienen una alianza.

La academia de la Fuerza forma parte de esa alianza, pero también significa que soy libre de ir a cualquier zona de la ciudad, atravesar las puertas de cualquier manada, y nadie debería darme muchos problemas.

Pero la manada encargada de proteger la frontera está al otro lado de la ciudad. Su alfa está enemistado con el rey.

Alguna que otra disputa infantil que se ha prolongado hasta la edad adulta.

Agacho la cabeza y no hablo con nadie, pero es sólo cuestión de tiempo que alguien me detenga o que mi loba se apodere de mí.

Ya lleva mucho tiempo encerrada, pero haber estado con su compañero la tiene más contenta que nunca.

En cualquier caso, tengo que darme prisa.

Por lo general, el clima de Ciudad Cambiaformas me parece perfecto. La mayoría piensa que hace demasiado calor, pero yo siempre me he sentido a gusto.

Sólo ahora puedo sentir mi calor comenzando.

Los calambres no se parecen a nada que haya sentido antes. Son dolorosos y me hacen parar de vez en cuando para acurrucarme sobre mí misma. A estas alturas, no paro de sujetarme el estómago mientras corro. Sé que tengo fiebre por cómo me duele la cabeza, y cada vez es peor.

Estoy ardiendo por dentro. Y sólo hay un rey alfa que puede hacerlo mejor.

Y acabo de desairarlo.

Un pie delante del otro. Eso es lo que me digo a mí misma. Es todo lo que tengo.

El sudor hace que el pelo se me pegue a la cara en mechones desgreñados. La arena es incómodamente gruesa entre los dedos de mis pies.

Tropiezo con uno de los ríos gemelos de lava, uno de mis pies se hunde en la lava y hace que el río sisee y escupa chispas. Pero no me duele.

El fuego siempre me deja indemne.

Sin embargo, ha sido una idea terrible y me acabo de dar cuenta. Mi cabeza delira cuando llego a la manada a la que me dirijo.

Nadie me detiene, pero las fosas nasales de los guardias se encienden como si pudieran oler mi calor. Uno de ellos inclina la cabeza hacia su amigo y le dice algo que no logro entender.

Mierda.

Oh, esta ha sido una terrible, horrible idea.

¿En qué estaba pensando? Un celo normalmente hace que los cambiaformas masculinos actúen como locos.

Todos pueden oler cuando una hembra está en celo.

Necesito alejarme aún más que aquí, y eso significa hacer lo impensable y abandonar Ciudad Cambiaformas.

Hay normas que lo prohíben, pero a estas alturas me da igual. Ahora sé la respuesta a la pregunta de en qué estaba pensando, y es que no estaba pensando. Tenía miedo y pánico, y hui, y todavía me siento así.

El muro que rodea la ciudad no está vigilado. Nadie sería tan estúpido como para abandonar este refugio seguro que nuestros alfas han trabajado tan duro para crear para todos nosotros.

Nadie excepto yo.

Miro hacia la muralla que sólo rodea tres lados de la ciudad. La pared trasera de nuestra ciudad está formada por el volcán más grande de los tres a cuya sombra vivimos. Ese volcán es también el origen de los infames ríos gemelos de lava que fluyen constantemente por Ciudad Cambiaformas.

Sin embargo, no hay forma de que pueda escalar este muro.

—¡No tienes elección, Nova! —Siseo para mis adentros con feroz determinación.

Si soy lo bastante testaruda para huir del rey, también lo soy para llegar hasta el final. No importan los peligros desconocidos fuera de la ciudad.

Tal vez debería haber dejado la ciudad hace mucho tiempo. Quizá todos estén más seguros sin mí. Fuera de la ciudad, no hay nadie a quien mi maldición pueda dañar.

Un pie delante del otro, tengo que hacerlo.

Otro calambre me golpea antes de que pueda siquiera empezar a escalar la pared. Este es gigante comparado con los anteriores y casi me hace caer de rodillas. Hago una mueca y me muerdo un nudillo para no gritar.

Tal vez el dolor es lo que impide que mi loba se apodere de mí, pero es demasiado.

Tengo que parar. No puedo más.

Pero esos guardias... ¿qué decían esos guardias? Me han reconocido, lo sé.

Un pie delante del otro, aunque puedo sentir que alguien me sigue.

Cazándome. Ansioso por la recompensa de mi famoso compañero.

—Eres la reina —dice una voz detrás de mí.

Doy vueltas y mi vista se nubla, todo se vuelve borroso. —No —murmuro, parpadeando para aclarar los ojos.

Mis pies se detienen. ¿Cuándo se me han parado los pies? Me llevo una mano a la cabeza para que deje de dar vueltas.

Mi vista se aclara lo suficiente para ver los ojos rasgados del macho que me ha sorprendido intentando huir de la ciudad.

Es el enemigo de mi compañero.

9

—•—

Atlas

Busco a mi pareja en la Ciudad Cambiaformas, siempre en mi forma lobuna.

El mamut lobo plateado con el que comparto piel está tan furioso como yo.

Nova corrió, y no como una manera linda de perseguirme. Se fue justo cuando su celo se disparó.

Está vagando sola, y sin mi mordisco para reclamarla como mía, mi lobo se está volviendo loco. Los recuerdos me asaltan. La primera vez que vi a mi compañera, en cuanto la vi, me obsesioné.

Fue hace unos seis meses. La nota que recibí era anónima. A día de hoy, no sé quién la envió ni qué significaba.

El enemigo está dentro, era todo lo que decía con una ubicación y una hora.

La Ciudad Cambiaformas no tiene enemigos. Tenemos paz con las brujas y los vampiros que los Dioses trajeron aquí antes que

nosotros. Algunos incluso se refugian en Ciudad Cambiaformas en lugar de esconderse en las zonas circundantes que prefieren los de su especie.

Los Dioses nos trajeron aquí para colonizar este mundo, pero sólo han pasado cincuenta años. Hemos pasado la mayor parte del tiempo construyendo nuestra ciudad.

Nunca ha habido ningún problema con fuerzas externas ni ningún indicio de que existan. Por lo que sabemos, el mundo está desierto, salvo las especies que los Dioses trajeron aquí, así que no tengo ni idea de a qué enemigo se refiere la nota.

Pero hace tiempo que he fallado a los cambiaformas como rey. No quería fallar más. En ese momento, sabía que podía ser una broma o una travesura, pero pensé que lo correcto era investigar.

Hay muchas cosas en las que no soy el mejor rey, pero esto, pensé, podría hacerlo. Ese día, meses atrás, me puse en camino con la intención de averiguar a quién se refería la nota.

Y si hubiera algún peligro, lo habría eliminado sin dudarlo para mantener a salvo a mi pueblo.

Cuando llegué al Bosque de las Mordeduras, el lugar escrito en la nota sin firmar, nunca habría imaginado lo que encontraría.

Una joven cazadora estaba llegando al borde del bosque. Lo llamamos el Bosque de las Mordeduras, pero los árboles no están vivos. No de una forma ordinaria. No hay vegetación en ellos, sólo ramas cenicientas como huesos que salen del bosque lo suficiente como para casi rozar la cara de la hembra. Era como si los árboles y el bosque se aferraran a ella. Llevaba el pelo largo y negro trenzado a la espalda y los ojos concentrados y llenos de acero.

Pensé, *Seguro que no quiere entrar*. Pero lo hizo. Entró en el Bosque de las Mordeduras sin dudarlo.

Nova estaba tan hermosa ese día como en el rito de apareamiento. Se adentró en aquel bosque armada hasta los dientes. Dagas, cuchillos, incluso una ballesta.

Y cuando salió, tenía varios animales sacrificados en la mano y la cara llena de sangre.

Era salvaje y exquisitamente inexpresiva, incluso con sangre en las manos.

Nunca he conocido a una hembra que cace. Aunque algunas de ellas eligen ir a la escuela y unirse a la Fuerza, las cambiaformas no suelen molestarse en aprender esas habilidades, dedicando su vida a criar cachorros para que la población de Ciudad Cambiaformas pueda crecer.

Pero Nova no se inmutó, como si ya lo hubiera hecho mil veces.

Ese fue el momento en que comenzó mi fijación.

La esperé aquel primer día, olvidando la nota, resistiendo el impulso de morderme las uñas como solía hacer cuando era un chico joven, nervioso y empollón. Al cabo de un tiempo imposible, Nova salió del bosque que todo el mundo evita por lo peligroso y desconocido que es.

Sin cicatrices. Sin una marca en ella.

Esta pequeña cazadora se convirtió en uno de mis diversos estudios en los que me obsesiono, algo que tengo que resolver o que no me dejará dormir el resto de mis días.

Así que cuando Nova dejó el Bosque de las Mordeduras, la seguí.

Su olor era muy específico, destacándome mucho más que el de cualquier otra cambiaformas. Limón y sándalo. Algo floral mezclado.

En el fondo de mi mente, sabía lo que ella era en ese momento, quién era para mí. Normalmente, sólo los olores de los compañeros se llaman entre sí.

Después de nuestra conexión en el rito de apareamiento, no puedo creer que se fuera. Nuestro vínculo de apareamiento se manifestó. Tuvimos el mejor sexo que he tenido nunca.

Y sí, el incendio fue desafortunado y confuso, pero no me importa esa tableta polvorienta. Me importa Nova y por qué huyó de mí cuando ha quedado claro que estamos predestinados.

Hay rastros de su inolvidable aroma incluso ahora que la busco por la ciudad.

Primero voy a su casa, de la que conozco la ubicación por todo el tiempo que pasé observándola. Y sí, después de ese primer día, volví una y otra vez. No podía parar.

Normalmente esperaba fuera del bosque cuando ella entraba, deseando poder seguirla y vigilarla. Pero si me hubiera adentrado en esos bosques todas esas veces que Nova estaba cazando, todas las presas que Nova había ido a cazar allí habrían sentido al depredador supremo entre ellos y se habrían largado.

Así que esperaba fuera del bosque y la seguía a casa después de su cacería.

Salió todas las veces. Me aseguré de que llegara bien a casa y me fui, con cuidado de no quedarme mucho tiempo.

La dominación de un alfa puede sentirse por designaciones inferiores, y en ese momento, yo no estaba preparado para alertar a mi pareja de mi presencia.

Algunos lo llamarían acoso. Pero técnicamente, según la ley cambiaformas, mi compañera me pertenece y yo a ella. ¿Y quién no

vigilaría una pertenencia tan preciada?

Ahora sólo hay niños pequeños en casa de Nova. Sin duda se quedaron en casa porque no tenían edad para asistir al rito de apareamiento, acurrucados junto al fuego y esperando a que su madre regresara de las fiestas

Nova acaba de cumplir la mayoría de edad hoy. Así es como supe que debía acudir a este rito de apareamiento cuando hacía tanto tiempo que no me presentaba a nada.

Fui esta noche sólo para reclamar a mi compañera.

Mi lobo aúlla y levanta la cabeza, cabreado al ver que su compañera se ha ido. Pero la verdad es que debería haber sabido que mi compañera era demasiado lista para venir aquí.

Me hierve la sangre al pensar en todas las formas en que voy a castigar a Nova por huir. Todas las cosas que voy a hacerle. Se me pone la polla dura solo de pensar en cómo voy a hacerla suplicar.

Hago una lista mental mientras busco en todos los lugares que sé que frecuenta.

El sol acaba de despuntar en el horizonte cuando recibo la noticia de la última persona que esperaba de que Nova ha sido sorprendida intentando escabullirse de Ciudad Cambiaformas.

Mi enemigo tiene a mi compañera.

10

—·—

Atlas

—Me imagino que no podías mantener a raya a tu pequeña compañera omega. ¿Necesitabas que lo hiciera por ti? —Se burla el cambiaformas serpiente.

—Tienes tu recompensa. —Pateo arena roja con los pies impacientemente—. ¿Por qué sigues aquí? ¿Qué quieres? —pregunto sin preámbulos.

Ni siquiera le concedo el respeto de invitarle a entrar, no es que ninguno de los dos quiera entrar en esta casa en particular.

Demasiados malos recuerdos.

Así que juntos nos quedamos fuera de mi casa, en el arenoso camino de entrada, uno frente al otro. Todavía hay restos de la fiesta tirados por el suelo. Nadie se ha molestado en limpiarlo.

No es que vaya a estar aquí mucho más tiempo, y Serge es una de las únicas personas que sabe por qué evito este lugar como la peste.

Supongo que es irónico que mi enemigo sepa más de mí que nadie.

Dicho enemigo, Alfa Serge, se ríe. —¿Qué te hace pensar que quiero algo?

—No tenías por qué traerla de vuelta —señalo con cautela.

—Tienes razón; no tenía por qué.

—¿Y qué quieres? A cambio de la chica, Nova —aclaro antes de que esta conversación pueda ir a más.

Tararea, ajustándose la chaqueta. —Es bastante extraordinaria, lo reconozco. —Sus ojos se entrecierran y se vuelven rasgados para hacerme saber que su serpiente está a punto de salir a jugar—. Pero ni siquiera yo me meto con los asuntos de los Dioses.

Frunzo el ceño. La mala sangre entre el alfa de las serpientes y yo se remonta a mucho tiempo atrás. Ganar el título de rey significó matar a mi propio hermano. No importa que se suponía que yo nunca iba a estar en la carrera, y mucho menos ganar todo el asunto.

Alfa Serge amaba a mi hermano como si fueran de la misma sangre. Ahora me odia por haberle quitado la vida a mi hermano. A veces, me pregunto si me odio a mí mismo más que él. Pero el juramento que hizo de matarme algún día flota en el aire entre nosotros cada vez que nos cruzamos.

El único hecho que nunca le haré saber es que si alguna vez lo consiguiera, me lo merecería. Al cien por cien.

—¿Los Dioses? —Pregunto, ya aburrido de esta conversación.

Después de la forma en que se fue después de que conectamos, estoy ansioso por llegar a mi pequeña compañera rebelde.

—Los Dioses son los que ordenan las parejas predestinadas. Y sabes que aquí, en Ciudad Cambiaformas, respetamos a los Dioses al

máximo. —Extiende sus manos, con las palmas abiertas hacia el cielo—. Después de todo, ellos son la razón por la que estamos aquí.

—Sí, sí.

Serge pone los ojos en blanco. —Encontrarás a tu compañero ilesa en una de las celdas de abajo. —Hace un gesto desdeñoso con la mano y comienza a alejarse.

Aprieto los dientes ante la insubordinación y aprieto los puños. No le he despedido.

—Metiste a mi compañera en una celda. —Mi voz llana le hace tomarse una pausa.

Se encoge de hombros. —No sabía dónde más. De todas formas, al final tendrá que responder ante el Consejo Alfa. La reunión ya ha sido convocada...

—Necesito un momento con ella —le digo.

La puerta chirría al abrirse y Alfa Serge sacude la cabeza mientras sale riéndose para sus adentros.

—Más que un momento, diría yo —murmura, sin duda aludiendo al hecho de que Nova está en celo—. La reunión es dentro de una semana, justo antes del comienzo del semestre —responde.

Pero no hago ningún movimiento para liberar a Nova de la celda una vez que está fuera de mi propiedad. Por mucho que odie que mi compañera esté ahí abajo, me meto las manos en los bolsillos y miro al cielo.

El sol está empezando a ponerse. Por lo que sé, Nova empezó su celo ayer. Así que para esta noche, mi compañerita estará en pleno celo, desesperada por aliviarse.

Y para pagarle por correr como lo hizo, voy a dejar que sufra un poco antes de darle lo que necesita.

11

—•—

Atlas

Dura más de lo que esperaba.

Es bien entrada la noche, y ya he roto tres objetos diferentes sintiendo cómo se calienta por dentro.

La luna brilla en lo alto y baña la noche de luz plateada.

Y por fin oigo a Nova gemir una palabra una y otra vez.

—Atlas —dice—. ¡Atlas! —suplica—. ¡Atlas! —grita.

Una lenta sonrisa se dibuja en mi rostro.

—Tomaos la noche libre —les digo a los guardias fuera de las mazmorras. Sonríen y se marchan enfurruñados.

No debería haber testigos de lo que estoy a punto de hacerle a Nova.

Mis zapatos chasquean contra las escaleras que me llevan a las mazmorras. No tengo costumbre de tener prisioneros, ya que nunca estoy aquí, así que están vacías salvo por Nova.

Puedo oler su dulce excitación contaminando el aire. Es como si estuviera en todas partes.

Cuando llego a su celda, miro a través de los barrotes de la ventana de su puerta.

Mi polla se pone dura al verla arrodillada en medio de la celda, con los brazos encadenados a la espalda en plata, la cabeza colgando tanto que el pelo negro le cubre la cara.

Su piel está manchada de suciedad y sudor, y está tan desnuda como siempre. Oigo el jadeo de su respiración superficial.

Dioses, ¿por qué esta chica no puede encontrar ropa? Me va a volver loco. Mi bulto palpitante está haciendo fuerza dolorosamente contra mis pantalones.

Saco la llave maestra del bolsillo y abro la puerta.

Levanta la cabeza y se abre. Nuestras miradas se cruzan y le sonrío con maldad. —Bueno, bueno, bueno —le digo.

Nova se queda sin aliento. —Has venido.

Cierro la puerta tras de mí con un fuerte portazo. —¿Me llamaste?

—Gracias a los Dioses —gimotea, frotándose los muslos y arqueando la espalda para que sus pezones duros como piedrecitas sobresalgan hacia mí. Parece una invitación a que se los pellizque.

Tiro la llave por encima del hombro y miro a mi compañera como diciendo: "*Sí, estás encerrada aquí conmigo y no hay salida".*

Pero no creo que mi compañerita quiera correr ahora.

Nova hace un mohín cuando me tomo mi tiempo para acercarme a ella. Sus ojos se desorbitan cuando me detengo ante ella, con mi

erección a la altura de sus labios carnosos. Parecen hinchados, como si se los hubiera estado mordiendo.

Me agacho y pellizco uno de sus pezones tan fuerte como puedo.

—¡Ah! —Nova grita, pero su excitación brota por sus muslos.

Chasqueo la lengua, retuerzo el pezón con la mano y alzo la barbilla hacia ella. —¿Me has llamado? —Vuelvo a preguntar.

Es casi como si quisiera recordarle *que se lo ha buscado*.

—¡Sí, mi rey! —jadea ella, con el rostro muy ruborizado—. ¡Por favor! Necesito...

Suelto su pezón de entre mis dedos y ella suelta un suspiro.

Considero su pecho y luego le acaricio el otro pezón. —¿Qué necesitas? —Pregunto, manteniendo mi voz casual y uniforme.

—¡A ti! —grita.

Frunzo los labios, sacudiendo la cabeza como si fuera a negárselo.

Poco sabe ella que soy incapaz de negarla. Pero ya que corrió como lo hizo, la haré sudar un poco.

—Estás en celo —digo, y no es una pregunta, pero Nova asiente enérgicamente. Siento que los calambres la atraviesan más violentamente con cada oleada y sé que si no recibe mi polla, y pronto, sufrirá mucho.

Levanto las cejas hacia ella. —Si te follo ahora, Nova, nos haremos un nudo.

—Lo sé —respira.

—¿Y todavía quieres que te dé esta polla, nena?

Ella gime y sacude la cabeza, con los ojos agitados como si le costara mantener la consciencia a pesar de la necesidad abrumadora que siente. —No quiero que lo hagas—dice.

Mi corazón se hunde. Los ojos de Nova se clavan en mí febrilmente.

—*Necesito* que lo hagas, Atlas.

Frunzo el ceño. —*Ahora te necesito, Atlas*.

Nova gimotea. Le clavo un dedo, incapaz de contener por más tiempo mi enfado con ella. Mi paciencia se rompe como un hilo. —Huiste de la ciudad mientras estabas en celo. Todos los machos de Ciudad Cambiaformas podían olerte.

—¡Lo siento! —grita.

Las implicaciones de lo que podría haber pasado deben de estar calando en ella porque seguro que calaron en mí cuando estaba perdiendo la cabeza buscándola.

Me quito el cinturón de un tirón y Nova me mira con ojos cada vez más abiertos. Me desabrocho los pantalones y me quito la ropa interior al mismo tiempo.

Me pongo en pie y me elevo sobre Nova. Mi compañera está gloriosamente desnuda.

Me acaricio una vez, frotando la mano arriba y abajo con dureza, casi con violencia. Nova observa cada uno de mis movimientos con envidia, como si deseara que fuera su mano.

—¿Estás lista para tu castigo, Nova?

Y que me jodan porque mi compañera asiente con demasiadas ganas.

12

—•—

Nova

Atlas es una obra de arte, hecha por algún artista experto, estoy segura. Su cuerpo está tonificado y lleno de cicatrices de años de lucha.

Se arrodilla entre mis piernas, me abre los muslos y me recorre la pierna con la nariz.

Jadeo.

—Tan sensible, tan receptiva —tararea, estudiando mi cuerpo con diligencia—. Quiero estudiarte. Aprender lo que te hace gritar —dice con fascinación antes de que sus ojos se oscurezcan—. Pero por ahora...

Mis dedos se hunden en su pelo mientras inclina la cabeza y me lame el centro, probando mi excitación. —Dioses —jadeo.

Desliza un dedo por mi raja y lo mete dentro de mí, y yo me agito contra él. —Solo estamos tú y yo, nena —me dice, y sus palabras vibran contra mi clítoris hinchado.

Tiene un tono oscuro en la voz, como si siguiera enfadado conmigo. Dioses, ¿se va a desquitar conmigo a través del sexo?

Espero que lo haga. Sube la otra mano y me pellizca el pezón rígido.

—Atlas es el nombre que deberías gritar —sugiere mientras añade otro dedo. Me acaricia una y otra vez, y mi excitación forma una gruesa capa alrededor de sus dedos.

—Atlas —jadeo, arqueándome hacia él, cabalgando sobre sus dedos.

—Buena chica —dice, su lengua se arremolina sobre mi clítoris mientras mete los dedos, golpeando mi punto G.

Una y otra vez hunde sus dedos en mi interior, añade un tercero y me estira. Es casi como si me preparara para recibir su enorme longitud. Con ese movimiento, combinado con su lengua, ya estoy a punto de llegar al clímax.

—No te mereces correrte después de lo que acabas de hacer —gruñe—. Sabías que yo era el único que podía darte lo que necesitabas, y aun así huiste. ¿Ser traviesa y huir de tu rey te hace mojarte, compañera?

Gimo algo ininteligible. Atlas hunde más los dedos y se aparta mientras mi excitación cubre los bordes exteriores de su boca.

—Respóndeme cuando te pregunte algo, Nova.

—¡Sí! —Grito.

Sonríe malvadamente, sus dedos se mueven más rápido. —Pero te encontré. Otra vez. Así que ya sabes lo que significa. —Sus dedos se deslizan fuera de mí y jadeo al perderlos de repente.

Y estaba tan cerca de encontrar mi liberación.

—Atlas —gimoteo—. Necesito más.

—Lo sé, nena, lo sé. —Atlas se levanta, lamiéndose los dedos—. De rodillas —ordena, con la polla en una mano.

Podría decirme que hiciera cualquier cosa y yo obedecería si eso significaba que me follaría.

¿Cuándo me había vuelto tan necesitada?

Me arrodillo ante el rey.

—Buena chica.

Me coge el pelo con una mano y coloca su polla junto a mi boca. El calor se extiende en lo más profundo de mi vientre.

Le miro a través de las pestañas, con los ojos brillantes de excitación. Me da un golpecito con la punta en los labios y yo abro la boca, saco la lengua y lo pruebo.

Atlas gruñe. —Joder, Nova —jadea, deslizando su longitud en mi boca expectante.

Mueve las caderas, haciendo ruidos de agradecimiento mientras me folla la boca. Sus palabras me llenan de orgullo.

Mi compañero empuja con más fuerza, obligándome a tomar más de su longitud.

—Estás chorreando por las piernas, nena —gime echando la cabeza hacia atrás—. Jodiste y te excitaste chupando mi polla, ¿verdad?

El placer se ha apoderado de mí demasiado como para poder responder. Gimo de forma ininteligible. Se me escapan lágrimas por las comisuras de los ojos. Paso la lengua por su miembro, añadiendo las manos mientras sigo cogiéndolo.

Sus ruidos guturales me animan mientras chupo su enorme longitud.

Atlas emite un gruñido de advertencia antes de sacármela del todo, soltándome el pelo de su puño. Me levanta y mis piernas rodean su cintura, con la punta peligrosamente cerca de mi entrada.

Me besa mientras me acuesta. Estos besos son diferentes de alguna manera.

Significativos.

Me agarra la cadera con una mano, su tacto me magulla mientras me sujeta. Me coge las manos y me las pone a ambos lados de la cabeza, nuestros dedos se deslizan juntos, se unen mientras hunde su polla en mi interior.

Me llena tan completamente que gimo alrededor de su boca.

Atlas se retira del todo, sólo para volver a empujarme con más fuerza.

—Dioses, te sientes tan jodidamente bien, Nova —gime—. Nunca podría tener suficiente de este pequeño coño apretado.

Sus elogios me hacen poner los ojos en blanco.

Impone un ritmo implacable y no puedo evitar pensar que esto es algo más que sexo. Quizá sea porque es mi compañero o quizá por mi calor, pero este sexo parece de otro mundo. Me siento como si estuviera a dos segundos de unirme a las estrellas en lo alto del mundo, como si yo también fuera nada más que luz y magia.

Atlas me aparta el pelo de la cara y me mira a los ojos. —Mírame a los ojos cuando te folle, Nova.

Me sostiene la mirada mientras me folla, y creo que esa es mi perdición.

Los ojos son las ventanas del alma, por eso la gente suele evitar el contacto visual, pero Atlas me deja ver su alma mientras él mira la mía.

La euforia me recorre como un cohete mientras mis ojos se cierran. —¿A quién perteneces, Nova?

—A ti, mi rey —suspiro, con el orgasmo apoderándose de mí en una oleada masiva y abrumadora.

Las caderas de Atlas se detienen mientras derrama su semilla dentro de mí, encontrando también su liberación. —Recuerda eso.

13

—•—

Nova

Puedo sentir su polla hinchándose dentro de mí. El nudo empieza a formarse.

—Atlas —gimo—. Joder, eres tan grande, cariño.

Es casi demasiado grande y no sé cuánto más podré aguantar.

Orgasmo tras orgasmo se apoderan de mí. Toda la mazmorra se ilumina con llamas a nuestro alrededor, pero cada vez que se acercan, Atlas se limita a fruncir el ceño y dirigirles su dominio. Siento que su poder apaga las llamas.

¿Es el rey tan dominante que incluso puede controlar mi fuego indomable?

—Nova —gime mientras su polla se hincha aún más. Crece mientras sigue moviéndose dentro de mí como si nunca fuera a parar.

Como si fuéramos a estar juntos para siempre.

Atlas me besa descuidadamente, balanceando sus caderas contra las mías mientras su polla crece más y más, enterrándose dentro de mí. Sus ojos están encendidos de frenética necesidad, y en ellos veo un tinte de desesperación.

Casi como si... tuviera miedo de perderme otra vez.

Es otra máscara que se disuelve ante mis ojos, algo que se le ha escapado en la agonía del placer. No creo que quisiera dejarme ver esa punzada en sus ojos, pero aun así la he visto.

De algún modo, me dan aún más ganas de someterme a él. Al menos, cuando hago el amor con mi pareja, puedo dejar que me domine como ambos deseamos en secreto.

Aunque Atlas parecía enfadado conmigo por haberme escapado y me follaba como si lo estuviera, ahora veo que en realidad era el miedo lo que impulsaba sus brutales embestidas dentro de mí.

Una vez que el nudo está completamente colocado, las caderas de Atlas se quedan quietas. Los dos jadeamos y estamos empapados de sudor y semen. Me mira y me coge la cara con las manos.

—Joder, te sientes tan bien, Nova —jadea—. Mírame. —Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy mirando las palabras y las imágenes tatuadas en su pecho.

Se está iluminando por dentro como estoy segura de que yo también lo estoy. Es la luz de la luna del vínculo de pareja entre nosotros, cada vez más fuerte.

Le miro, sintiéndole dentro de mí, pero a la vez no. Es como si, al anudarme con Atlas, se hubiera convertido en parte de mí. Me acaricia la mejilla y baja la boca hasta el pliegue de mi cuello.

Me muerde la garganta, no tan fuerte como para romperme la piel, pero sí lo bastante como para hacerme moratones. Me chupa la piel

sensible mientras con la otra mano me toca el pezón casi distraídamente. Los dos respiramos con dificultad.

Siento que floto y Atlas es lo único que me ancla a la realidad. Así que me aferro a él aunque sé que no puedo quedarme.

En la bruma de mi calor, es fácil fingir con él. Aunque sólo sea por ahora.

—Nova. —Dice mi nombre una y otra vez mientras seguimos unidos por el nudo y el vínculo se solidifica entre nosotros a cada segundo que pasa. Debería pararlo, pero no creo que pueda.

¿Cómo se detiene algo así? Es como intentar detener un desastre natural.

No lo sabes. Sólo esperas sobrevivir.

—Ahora eres mía. En esta vida y en la siguiente. Y si alguna vez vuelves a huir, harías bien en recordarlo.

Es extraño cómo acompaña cada amenaza con un beso en algún lugar íntimo. Lo único que puedo hacer es asentir y dejar que me posea, a cada centímetro de mí.

Lo necesito.

—Eres tan jodidamente sexy cuando gritas mi nombre —murmura, acariciándome el cuello con la nariz—. Así es mi chica, deja que el mundo sepa a quién perteneces. Que todos los cambiaformas de la ciudad sepan que eres mía. Y la próxima vez que huyas, Nova... —Se mete entre nosotros y desliza la mano por los fluidos que nos salen a los dos.

Jadeo.

Su polla sigue fundida dentro de mí. Atlas me golpea el clítoris hasta que otro orgasmo me atraviesa.

—No seré tan amable —gruñe mientras me corro con su nombre en los labios.

14

—•—

Nova

Mi calor dura así cuatro días enteros con sus noches.

Nos quedamos en esa mazmorra, follando como animales. En todas las posiciones, de maneras en las que ni siquiera sabía que podía doblar mi cuerpo, con los grilletes y sin ellos. Por mucho que no pueda saciarme de él, la polla de Atlas nunca se ablanda. De alguna manera se mantiene sólida como una roca, dándome exactamente lo que necesito.

Y una hembra cambiaformas necesita a su compañero durante su celo de la misma forma que todos necesitamos aliento en nuestros pulmones.

Tampoco quiere salirse de mí. Nos perdemos tanto el uno en el otro que nos olvidamos de cuidarnos, nos olvidamos de comer, y para cuando se me pasa el calentón lo suficiente como para permitirlo, apenas puedo moverme.

Atlas se viste para traernos comida, y estoy tan dolorida que sólo puedo verle marchar. Aunque me ha quitado los grilletes y este sería el momento perfecto para desaparecer, estoy demasiado débil para

mantenerme en pie y mucho menos para correr más rápido que el rey alfa.

¿Y acaso quiero hacerlo? Me encontrará donde quiera que vaya.

Lo ha dejado absolutamente claro. Ese es el pensamiento que retumba en mi cabeza cuando se va.

Recuesto la cabeza. Mi calor ha sido tan intenso que apenas he podido dormir. Cada vez que me he acostado en los últimos cuatro días me ha despertado un calor abrasador en mi interior que sólo mi rey alfa puede saciar.

Me quedo dormida mientras se va y me despierto con sus manos en mi cuerpo. —Sí —digo somnolienta, dándole permiso para que me toque.

La coge. Siento su polla rondando mi entrada mientras su cuerpo se curva alrededor del mío por detrás. Una de sus manos me aprieta la cadera y la otra juega con mi pecho.

Me mojo pensando en él tocándose al verme desnuda y dormida, con mi cuerpo completamente satisfecho de nuestro tiempo juntos.

—Métemela —ronroneo, todavía a medio camino entre estar dormida y despertarme.

—Te necesito, nena —gime mientras se desliza hasta el fondo.

Estoy muy cansada, pero me siento tan bien. Intento despertarme del todo, pero mi cuerpo está demasiado agotado. Ahora que ha pasado el calor, es como si mi cuerpo se estuviera recuperando de la falta de sueño que he tenido.

Me besa el cuello. —Duerme si quieres —dice—. ¿Puedo seguir mientras sueñas?

—Sí —digo mientras cierro los ojos.

—Joder, ya estás tan mojada para mí —gime Atlas—. ¿Estabas soñando con mi polla, nena? El sexo es bueno incluso en tus sueños, ¿verdad, Nova?

Y entonces acelera el ritmo, y sé que no puedo volver a dormirme. No del todo, pero floto en el estado de ensoñación mientras me folla, utilizando mi cuerpo para su propio placer como yo quiero que lo haga.

De algún modo, el rey me hace llegar al orgasmo incluso cuando no estoy del todo despierta.

Y me encanta cada segundo.

Cuando terminamos, me siento lo suficientemente descansada como para levantarme y comer algo.

Atlas se pone los pantalones, pero no se los abrocha. Mis ojos se detienen en las líneas en forma de V que bajan hasta su ingle, con pequeños hilos de vello negro.

Sale de la mazmorra, vuelve y deja una bandeja de comida y una jarra de algún tipo de vino sin dirigirme la palabra. Después de las salvajadas que acabamos de hacernos, ya no nos dirigimos la palabra.

Esta mañana, su polla se despegó de mí con un chasquido. Se me escapó una cantidad vergonzosa de fluidos, pero Atlas se agachó, los cogió con las manos y me los volvió a meter. Todo esto mientras mantenía un contacto visual muy agudo y deliberado conmigo.

Era casi como si estuviera tratando de decirme algo. Que dejar su semilla enterrada en mí era otra forma de reclamarme.

Cuando casi he terminado de comer, Atlas se quita las migas de los pantalones y me mira. Hemos estado sentados en silencio, con el aire cargado de palabras no dichas entre nosotros.

No me había dado cuenta, pero la máscara ha vuelto a sus ojos. Me trago el último bocado.

—Vamos —ordena.

—¿Eh?

—¿Eh? —se burla, agachándose y poniéndome en pie. Atlas pone los ojos en blanco—. Puede que te haya sacado de la cárcel, pero tienes una reunión con el Consejo Alfa para responder por tus crímenes. —Me mueve el pelo hacia un hombro, chasqueando la lengua en tono de advertencia, y el corazón se me acelera.

—Puedes cambiarte y ducharte en el baño del calabozo, pero luego tenemos que irnos o llegaremos tarde —dice. Entonces sus ojos se entrecierran—. Has sido una chica muy, muy mala. Has roto las reglas, Nova. Ni siquiera yo estoy por encima de eso.

Pues que me jodan.

15

—•—

Nova

El martillo golpea el bloque de madera y quiero taparme los oídos para tapar el ruido.

—Nova Crescent, se te presenta hoy ante el Consejo Alfa para responder por un crimen de la mayor gravedad. Como sabes, traspasar las fronteras de la Ciudad Cambiaformas hacia el territorio inexplorado que hay detrás es ilegal.

Bostezo y me tapo la boca con una mano. El Consejo Alfa consiste en una habitación mal ventilada en un oscuro edificio de Ciudad Plateada. Una mesa alta y larga de madera se extiende por la habitación ante mí, y el escudo de las cinco especies de cambiaformas está estampado en la pared detrás de los cinco alfas que están sentados a la mesa.

Los cinco alfas de Ciudad Plateada me miran desde la altura de sus asientos. Uno de esos ojos rojos brillantes me clava la mirada más que los demás.

Atlas se sienta en un asiento ligeramente más elevado que sus compañeros alfas, señoreando sobre todos ellos con la corona de

obsidiana que lleva en la cabeza. Esa corona, junto con la tinta que rodea sus ojos, le da un aspecto llamativo.

No puedo mirarle sin recordar el castigo que ya me impuso por mi insolencia.

Así que evito sus ojos e intento no pensar en todas las locuras que nos hicimos anoche.

—Sí, sí, demandadme —comento. Tal vez mi insolencia me consiga una audiencia más corta. De todos modos, actuar como si todo me importara una mierda es mi única forma de contrarrestar mi maldición.

Actúa cuando me preocupo demasiado, cuando tengo sentimientos. Así que los apagaré. Ahora que mi celo ha terminado, debería ser bastante fácil.

Hasta que empiece de nuevo.

—Señorita Nova —chasquea el Alfa Serge, el alfa que me devolvió a mi compañero—. ¿Entiende que este mundo está plagado de volcanes?

En eso tiene razón. A las afueras de la Ciudad Cambiaformas, en la lejanía, hay una vista de lo que parecen cientos de volcanes que surcan la tierra. Un barrio de volcanes. Cualquiera puede verlos con sólo mirar por su ventana desde la altura adecuada. Son numerosos e inexplorados.

—Algunos de ellos están inactivos y otros activos, pero sin los equipos de investigación adecuados, nos resulta imposible determinar cuáles son. Como tal...

Gimo en voz alta ante el sermón en que se está convirtiendo esto. El rey me lanza una mirada que estoy segura que ha derribado imperios y puesto de rodillas a reyes.

Le devuelvo la mirada.

Alfa Serge emite un sonido de frustración, agarrando la mesa que tiene delante. —Estoy seguro de que eres consciente de que las normas que tenemos en vigor son para tu seguridad. Los territorios fuera de Ciudad Cambiaformas no han sido debidamente investigados y registrados. Podría haber muchos peligros...

—Pues regístralos —interrumpo rotundamente. Enarco una ceja ante la cara de estupefacción del Alfa Serge.

Todos los alfas, incluido mi compañero, me miran como si fuera una idea novedosa. Sé que había planes para hacerlo antes de que Atlas se convirtiera en rey, pero en su ausencia, nada ha sucedido realmente en ese frente.

Pongo los ojos en blanco. —Entonces, ¿cuál es mi castigo?

La lengua bífida de Alfa Serge sale y vuelve a entrar. Algunos de los demás abren la boca ante mi indignada pregunta. Me atrevo a mirar a mi compañero y veo que sus sensuales labios se curvan con diversión.

Si se parece en algo al castigo que ya me dio Atlas, mi vagina está en serios problemas.

El alfa de los cambiaformas de oso se aclara la garganta. —Señorita Nova... —Se interrumpe, mirando a sus compañeros alfas como si buscara su ayuda. Todos se encogen de hombros como si tampoco tuvieran idea de qué hacer conmigo—. Bueno, ya que técnicamente eres reina...

Le corto inmediatamente antes de que pueda haber una verdadera confusión. —No soy la reina.

Me mira mal. El rey aprieta la mandíbula, el único signo externo de la tensión que siente en su interior.

—Pero... —empieza a protestar otro de los alfas.

Con las manos en las caderas, le interrumpo también, desesperada por quitarme esto de encima. —Tonto por tu parte suponerlo, amigo. Que vieras al rey reclamarme la noche del rito de apareamiento no significa que acepte. Tengo todo el derecho a negarme.

Atlas se pone en pie y su gruñido rasga el silencio. Lo miro desafiante, con la barbilla levantada. Trato de imitar a mamá, a su espíritu libre y obstinado como un toro.

Entonces digo las palabras oficiales deliberada y claramente. —Yo, Nova Crescent, rechazo a Atlas Shadowmoon como mi pareja.

El lazo de luz de luna en mi pecho parpadea como una pregunta.

Todos los alfas se enderezan. Todos evitan mirar a Atlas. Se esfuerzan tanto por no mirarle que es casi cómico.

Pero mi compañero no les presta atención. Me mira a mí. Lentamente se hunde en su silla, reclinándose tanto que creo que se va a caer.

Levanto la barbilla a pesar de que quiero derrumbarme ante él y retractarme, rogarle que me perdone por rechazarle tan públicamente. Pero es por su propio bien.

Todo se vuelve tenso y silencioso. Podría oír caer un alfiler en el silencio.

Todos estamos esperando que pierda la cabeza. Todos sabemos que va a pasar. Sólo que no sabemos cuándo.

Al final, la única reacción de Atlas es echar la cabeza hacia atrás, aullando de risa.

Miro boquiabierta al rey. Es tan poco serio para el rechazo monumental que acabo de soltarle.

Parece que mi compañero no acepta mi rechazo.

16

—•—

Nova

Todos los alfas bajan la cabeza en señal de sumisión.

Miro a Atlas con el ceño fruncido, pero su expresión no cambia.

—¿Y ahora qué? —exijo, pero todos me ignoran.

—Es tu compañera —murmura el alfa de los cambiaformas oso.

Y tu problema. Las palabras no dichas flotan en la cámara del consejo.

—¿Mandarla a la Academia le complacería, mi rey?

Los ojos de Atlas, que se han clavado en mí con esa mirada acerada, se iluminan con perversa alegría ante la idea de que yo esté en la despiadada escuela de adiestramiento de cambiaformas. Todos los graduados pasan a formar parte de la Fuerza, compuesta por todas las especies de cambiaformas y destinada a actuar como una especie de policía de Ciudad Cambiaformas.

En todo caso, es una muestra de unidad entre las distintas especies de cambiaformas, ya que hay muy poca delincuencia en Ciudad Cambiaformas.

—Sí —tararea. Se cruje el cuello y se flexiona—. Creo que sí. —Asiente al alfa que lo ha sugerido, que por el pelo que le corre por la espalda es el alfa de los cambiaformas león—. Creo que sería un gran activo para la Fuerza con algo de entrenamiento.

—¡Gracias por preguntarme lo que quiero! —exclamo, levantando las manos en señal de derrota.

Nadie contesta, y algunos de los alfas del Consejo incluso me miran como diciendo que tengo suerte de tener esta opción.

La mayoría de la gente ni siquiera se molesta en intentar saltarse las normas y salir de la ciudad sin permiso porque el miedo a lo desconocido es muy grande.

Es un mundo relativamente nuevo el que estamos descubriendo y, si he de ser sincera, los alfas tienen razón. Cualquier cosa podría haber ahí fuera.

Atlas se queda pensativo. —No está obligada a servir en la Fuerza cuando pasen los cuatro años, pero creo que algo de entrenamiento y disciplina son necesarios —dice el rey, sonriéndome diabólicamente.

—¿Todos a favor? —Atlas llama a votación antes de que pueda decir una palabra en mi defensa.

¿Y qué es una omega en una habitación llena de alfas? Un coro de "síes" resuena en la sala.

Una sonrisa lenta y burlona tuerce los labios de Atlas. —Entonces está decidido —dice con un simple gesto de la mano. Alguien vuelve

a golpear el mazo antes de que pueda expresar la réplica que se me está formando en la cabeza.

Y sin más, me condenan a la misma escuela a la que iba a ir de todos modos. Las cosas parecen seguir cerrando el círculo.

Pero no es ir a la Academia lo que me molesta. Estaba deseando escaparme allí y, con suerte, aprender más sobre mi maldición y dominar el control sobre las emociones que la desencadenan. No sé qué es lo que me hace diferente de cualquier otra cambiaformas de la ciudad. Pensé que podría averiguarlo en la Academia.

Es la forma en que Atlas me ha ordenado ir lo que me saca de quicio. Aunque sospecho que esa es la razón por la que lo ha hecho.

Es casi como si las parejas predestinadas tuvieran una lista oficial de todos los botones que apretar para volver loca a su pareja.

Los alfas salen uno a uno y los cuatro gigantes me miran.

Le lanzo al rey mi mirada más fulminante. —Eres un puto bruto horrible —escupo antes de que los alfas se hayan ido del todo.

El último de ellos me mira con ojos muy abiertos e incrédulos. Estoy segura de que nadie habla así al rey y sigue vivo.

—Soy lo que siempre soñaste y nunca te permitiste admitir que querías —responde despreocupado sin perder el ritmo.

Y que me jodan si no está en su sitio. Él comprueba todas mis partes, todas las partes que ni siquiera sabía que tenía. Las retorcidas y oscuras.

Atlas pasa a mi lado como si yo no estuviera allí. Ni siquiera me mira, y eso me pone de los nervios. Sé que no debería enfadarme, que no debería dar pábulo a mi maldición, pero fuera del sexo, que me den órdenes así me enfada.

—Te odio —siseo.

El aire se desdibuja en el lugar donde estaba, y de repente lo tengo delante, con la mano alrededor de mi garganta, los alargados colmillos de su lobo al descubierto en la carne sensible de mi cuello, donde me tiembla el pulso. Parece que va a morderme.

El mordisco de un compañero es permanente y sellador. Se detiene a un pelo de mi garganta y gruñe. Suelto un suspiro que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Sus ojos carmesíes recorren mi cuerpo de una forma que me hace retorcerme.

Inclina la cabeza hacia un lado, con voz grave y suave. —Estabas cantando una canción diferente la noche del rito cuando tu pequeño y apretado coño estaba lleno de mi polla.

—Esa era la magia del rito. Habría jodido a cualquiera. —Hago lo que puedo para mantener la voz uniforme y los latidos de mi corazón firmes.

Un depredador como mi compañero alfa sentiría el cambio inmediatamente. Olería la mentira.

—¿Ah, sí? —Me lame el cuello y me estremezco.

Dioses. Sabe que estoy mintiendo. Sabe que es el único que quiero, el único en el que no puedo dejar de pensar.

Y cuando estaba en celo, él era el único que podía calmar ese deseo ardiente en mí.

—¿Y qué hay de los últimos días? —pregunta.

Me retuerzo contra él, un rubor me sube por el cuello. —Ese fue mi calentón. Fue divertido y todo, pero...

—Nova. —Mi nombre sale de su boca como un gruñido profundo. Siento como si las vibraciones me llegaran directamente al corazón. Sus ojos son tan oscuros como el cielo antes de que una tormenta sacuda el mundo—. Deja de mentirme y de mentirte a ti misma. Ya no es bonito.

Dioses. ¿Es posible que la voz de alguien te haga llegar al orgasmo?

—¿Crees que te rechazo por ser guapo? —Le respondo.

Abre la boca.

Se me ocurre una idea. Si finjo enfadarme, no me preguntará más sobre el rechazo. Es la mejor estrategia. Darle la vuelta a la tortilla.

Tóxico pero efectivo.

—¿Por qué? —Casi siseo, con las manos cerrándose en puños—. ¿Porque nadie rechazaría nunca al rey alfa buenorro? ¿Las mujeres siempre se bajan las bragas por ti? Bueno, a pesar de los recientes acontecimientos, yo no soy una de esas mujeres.

Su rostro casi se arruga por la devastación. No es la primera grieta en su dura máscara, pero sí la más reveladora.

Incluso el rey alfa tiene una vulnerabilidad. Y soy yo. Soy su punto débil.

—Nova —dice suplicante—. Ahora bien, aunque es sorprendentemente tierno ver tus manitas cerrarse en pequeños puños ineficaces, definitivamente no era mi intención.....

Hago un gesto despectivo con la mano, que sólo parece enfurecer aún más al rey. —¿No has oído lo que he dicho? —Exijo—. Yo. Te. Rechazo. A ti. —Esta vez se estremece al oír las palabras, quizá porque estamos solos o porque las digo con más dureza de la que pretendo.

Siempre estoy haciendo eso. Ser más mala de lo que siento en el momento. Mi madre solía decir que era un mecanismo de defensa.

Para mantener a la gente lejos.

Esa indiferencia se instala el rostro del rey una vez más, sólo que ahora está teñida de una fría ira. —Eso es lindo, pero no.

Parpadeo. —¿Qué quieres decir con "no"?

Atlas me coge por ambas muñecas, y me recuerda a cuando estaba esposada al suelo y él me cogía una y otra vez mientras estaba en celo. Su tacto es suave cuando me acerca. Sus ojos palpitan de poder y dominio cuando me enseña los dientes en la cara, como si fuera el rey.

—Ya me has oído, Nova Crescent. Yo —pone una mano burlona sobre su pecho, capaz de pellizcarme las muñecas con una sola mano—, Atlas Shadowmoon, no acepto tu rechazo.

Estoy tan enfadada que no veo más que rojo. ¿Quién se cree que es?

Bueno, es el rey. Pero aún así.

—¡Suéltame! —Intento liberarme, pero su agarre bien podrían ser grilletes de plata por lo imposible que me resulta recuperar las manos.

—No se puede. Tú, mi fogosa compañera, eres lo que llamamos un riesgo de fuga. —Atlas se encoge de hombros, pero hay picardía bailando en mis ojos—. Ibas a ir a la escuela de todos modos. Ahora yo te escoltaré.

El rey está cabreado porque hui de él la segunda vez.

Supongo que si hubiera querido, habría tenido el poder de cancelar toda esta audiencia del Consejo Alfa. Pero ha dejado que continuara para castigarme.

Y enviarme a la escuela es su forma de vigilarme sin hacerme sentir que está forzando nuestro vínculo. No es que pudiera forzar el vínculo si quisiera. Si una hembra omega no está dispuesta, no hay forma de que un alfa se una a ella.

Entonces me asalta el significado de sus palabras.

—Espera —digo frunciendo el ceño—. ¿Cómo sabías que iba a ir a la Academia?

Atlas tuerce los labios. —Lo sé todo sobre ti, Nova —dice con voz aterciopelada. Hay algo en su tono que me tranquiliza, como si le hablara a un conejo acorralado.

¿Cuánto tiempo he sido su presa?

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza demasiado rápido, demasiado revueltos. Siempre he sentido que alguien me observaba, incluso *le he visto* una o dos veces en el último año. Pero nunca imaginé... nunca pensé ni por un segundo que...

¿Que era el rey quien me observaba? No me extraña que su olor me resultara tan familiar.

Atlas me lanza una mirada significativa y me suelta deliberadamente las muñecas.

No dio indicios en la reunión de que supiera de mi maldición. ¿Cuánto ha visto? Me alejo de él a trompicones. —Tú…

Pone los ojos en blanco y se aleja. Como si mi reacción a su acecho fuera demasiado mundana, demasiado predecible.

El rey inclina un dedo sobre su hombro, la corona de obsidiana aún descansa ligeramente sobre su cabeza. —Ven, Nova.

17

—•—

Nova

Resoplo al ver la cabalgata del rey. —Me imagino que tienes uno de estos.

Doy unas palmaditas en la piel de la criatura mamut. Técnicamente hay un cambiaformas dentro de esta magnífica criatura. No hay muchos de estos, y oficialmente se consideran osos, por lo que caen bajo el dominio del alfa de los cambiaformas oso.

Pero son más grandes que el oso medio. Sólo los alfas cabalgan sobre estas bestias y sólo cuando tienen que recorrer una gran distancia.

Atlas me mira secamente mientras me levanta por las caderas y me coloca fácilmente encima de la gigantesca bestia negra. Resoplo cuando se acomoda detrás de mí. El oso se encabrita sobre sus patas traseras, y casi salgo despedida.

Mis manos se agarran instintivamente a la piel del oso para sujetarse.

Atlas se ríe, me rodea la cintura con un brazo y me rodea con otro para acariciar al oso.

—¿Por qué no nos transformamos para viajar a la escuela? —gruño.

—Riesgo de fuga —me recuerda Atlas mientras el oso se pone en marcha, dejando muy atrás la casa del rey y Ciudad Plateada.

Cuando me voy, me doy cuenta de que nunca entramos en la casa de mi compañero. Estuvimos en la cámara sagrada y en las mazmorras, pero nunca entre las paredes de cristal de su casa.

Me pregunto por qué será.

El oso emite gruñidos ásperos mientras viajamos, pero se las arregla para moverse con bastante rapidez para un cambiaformas de su tamaño.

—¿Por qué rechazaste el vínculo? —Atlas rompe el silencio, en voz baja como si temiera ser escuchado.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome? —disparo al rey sin volverme a mirarle.

En lugar de eso, me concentro en el camino que tengo por delante. Miro los ríos gemelos de fuego que corren como arroyos gemelos por toda la tierra, conectando todas las pequeñas comunidades de Ciudad Cambiaformas.

Y aunque no puedo verlo, casi puedo sentir cómo Atlas pone los ojos en blanco.

Me abraza con fuerza y mira al cielo como pidiéndole paciencia. —¿Observándote? —pregunta sin inmutarse.

—Acosándome. —Hago un gesto con la mano—. Como quieras llamarlo.

Lanza una carcajada. —Te he estado vigilando desde el momento en que te vi entrar sola en el Bosque de las Mordeduras.

Suspiro. —Sí, eso se llama acosar, colega.

—¿No has oído lo que acabo de decir? —gruñe—. Te metiste en el Bosque de las Mordeduras, un lugar al que nadie más va.

Ahora sí me retuerzo para fulminarle con la mirada. —¿Y?

Aprieta los dientes. —Así que alguien tenía que asegurarse de que salieras.

Me burlo. —Estaba perfectamente bien.

¿Cómo puedo preguntarle cuánto vio sin levantar sospechas?

Atlas asiente. —No me quedé mucho tiempo, sólo hasta que llegaste a casa. Considéralo una escolta real.

Su pulso no cambia. Su ritmo cardíaco no se acelera. No está mintiendo. Si dice la verdad, es probable que se fuera antes de ver mi maldición.

—¿Por qué hiciste eso? —Pregunto, sin saber si quiero oír la respuesta.

—¿Por qué? —ladra—. ¿Quieres la verdadera respuesta? ¿Quieres oírme mentir y decir que te cuidé porque parecía que nadie más lo hacía y me sentí mal por ti? ¿O quieres la verdad? ¿Que en cuanto te vi me obsesioné con lo especial que es Nova Crescent? Que yo sólo. No podía. Parar.

Aprieto los ojos.

Sus labios están junto a mi oreja. Su mano serpentea desde mi cintura hasta el bajo vientre. Hay algo en la forma en que coloca la palma de la mano sobre la suave carne, algo posesivo e ineludible.

—Porque la verdad es que, Nova —ronronea Atlas—, desde el momento en que te vi, no pude evitarlo.

Dioses.

Lo que describe es tan parecido a lo que yo siento por él. Cuando estoy cerca de Atlas, siento que tampoco puedo evitarlo.

Me tiembla todo el cuerpo mientras miro fijamente hacia delante, evitando el contacto visual y su abrumadora presencia.

El aroma de mi excitación se hace pesado y denso en el aire. Atlas lo huele y ríe entre dientes, con su pecho retumbando contra mi espalda.

Se sienta y me acaricia el pliegue del cuello con la nariz. —Dioses, hueles tan jodidamente dulce. Tan bien que me dan ganas de hacerte cosas malas, nena.

Mis ojos se cierran ante sus perversas palabras.

Se me ha pasado el calentón, pero el deseo que siento por él no ha disminuido. En todo caso, quiero estar con mi compañero más que nunca, sobre todo ahora que sé lo bien que se siente.

Cuanto antes acabe este viaje y lleguemos a la Academia, mejor. No tengo ni idea de lo que voy a hacer con mi vínculo de pareja con el rey, pero al menos tendré los cuatro años en la escuela lejos de su magnética presencia para averiguarlo.

18

—•—

Nova

Creo que he subestimado lo cabreado que está Atlas conmigo. Estoy bastante segura de que sus castigos están a punto de ser creativos.

Tardamos casi un día en llegar a la escuela de lo mucho que discutimos. El oso que cabalgamos nos deja a las tres cuartas partes del camino porque está harto de nuestra mierda.

Así que terminamos el viaje a pie. No hay sexo, sólo un elefante gigante en la habitación. Rechazar a un compañero es inaudito en Ciudad Plateada.

No me sorprendería ser la primera.

Supongo que rechazar al rey coronado tiene algunas repercusiones. Tal vez nunca lo olvide. Definitivamente, nunca me perdonará ya que no tengo intención de rescindir mi rechazo.

Cuando veo la escuela, quiero besar el suelo sobre el que se levanta. Técnicamente, la escuela precede a Ciudad Cambiaformas, la única estructura fuera del perímetro.

Un enjambre de serpientes cambiaformas salen por la puerta, con los ojos rojos.

Cada una de estas serpientes negras como el carbón es un alfa. Colgadas como están, las serpientes parecen los barrotes de una celda bloqueando el paso.

Sus lenguas se mueven en señal de advertencia mientras suben y bajan en diferentes ángulos. —¿Cuál es la contraseña? —empieza a decir uno de ellos.

Otra de las serpientes embiste con su cuerpo a la serpiente que hablaba.

—¡Idiota! —sisea—. ¿No reconoces a nuestro rey?

Atlas levanta los ojos. Todas las serpientes desvían la mirada e inclinan la cabeza en señal de sumisión. Sus ojos dejan de brillar y sus cuerpos se levantan para permitirnos el acceso a la sencilla puerta negra.

Se abre, y luego hay un puente de piedra que conecta con unas escaleras. Al final de las escaleras hay una puerta alta, la entrada al sencillo e imponente edificio de piedra que es la escuela.

Atlas me acompaña a través de la puerta con una mano en la parte baja de la espalda. Mi cuello se dobla para mirar a las serpientes mientras paso por debajo de ellas.

Sus cuerpos escamosos están enroscados alrededor de la barra, con los ojos cerrados. Deambulo por el puente, observando a mi alrededor.

Ahora que he cruzado la puerta, los veo. Hay cambiaformas por todas partes, colgando de la caja torácica de lo que debió ser una bestia gigante. Cada hueso abarca el puente, extendiéndose sobre mi cabeza.

Se me cae la boca de asombro. He estado imaginando la escuela como un santuario, un lugar donde podrían estar todas las respuestas a mis preguntas.

Cuando en realidad, parece aterrador.

Varios ojos me observan, parpadeando desde las sombras cuando salgo del puente. Solo cuando se abre la puerta de la Academia me doy cuenta de que Atlas no ha cruzado el puente conmigo.

Sigue al otro lado.

Sonríe cuando se cierra la puerta. Debería alegrarme, pero ¿por qué me da náuseas verle marchar?

Acabamos de conocernos y ya me he acostumbrado a estar con él. Ya estoy deseando su compañía.

Justo antes de que el rey desaparezca, juro que le veo mover los dedos hacia mí.

19

—•—

Nova

Esta es la fiesta de bienvenida más rara de la historia.

Al otro lado de la puerta de madera ordinaria hay una fila de lo que supongo que son los profesores titulares.

Sin embargo, no estoy del todo segura, ya que lo que ocurre dentro de esta academia no es exactamente conocido. Todo lo que sabemos es que los cambiaformas entran en la escuela, y cuando salen, *si es que* salen, nunca vuelven a ser los mismos.

Hay media docena de cambiaformas mayores en fila, todos con los mismos aburridos trajes plateados, incluso las dos mujeres mayores.

Una de las mujeres se presenta como la profesora Angela. Se sale de la fila y me pasa un brazo por los hombros. Intenta sonreírme, pero lo único que consigue es hacerlo con los labios apretados.

—Bienvenida a la escuela, Nova. Estamos muy contentos de tenerte con nosotros...

Sus palabras se ven interrumpidas por un agudo chirrido procedente del sombrío pasillo que hay detrás de los profesores. Todos nos giramos para ver a un anciano que sale rodando en una silla que chirría con cada movimiento.

Su barba grisácea es tan larga que casi le llega al regazo, y tiene profundas arrugas en la cara. Es muy raro ver signos de envejecimiento en un cambiaformas. Solemos vivir mucho tiempo, si no para siempre, si no nos mata la plata.

Sus ojos nos examinan a todos. Esta inspección se hace mientras está medio lúcido. Su silla se detiene ante mí y la profesora Angela.

Me aprieta el codo pero se dirige al anciano. —Profesor Ash...

Le tiembla la nariz. —¿Quién es este chucho? —El profesor Ash me mira de arriba abajo sin que parezca que ve gran cosa.

Los ojos de la profesora Angela se vuelven en redondo. Ella y los demás profesores se miran y murmuran al oído como si el profesor Ash estuviera loco y ellos fueran los únicos que lo saben.

Como no sé quién es mi padre, el nombre que me puso me inquieta. Por lo que sé, yo podría ser sólo eso. Un chucho.

Los otros profesores no le hacen caso. Está claro que todos piensan que el profesor Ash está loco.

Tal vez lo esté.

Pero tal vez no lo esté.

La profesora Angela dice algo despectivo a los demás profesores y me aparta del hombre de la silla rodante. —Las clases no empiezan hasta pasado mañana —me explica mientras caminamos—. Así que tendrás un poco de tiempo para instalarte.

Asiento con la cabeza mientras me conduce por una escalera a la izquierda de la entrada. Las escaleras suben por todo el edificio, los cincuenta pisos.

La profesora Angela me explica que la mayoría son dormitorios, pero algunos son aulas, oficinas, gimnasios de entrenamiento y la biblioteca más extensa de Ciudad Cambiaformas.

Ahí es donde tengo que averiguar cómo llegar. La biblioteca podría tener las respuestas a todas mis preguntas.

—Se te dará un horario de clases, y voy a llevarte a tu habitación asignada ahora mismo —está diciendo la profesora Angela cuando vuelvo a sintonizar con ella—. Tu compañera de cuarto ya debería estar allí.

Me detengo y casi tropiezo al subir las escaleras. ¿Compañera de piso?

La profesora Angela me mira desde unos pasos más adelante con preocupación en los ojos.

—¿Hay alguna manera de que pueda tener una habitación para mí sola? —Consigo preguntar.

Una compañera de piso no es más que otra persona a la que puedo hacer daño si mi maldición hace de las suyas y resulta que está demasiado cerca. Que si vivimos juntas será todo el tiempo.

La profesora Angela frunce los labios. —Puedo investigarlo, pero por ahora tendrás que compartirlo. —Me dedica una sonrisa que no ayuda a calmar mis nervios.

Pero todo lo que puedo hacer es seguirla.

Mi habitación está en el sexto piso, así que no es muy arriba. Las paredes, las escaleras y los techos son del mismo color plateado que

los trajes de los profesores.

No hay adornos, salvo el escudo de las cinco especies de cambiaformas estampado en cada superficie. También es el mismo escudo que lleva la Fuerza cuando se han graduado y salen a patrullar Ciudad Cambiaformas.

Se supone que esta escuela es una prueba del significado detrás del escudo, que los cambiaformas son más fuertes juntos que separados. Que estamos destinados a trabajar juntos, como lo hacen los cambiaformas en la Fuerza. Que todos juntos podemos lograr mucho más.

La habitación que da a mi puerta está rotulada con letras negras, como todas las demás puertas idénticas de los dormitorios que se extienden por el pasillo. En la mía pone 6 C en letras grandes.

Se abre de golpe antes de que la profesora Angela pueda llamar.

—¡Hola! —Una cambiaformas alta me mira. Tiene el pelo rubio sucio, casi dorado, y los ojos plateados como los míos.

Omega.

—Hola —dice la profesora Angela, y cuando ambas me miran expectantes, me maldigo en silencio por mi falta de habilidades sociales.

Nunca se me ha dado bien hacer amigos ni conservarlos. Es casi más fácil no hacerlo.

—Srta. Aylin, ella es la Srta. Nova, su nueva compañera de cuarto. —La profesora Angela arquea una ceja hacia Aylin—. ¿Confío en que le enseñarás los alrededores y la tomarás bajo tu protección? ¿Le enseñarás los entresijos de la escuela?

Aylin asiente enérgicamente. —Sí, profesora Angela —asiente, dedicando al profesor una dulce sonrisa.

—Bien. Espero veros a las dos el lunes para mi clase.

—Enseña historia —me susurra Aylin conspiradoramente.

La profesora Angela me da un último apretón tranquilizador antes de empezar a dejarme a solas con mi nueva compañera de habitación. —¡Oh, espera! Casi lo olvido. —Se vuelve hacia mí—. Tu compañero hizo traer algunas de tus cosas.

Ni siquiera pensé en traer nada. Pero Atlas lo hizo. Parece que pensó en todo.

Que me traiga mis cosas es increíblemente considerado.

—Si necesitas algo más, dice que uses el dinero que te dejó.

Yo empiezo. —¿Qué dinero? —Mis mejillas empiezan a calentarse al sentir que Aylin me observa con curiosidad.

Probablemente se esté preguntando quién es mi compañero que puede dar órdenes en la facultad y dejar bolsas de dinero.

La profesora Angela señala por encima de mi hombro hacia el dormitorio. —Deberíais estar todos con vuestras cosas. —Sus ojos centellean divertidos antes de dejarnos.

Parpadeo mirando a Aylin, esperando a que me bombardee a preguntas.

Lo único que hace es tirar de mí hacia dentro. —¡Entra, tonta! —chilla—. ¿A qué esperas? ¿Una invitación? *Es* tu habitación. —Aylin se ríe, el sonido como campanas tintineando.

Dejo que me lleve a la habitación donde permaneceré los próximos cuatro años mientras estudio y, con un poco de suerte, descubro los

misterios que se esconden tras mi maldición. Aún no sé qué hacer con mi vínculo con el rey, pero tiempo para descansar y resolverlo es más de lo que podría pedir.

Nuestro dormitorio es sencillo, con dos camas a cada lado de las paredes de color crema y una ventana entre ellas. La ventana da al puente que crucé para llegar aquí. Cuando me asomo por ella, casi espero que cierto rey alfa me esté observando como admitió que hacía cuando yo estaba cazando.

También hay dos puertas enfrente de las camas que supongo que son un armario y un cuarto de baño. *Qué bien que tengamos nuestro propio cuarto de baño*, pienso. Así será fácil correr a él cuando las pesadillas me asalten inevitablemente

El lado de Aylin de la habitación está decorado con arco iris por todas partes. Y quiero decir por todas partes. Pegatinas de arco iris, edredón de arco iris, posters y dibujos de arco iris clavados en la pared.

Mi lado es el liso, con una caja de cosas sobre el sencillo juego de edredón y sábanas negras. Y sí, en una sola caja caben todas y cada una de las cosas que tengo.

Ser una loba la mayor parte del tiempo significa que no tienes mucha necesidad de cosas.

Pongo los ojos en blanco mientras recojo el saco de oro de terciopelo que hay encima de mis cosas, sintiendo el tintineo de las monedas en su interior. Debe de ser el dinero que me dejó Atlas.

Aylin salta sobre mi cama y me mira.

—¿Qué? —Digo, sin poder evitar que salga a la defensiva.

Ella levanta las manos como si se rindiera. —Nada, es sólo que... —Me mira, mordiéndose el labio como si estuviera a punto de

estallar—. ¡Oh, estoy tan emocionada de tener una compañera de piso! —Da una palmada y patalea como una niña—. ¡Especialmente una tan guay y preciosa como tú! Quiero decir que vamos a divertirnos tanto y...

Aylin chilla mientras divaga sin parar. Pongo los ojos en blanco y resoplo ante muchas de las cosas que dice, pero disfruto con la energía alegre que desprende.

Y aunque seguro que quiere, Aylin no hace preguntas indiscretas.

Quizá tener una compañera de cuarto no sea tan malo después de todo.

20

—•—

Nova

—Has llegado a mitad de semestre —dice Aylin mientras me quita el horario de las manos, le da la vuelta y me lo devuelve—. Así que vas a tener todas las peores clases.

—Oh —digo tímidamente. No me extraña que fuera difícil de leer.

Decir que estoy emocionada por estar en la Academia sería quedarse corta. Aunque me preocupaba cómo se las arreglaría mi familia sin mi caza para todas nuestras comidas, siempre me hacía ilusión escaparme a esta escuela.

Hoy incluso me he tragado mi orgullo y me he puesto la ropa que Atlas había dejado en mi habitación.

Llevo mi vestido negro favorito y unas botas gruesas de color marrón oscuro que parecen desgastadas. El vestido es sencillo, pero me recuerda a casa. Siempre solía ponerme este vestido cuando conseguía volver a mi propia piel.

El verdadero accesorio es mi tatuaje. Este atuendo complementa los tatuajes que adornan la mayor parte de mi cuerpo.

No todos los cambiaformas se tatúan, pero los que lo hacen deben tener una gran tolerancia al dolor, ya que el proceso es especialmente incómodo. La tinta debe mezclarse con acónito, una hierba tóxica para los cambiaformas, para que su cuerpo resista la cicatrización del tatuaje.

Este conjunto es perfectamente revelador, también. No está mal que quisiera verme bien hoy.

Puede que sea mitad de semestre, pero es *mi* primer día.

Aylin se desvía a la izquierda de repente, pero todos los pasillos de piedra lisa de esta escuela me parecen iguales. Son tan ordinarios que casi hacen que este lugar parezca una prisión.

Y las aulas parecen celdas. ¿Y eso en qué convierte a los estudiantes? ¿En qué me convierte a mí?

—¿Adónde vais? —pregunto, mirando con curiosidad a derecha e izquierda a los estudiantes que nos esquivan. Nadie se detiene a hablar con Aylin; nadie ni siquiera saluda con la cabeza.

Ciudad Cambiaformas es pequeña, pero nunca he oído hablar de Aylin ni de su familia. Aunque ella no ha fisgoneado, así que yo tampoco lo haré. El papel que tengo en la mano se arruga cuando miro la lista de mis horas. No hay nombres de profesores, sólo números de aula que no significan nada para mí.

Todo es tan confuso. Sé que estaría perdida sin Aylin. Hay dos clases listadas para hoy en mi horario.

—Todas las omegas tienen la misma primera hora —explica Aylin. Se revuelve el pelo corto y atraviesa un par de puertas dobles.

Nos encontramos con un enjambre de hembras en cuanto entramos en el aula. Bueno, a mí me parece más un ring de entrenamiento.

Algunos hombres también se quedan, pero la mayoría son mujeres de ojos saltones que se agolpan junto a las puertas dobles. Todas miran lo mismo, con los ojos clavados, a veces susurrando y riendo, a veces en un silencio sobrecogedor

Y soy tan bajita que apenas puedo ver por encima de sus cabezas.

—La clase debe de haber empezado ya —dice Aylin mientras intenta escurrirse por los espacios entre algunas de las chicas.

Desde el lugar en el que ha conseguido meternos entre los codos de una persona y aún lejos de la parte delantera de la multitud, sólo puedo ver la ancha espalda del profesor y al cambiaformas tigre junto al que está agazapado. Lleva una sudadera negra con capucha y una manta gruesa en un brazo, probablemente para el omega si consigue volver a transformarse.

Teniendo en cuenta que es un omega, dudo mucho que se produzca la transformación.

Convencer a un omega que no quiere transformarse es casi imposible.

El otro lado de la pista de entrenamiento, que no es más que una colchoneta azul gigante en el centro de una amplia sala, está vacío.

En la esquina del fondo hay un sencillo escritorio negro. La mesa está ordenada y sin papeles sueltos. Hay una taza de café sobre su superficie y un solo cuaderno y un bolígrafo.

Sea quien sea este profesor, parece ordenado y organizado, si no un poco estricto.

Toda la clase observa, hablando entre sí, cómo el profesor engatusa al omega. No puedo oír su voz por encima del ruido.

Aylin se tapa la boca con la mano y me habla al oído. —Da permiso a la clase para hablar mientras enseña, para dar al omega una apariencia de privacidad.

Asiento con la cabeza distraídamente, aunque quizá sea lo más considerado que podría hacer un profesor. Dar al alumno un espacio seguro para aprender.

Quienquiera que sea el profesor parece tener una paciencia infinita. No hace uso de su dominación, aunque por su tacto, diría que es un alfa. Pero no importa, porque ésta es una clase llena de omegas, y las omegas son la única denominación que puede resistir la dominación de un alfa.

Así que no puede obligar al omega a transformarse. El omega tiene que esforzarse, tiene que desearlo con todas sus fuerzas.

El tigre que tiene delante mueve los bigotes. Su pelaje naranja y negro se desplaza y deforma en un lado de su cuerpo. Una pierna humana aparece antes de que vuelva a aparecer la pata del tigre.

Es evidente que el cambiaformas tiene problemas, pero el profesor no se da por vencido.

No oigo lo que dice, pero sigue hablando con el omega, sin hacer ningún movimiento brusco para tocar al tigre. Los ojos del omega hacen una mueca cuando mueve la cabeza y veo al macho luchando bajo la bestia.

Siento una gran simpatía por él y me animo a que triunfe.

Sé muy bien lo difícil que es dominar a la bestia que llevamos dentro.

El tigre vuelve a tomar el control. Se desploma como si hubiera terminado de intentarlo.

Nuestro profesor de esta clase se inclina hacia delante y le dice algo a la oreja puntiaguda del omega.

El tigre inspira profundamente y vuelve a intentarlo, aunque yo habría jurado que estaba a punto de rendirse.

Sus ojos se cierran y el pelaje se ondula una vez. La primera vez el cambio no se produce. La segunda vez sí, y la multitud de estudiantes reunida junto a la puerta aplaude. Un hombre desnudo jadea y el sudor le cae por la cara. Sus ojos caen alarmantemente como si fuera a desmayarse.

No puedo creerlo. Realmente lo ha hecho. Este instructor debe ser una especie de susurrador de omegas.

El profesor se levanta y deja caer una gigantesca manta gris sobre los hombros del jadeante cambiaformas tigre. Debe de estar agotado porque coge la manta con gratitud y dedica a sus compañeros una perezosa sonrisa.

—¿Quién es el siguiente? —dice el profesor, girándose por fin para mirar a su clase.

Y aunque no lo hubiera hecho, reconocería esa voz en cualquier parte.

Mi compañero me mira al instante, guiñándome un ojo. Atlas. Es el profesor de esta clase.

Supongo que los rumores sobre el rey escondiéndose en la Academia son oficialmente ciertos y confirmados.

Que Dios me ayude.

21

—•—

Nova

Atlas se pasa la capucha de su jersey negro por la cabeza. Su atuendo debería ser extraño: ¿una sudadera con capucha y pantalones de vestir? Pero a él... le queda bien.

Por supuesto, es una morena tetona la que se ofrece voluntaria para ser la siguiente.

—¡Puedo hacerlo, profesor! —ronronea mientras se abre paso hacia delante y hacia la colchoneta, con las tetas por delante—. Estaría más que feliz de ser voluntaria.

La forma en que mira a mi compañero me hace rechinar los dientes. Aylin me mira preocupada y se fija en mis manos. Al principio me pregunto por qué mi compañera de cuarto me mira ahí, pero luego lo noto.

He atravesado la carne de mis palmas con las puntas de mis garras, y la sangre recorre mis manos.

—¡Lo estás mirando como si no supieras que iba a estar aquí! —Aylin me grita al oído. Sus ojos se abren de horror—. ¿No sabías

que iba a estar aquí?

—Está bien —grito, aunque es cualquier cosa menos eso.

Estaba deseando ignorar mis problemas durante cuatro años, y ahora me han seguido hasta la Academia.

¿El compañero que rechacé es ahora mi profesor?

Dioses, ¿podría esto empeorar?

Justo cuando lo pienso, la morena pasa su mano por el brazo de Atlas, mirándome fijamente mientras lo hace.

Me hierve la sangre en las venas. Oigo los gruñidos sin darme cuenta de que proceden de mí.

Algunas de las omegas de mi clase empiezan a alejarse de mí y de Aylin por asociación. —Es ella. Es la reina.

Les oigo susurrar la palabra *reina* mientras intento controlar a mi bestia. No están hablando de mí. No puede ser.

Los monstruos no se convierten en reinas.

Y si no controlo mis celos, quemaré todo este lugar hasta los cimientos. El rey tenía un informe de personas desaparecidas por mí, así que no es de extrañar que todo el mundo sabe quién soy.

Sabían quién era yo mucho antes de ser la pareja del rey. Como he dicho, la Ciudad Cambiaformas es pequeña.

Todos saben que es *mi* compañero con el que la chica está flirteando.

Atlas aparta el brazo de su alcance y aparta los ojos de nuestro concurso de miradas. Apenas mira a la morena antes de asentir con la cabeza.

A la clase, le ladra en tono aburrido: —La próxima vez, alguien que no sea Amber, por favor.

Amber se sonroja, pero deja que la transformación la invada. Su loba es pequeña y parda, y tiene suerte de que la mía no haya salido porque nos comeríamos a la suya para desayunar.

Pasan por lo mismo que Atlas pasó con el tigre cambiante, sólo que a Amber le lleva mucho más tiempo.

Una parte de mí siente que la perra mezquina está prolongando todo el asunto sólo para llegar a mí.

Intento por todos los medios no perder los nervios, recordándome a mí misma y a mi loba aulladora que le rechacé y que no tengo derecho a estar sintiendo estas cosas.

Pero nada de eso cambia el hecho de que quiero despedazar a Amber miembro a miembro por estar siquiera cerca de mi pareja.

Cuidado llamita, se burla una voz suave y profunda en mi mente.

Genial, ahora Atlas está en mi cabeza. Aprieto los dientes. Me muerdo la réplica y opto por ignorarlo.

Me preguntaba cuándo aprovecharía esa pequeña parte del vínculo de pareja. No es necesariamente como leer la mente, sino más como una forma íntima de comunicación. Sólo los compañeros predestinados pueden comunicarse con la mente del otro.

Los demás alumnos de mi clase deben de percibir mi energía violenta porque me dan manga ancha. Incluso entonces, se sienten demasiado cerca. Puedo oír cada latido, cada vida que se verá afectada si pierdo el control ahora mismo.

Y hasta Aylin me lanza miradas nerviosas mientras se muerde las uñas.

Cuando ha terminado y Amber se ha transformado con éxito, la hora está a punto de terminar. Se ha tomado casi toda la clase.

Me parece bien. Menos tiempo para estar con mi compañero. Veo cómo le tira la manta sin siquiera mirarla. Tal vez él también sabe que ella está provocando esto.

Atlas es muchas cosas. Pero no es un idiota.

Amber no parece darse cuenta de su hostilidad. Le lanza su mejor mirada de ojos saltones y me mira a mí antes de intentar acariciarle de nuevo el brazo.

—Gracias, Atlas —exclama.

Atlas le agarra la muñeca y le enseña los dientes. —Es Profesor Shadowmoon para ti —escupe—. Y no me gusta lo que intentas hacer. —Sus ojos oscuros me miran y luego vuelven a mirar a Amber.

Amber hace un gesto de dolor y se sonroja.

Supongo que Atlas no tiene pelos en la lengua.

Me enderezo, sorprendida hasta la médula de que la haya llamado así. Y que parezca realmente enfadado porque ella intente hacerme sentir así intencionadamente.

Por lo general, los lazos de pareja son muy respetados entre los cambiaformas, pero cuando un rey está en juego, las hembras están obligadas a jugar sucio. Debería haber sabido que algo así pasaría tarde o temprano.

Especialmente después de rechazarlo tan públicamente. Es casi como si le dijera a cada mujer elegible, *no quiero a este sexy culo alfa; es todo tuyo.*

Varias miradas se posan en mí como focos. Pero llevo toda la clase ignorándolas, así que ya me resulta fácil mantener la mirada al frente

Es fácil mantenerle la mirada. De hecho, no podría apartar la mirada aunque lo intentara.

Atlas le tuerce el labio y le aparta la muñeca como si fuera vil y no pudiera esperar a no tocarla. Amber se lleva la muñeca al pecho, herida en más de un sentido. —Y trabaja en tu técnica —le espeta—. Es vergonzosamente descuidada.

Se me dibuja una sonrisa en la comisura de los labios. No puedo evitarlo. Amber me fulmina con la mirada mientras se reúne con el grupo de estudiantes. Apenas resisto el impulso de sacarle la lengua.

—Mañana empezaremos con nuestra nueva alumna —nos dice al resto, y la sonrisa se disuelve de mi cara sin más.

Estupendo.

Atlas me guiña un ojo en señal de desafío, delante de toda la clase. Supongo que las reglas normales contra las relaciones profesor-alumno no se aplican aquí.

Eso o a mi compañero no le importa lo más mínimo.

¿No es suficiente para Atlas que me sometiera a él en la cama? Ahora va a hacer que me someta también en la alfombra de entrenamiento, para afirmar su dominio en todos los terrenos.

Bastardo, gruño por el vínculo, sin querer alcanzar su mente. Pero es tan natural.

Sonríe por fuera, pero por debajo de nuestro lazo, sólo para mis oídos, hay una risita profunda y oscura que retumba mientras se aleja con las manos en los bolsillos.

Más ojos sobre mí, más susurros. Así es exactamente como no quería que fuera mi primer día. Sigue alejándose, con su espalda ancha retrocediendo.

—Se acabó la clase —lanza por encima del hombro como si casi se hubiera olvidado de que alguna vez estuvo en sesión.

Cierro las manos en puños y giro sobre mis talones, apresurándome a salir con el resto de la clase, sólo que no sólo voy a mi siguiente hora. A diferencia del resto de las omegas, yo me escapo.

Aylin se apresura a seguirme. Hay tantas omegas saliendo de la sala de entrenamiento que tardamos un rato, tanto que Aylin consigue alcanzar mi ritmo acelerado por el pánico.

—Vamos, vamos, vamos —repito en voz baja. Aylin mira por encima del hombro como si creyera que no lo vamos a conseguir.

—Esa no es la actitud que queremos —le digo con severidad, y sus ojos se disparan hacia delante.

—Lo siento, lo siento —murmura, aún sin sonar muy positiva.

Las puertas dobles por las que entramos son visibles ahora. Casi estoy fuera cuando oigo *su* voz. La orden en ella hace girar cada cuello.

—Nova. Quédate un segundo, ¿quieres? —dice Atlas.

Mis garras de loba se abren de golpe y mi control casi se rompe con ellas. La manada de estudiantes que me rodea se separa. Me enderezo. No me giro mientras respondo con los dientes apretados: —No puedo. Tengo clase.

Algunos de mis compañeros jadean. La multitud se ha detenido, y es sólo porque Atlas ha hablado. Parece que su voz es suficiente para detener el mundo entero.

Resuena, el dominio en la única palabra que pronuncia se impone sobre las cabezas de su clase. —¡Ahora! —truena el rey.

Y bueno, cuando lo dice así...

22

—•—

Nova

Unos pasos repiquetean contra el suelo de piedra mientras el resto de la clase acelera su salida. Tiene sentido. Una tierra de volcanes. Edificios de piedra.

—Usted también, señorita Aylin —añade Atlas, sacándome de mis pensamientos.

Aylin parece absolutamente horrorizada. Une sus dedos a los míos. —No voy a dejarla —dice, y juro que mi corazón crece tres tallas—. El director me dijo que la vigilara.

Atlas planta ambas manos sobre su escritorio, la envergadura de sus brazos llega casi hasta ambos extremos. —Señorita Aylin —advierte el rey.

Aylin se estremece, pero se mantiene firme. Siento cómo se descongela el cubito de hielo que es mi corazón.

Tal vez no todas las chicas son como Amber. Tal vez Aylin realmente podría ser mi amiga.

Le doy una palmadita en la mano, incómoda con tanta sensiblería. —Está bien, Aylin. Puedes irte. Estaré bien.

Me mira. —¿Estás segura?

Asiento con la cabeza y miro a Atlas. Él se limita a devolverme la mirada, plantando los pies y cruzando los gruesos brazos sobre el ancho pecho.

Esperando que le obedezcamos.

Dioses, ¿he encontrado a mi pareja o qué? Pensaba que era la persona más testaruda. Entonces conocí a Atlas.

—Estaré fuera —susurra Aylin mientras me aprieta el hombro.

Entonces se va, y casi desearía haber luchado más para que se quedara, aunque sólo fuera para poder tener una barrera entre mi compañero y yo. Una razón viva y palpitante por la que no puedo aprovechar la oportunidad de estar a solas con él y quitarle esa sudadera...

Atlas no hace nada para enmascarar su ira cuando estamos solos.

—¿Qué quieres? —pregunto rotundamente, todavía no complacida por este pequeño desarrollo.

No sólo es profesor aquí, sino que tengo que verle todos los días en clase.

Los ojos del rey me miran como si me hubiera visto desnuda. Y lo ha hecho. Muchas veces.

Esa mirada roja y ardiente se posa en mis labios. —Debemos tener clases particulares ya que tu control sobre tu loba es una mierda —anuncia—. Quería discutir un horario contigo.

Me burlo. —Eso es muy presuntuoso por tu parte, ¿no crees?

Arquea una ceja. —¿Cómo es eso? —pregunta con auténtica curiosidad.

Aunque parece una pregunta sincera, aprieto los dientes. ¿Todo en él tiene que ser tan sexy?

Me aclaro la garganta. —Que pensarías que estaría de acuerdo y que la conversación llegaría al punto de que tendríamos que "discutir un horario". —Uso los dedos para entrecomillar mis palabras.

Atlas se limita a encogerse de hombros, apoyándose contra la pared de piedra pálida y pateando con un pie sobre el otro. La punta de su pie descansa sobre la alfombra azul y el aroma de toda la ansiedad que supuso para las omegas controlar sus transformaciones flota en el aire a nuestro alrededor.

O tal vez sea *mi* ansiedad por estar a solas con mi pareja.

—*Estarás* de acuerdo —dice con franqueza.

Frunzo el ceño. —¿Por qué necesitamos clases particulares si tenemos esta clase?

No es que planee asistir ahora. Tengo que correr antes de lo que pensaba, especialmente si planea mostrar mi maldición destructiva mañana durante la clase.

Dioses, que él esté aquí realmente ha arruinado todo. Quiero decir... ya estaba todo jodido, ¿pero ahora?

Es diez veces peor.

Pone los ojos en blanco. —Ahora, con el poder compartido entre nosotros, tienes acceso a una fuente de poder mucho mayor...

Resoplo para mis adentros y él hace una pausa. Me doy cuenta de que cree que fue *su* poder el que provocó el incendio que destruyó

la tabla. Y aunque es totalmente posible, eso no es lo que ocurrió.

—No, gracias —digo frívolamente.

—No. ¿Gracias? —repite mi compañero con exagerada paciencia.

Mi barbilla se levanta obstinadamente. —No quiero clases particulares. Y menos contigo.

Atlas gruñe y vuelve a moverse a la velocidad del rayo. Solo que esta vez me lleva con él.

En cuestión de segundos estoy clavada al escritorio, doblada mientras me sujeta boca abajo contra él.

Es una muestra de dominio, dejándome completamente a su merced, pero me empapo con mi excitación. No hay nada más caliente que Atlas cuando se impone sobre mí.

Nada. Y no cederé.

Me empujo contra él, pero su mano se dirige a mi cadera. La otra se queda en mi nuca, y aprieta contra mí su endurecida longitud. —Adelante —gruñe, y su voz cambia a la de un lobo a mitad de camino—. Lucha conmigo todo lo que quieras. En realidad disfruto cuando lo haces.

—Estás enfermo —escupo.

Aunque yo también debo estar enferma porque estoy disfrutando muchísimo con esto.

—Sí, lo estoy —responde con toda naturalidad—. ¿Ya terminaste?

Suspiro y me quito un mechón de pelo de la cara. No tiene sentido luchar contra su fuerza imposible.

—Bien —dice Atlas con suficiencia. Luego se inclina hasta que su pecho me aprieta la espalda. Me aparta un mechón de pelo y me habla al oído—. Aclaremos algo, mi llama. Nada va a impedir que te reclame. Nadie, ni siquiera *tú,* me lo impedirá. Que me rechaces, aunque molesto y una mentira descarada, no va a detenerme si decido morderte y sellar el vínculo para siempre. *Eres mía*.

Tiro de él, apretando los dientes. Los ojos de mi loba parpadean en respuesta a la proximidad de su compañero. Quiere salir para dejarle hacer lo que ha dicho. Reclamarme. Morderme.

Dos cosas que no puedo permitir que ocurran.

—¿Soy tuya aunque no quiera? —pregunto, mi voz se eleva con frustración.

—¡Eres mía! —ruge—. Y cuanto antes lo aceptes, antes podrás empezar a disfrutarlo. Me aprieta con fuerza y yo gimo. Los ojos de Atlas brillan peligrosamente. —Deja que te explique algo, Nova.

Su mano pasa de mi cadera a mi cuello. Me quedo inmóvil, pero sus dedos flotan con suavidad hasta el pulso que palpita en mi garganta.

—¿Sientes esto? —exige—. Puedo sentir cuando tu pulso se acelera, cuando se ralentiza. Cuando mientes, tu pulso cambia. Y además de eso... —Me da un golpecito en la sien—. Estoy en tu cabeza, Nova. —Su voz se reduce a un susurro. —Sé cuándo estás mintiendo. Y me deseas tanto como yo a ti.

Se me cierran los ojos. Sabe que le oculto algo. Sabe que no quiero rechazarle.

Pero no cambia nada.

No digo nada, hago todo lo posible por controlar mi pulso aunque estoy bastante segura de que es imposible.

Atlas resopla enfadado. —Si quieres mentirte a ti misma, vale. —Se aparta y me arrastra con él. Jadeo cuando me hace girar para que me apoye en el borde de su escritorio—. Tu olor y esto lo dicen todo. —Me sube el vestido y me toca el centro con descaro.

Y los Dioses no hacen nada para detenerlo. Me arqueo contra su escritorio, mostrando más mi garganta para él. Sus dedos se deslizan por mis pliegues, así de mojada estoy.

Lo sostiene como prueba de su afirmación, y no hay nada que yo pueda hacer para refutarlo. Lo quiero.

Atlas gruñe.

Sus fosas nasales se encienden al oler mi excitación en el aire que nos rodea.

Sus ojos giran hacia mi nuca y me levanta contra él. Por reflejo, mis piernas rodean sus caderas. Baja la cabeza y me aprieta el cuello con los dientes.

Observo con los ojos muy abiertos cómo se alargan justo delante de mí. Gimoteo.

—¿Me vas a morder? —Las palabras salen sin aliento.

Su nariz me roza la garganta. Su voz es tan áspera y ronca que me transmite sacudidas de placer hasta el fondo de mi ser.

—Has sido una chica tan mala, tan mala, que debería hacerlo —ronronea Atlas. Gimo mientras frota la cabeza de su erección contra mi clítoris. Se ríe entre dientes—. Pero sé que puedes ser mi chica buena.

Suspira y se aparta, y yo casi vuelvo a gemir por su ausencia.

Al recordar lo que me rodea, salto de su mesa y me bajo el vestido hasta la mitad de la pantorrilla. Miro a mi alrededor con ansiedad.

¿En qué estaba pensando?

Cualquiera podría habernos sorprendido.

Atlas me agarra la barbilla con los dedos y me obliga a mirarle a los ojos.

—Cuando te muerda, Nova, será porque me lo has suplicado. —Un escalofrío me recorre la espina dorsal, y ¿por qué siento como si acabara de profetizar? Sus ojos se oscurecen hasta parecer llenos de nada más que oscuridad—. Ahora vete antes de que cambie de opinión y te folle encima de mi mesa para darte una lección —suelta.

Me muerdo el labio inferior y su atención se fija en él. —Hazlo —suelto, solo para ver si lo hace.

Esta es la definición misma de lanzar un anzuelo. Pero entonces, ¿por qué no tengo miedo?

Atlas enarca las cejas, sorprendido. —Te gustará —advierte.

Me encojo de hombros. —Probablemente. Pero seguiré rechazando nuestro vínculo.

Atlas se limita a poner los ojos en blanco y frotarse el entrecejo como si lo único que corriera peligro de provocarle fuera un dolor de cabeza enorme.

Levanto los pies y recuerdo que Aylin me está esperando. Pero antes tengo que decirle algo a mi compañero. —Gracias por enviarme mis cosas —digo a regañadientes, mirándome los pies en vez de a él.

En cualquier sitio menos a él.

El rey suspira y se apoya en su escritorio. El mismo escritorio en el que prometió "darme una lección". Nunca podré volver a mirar ese escritorio de la misma manera.

—¿Por qué percibo un pero en tus palabras? —dice en tono directo.

Enderezo los hombros. —Porque no quiero ni necesito tu dinero.

Atlas me mira con los ojos entrecerrados. —Técnicamente *es tu* dinero, ya que somos compañeros. Lo mío es tuyo y todo eso. —Niego con la cabeza, aunque eso es lo que dicen las leyes. Vuelve a suspirar—. El dinero es tuyo.

Le fulmino con la mirada y abro la boca para protestar.

—No seas difícil. Seguiré enviando más —dice obstinadamente.

Dioses, este hombre.

Decido dejarlo por ahora ya que parece que no va a ceder. También sé que técnicamente no tengo que usar el dinero, aunque podría usarlo para alimentar a mi familia... Me doy la vuelta para irme, no quiero irme pero tampoco quiero quedarme.

Soy un desastre.

Pero cuando llego a la puerta, dudo. Me giro y me encuentro con sus ojos clavados en mí con una mirada láser. Me mira expectante, como si percibiera las preguntas que se están gestando en mi cabeza

—¿Qué le dijiste al omega para ayudarle con su transformación? —Hago la pregunta que me ronda por la cabeza desde que empezó la clase.

Atlas sonríe suavemente y se aclara la garganta. Se detiene un segundo. —Se lo dije una vez más —respira.

Frunzo el ceño y me giro para mirarle de frente. —¿Pero cómo sabías que sería esa otra vez?

El rey se encoge de hombros, pero sus ojos son cómplices. —No lo sabía —dice sinceramente—. Pero eso es todo lo que hace falta.

No hace falta más. Por alguna razón, las lágrimas me escuecen y rompo el contacto visual.

—Sólo una vez más —vuelve a decir.

Asiento con la cabeza y me doy la vuelta. Abro la puerta y empiezo a salir de su clase y a alejarme de mi compañero sin decir ni una palabra más.

Pero el rey me sigue con la mirada. —Ten cuidado, Nova.

Resoplo sin parar. —¿No es ese tu trabajo? —pregunto, sonriendo para mis adentros.

Y juro que le oigo reír cuando salgo de su clase.

23

—•—

Atlas

En cuanto Nova sale por esas dos puertas, me dejo caer en la silla del despacho y me paso una mano por el pelo.

Bajo la mirada hacia mi polla abultada, me clavo un dedo y siseo en voz baja: —Tú. Eres un verdadero problema, amiga.

Suspiro.

Es casi como si Nova tuviera un poder especial. Consigue excitarme y cabrearme al mismo tiempo.

Su mala actitud y su boca perversa me ponen duro como el granito. Respiro hondo y reclino la cabeza en la silla, deseando que se me pase la erección para poder salir del aula.

Entonces intento hacer algo imposible. Intento dejar de pensar en Nova Crescent.

¿Pero cómo podría? Después de que acabo de prometer castigarla en este mismo escritorio.

También me habría dejado inclinarla y follármela al final, y eso es un conocimiento que me hace increíblemente feliz.

Sigo sin entender cómo alguien tan luchadora como ella puede ser tan sumisa a la vez. Pero sólo para mí. Y eso me gusta.

Todo en ella es una contradicción, todo es un rompecabezas para que yo muera intentando resolverlo si es necesario. Y eso incluye también la forma en que me rechaza, aunque lo único que desea es aceptar nuestro vínculo.

Intento respirar hondo, intento calmar a la bestia enfurecida que llevo dentro y que quiere abrirse camino hasta Nova, pero hasta la habitación llega su dulce y seductor aroma. Prácticamente me escama en las fosas nasales, y estoy borracho de *ella*.

Su aroma floral resalta incluso entre los demás, y... me hace algo. Suaviza las partes de mí que creía permanentemente endurecidas por mi oscuro pasado y lo que me vi obligado a hacerle a mi propia sangre.

Lo único que quiero es sacar mi dolorida polla de mis pantalones de deporte y ahogarme en su aroma.

Nova.

El sonido de los estudiantes que se dirigen a su siguiente hora me hace prestar atención a las puertas dobles.

Necesito calmarme.

Necesito hacerlo, porque aunque la idea de follarme a Nova aquí, donde todo el mundo puede oírme reclamándola y la forma en que grita mi nombre cuando llega al clímax, suena de primera categoría, que te pillen masturbándote sólo con el recuerdo de ella en mi clase no es precisamente una buena imagen para un rey.

Me agarro al borde del escritorio e intento controlarme.

Entonces oigo su voz. Nova debe de estar ahí fuera. Suena perpleja y lo bastante cautelosa como para captar mi atención.

—¿Perdón? —dice ella, sorprendida.

—Perdóneme, pero ¿has dicho que *tú* provocaste el incendio que destruyó la tabla sagrada? —pregunta una voz que me hace ponerme en pie y salir por la puerta.

Alfa Derek. Está con Nova y su compañera Aylin. Mantiene una distancia respetable entre él y mi compañera.

Pero Nova y yo habíamos estado hablando sobre el fuego hace un rato. ¿Cuánto tiempo ha estado aquí este gilipollas escuchando a escondidas? Le doy un empujón en el pecho y se va derrapando hacia atrás.

Mi compañera tira de su amiga hacia atrás y la aparta de nuestro camino. Ignoro la mirada de castigo que me dirige. Esto es lo que los Dioses decidieron que necesitaba en mi vida: una hembra de metro y medio para regañarme.

El tigre alfa se frota la nuca, con cara de culpabilidad.

—¿Qué haces aquí? —Pregunto, con un tono aparentemente tranquilo, mientras me coloco entre él y mi compañera. Me rasco una pelusa invisible de los pantalones.

—Sólo sustituyo al profesor Bran, mi rey —dice, con las palabras temblorosas y el aire contaminado por el olor de sus nervios.

Así es; había oído que Bran salía hoy.

Entonces el idiota de Derek se atreve a intentar mirar a Nova por encima de mi hombro. Un gruñido de advertencia retumba en lo más

profundo de mi pecho, y Derek se sobresalta.

—El profesor Bran está... —Duda—. Uh, teniendo algunos problemas.

—Ah. Ya veo. —Mis gruñidos se cortan.

Derek y yo intercambiamos una mirada secreta. Sólo los alfas saben de este "problema", como Derek ha dicho tan elocuentemente.

Nova asoma la cabeza por detrás de mi hombro. —¿Todos los alfas hacen de profesores? —pregunta sin contemplaciones.

Ahora no es el momento de hacer preguntas, *Nova,* siseo por nuestro lazo. Nova me frunce el ceño.

Derek le sonríe amablemente y yo me resisto a arrancarle la sonrisa de la cara. —Tu compañera se ha hecho popular —le dice.

Resoplo.

Entonces Derek le tiende la mano a Nova para que se la estreche. Juro que la temperatura de la sala desciende a nuestro alrededor mientras mi ira y mis celos se disparan, mi dominio afecta a los elementos que nos rodean.

Dioses, lo tengo mal por esta chica. Ni siquiera quiero que le dé la mano.

¿Es irracional? Me da igual.

Pero tampoco quiero que me odie por ser demasiado posesivo, así que observo cómo se saludan. Intento apaciguar a mi lobo lanzando dagas a Derek y haciéndole sentir increíblemente incómodo.

Internamente, mi lobo se imagina comiéndoselo para cenar.

—Me llamo Derek. Creo que no nos han presentado bien —dice. En cuanto hacen contacto, sus ojos se iluminan.

Ahora hace tanto frío en el vestíbulo que todos podemos ver nuestro aliento.

Derek suelta rápidamente la mano de Nova y se aclara la garganta. Los ojos de Derek siguen brillando con algo parecido a las secuelas de lo que ocurre cuando *alguien* entra en contacto con mi increíble compañera.

Algunos alfas pueden sentir el poder. ¿Pero qué siente Derek en mi compañera?

—Tu compañera es interesante, ¿verdad? —dice con complicidad.

Eso es. Este tigre cambiaformas está pidiendo una paliza.

Nova levanta las cejas y mira entre nosotros.

Le enseño los dientes. —¿Interesante? —Muerdo entre dientes—. Que sustituyas a Bran sigue sin explicar qué haces con la oreja pegada a las puertas de mi clase. ¿Y ahora de qué coño vas, hermano?

Derek abre mucho los ojos y levanta las manos en señal de rendición. —No quiero ofenderte, pero seguro que sabes lo que la profecía...

Otra vez esto no. Le corto arrastrándole a mi altura por el cuello de la camisa.

¡Atlas! Nova me reprende por nuestro vínculo, pero no la escucho.

En primer lugar, me cabrea que me estuviera escuchando conversar con mi compañera y no quiero oír ninguna divagación sobre antiguas profecías ahora mismo.

—La próxima vez que me espíes con mi compañera, te cambiaré la cara para que esas orejas entrometidas tuyas no funcionen para oír casi nada. —Le agarro con más fuerza y le acerco la cara—. ¿Soy claro, tigre cambiaformas?

Derek asiente enérgicamente. —¡Sí, Majestad! —tartamudea—. ¡Perdóneme!

Le suelto bruscamente y huye tan rápido como le permiten sus piernas.

El silencio se extiende por el pasillo. Aylin parece que se va a desmayar, pero Nova sólo parece cabreada. Ninguno de nosotros dice una palabra.

Mi compañera me hace un gesto con la cabeza mientras ella y su amiga también se van, y yo me quedo viéndola alejarse de nuevo. Solo.

Ese es el lado bueno de ser un líder ausente.

Todos te temen, incluso tus propios súbditos, porque nadie sabe de lo que eres capaz. ¿Y ahora que he conocido a mi compañera?

Ni siquiera yo estoy totalmente seguro de lo que soy capaz de hacer.

24

—·—

Nova

—¿Estás bien? —me pregunta Aylin.

Me está mostrando el camino a mi próxima clase, pero honestamente, no he estado prestando atención.

Sé que hemos subido un sinfín de escaleras de piedra, pero eso es todo.

No puedo dejar de pensar en lo posesivo que es el rey. Creo que es seguro decir que nunca me dejará en paz, y aunque mi loba se pavonea al saberlo, ahora el hecho es ineludible.

Correr es mi única opción.

—Bien —murmuro distraída—. Estaré bien.

¿Cuántos pisos tiene este edificio? He perdido la cuenta de cuántos escalones de piedra pálida he subido.

—No pretendía estar espiando —dice Aylin, sonriendo, disculpándose—. Pero ya conoces el oído cambiaformas y todo eso.

Así que... cuando te pregunto si estás bien... sabes que puedes decirme la verdad, ¿no?

Sabe lo del incendio, pero no hay juicio en su expresión. Me invade una oleada de emociones desconocidas, y el deseo de derrumbarme y contárselo todo, de contárselo todo *a alguien*, casi me abruma.

Mi instinto me dice que puedo confiar en Aylin, pero ¿qué sentido tiene abrirme a ella si voy a tener que marcharme de todos modos?

Nos detenemos ante la puerta de mi próxima clase. Es un panel de madera. Los alumnos entran y salen arrastrando los pies, y las bisagras crujen.

Nada en esta escuela es demasiado complicado. Es casi como si hicieran todo simplista para endurecer a sus alumnos.

—Es que ha sido... raro. Con el rechazo —admito con un suspiro. Me froto la nuca, sin saber por qué mis emociones son tan agitadas. Quiero reír y llorar al mismo tiempo, y no tengo ni idea de por qué.

Aylin asiente con empatía. —Sé que debe de ser duro —dice.

Se me caen los hombros. *Es* duro. Y sienta muy bien que alguien lo valide.

—¿Quieres saltarte la clase y atiborrarnos de comida? —sugiere Aylin con un guiño socarrón.

Suspiro, y me sale como un resoplido. —¿En mi primer día? —Me enjugo una lágrima perdida, agradeciendo que lleguemos tarde para que no haya mucha gente en el pasillo que me vea llorar—. Creo que no. Pero gracias.

Aylin me abraza. —Vale. ¿Pero esta noche? —dice—. Esta noche, habrá sesión de cuidado facial de verdad.

Mis manos cuelgan torpemente a los lados mientras ella me anima.

—Trato hecho —balbuceo.

Y la verdad es que parece un plan estupendo.

Aylin sale para ir a su próxima clase. Se supone que mi siguiente hora es historia con la profesora Angela. Me quedo mirando la puerta de su clase como si fuera otra piedra en mi camino.

Cuando atravieso la puerta, veo que la clase aún no ha empezado. Puede que yo llegue tarde, pero la profesora llega aún más tarde. La profesora Angela está sentada detrás de su escritorio con un aspecto mucho más agotado del que recuerdo que tenía ayer.

Mientras rebusca en una bolsa de cuero con lo que parecen papeles, intento encontrar un asiento vacío. Su clase está llena de filas de pupitres. Tiene una pizarra al lado con varias fechas garabateadas, pero está demasiado desordenada para leerla.

La mayoría de las mesas están ocupadas. Algunos betas y algunos omegas. La Fuerza no discrimina. Rara vez asisten alfas, ya que son los que más se encargan de las manadas, pero de todos modos algunos se esparcen por los pupitres.

Las cabezas se giran para mirarme cuando paso a su lado. A cada paso que doy se hace un silencio más absoluto en el aula, y me entran ganas de meterme en un agujero profundo y oscuro y desaparecer.

¿Es así como se siente ser Atlas? ¿Con ojos pendientes de cada uno de sus movimientos sólo porque es el rey?

—¿Qué tan tonto puede ser alguien? ¿Rechazar al rey alfa? —susurra una cambiaformas serpiente beta a su grupo de amigas sin demasiada discreción. Lo dice lo suficientemente alto como para que yo pueda oírlo.

El calor arde en mis mejillas cuando miro hacia la fuente de las risitas que me responden. Por supuesto, el único asiento que queda en el aula está justo al lado del grupo de chicas que cuchichean sobre mí. ¿Y su cabecilla?

Nada menos que mi nueva mejor amiga Amber.

Puedo sentir a mi loba más cerca de la superficie con cada paso que doy hacia el asiento. Ahora el único sonido en el aula es el de los papeles de la profesora Angela y sus balbuceos.

Me miro los pies mientras camino, pero noto que Amber y sus amigas me miran. Justo cuando estoy bajando al asiento del pupitre, tropiezo con aparentemente nada. Me golpeo la cabeza contra el lateral de la silla y salgo despedida.

Si fuera un mortal, ese golpe me habría matado. Un fino hilo de sangre se derrama por mi sien. Parpadeo más allá del carmesí de mis ojos para ver cómo se desvanece el brillo de los ojos plateados de Amber.

La zorra sarcástica ha usado sus poderes de omega conmigo.

¿Nova? La voz preocupada de Atlas suena en mi cabeza.

Estoy bien, le respondo gruñendo para que no interrumpa la clase.

Entonces le cierro el paso, le empujo lejos. A algún lugar donde no pueda leerme la mente y ver lo cerca que estoy de perder el control.

La situación empeorará mucho si aparece mi compañero.

Amber me sonríe. Se me encoge el labio superior y la piel de los brazos se me eriza.

—¡Bien, clase! Acomódense. —La profesora Angela se pone en pie para llamar la atención de la clase—. Siéntense —ordena,

mirándome fijamente.

El carmesí me mancha la cara. Me pongo en pie. Me cuesta todo lo que tengo no lanzarme contra la estúpida cara de Amber. Primero coquetea con mi compañero delante de mí, ¿y ahora esto?

Según las normas de la Academia, usar tu poder con otro compañero fuera del entrenamiento está prohibido. Pero supongo que hoy no estamos jugando con las reglas.

Me parece bien.

Mi loba sigue luchando por el control, y una parte de mí sabe que es una lucha que no puedo ganar.

Eventualmente, la bestia me vencerá. Siempre lo hace.

Por algún milagro, consigo llegar a mi asiento sin borrar esa estúpida sonrisa de la cara desencajada de Amber.

—Muy bien. —La profesora Angela da una palmada—. Hoy comenzaremos con el Capítulo Uno... —Comienza la clase, apoyando un gran libro en su escritorio.

Amber se inclina hacia delante en su asiento, justo detrás de mí.

Me agarro a los lados del escritorio con tanta fuerza que mis garras de loba atraviesan la madera y le arrancan astillas.

—Ahora que has rechazado al rey, estoy segura de que buscará una sustituta —canturrea. Se me hiela la sangre.

O más exactamente, me arde.

—Me has hecho un favor, de verdad —continúa—. Contigo fuera del camino, soy tan buena como la reina.

La loba que llevo dentro gime para que la deje salir. Oigo el rugido familiar en mis oídos, siento cómo se calienta mi sangre, reconozco todas las señales de lo que está a punto de ocurrir.

Y sigo sin hacer nada para evitarlo.

Los dedos de Amber se enroscan en la parte superior de mi silla.

—Y Atlas —dice—, es tan bueno como el mío.

Es esa última frase la que me corta el control como un cuchillo en la garganta.

Me giro y le agarro las manos.

Amber grita y grita mientras quemo su piel con mi tacto. El fuego resplandece entre nosotras, brillante y devorador.

Pero no la soltaré. No puedo. Después de todo, debería haber sabido que no debía decir su nombre.

25

—•—

Nova

La maldición brota dentro de mí como siempre, como un infierno que no tiene fin ni principio y una mente propia.

El fuego siempre ha estado en mí, como decía mamá.

Pronto lo quemará todo a su paso, y aunque hasta ahora las llamas me han dejado indemne, sé que algún día me llevarán con ellas. Me devorarán.

Tal vez quiero que lo hagan. Tal vez es lo que merezco.

Echo un vistazo a la mano quemada de Amber, con la carne en carne viva y de color rosado, a las caras horrorizadas de los alumnos, al asombro en los ojos de la profesora Angela. Basta una mirada para que cunda el pánico y salgo corriendo antes de que alguno de ellos me arrastre como una turba enfurecida.

Ningún otro cambiaformas tiene control sobre el fuego. Todos supondrán que ha sido por mi vínculo con el rey, que es su poder el que estoy usando.

Atlas Shadowmoon es el único alfa lo suficientemente fuerte como para influir en los elementos. También están el Rey Deimos y su compañera Lune, y sus habilidades podrían lograr algo similar. Pero están a un mundo de distancia.

Tal vez toda mi reputación de exaltada en la Ciudad Cambiaformas sea ahora consecuencia de estar emparejada con el rey. Y estoy bien con eso. Es mejor que la verdad.

Cualquier cosa es mejor que la verdad.

Pero no es lo que piensen sobre lo que acabo de hacerle a Amber lo que me preocupa.

Nada de esto está resultando como pensaba. Ni siquiera he tenido tiempo de ir a la biblioteca, y después de lo que acabo de hacer, dudo que alguna vez lo haga.

Salgo corriendo del aula, aporreando la puerta. Se cierra detrás de mí, pero se oyen voces, sobre todo de Amber. Por suerte, la mayor parte de ellas quedan ahogadas por el estruendo de mis oídos.

Sin embargo, hay una palabra que se abre paso entre el clamor de mi cabeza, penetrando como la única flecha que se abre paso a través de un muro de escudos.

—¡Monstruo! —Amber grita detrás de mí.

Una oleada de náuseas me invade al bajar el primer tramo de escaleras.

Maldita. Engendro. Es todo lo mismo, en realidad.

Sólo he ido a mi habitación una vez desde que estoy aquí, pero los años en los que me he visto obligada a buscarme mi propia comida resultan útiles en los momentos más extraños. Cuando la profesora

Angela me mostró el camino, me aseguré de memorizar el camino a mi dormitorio, cada giro y dirección.

De alguna manera, llego al dormitorio que comparto con Aylin, luchando contra el mareo y la bilis que me sube por la garganta. Cuando miro a la puerta, el número de la habitación parece haberse triplicado. Estoy viendo en múltiplos.

Y no es sólo eso.

Sigo viendo a todas las demás víctimas de mi maldición, todas las cenizas que ensucian los recuerdos de mi pasado. Un pasado lleno de cementerios. Luego la mano quemada de Amber.

Atravieso la puerta a empujones y corro a ciegas entre las cosas de mi habitación. Hay muchos objetos en mi camino y no sé qué son. ¿Un libro, un escritorio? Empujo lo que sea. No recuerdo que hubiera tantas cosas en esta habitación.

Desearía que hubiera menos cosas en la habitación, y en mi mente. No puedo pensar con claridad.

La oscuridad ya invade todos los rincones de mi visión.

Dioses, ¿qué he hecho? Quería que Amber ardiera. Podría haber intentado detenerlo, podría haber intentado controlar mis emociones, pero no lo he hecho.

Soy el peor tipo de monstruo, el que hace cosas malas y disfruta con ello.

¿Y por qué tengo tantas náuseas?

Atravieso la puerta del baño de golpe, nunca he agradecido tanto que Aylin y yo tengamos nuestro propio cuarto de baño como cuando me estoy sujetando el pelo, de rodillas, y echando las tripas fuera.

Apenas he desayunado, así que sólo me sale bilis dolorosamente ahogada. Vomito hasta que mi garganta está en carne viva, tan en carne viva como lo estaba la mano de Amber cuando mi maldición se ha apoderado de mí.

Hay tantos rostros en mi cabeza. ¿Soy su asesina aunque no tuviera ningún control sobre la maldición que se los llevó?

¿Es culpa mía por tener sentimientos? Por eso aprendí a ser tan insensible, tan carente de emociones.

Pero no hay forma de acallar mis sentimientos cerca de mi compañero.

Atlas me los arranca sin mi permiso.

¿Qué voy a hacer? Dioses, voy a vomitar otra vez.

No puedo dejar de vomitar. Las lágrimas nadan por mi cara, escociéndome los ojos.

Amber y su grupito de amigas definitivamente me harán la vida imposible después de esto. Demasiado para un escape en la Academia.

Todos mis problemas me perseguirían.

Las náuseas por fin remiten lo suficiente como para que pueda levantar la cabeza. Quizá mi estómago por fin se ha dado cuenta de que no me queda nada que vomitar.

Me acurruco en el frío suelo del baño, sintiéndome débil y paralizada por la culpa. El hedor de mi vómito es denso en el aire, lo que hace que este momento sea aún más patético.

Todos esos cambiaformas a los que mi maldición arrebató la vida fueron mis víctimas. Pero yo soy la única que queda viva para sufrir

el hecho de que se hayan ido para siempre, y todo por mi culpa.

No puedo traerlos de vuelta. Y no puedo acabar con mi propia vida. Soy dolorosa y trágicamente inmortal. Tal vez esa es la verdadera maldición. Sobrevivir.

No me doy cuenta cuando mi mano se desvía hacia mi estómago, pero cuando Aylin me encuentra, sigue ahí. Mis dedos se posan casi por reflejo sobre mi vientre.

Casi de forma protectora.

Me estrecha en sus brazos y me mira la mano. Aylin no comenta nada, gracias a los Dioses. No dice nada de nada.

Simplemente me ayuda a limpiarme y me dice de forma muy disimulada: —Creo que tengo en mente algo mejor que atiborrarnos.

26

—•—

Atlas

—Alfa Bran. —Le doy una palmada en el hombro al profesor—. ¿Cómo te sientes?

Alfa Bran vive dentro del recinto de la Ciudad Cambiaformas. Es donde la mayoría de los profesores tienen sus casas personales para poder acceder fácilmente a la Academia, a sus aulas y a sus alumnos.

Muchos profesores se aprovechan de la cercanía de la Academia para amargar la vida a sus alumnos. Hay una razón por la que sólo los cambiaformas más despiadados consiguen entrar en la Fuerza.

Los profesores sólo transmiten lo mejor de lo mejor.

Estoy aquí hoy para ver cómo está. He estado vigilando de cerca a los alfas que han tenido, como dijo Derek, "problemas". Hace tiempo que quería comprobar cómo está Bran.

Nuestra última visita fue hace un mes. Entonces vi que todavía estaba fuera hoy y me propuse pasarme.

Pero, recuerda mis palabras, esto va a ser una visita rápida. Dejar a Nova sola en la Academia me inquieta por alguna razón.

Estar en cualquier sitio que no sea a su lado me inquieta, si he de ser sincero. Es como si la luz de la luna que nos une me empujara hacia ella en todo momento.

El profesor sacude la cabeza, apoyado en dos gruesas almohadas que la sanadora le acomoda. Tiene peor aspecto que la última vez que lo vi. El rojo de sus ojos parece algo más apagado, como si la luz de su interior estuviera apagada.

No sólo las omegas luchan con su transformación. Y digamos que el alfa Bran no es el único alfa que sufre. Muchos más alfas se han visto afectados por lo mismo que le aqueja a él de los que me gustaría admitir.

No todo el mundo en Ciudad Cambiaformas es consciente de ello, pero cada una de las designaciones se ha visto afectada por alguna dolencia que parece afectar a nuestros poderes. Los betas son los menos afectados, pero después de estudiar mis notas durante algún tiempo, creo que eso se debe únicamente a que el número de betas con poderes es muy reducido.

—Es como si lo perdiera —murmura Alfa Bran, con los ojos rojos distantes y lejanos—. Lo busco y no encuentro nada... siempre estoy vacío. Antes era tan fácil. Como respirar. Ahora... lo he perdido.

—¿El qué has perdido? —inquiero.

La sanadora me mira preocupada cuando él no responde. Deja de mullirle las almohadas e intenta tomarle las constantes vitales mientras él se hunde los dedos en el pelo como si se estuviera volviendo loco. Intenta calmarlo, pero se está alterando demasiado.

Es duro ver a uno de mis compañeros alfas caer así.

Y su dominio... No puedo sentirlo. Es casi como si estuviera disminuyendo. ¿Un día desaparecerá? ¿Su lobo dejará de existir para siempre?

No puedo imaginar un destino peor para un cambiaformas.

Le doy otra palmada en el hombro antes de indicarle a la sanadora que me acompañe a un lado de la cama.

—Margery, ¿ha habido algún otro informe preocupante? —pregunto.

La situación con los alfas se ha mantenido en secreto para no alarmar a los habitantes de Ciudad Cambiaformas. No es un secreto en sí, pero tampoco es de dominio público.

La única razón por la que Margery lo sabe es porque es la esposa y compañera de uno de los alfas, por lo que ha estado atendiendo a los cambiaformas afectados.

La sanadora se pone las manos en la cadera y asiente con la cabeza, mirando al profesor Bran con profunda preocupación. —Recibí un mensaje de la esposa de uno de los leones alfas anoche mismo. Me temo que debo marcharme de aquí en cuanto terminemos. Me han llamado para evaluar a Alfa Gale, para ver si... —Se interrumpe, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

En toda nuestra historia, nunca se ha mencionado una enfermedad que aparentemente se dirija a los alfas. Lo sé porque lo he comprobado.

—Si él está igualmente afectado. —Señala con una mano al alfa que está apoyado en la cama como si no supiera dónde está.

Margery se limpia las manos en el delantal, pero están limpias. El gesto parece más bien un tic nervioso. Su delantal está manchado con las cataplasmas que prepara para ayudarla en su curación. Arruga el ceño y me mira.

Odio esa mirada. La gente siempre me mira igual. Como si yo tuviera las respuestas a sus problemas.

Pero después de ver la bestia que desaté la noche de mi victoria, deberían saber que no es así. Que no soy más que un monstruo, y que lo único que guardo es la oscuridad dentro de mí.

—Alteza, perdóneme, pero no lo entiendo —susurra Margery, tocándose los labios pensativamente con la punta de los dedos—. Sus signos vitales son normales. Es como si su control estuviera... desapareciendo.

—Y las omegas no pueden transformarse —me digo más a mí mismo que a la sanadora.

Pero ni siquiera debería hablar con ella de esto, y con quien realmente quiero discutirlo todo se niega a hablarme. Dioses, si pudiera contar con la brillante mente de Nova en esto...

Sé que podría llegar al fondo del asunto.

Un golpe seco en la puerta de la casa del profesor nos saca a Margery y a mí de nuestros pensamientos. Mi segundo no espera a que le dé permiso para entrar antes de abrirse paso a empujones.

Frunzo el ceño. —Creí haberte dicho que esperaras fuera.

Hace un gesto de dolor. —He recibido un mensaje urgente de la Academia.

—¿Es por Nova? —pregunto, mi mente va inmediatamente a mi fogosa compañerita.

Tiene facilidad para meterse en líos. Me enteré de que quemó a una hembra en clase cuando me iba. Nova tiene suerte de que no haya retrasado todo este viaje a casa del profesor Bran sólo para castigarla por ello.

Sin duda, Amber se lo merecía, pero me intriga más la capacidad de mi compañera para aprovechar mi fuego. Siempre fue el elemento que menos pude controlar.

El fuego es demasiado salvaje para domarlo. Es demasiado fácil quemarse, demasiado fácil arder en el proceso junto con tu objetivo.

También fue un fuego que se manifestó la noche que nos conocimos, aunque...

Mi segundo sacude la cabeza. —No. Nova está bien.

No puedo expresar el alivio que me produce saber que mi compañera está bien. Siento que puedo respirar y concentrarme en lo que me dice.

Hace una mueca. —Hay alguien en tu aula esperando para verte.

Frunzo el ceño y me despido rápidamente de Margery mientras dirijo a mi segundo hacia la puerta. —¿Quién es? —pregunto, manteniendo la voz baja.

Las cejas de mi segundo se arrugan como si también estuviera confuso. —Las videntes insisten en hablar contigo.

Empiezo. Ahora sé que tengo que volver lo antes posible.

Las videntes nunca piden audiencia. Son reservadas y responden a nuestras preguntas cuando les apetece. A veces se niegan a responder y nunca, *nunca* inician el contacto.

Sea lo que sea, tiene que ser importante.

Echo un vistazo a la casa que tenemos detrás. Si me transformo, llegaré antes. ¿Pero qué lobo usar? Definitivamente, no el que desbloqueé la noche de mi coronación.

—¿Por qué? —pregunto antes de dejarme llevar por mi lobo—. ¿Por qué piden audiencia las videntes?

Mi segundo se inclina hacia mí. Hace una pausa como si no supiera cómo darme la noticia. El miedo se me revuelve en el estómago. Echa un vistazo al pequeño camino que el profesor Bran ha pavimentado a través de la arena roja hasta llegar a la puerta de su casa.

Entonces mi segundo me dice al oído, sonando como si él mismo no lo creyera: —Dicen que la tabla sagrada no ha sido destruida. Dicen que la profecía está viva y activa.

Se lame los labios y mira una vez al cielo, como implorando fuerza a los dioses. Dicen que ha comenzado.

27

—•—

Atlas

Miro a las cuatro videntes que están ante mi mesa.

Las capas de sus vestimentas son pesadas y nublan sus rostros antiguos en la oscuridad. Parecen incómodas de pie a medio camino sobre la alfombra azul de entrenamiento. Fuera de lugar.

Eso es porque no pertenecen a este lugar.

Son criaturas que pertenecen a lugares fríos y distantes, que pasan más tiempo en el futuro que en el presente.

—¿Qué queréis decir con que la tabla sagrada no está destruida? —exijo, apoyándome en el borde de mi escritorio.

Si mi padre estuviera aquí, haría que me azotaran por hablarle así a una vidente. Pero mis padres están muertos. Salieron de la ciudad después de que yo fuera coronado rey, cuando mi padre fue finalmente relevado de sus obligaciones y pudo saciar el ansia viajera de mi madre.

Pero sus cuerpos fueron encontrados poco después. Todo el mundo estaba demasiado ocupado construyendo la Ciudad Cambiaformas como para marcharse antes de eso. Después de lo de mis padres, sin embargo, fue cuando se crearon e implementaron las leyes sobre abandonar los límites de la ciudad.

Todos supusimos, por las quemaduras de sus cuerpos, que los volcanes les habían alcanzado o que había habido un incidente con la lava.

Pero, a día de hoy, no sé realmente cómo murieron mis padres.

La más alta de las videntes sacude la cabeza, proyectando sombras sobre la alfombra azul de entrenamiento. —Era un señuelo hechizado.

—Vi cómo se quemaba —señalo.

Ahora todas las videntes sacuden la cabeza a la vez. La más pequeña de ellas saca una tabla de piedra de entre los pliegues de su capa. La coloca sobre mi escritorio, justo encima del cuaderno que ya estaba allí. Es exactamente igual a la tablilla en la que se grabó la última profecía.

Sólo que hay un par de diferencias clave.

Por un lado, la profecía escrita en ella es más larga. Hay una parte que no estaba en la antigua. La parte habitual sobre un cambiaformas elegido llamado a cumplir la profecía está ahí, pero luego pasa a hablar de algún tipo de plaga que cae sobre cada una de las tres designaciones.

Y una plaga para todas las designaciones, dice. Una para omegas, otra para betas y otra para alfas.

Y en cuanto a la otra diferencia principal...

—¿Por qué brilla? —pregunto. Entrecierro los ojos ante el brillo plateado que emana de las palabras inscritas.

La vidente más alta inclina la cabeza hacia un lado. Como no puedo ver su cuerpo, parece aún más espeluznante. —Se iluminó cuando el señuelo fue destruido. Considéralo como... —Piensa un momento—. Una señal.

¿Cómo es que cada vez que una de estos videntes habla, me quedo con más preguntas que respuestas? —¿Una señal? —pregunto—. ¿Una señal de qué? ¿Y de quién?

Las videntes revuelven sus ropajes, la tela de sus mantos ondea sobre miembros fantasmales. —¿De quién sino? —preguntan, hablando todas a la vez—. De los Dioses.

La palabra "Dioses" resuena en el aula a nuestro alrededor, parece no tener fin. Miro a mi alrededor como si fuera a encontrar a uno de los Dioses tirado en mi desgastada esterilla azul de entrenamiento. —¿Pero qué significa? —Insisto, decidido a sacar algo de esta reunión.

La luz de la tabla aumenta repentinamente y el resplandor de la profecía es casi cegador.

—Alfa de alfas —entonan las videntes, todas señalándome con un dedo nudoso.

Mi segundo y mi tercero se miran desde donde me flanquean a ambos lados de mi escritorio. Es espeluznante la forma en que las videntes hablan todas a la vez.

—Rey de la Ciudad Cambiaformas, considera esto una advertencia. La destrucción del señuelo no ha sido más que la primera señal. Ha comenzado —dicen, levantando la barbilla hacia el techo—. Debes tener cuidado, mi rey.

—¿Cuidado con qué? —Suelto un chasquido, haciendo añicos la contención de mi temperamento. Nunca he tenido paciencia con las videntes y sus mensajes crípticos.

Las videntes enlazan sus manos delante de ellas y giran la cabeza hacia un lado al mismo tiempo, como si fueran marionetas dirigidas por la misma mano, sus cabezas conectadas por el mismo hilo. Sus hilos tirados por el mismo maestro.

—Algo malo va a pasar. —Es lo único que dicen con demasiada sencillez.

Me bajo del escritorio de un empujón. —¿Qué? ¿Qué es eso tan malo que va a pasar?

Ninguna de ellas habla. Mi dominio me golpea, pero las videntes se mantienen inquebrantables ante él. Quizá sean las únicas criaturas, aparte de las omegas, que pueden resistirlo. Les señalo con un dedo y juego la carta que una vez juré no usar jamás.

—Como vuestro rey, os ordeno que me lo digáis —sentencio.

—Estamos por encima de vuestras leyes como rey. Sólo respondemos ante los Dioses —responden.

Una risa tintineante sale de una de ellas como la lava que brota de la cima de un volcán. Su sonido me produce una extraña sensación.

—Pronto lo verás. —Y entonces se dan la vuelta y se van sin decir ni una palabra más.

Mi segundo y mi tercero saltan para detenerlas, pero alzo una mano. Ambos detienen su persecución de las videntes y me observan mientras mi mandíbula rechina de frustración. Las puertas dobles se cierran tras la última de ellas.

Me crujo el cuello. —Ponme con el alfa de los cambiaformas tigre —digo brevemente—. Ponme con el Alfa Derek.

No tardan mucho en encontrarle. Derek está en mi despacho poco después. Ha sido fácil localizarlo, ya que estaba en una de las aulas, un par de pisos por encima de mí, sustituyendo al profesor Bran.

Alfa Derek se desplaza sobre la alfombra azul, mirando mi aula manchada de sudor como si pensara que no es precisamente el lugar donde debería refugiarse un rey.

Lástima, ya que me encanta estar aquí.

—Alteza —dice mientras se acerca a mi mesa y se pasa el puño por el corazón, como se hacía antiguamente para saludar a un superior.

Así que tiene conocimiento de las viejas costumbres. Eso esperaba. Eso es lo que esperaba.

Me hundo en la silla y tamborileo con mis dedos tatuados y llenos de cicatrices sobre el escritorio. Por un momento, pienso en Derek y me pregunto si puedo confiar en él como confié en su predecesor.

Al final, decido que en realidad no tengo elección.

—Soy un tipo técnico, Derek. ¿Sabes? De ciencia y esas cosas. —Arqueo una ceja mientras él asiente, tratando de ocultar su incertidumbre ante el tema aparentemente aleatorio que he sacado a colación—. No presto mucha atención a las profecías —digo, y Derek asiente como si esto hubiera aclarado su confusión.

Me lanza una mirada cómplice. —¿Incluso cuando aúllan en cada esquina?

Resoplo. —Incluso entonces. Así que necesito que me cuentes más sobre lo que mencionaste antes. —Me lanza una mirada dubitativa, ya que lo que mencionó antes acabó conmigo amenazándole de

muerte—. Y prometo escucharte esta vez —le digo—. Necesito escuchar sobre la profecía.

Alfa Derek asiente tras una breve pausa y se acerca a mi mesa. Nunca ha parecido más un tigre que en este momento, canturreando pensativo.

—Todo lo que sé es lo que me transmitió mi predecesor —dice para prolongar la bomba que está a punto de soltarme.

Datos. Mi viejo amigo siempre fue conocedor de todas las cosas proféticas.

—Cuéntamelo todo —le ordeno.

Me cuenta todo lo que sabe, incluida la razón por la que estaba espiando antes y estaba tan conmocionado porque fue Nova quien destruyó la tabla sagrada y no yo.

Cuando Derek termina de explicármelo todo, no sólo me quedo atónito, sino que sé exactamente lo que tengo que hacer a continuación.

Necesito encontrar a Nova.

Ahora.

28

Nova

Aylin echa un vistazo a la bulliciosa multitud del interior de la cafetería y se da la vuelta.

La escuela ha convertido uno de los pisos inferiores del alto edificio que conforma la Academia en una serie de tiendas. La franja de pequeñas tiendas incluye una cafetería, una pizzería, una tienda de bocadillos e incluso un mini supermercado.

Aylin retrocede hacia la escalera de la que acabamos de salir. Me resisto y le dirijo una mirada que espero que diga que no puedo subir más escaleras.

—Quizá no sea tan buena idea —dice ansiosa.

Sigo su mirada hacia el grupo de chicas que ya se ríen entre dientes junto a la pared de cristal de la cafetería.

Por supuesto vi a algunas de ellas con Amber antes. Tal para cual.

—Oye —le digo suavemente a Aylin, haciendo todo lo posible por dedicarle una sonrisa cálida y tranquilizadora. Como tengo poca

experiencia en ser cálida o tranquilizadora, dudo que lo haga como yo quisiera. No sé si lo consigo, pero al menos me mira a mí y no al grupo de chicas—. ¿Sabes lo que mi madre siempre decía? —Le digo suavemente.

—¿Qué? —pregunta Aylin insegura.

Guiño el ojo como siempre me hace Atlas. —Las malas ideas hacen buenas historias.

Aylin resopla, pero suelta una risita. —Bien —suspira—. Tienes razón. Tienes mucha razón.

Le dedico otra sonrisa y tiro de ella para que me acompañe a través de las puertas de cristal.

El relajante aroma del café nos inunda. Me tranquiliza un poco. Quizá pueda relajarme por un momento y hacer algo tan normal como tomar un café con una amiga.

Tal vez.

La cafetería es pequeña y mona, con mesas y sillas de metal y suelos a cuadros. Hay alfombras de felpa sobre las baldosas y luces de hadas colgadas en las paredes de color lavanda. No llegamos muy lejos dentro de la cafetería, ya que la cola para pasar por caja llega casi hasta la entrada.

Lo que nos pone justo en línea con esa mesa de mujeres. Eso nos pasa por venir a la única cafetería de la Academia, supongo.

Aylin y yo nos dedicamos a estudiar el menú e intentar decidir qué vamos a pedir, pero no pasa mucho tiempo antes de que una voz sarcástica nos llame.

—¡Eh, Aylin! —se burla una chica de pelo castaño liso.

Aylin hace un gesto de dolor y frunce los labios. —Hola, Jackie —dice amablemente.

Echo un vistazo entre las dos, ya en alerta. Esta chica, Jackie, me da muy malas vibraciones.

Jackie sonríe como un gato jugando con un ratón. Sorbe su café ruidosamente con la pajita. —Supongo que ya sabemos quién no será elegida para hacer una demostración en clase mañana. *Otra vez*.

Frunzo el ceño mientras todas las chicas de la mesa de Jackie se ríen, aunque me doy cuenta de que a algunas ni siquiera les hace gracia el comentario.

Pero no entiendo la broma. ¿Por qué no iba a ser elegida Aylin?

La vergüenza llena los ojos de Aylin, que mira hacia sus pies.

Aprieto la mandíbula. Dioses, las chicas como Jackie y Amber me enfadan tanto. Como si no fuera lo bastante difícil lidiar con la vida en general como para que unas chicas se enemisten con otras que en realidad deberían ser como hermanas.

Todas somos cambiaformas. Todas somos mujeres. Deberíamos cubrirnos las espaldas.

Aylin siempre me ha cubierto las espaldas. La rabia bulle en mi interior y me vuelvo hacia Jackie.

—Hola, Jackie —le digo, y su cabeza se gira hacia mí.

Hay una buena dosis de miedo en sus ojos. Si es por mi reputación o por mi nuevo estatus como compañera del rey es irrelevante para mí. Debería estar asustada después de la forma en que le ha hablado a Aylin.

—Oh —murmura—. Hola.

Le sonrío dulcemente. —¿Adivina a quién le van a quemar todo su bonito pelo de la cabeza si no se calla de una puta vez? —pregunto con indiferencia.

Siento el fuego creciendo en mi interior. Jackie jadea, se agarra las puntas del pelo como si quisiera protegérselas con sus propias manos y sale corriendo por la puerta.

Se me escapa una carcajada. ¿De verdad su pelo es más valioso para ella que sus manos?

Sus amigas la siguen a toda prisa, sin molestarse en recoger la basura. Dejan las tazas de café volcadas sobre su mesita de metal, y la camarera murmura para sus adentros mientras barre para limpiar lo que han dejado.

La cola delante de nosotras avanza arrastrando los pies a paso de tortuga. La cafetería sigue llena de estudiantes que estudian o de grupos de personas que se limitan a hablar y charlar mientras toman café.

Aylin engancha su brazo con el mío, apoyando su cabeza en mi hombro, y aunque el contacto físico aún me resulta un poco extraño, lo permito. Tengo la sensación de que mi compañera necesita un hombro en el que apoyarse.

—Gracias —susurra, sus ojos brillan de gratitud—. Ha sido increíble.

¿Nadie ha defendido nunca a Aylin? Tenemos más en común de lo que pensaba.

—Se lo tenía merecido —refunfuño, echando un vistazo al menú y decidiendo que hay tantas opciones que pediré un café solo y ya está—. ¿De qué hablaban? ¿Por qué no te elegirían? —pregunto.

Otra persona paga y se marcha, con lo que la fila vuelve a avanzar.

Aylin nos desengancha los brazos y hace otra mueca de dolor. —Bueno, ¿sabes que a la mayoría de las omegas les cuesta volver a su forma de lobo?

Asiento con la cabeza, esperando a que continúe.

Pero primero Aylin respira hondo. —Bueno, yo tengo el problema contrario. No tengo una loba. —Me mira como si esperara que me volviera loca.

Me río despreocupadamente. —Sí, la tienes.

—No, no tengo.

—¿En absoluto?

—En absoluto.

Parpadeo. —Pero... ¿cómo no? —Aylin se encoge de hombros y amasa el suelo con los pies, evidentemente incómoda.

—Bueno... —Aylin dice con voz estrangulada—. Como que nunca me he transformado. —Hace una mueca.

Por un segundo, estoy demasiado aturdida para reaccionar. Me pierdo cuando la cola avanza y la persona que está detrás de nosotras se aclara la garganta con impaciencia. Llenamos el espacio vacío delante de nosotras y se hace un silencio incómodo.

—Maldita sea —digo finalmente.

—Sí —responde Aylin, con las manos pintadas de arco iris metidas en los bolsillos traseros y evitando mirarme a los ojos. Hoy va vestida de negro, así que los diferentes colores pintados en sus uñas resaltan aún más.

Ha habido veces en las que he estado atrapada como loba durante tanto tiempo que he olvidado lo que se siente al ser humano, pero ¿ser una cambiaformas y no tener una loba en absoluto? De alguna manera, eso suena peor.

No me extraña que Aylin nunca se entrometiera ni juzgara. Supongo que no soy la única marginada en esta escuela.

Cojo el brazo de Aylin y lo engancho con el mío como a ella le encanta hacer. —Vamos —le digo conspiradoramente. Sólo queda una persona antes que nosotras en la cola—. ¿Sabes lo que quieres? Porque el rey paga esta noche.

Aylin se ríe a carcajadas.

Pero hay un cambio en su comportamiento, como si estuviera un poco sorprendida de que no huyera gritando. Quiero matar a cualquiera que la haya hecho sentir así.

¿Eso significa que somos oficialmente amigas?

—¿Has echado mano de los fondos reales? —bromea.

—¿Qué puede hacer una chica?

Cuando nos sirven las bebidas, buscamos una mesa cerca de la ventana de la izquierda. La conversación se calma mientras ambas probamos nuestras bebidas.

—Mm, bien —dice Aylin, arrugando la nariz ante mi café solo.

No podríamos ser más opuestas. Su bebida se compone de todas las cosas azucaradas.

—¡Se supone que tiene que parecer un collar, hermano! —dice en voz alta un tipo en la mesa de detrás de nosotras.

En su mesa y en muchas de las que nos rodean se habla de la última tecnología que el rey ha desarrollado para la Fuerza. Nadie sabe realmente para qué sirve, pero mis escuchas me dicen que ayer mismo se entregaron a los graduados de la Fuerza que están en servicio activo en Ciudad Cambiaformas.

—Son una nueva edición —dice el tipo, y su voz grave retumba por encima del barullo de la conversación.

Miro a Aylin, que se encoge de hombros cómicamente, como si lo que está diciendo le pasara por alto. Sonrío, ahogando la conversación a nuestro alrededor.

—Me preguntaba, ya sabes... —Empiezo con cautela, sin querer presionarla demasiado por si es algo de lo que no le gusta hablar.

Sólo los Dioses saben cuánto la entiendo.

—Por qué no estabas en una suite de vínculo, o si estás emparejada.

Siempre me lo he preguntado, aunque no he visto ninguna marca de reclamo en Aylin. Las parejas vinculadas se consideran una ventaja para la Fuerza. Suelen ser más fuertes porque comparten el poder. Dos son mejor que uno, y a las parejas unidas se les da una suite para compartir durante su estancia en la Academia.

Aylin aprieta los labios y niega con la cabeza. —Nop —dice abatida—. Yo no. Nadie se uniría a una cambiaformas que ni siquiera puede transformarse.

—Oye. —Aprieto sus manos entre las mías—. Hay un compañero ahí fuera para ti, y sea quien sea, tendrá suerte de tenerte.

Aylin da patadas con las piernas en la silla de metal. —No sé... —dice, como si no me creyera ni por un segundo.

—Pues yo sí lo sé —digo con confianza. Aylin me dedica una sonrisa de agradecimiento.

Luego hace una pausa. No me lo pierdo cuando me echa una mirada al estómago, y sé hacia dónde se dirige esta conversación antes incluso de que mi compañera de piso abra la boca.

—¿Nova? —dice insegura.

—¿Sí? —Me muerdo el labio y aprieto las manos alrededor de mi taza de café, deseando que no lo diga.

—Bueno... —empieza ella—. La forma en que estabas vomitando antes. Quiero decir, no crees... —Suspiro, ella respira hondo y vuelve a intentarlo—. No crees que haya forma de que puedas estar embarazada... ¿verdad?

Mierda.

Ella ha dicho la palabra. La palabra que abre una compuerta de pensamientos que luchan por el control en mi cabeza. Pienso en el nudo que se formó durante mi celo, en lo mágico y vivificante que se sentía estar con Atlas.

Sacudo la cabeza. —No —digo con insistencia—. No puede ser.

Tal vez mis palabras puedan hacer que todo desaparezca. Al menos, las digo como si pudieran, como si fueran un hechizo capaz de deshacer todas mis horribles decisiones hasta este momento.

Pero Aylin y yo nos miramos dudosas. Mi compañera de piso cambia rápidamente de tema. Es una razón más por la que me gusta.

Sabe cuándo callarse.

Es casi como si mi amiga se diera cuenta de que no estoy preparada para admitirlo en voz alta, no estoy preparada para afrontar la

verdad que siento brotar dentro de mí.

La vida que estoy casi segura de sentir crecer en mi vientre. Pero podría equivocarme. No lo sé con certeza. ¿Verdad?

Los Dioses no pueden ser tan crueles... ¿o sí?

Escucho e intento mantener la conversación con mi amiga, pero mi mente se llena de planes sobre cómo voy a huir. No quiero hacerlo.

Pero tengo que hacerlo. Especialmente ahora.

29

—•—

Atlas

Dejo que Nova pase el día con su amiga, vigilando con la nueva tecnología que he desarrollado y que me permite espiar todos los movimientos de mi compañera.

Hay múltiples cámaras dispuestas en esta amplia pantalla. Las que una vez usé para verla antes de que estuviera en la Academia están oscurecidas. Ya no las necesito.

Ahora tengo a mi obsesión justo donde tiene que estar. Conmigo.

La pantalla orientada a la cafetería se expande más que el resto. Miro cómo mi compañera pide su pequeño café solo.

Me produce una oleada de satisfacción masculina cuando utiliza los fondos que le dejé. Nada me complace más que satisfacer todas las necesidades de mi compañera.

Quiero mimarla, pero sé que nunca me dejará. Nova no está hecha de esa manera. No es el tipo de chica que valora las cosas, los objetos.

Oigo al grupo de machos de la mesa contigua a la suya y capto sus ojos puestos en mi compañera.

—¿Qué es? —pregunta uno de ellos, con la voz llena de asombro mientras mira a Nova como si estuviera en trance.

Me tiembla la mandíbula.

Otro sacude la cabeza con incredulidad mientras mira fijamente a Nova con el mismo deseo escrito en la cara de todos los demás hombres de su mesa. —¿Es una sirena? —pregunta.

Resoplo para mis adentros, aunque no les culpo por pensar que lo es o por mirarla. Mi compañera es lo bastante hermosa como para ser una criatura femenina místicamente seductora que atrae a los hombres a su trampa.

Cada parte de ella me atrae. Sus ojos, sus labios sensuales, esas curvas perfectas.

Incluso su actitud divertida. Dioses, las cosas que quiero hacerle a esa chica. Se me pone dura sólo de pensarlo.

—Las sirenas no se encuentran entre las especies traídas a este mundo por los Dioses —responde otro macho a la pregunta inicial de su amigo.

—¿Eh? —El beta se sacude como si no recordara de qué estaban hablando.

—No es una sirena —dice su amigo con toda naturalidad.

Como si fuera un experto en lo que Nova es o no es.

—¿Quién sabe? —El otro se encoge de hombros—. Podrían haber estado ya aquí. Este podría ser *su* mundo.

Dejo que se queden embobados, sintiéndome ligeramente molesto pero comprendiendo la fascinación de todos los hombres e incluso de algunas mujeres por mi preciosa compañera.

Observo hasta el momento en que uno de los machos de la mesa contigua a la suya finalmente actúa con el impulso que parece invadir a cualquier macho cercano a Nova. Se acerca a su mesa y toma asiento demasiado cerca para mi gusto.

Y mi tiempo de observación ha terminado oficialmente.

Gruño, mi puño aplasta la pantalla y la quiebra. No importa. Haré más. Eso es lo mejor de la tecnología hecha con magia. Las posibilidades son infinitas.

Entonces me transformo.

Los otros machos cambiaformas nunca han tocado a ninguna de las hembras con las que he estado antes por miedo a provocarme. Pero esta es mi compañera, así que ¿por qué se atreven?

Debería disuadirles el hecho de que soy su rey y los mataré sin dudarlo, pero Nova siempre ha tenido algo seductor e irresistible.

Vuelo por los pasillos y bajo hasta la última planta, donde están todas las tiendecitas que les gusta frecuentar a los estudiantes.

Lucho con mi lobo por el control mientras acelero hacia Nova. Cada día me resulta más fácil alcanzar su mente y envío una imagen de ella y del macho a través de nuestro vínculo.

Envío mi furia junto con él.

Mataré a cualquiera que tan sólo te mire, Nova. ¿De verdad quieres ese tipo de muerte en tu conciencia?, gruño.

Nova resopla, sin molestarse en contestar y pensando para sí misma que es imposible que hable en serio. Mi pequeña llama está a punto de darse cuenta de lo en serio que hablo.

Cuando llego a la cafetería, toda la mesa de los machos se ha abalanzado sobre Nova y Aylin. En este punto, están pidiendo morir.

Esta última parece muy contenta de no estar sola como suele estarlo, pero mi Nova parece que preferiría estar en cualquier otro sitio.

La rabia y los celos por la proximidad de los otros machos a mi compañera surgen en mi interior.

¡Mátalos a todos!, brama mi lobo, paseándose dentro de mí sin control. Mi piel se crispa como si la transformación estuviera a punto de sobrevenirme.

¿Cómo es que nunca puedo controlarme cuando se trata de Nova?

Pero le dejo salir a propósito. Incluso ordeno al aire que me oculte para poder darle el susto de su vida a ese cabrón engreído. Me vuelvo invisible hasta situarme justo detrás de la silla del macho que intenta y no consigue flirtear con mi chica.

—Creo que estás en mi sitio, cachorro —gruño, con la profundidad de mi escalofriante voz de lobo contorsionando mis palabras.

Los ojos del macho se deslizan hacia arriba hasta que finalmente llegan a mi cara.

Y entonces echa un vistazo a la corona de obsidiana que llevo en la cabeza y empieza a temblar.

30

—•—

Nova

Atlas ha salido de la nada. Es como si el tipo fuera un fantasma.

O invisible.

Pero lo olí antes de que apareciera. Su olor distintivo siempre me llamará, supongo.

No recuerdo el nombre del tipo que coqueteaba conmigo. Ahora es hombre muerto. Todos han venido aquí con el mismo brillo de lujuria en sus ojos.

Estúpidos, estúpidos chicos.

No recuerdo ninguno de sus nombres, y eso no sería tan malo si Atlas no estuviera a punto de matarlos a todos aquí mismo, en el café.

Delante de la mitad de mi clase.

Aylin y yo intercambiamos una mirada. Ella se encoge de hombros como diciendo: *¿Qué se le va a hacer?*

Sé que tiene razón. No hay nada que yo o alguien pueda hacer para detener a mi compañero.

—Por favor, mi rey —suplica el macho que ha sido tan tonto como para hablar conmigo.

Incluso yo estaba tratando de mantener una buena distancia entre nosotros por su bien. Intentaba evitar exactamente esto que está pasando ahora.

Atlas parpadea. —¿Ahora es *por favor, mi rey*? —exclama.

Puedo sentir los celos resonando en la energía de su dominio, puedo ver la furia arremolinándose en esos ojos. Los cambiaformas que nos rodean doblan el cuello en respuesta a la presencia de su rey.

Sus ojos son tan oscuros que parecen casi negros. Esa corona en su cabeza le hace parecer irreal. Le da un aspecto aterrador.

Tira del macho por el cuello de la camisa. —Pero cuando creíste que nadie te veía, pensaste en acercarte a mi compañera —sisea Atlas, perdiendo el control en las dos últimas palabras.

Las palabras *mi compañera* están impregnadas de tanta posesividad y poder.

Me sonrojo ferozmente y me miro las manos, apretándolas en mi regazo. Mi loba está prácticamente bailando feliz de que nuestro compañero esté celoso por nosotras.

Y Dioses, la forma en que ha dicho esas palabras ha sonado tan caliente. *Mi compañera.*

La chica que hay en mí quiere coger de la mano a mi amiga, saltar en círculos y bailar feliz porque *me* ha llamado su pareja.

—¡No! —protesta el macho, aunque era totalmente su intención.

—¿No, Kai? —pregunta Atlas, con su voz tranquila pero dotada de una suavidad letal.

Si sigue hablando como un loco, mis bragas no van a poder contener todos los jugos que me están saliendo. Atlas se comporta como un idiota posesivo y yo estoy empapada.

Definitivamente, me pasa algo.

Bueno, al menos sabe el nombre del tipo que está a punto de morir. ¿Pero a quién quiero engañar? No parece haber nada que mi compañero no sepa.

Hay suficiente peligro en sus palabras como para que uno de los amigos de Kai susurre a nadie en particular: —¿Deberíamos buscar a alguien?

—¡No, te juro que no! —insiste Kai, con las piernas colgando miserablemente de donde Atlas lo tiene sujeto en el aire.

Si mata a este tipo aquí y ahora, nunca lo superaré, no importa lo lejos que huya.

Dioses, ¿podría empeorar este día?

La boca de Kai se abre y se cierra sin que salgan palabras, el terror hace que sus globos oculares traqueteen en sus órbitas. —Mi rey, sólo estábamos...

Atlas no le deja terminar. Lanza a Kai al otro lado de la habitación con un rugido.

Kai se estrella contra un grupo de mesas, evitando por poco chocar con los estudiantes allí sentados. Éstos se apartan de un salto, pero las sillas derriban a algunos. El café vuela por todas partes, salpicando a la gente.

Atlas enseña los dientes a los alumnos. —Lección del día, damas y caballeros —gruñe.

Su lobo, el lobo que despertó en su coronación, es el que habla ahora. Sentí el cambio en él tan claro como el día. Sus ojos rojo rubí brillan. Todos dan un paso atrás y se alejan del rey.

—Siempre estoy vigilando —dice el lobo de Atlas. Luego parpadea y le devuelve el control a Atlas.

Nos miramos a los ojos al instante, y mi compañero se eleva sobre mí mientras permanezco sentada a la mesa con Aylin. Las venas de sus brazos y de su garganta parecen resaltar más que nunca.

Kai se pone en pie y hace una profunda reverencia. Le suda la frente y le tiemblan las manos. Suspiro y apoyo la cabeza entre las manos, avergonzada por él.

—¡Mi rey! —balbucea.

Me asomo entre mis dedos.

Atlas pone los ojos en blanco, con la mandíbula crispada. Sacude la cabeza como si intentara librarse de sus demonios. —Supón que me tomo tu pobre intento de flirteo como un reto —dice.

Técnicamente estaría en el derecho de Atlas como mi pareja eliminar a cualquier macho que lo desafiara.

Kai aprieta las manos sobre la cabeza, suplicando a estas alturas. —¡No, mi rey! Por favor, no me atrevería...

—*¡Pero te has atrevido*! —truena Atlas, e incluso yo me estremezco.

Algunas de las tazas alineadas en la caja registradora para la venta caen al suelo y se hacen añicos.

Da un paso adelante y se eleva sobre Kai. Este solloza entrecortadamente. —Dame una buena razón por la que no debería matarte sólo por tener el descaro de hacerlo. —Atlas pregunta.

—¡Piedad, mi rey, piedad! —Kai grita, pero suena húmedo y casi incoherente.

Atlas lo mira con el labio superior curvado, como si le repugnara cualquier muestra de debilidad. Luego me mira por encima del hombro, con sus ojos carmesí brillando como si pudiera oler cómo me ha hecho sentir toda esta interacción. Es casi como si mi compañero me pidiera permiso.

Pero esto no puede estar bien.

Sacudo la cabeza una vez con fuerza. Atlas guiña un ojo y vuelve a mirar al macho encogido a sus pies.

Supongo que un macho como mi compañero está acostumbrado a que el mundo se agache a sus pies.

Todos contenemos la respiración mientras él reflexiona. Atlas hace sudar a Kai durante un minuto.

—Sólo porque matarte estropearía mi traje nuevo —dice finalmente.

De repente, vuelve a estar gloriosamente aburrido. Creo que toda la sala exhala un suspiro de alivio al mismo tiempo.

Y eso me incluye a mí. Los Dioses saben que no necesito más muertes en mi conciencia.

Se agacha y levanta a Kai de un tirón. —Quítate de mi vista mientras puedas, cachorro —le suelta Atlas, empujándolo hacia la puerta.

Kai se dobla casi por la mitad tratando de inclinarse al mismo tiempo que sale corriendo, murmurando disculpas frenéticamente todo el

camino.

Atlas lo ha echado. Supongo que es mejor que matarlo.

Atlas ni siquiera tiene que decir nada. Mira a la multitud una vez y todos se dispersan. Todo el mundo se marcha.

Incluso los estudiantes que trabajan detrás del mostrador.

Todos.

Me quedo boquiabierta cuando se desliza suavemente en la silla a mi lado, con su muslo rozando mi pierna. Se quita la corona de la cabeza y la coloca deliberadamente en el centro de la mesa.

31

—•—

Nova

Atlas mira a Aylin con una sonrisa encantadora.

—Señorita Aylin —dice—. Está interrumpiendo nuestra cita.

¿Cita?

¿Quién ha hablado de una cita? Este alfa delira con mayúsculas. Atlas ignora mis miradas y espera a que Aylin se vaya.

Aylin se sonroja profundamente. Me mira en busca de confirmación y yo suspiro y le hago un gesto con la mano.

Se marcha y es la última persona en salir por la puerta.

El olor a café sigue en el aire, pero todo el mundo se ha ido y ahora sólo estamos el rey y yo en el café. Solos.

Vaya, él sí que sabe cómo despejar una habitación.

Me agarro a la mesa mientras miro fijamente a Atlas. Los dos miramos cuando mis garras raspan con fuerza el metal.

Atlas me guiña un ojo. —Ahora, Nova —dice con calma—. Te advertí de lo que pasaría si dejabas que alguno de estos cachorros coqueteara contigo.

Su petulancia sólo me irrita más.

—¡No puedes cerrar toda la cafetería! —Grito—. ¡No puedes echar a mi amiga! ¡Y no puedes amenazar la vida de la gente!

Atlas se inclina hacia delante en su silla, poniéndose en mi cara. —Puedo hacer lo que quiera, Nova —dice, sólo que ya no suena tranquilo—. Soy el rey.

—Sí —respondo—, "un rey ausente".

Atlas se estremece. Realmente se estremece. Definitivamente, he presionado un botón ahí. Supongo que ambos estamos presionándonos hoy.

—Y no tenemos una cita —añado por si acaso.

Atlas se acomoda en su silla, tan imperturbable como siempre ante mi rechazo.

Se encoge de hombros. —Tenemos una clase privada, y eso se parece mucho a una cita. —Coge mi taza de café solo y le da vueltas, mirándolo y enarcando las cejas.

—¿Cómo es eso?

—Por lo que pienso hacerte al final de la clase —ronronea Atlas, mirándome a través de unas pestañas imposiblemente largas. Sus ojos parecen arder de promesa.

Pongo los ojos en blanco, tentada de arrebatárselo de las manos, pero los Dioses saben que si lo toco, todo atisbo de moderación saldrá volando por la ventana.

—No lo haremos —digo con firmeza.

—¿Hablas en serio? Tienes que admitir que necesitas lecciones de control.

Resoplo con arrogancia. —No *tengo* que hacer nada.

Gruñe de frustración. —¿Cómo demonios voy a averiguar si no cómo arreglarte? —gruñe Atlas.

Me quedo completamente inmóvil. Cada músculo y hueso de mi cuerpo se congela.

Y cuando me callo tanto, se da cuenta. Supongo que eso me pasa por tener una boca tan elocuente la mayor parte del tiempo.

Cuando me quedo en silencio, es una señal reveladora de que algo va mal.

—¿Arreglarme? —Pregunto lentamente.

Atlas también se ha quedado helado, como si supiera que se le ha escapado algo que no debía decir.

Gruño. —*No* soy uno de tus pequeños experimentos científicos.

Pero me duele que me trate como tal. Es algo más que dolor. Es miedo. ¿Cómo puedo confiar en mi compañero si así es como me ve? Un problema que necesita solución.

Dejo mi silla a pesar de sus protestas y salgo furiosa de la cafetería.

Ya es de noche y los pasillos están vacíos cuando bajo las escaleras. Pero, por supuesto, Atlas me sigue.

Me deja llegar hasta mi dormitorio antes de interponerse en mi camino.

—Vete —gruño. Puede que sus palabras me afecten demasiado, o puede que sea porque sé que son ciertas.

Soy un problema. Soy un monstruo.

Pero no hay arreglo para mí.

Atlas maldice, intentando agarrarme por los brazos. Me muevo demasiado, lucho demasiado para permitírselo.

—¡Mierda! —maldice—. Nova, ¡lo siento! Me he expresado mal, ¿vale? —Finalmente me agarra y me aprieta contra la puerta, con su cuerpo pegado al mío—. ¿Quieres escucharme?

Jadea con fuerza por el esfuerzo que le ha costado agarrarme. Yo también respiro con dificultad, excepto que mi aliento sale como humo. Mi maldición está reaccionando a mi rabia.

Lástima que esté demasiado enfadada para pararla.

—No quería decir eso, ¿vale? —me suplica, inmovilizándome contra la puerta—. Me importas de verdad, Nova, y solo quiero ayudarte —dice mi compañero en voz baja.

Levanto la vista y miro su impactante rostro. Está a sólo unos centímetros. Mi ira se desvanece aunque intente retenerla. Quiero seguir enfadada con él, pero es casi como si no pudiera.

—Quiero que me dejes ayudarte —murmura.

Asiento cansada. No tengo valor para decírselo, para decirle que nadie puede ayudar a los malditos.

Este ha sido un día muy largo. Y esta conversación, lo que ha dicho, me ha hecho darme cuenta de algo que me cansa de una manera que me llega hasta lo más profundo de los huesos.

Atlas presiona su frente contra la mía. Cierro los ojos y disfruto de su cercanía.

La disfrutaré antes de que se acabe.

32

—•—

Nova

El aroma de mi compañero es como un bálsamo para mis emociones crispadas.

Entonces se aparta. Me suelta y echa un vistazo a la habitación que hay unas puertas más abajo. Una pareja se está besando mientras entran en el dormitorio.

Espera a que entren y cierren la puerta tras de sí para sacar algo del bolsillo de su traje negro. —Te fuiste antes de que pudiera darte esto —me dice, tendiéndome el objeto.

Es un collar de cadena, hecho de un material extraño que nunca había visto. Sólo lleva colgado un amuleto violeta con forma de luna creciente. Frunzo el ceño pero se lo cojo, sintiendo la magia que desprende la pieza.

Se parece mucho a la nueva tecnología de edición que describían mis compañeros y que, según decían, se emitió ayer mismo a todo el mundo en la Fuerza.

—Pero yo creía que sólo la Fuerza conseguía estas cositas tan ingeniosas —digo interrogante.

Atlas sonríe y me lo devuelve para que me lo ponga. Me levanto el pelo largo y dejo que me ponga el collar alrededor del cuello. Su tacto es fresco sobre mi piel, pero no demasiado frío. Se me pone la piel de gallina por todas partes.

Es como hielo para mi llama.

—Es para los que están en servicio activo —reconoce.

Sujeta el collar y me suelta el pelo de las manos con suavidad, dejándolo caer por mi espalda. Me giro hacia él y miro hacia abajo para admirar el collar.

Atlas sonríe agradecido, sus ojos brillan de orgullo. —Pero también es para reinas.

Pongo los ojos en blanco y me ajusto el amuleto. —¿Qué hace? —pregunto con suspicacia.

Atlas se queda en blanco a propósito. —Si alguna vez tienes problemas, los Dioses no lo permitan, puedes abrir el amuleto y pedir ayuda al Consejo Alfa.

Levanto las cejas, examinando ahora el amuleto más de cerca. ¿Por qué *el Consejo Alfa* suena como un código para él?

No parece que pueda abrirse...

En la parte delantera está el sello real. —¿La media luna de tu familia? —pregunto, sin poder evitar mi incipiente curiosidad.

Atlas sonríe. —El tuyo es el único que tiene esa particularidad.

Dioses. No me gusta a dónde va esto.

Se encoge de hombros con suficiencia. —En realidad es por la seguridad de los demás más que por la tuya —insinúa.

Le dirijo una larga mirada. —¿Ah, sí? —pregunto rotundamente—. ¿Cómo es eso?

Pero ¿acaso quiero saber la respuesta?

El rey sonríe. —Para que sepan que eres mía y no les arranque la cabeza accidentalmente por joder —dice—. ¿Sabes como casi le pasó a Kai?

Arrugo la nariz hacia él. —¿Marcada? Agg. —Miro el collar—. ¿Así que básicamente es un collar?

Atlas gime. —¿Te lo pondrás, por favor?

Supongo que no pasa nada por llevarlo. Siempre puedo quitármelo cuando corra, pero sería buena idea prevenir a la gente mientras tanto. No quiero que nadie salga herido sólo porque coquetearon conmigo.

Asiento con la cabeza, de mala gana. —Me lo pondré.

Atlas suspira y toma mis dos manos entre las suyas. Sus manos esconden las mías.

—Nova, ¿podemos empezar de nuevo? —suplica.

Miro a esos impresionantes ojos y no digo nada.

¿Cómo puedo mentirle? ¿Cómo puedo decirle que volveré a empezar, pero sin él?

—Quiero que sepas que cuidamos de tu familia —me dice, apretándome las manos.

De todas las cosas que esperaba que dijera, no era ésa. Se me saltan las lágrimas, pero también siento alivio. Alivio por no tener que preocuparme de que mi familia se muera de hambre sin mí. Que no tengo que preguntarme de dónde vendrá su próxima comida.

—Gracias —respiro.

—Déjame que tengamos una cita —suelta.

—No. —Libero mis manos de las suyas. O lo intento. Él se aferra y no me suelta.

Pero tiene que dejarme ir.

Atlas me acerca aún más. Jadeo cuando su boca se acerca a mi cuello y su nariz me hace cosquillas en la garganta. La barba incipiente de su mandíbula me roza la piel.

—Vamos —murmura—, ni siquiera sabes cuál es mi idea de una cita. Puede que te guste.

Cierro los ojos, ignorando sus palabras y tratando de concentrarme en la sensación de él, la sensación de estar en sus brazos, apretada entre él y la puerta de esta manera.

Sus dientes me muerden suavemente el lóbulo de la oreja y mis ojos giran hacia la nuca. El corazón me late desbocado.

—Entonces, ¿cuál es tu idea de una cita? —pregunto, poniendo mis manos sobre sus anchos hombros en un intento de evitar que este momento se descontrole.

Se aparta de mí y mueve las cejas. —Mañana te recojo a las ocho —dice mi compañero.

Mi corazón se desploma y la culpa me atraviesa.

¿Estaré aquí mañana a las ocho? ¿O estaré lejos, en algún lugar donde el rey nunca me encuentre?

Me levanta la barbilla con dos dedos. ¿Cuándo le rodeé el cuello con las manos?

Me desenredo de él, pero me obliga a mirar a sus penetrantes ojos. —Ahora sé buena y duérmete —me ordena Atlas, con su voz grave retumbando en mi cuerpo al estar tan juntos.

Frunzo el ceño. —Creía que habías dicho que íbamos a tener una cita.

Atlas sonríe con nostalgia y se inclina hacia él. —Mañana. Y no solo una cita —susurra contra mis labios antes de besarme suavemente—. Toda una vida. Si me dejas.

Me abre la puerta, me hace pasar y la cierra tras de mí. Miro fijamente la puerta que ahora nos separa, deseando que no existiera. Al cabo de unos instantes, sus pasos se alejan.

Mi compañero ya se ha ido, todo lo que ha dicho perdura en su estela.

Pero sus bonitas palabras ya no me importan porque ya he oído todo lo que necesitaba oír.

Ya he tomado una decisión.

Pero... una cita habría estado bien.

33

—•—

Nova

Esa noche, un rostro tras otro aparecen en mis sueños.

Más bien, en mis pesadillas.

Conozco estas caras.

Está el miembro de mi manada que quemé accidentalmente porque me tiró de la coleta cuando tenía tres años.

Está la chica de la que estaba celosa porque su pelo era bonito y liso y no indomable como el mío.

Está el primer tatuador al que fui que intentó tatuarme la columna vertebral y en su lugar reducido a un montón de cenizas.

No son los únicos. Innumerables de mis víctimas rondan mis pesadillas, mirándome fijamente.

Eso es lo peor. No me dicen nada.

Se limitan a mirarme desde la penumbra del más allá, fijamente, hasta que les he quemado tanto que ya no tienen ojos con los que

mirar.

El fuego siempre comienza como una mancha entre sus cejas y los devora y se los come hasta que desaparecen.

No sé por qué pensé que venir a la Academia y unirme a la Fuerza haría desaparecer todos mis problemas. Mi maldición me acecha incluso mientras duermo en mi dormitorio.

Me revuelvo entre las sábanas, gritando en sueños que mis víctimas me perdonen. Algo que sé que nunca ocurrirá.

No hay perdón para alguien como yo, aunque me haya esforzado tanto por controlar mis emociones y me haya distanciado de la sociedad para no herir accidentalmente a nadie.

No hay perdón para los monstruos.

Las caras son como un pase de diapositivas. Ardiendo eternamente con mis llamas. Mi fuego.

Sólo termina cuando pataleo tan violentamente en sueños que me caigo de la cama y me despierto estrellándome contra el suelo. Tengo que correr para llegar al baño antes de que las náuseas me dominen.

—¿Nova? —pregunta Aylin, levantándose de la cama y sonando desconcertada. Viene al baño y maldice cuando me ve vomitando en el retrete. Enciende una vela y me aparta el pelo de la cara—. Shh —me dice tranquilizándome—. Sólo era un sueño. No era real.

Dioses, ¿me ha oído gritar?

Estoy despierta, me digo. *Estoy despierta*.

Pero me tiembla todo el cuerpo. Todavía los veo. Todas esas caras. Esas vidas que mi maldición me hizo arrebatar. ¿Quién será mi

próxima víctima? Tal vez incluso sea mi compañero.

Quizá Atlas sea el próximo en arder.

Cuando los vómitos remiten tras una eternidad, estoy empapada en sudor. Sin embargo, nunca había sentido tanto frío.

Aylin me tiende una toalla y me limpio la boca.

Sus ojos recorren mi cara como si buscara signos de lesión. Lo cual, por la forma en que me he estado agitando, es totalmente plausible.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta en voz baja.

Sacudo la cabeza. Hablar de ello no los traerá de vuelta. Hablar de ello no aliviará mi inmensa culpa.

—Aylin —digo, con la voz ronca y áspera por haber vomitado—, necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea —dice Aylin sin dudarlo.

Sólo tarda diez minutos en correr a la tienda que hay junto a la cafetería y traerme lo que necesito. Por lo visto, están abiertos 24 horas al día, 7 días a la semana, para urgencias como esta. Estoy sentada en el suelo con la cabeza apoyada en la cama cuando vuelve y me da la bolsa marrón.

La cojo y le doy las gracias, agradecida de tener una amiga después de tanto tiempo.

No podía ir a buscarlo yo misma, ya que Atlas siempre me está vigilando, como tan amablemente nos recordó a todos ayer.

—Estaré aquí mismo —dice Aylin amablemente, apretándome el hombro y dedicándome una de sus sonrisas.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. Tengo la tentación de fingir que nada de esto está ocurriendo, pero sé que muy pronto eso no será posible.

Hay cosas que no se pueden ignorar.

Me encierro en el cuarto de baño. Mis manos tantean la vela hasta que consigo encenderla. Si tan solo controlara mi maldición lo suficiente como para encender la vela con mi poder. Saco la caja de la bolsa marrón.

Irónicamente, es mi compañero quien creó esta tecnología. Es una prueba que funciona con magia. Le dice a una cambiaformas si está... embarazada.

Sigo las instrucciones de la etiqueta y espero el tiempo necesario dentro del cuarto de baño, demasiado aterrorizada para salir siquiera de este pequeño espacio.

Momentos después, sigo mirando fijamente el aparatito. Y no hay duda de la respuesta que me da.

Aylin golpea la puerta, apretando la oreja contra ella. —¿Todo bien ahí dentro, Nova? —llama, con la voz tensa por la preocupación.

Pero no puedo responder. Estoy demasiado ocupada mirando la prueba de embarazo positiva.

Llevo en mi interior al hijo del rey.

Esta vez, no llego al baño antes de vomitar por todas partes.

34

—·—

Nova

—Imaginaba que te encontraría aquí. —Salto al oír la voz de Atlas.

Parpadeo hacia él, entrecerrando los ojos para ver en la penumbra. La mayoría de las velas se han apagado.

Mi compañero se apoya en el lateral de la mesa en la que estoy sentada en medio de la biblioteca, pero somos los únicos que estamos aquí. Hasta los bibliotecarios se han ido a casa.

Debo haber perdido la noción del tiempo.

Hay montones de libros a nuestro alrededor y, sin darme cuenta, meto en la mochila el último que estaba leyendo.

Mi mochila llena con todas mis pertenencias. Se suponía que esta biblioteca era mi última parada.

Y luego se suponía que ya me habría ido hace tiempo. ¿Ahora se han frustrado todos mis planes?

—¿Porque siempre estás vigilando? —pregunto, intentando que mi voz no suene nerviosa.

Atlas me mira raro y echa un vistazo a mi mochila. Por suerte no tengo muchas cosas, así que no parece demasiado abultada. O demasiado sospechosa.

—Te gusta leer —comenta—. ¿Por qué?

Me encojo de hombros. —Por la misma razón que a cualquiera. —Él arquea una ceja interrogante.

—A la gente le gusta leer porque quiere experimentar el "felices para siempre" que no existe en la vida real —explico.

Atlas hace una pausa. —Serás feliz para siempre, Nova —dice ferozmente—. No importa a quién tenga que matar para asegurarme de ello.

Aparto la mirada, incapaz de mirarle a los ojos. Incapaz de decirle que no lo haré.

Atlas abre la boca como si quisiera decir algo más. Pero se detiene y, en su lugar, señala con la cabeza los libros que tengo delante. Pregunta: —¿Algo bueno?

Sacudo la cabeza demasiado rápido, frunciendo los labios. —Sólo estaba leyendo algo de historia.

Atlas se pasa una mano por el pelo. —¿Hay algo ahí sobre alfas enfermos? —murmura, abriendo una cubierta perezosamente.

Frunzo el ceño. —¿Has dicho alfas enfermos?

Atlas me dedica una sonrisa tímida. —No importa —dice, y yo me encojo de hombros, presa del pánico por cómo voy a conseguir que se vaya ahora.

Me pongo en pie y me coloco la mochila al hombro. —Es... es sobre dragones —digo con cierta timidez. Parece una locura, pero... quizá lo suficientemente loca como para ser algo.

Una pista al menos.

Atlas frunce el ceño y sonríe al mismo tiempo, lo que le sienta sorprendentemente bien. Le hace parecer más joven, menos rey, supongo.

Pero ¿a quién quiero engañar? Todo le sienta bien.

—Entonces —dice—, ¿estás lista para nuestra cita?

—¿Una cita? —pregunto, y se le pone la cara roja de vergüenza. Al instante, me siento fatal por haberlo olvidado, pero, sinceramente, de todas formas no pensaba quedarme mucho tiempo para ir. ¿Ya son las ocho?

Abre la boca para decir algo, pero nunca llego a saber de qué se trata.

Supongo que nunca lo haré.

Su segundo llega corriendo a través de la silenciosa y vacía biblioteca. —¡Mi rey! —grita.

—Eh, amigo, es una biblioteca, ¿vale? —Bromeo y al instante me arrepiento al ver el pánico puro que tensa las facciones del varón.

Susurra algo al oído de Atlas que hace que mi compañero se ponga más erguido.

—Ve a tu habitación, Nova —ordena, y sus ojos se oscurecen.

Asiento distraídamente, intentando alejar la culpa de haberle mentido. No decirle la verdad a mi compañero me parece muy mal.

Sea lo que sea lo que su segundo acaba de decirle, debe de ser urgente porque Atlas no insiste en acompañarme a mi habitación. Muy alejado del carácter de mi posesivo alfa.

Él y su segundo salen juntos, transformándose y moviéndose tan rápido que sus cuerpos son borrones de piel y color.

Apenas salgo de la biblioteca cuando empiezan a sonar las alarmas. Una potente luz roja cubre toda la escuela mientras una sirena ulula sobre mi cabeza.

—¡Esto no es un simulacro! —grita una voz en un altavoz por encima del ruido.

Y una chica no podría pedir mejor diversión.

—¡La pared oeste está en llamas! —grita la voz, probablemente la profesora Angela—. Repito: la pared oeste está en llamas.

¿En llamas? No podría haberlo planeado más perfectamente aunque lo hubiera intentado.

Ojalá me hubieran cabido más libros en la mochila, pero los que tengo dentro tendrán que bastar por ahora. Me sujeto la otra correa de la mochila al hombro y respiro hondo. Ya está.

No quiero dejar a Atlas, que acaba de confesarme sus sentimientos.

Pero son esos sentimientos los que me obligan a huir ahora mismo. Porque aunque no debería, yo también siento algo por él, algo que sólo conseguirá herir a Atlas.

Y eso no puede ocurrir.

Las videntes juraron que quemaría a cualquiera de quien me enamorara.

Y me estoy enamorando de Atlas. ¿Quién no lo haría? Es perfecto.

Yo tampoco quiero dejar la Academia, ni a Aylin. Sé que sólo llevo aquí un par de días, pero ya me están empezando a gustar algunas de mis clases.

Son despiadadas, y una de ellas, la de hoy, era básicamente una batalla campal en la que cualquiera podía retar a otro a un combate hasta que el otro se sometiera. Me ha encantado. Me ha encantado hacer una amiga a pesar de haber sido una marginada toda mi vida.

Las lágrimas nadan por mi rostro, nublándome la vista mientras avanzo por los pasillos de piedra de la Academia, abriéndome paso hasta una de las salidas laterales que lleva al territorio desconocido. Hay otros estudiantes que se apresuran hacia sus dormitorios, pero ninguno de ellos se da cuenta de mis lágrimas en medio del alboroto de las alarmas.

Tuve que dejar atrás a mi familia y ni siquiera pude despedirme de mamá. Ahora tampoco puedo despedirme, ni de Aylin ni de mi compañero.

Todo esto es tan injusto. No quiero irme. Pero no tengo elección. *Tengo* que hacerlo.

Por su bien. Estarán más seguros cuando esté lejos.

Mi mano se posa en la parte baja de mi vientre y en la vida que late allí. Todos estaremos más seguros.

Atlas me ve como un problema que hay que arreglar, pero ¿y si este niño, nuestro niño, es como yo? ¿Será nuestro hijo también otro problema para él?

Para cuando he llegado al muro este, puedo oír la lucha desde el muro oeste, los gruñidos de las bestias que acechan bajo la piel de los cambiaformas de la Fuerza. Veo el humo y las llamas.

La preocupación por mi compañero me invade con demasiada fuerza como para ignorarla. Está en ese lío, luchando contra algún enemigo invisible.

Estamos siendo atacados, pero ¿por qué? No puedo ver nada más allá de las columnas de humo sobre la pared oeste.

Supongo que no importa. Quienquiera que sea este enemigo, está usando fuego. Igual que mi fuego.

Lo que significa que si mi maldición aparece ahora, todos pensarán que es otro ataque del enemigo. Será la distracción perfecta.

No es difícil agitar mis emociones. Dejar a mi compañero ya me tiene en un estado de pánico puro.

¿Y si él muere mientras yo huyo como una cobarde?

Lo haces por su bien, me digo.

Las llamas que nunca murieron realmente dentro de mí responden a esa desesperación, ese miedo y esa incertidumbre. A ese dolor crudo.

Y cuando el muro este estalla en fuego y caos, me escabullo como un fantasma.

35

—•—

Nova

El fuego está por todas partes. Este mundo de volcanes y calor está bañado en llamas.

No oigo el clamor de la lucha ni ningún inquietante rugido de monstruos desconocidos desde el otro lado de la escuela, así que quienquiera que sea el enemigo, debe de haberse ido hace tiempo.

Tal vez esto ha sido una especie de ataque sorpresa para poner a prueba nuestras defensas.

Fuera lo que fuera, sólo oigo a los cambiaformas gritando y chillándose unos a otros.

Una voz se eleva por encima de las demás.

Atlas.

El sonido de su voz me hace detenerme, incluso entre las llamas. Siento su calor, pero no me duele. Sin embargo, ¿el sonido de la voz de mi compañero cuando no estoy segura de volver a oírla?

Eso sí duele.

Primero se me escapa una lágrima, aunque no me doy permiso para llorar. Siento que el corazón me pesa en el pecho. Me duele. Y entonces experimento algo que no creo haber experimentado nunca. No puedo parar de llorar.

Tengo que dejarlo.

Corro hacia la pared este. Es mi mejor opción. Todos van a informar al rey. Y él está al otro lado de la escuela.

Mi fuego no ha podido hacer un agujero en el muro este, ya que;

a) no tengo control y

b) el muro es de piedra.

Pero ha causado el suficiente caos como para aplastar parte de ella, creando una abertura a través del muro que se asemeja a una grieta.

El olor a humo es denso en el aire y me nubla la vista.

Es lo suficientemente grande como para que pueda colarme. Los cambiaformas están corriendo por aquí, intentando apagar el fuego. Han llamado a los miembros de la Fuerza. Tengo que agazaparme detrás de una carnicería mientras un grupo de ellos se agolpa delante, impidiéndome la salida.

Aunque no parece algo de lo que se hable mucho, es de dominio público que los padres de Atlas murieron explorando lo que hay al otro lado de este mismo muro. No es de extrañar que Atlas desapareciera durante todos esos años. Se vio obligado a matar a su propio hermano por el trono, y sus padres murieron justo después.

¿De verdad voy a hacerle eso otra vez?

Sollozo entrecortadamente, manteniendo la mirada fija en la grieta de la pared este.

Pronto llamarán a los refuerzos. Pronto vendrá el rey.

—Yo también lo veo, querida —dice una voz femenina y áspera.

Me quedo inmóvil, de pie, con la columna recta. No aparto la vista de mi apertura, pero me tenso por todo el cuerpo en previsión de lo que podría ser una pelea.

Y si tengo que luchar para salir de aquí, lo haré. Haré lo que sea por el niño que llevo en mi vientre. Ya las llamas se acercan a mí, preparándose.

—¿Ver qué? —pregunto, forzando mi tono para ser indiferente.

—Nuestra salida —sisea la misma voz.

El sonido procede de algún lugar detrás de mí. Me giro.

Hay varias figuras pequeñas y marchitas encorvadas en el mismo rincón en el que me encuentro. El fuego vacilante de mis llamas pinta sus rostros de luz, mostrando el verde de su piel y el amarillo de sus ojos.

Brujas.

Intentan compartir mi escondite, todas mirando con expectación la grieta que he conseguido abrir en el imponente muro este.

Toda una hazaña atravesar esa gruesa pared de roca pálida. Supongo que debería estar orgullosa.

Las brujas se acercan a "nuestra salida", como ella la ha llamado.

—¿Qué estáis haciendo? —susurro mientras el grupo de cambiaformas se aleja.

La bruja que habló levanta una mano embozada hacia la grieta. —Nos vamos por la misma razón por la que vinimos. —Su pelo es blanco como la nieve y cae enredado, derramándose fuera de la capucha de su capa.

Miro detrás de ella al grupo de unas siete brujas que se oculta entre las sombras. Vuelvo los ojos. —¿Os vais *todas*?

La bruja me sonríe, enseñando los dientes torcidos. Al menos los que le quedan. Le faltan casi todos. —¿No creerías que eres la única que intenta huir de la ciudad? —pregunta con una extraña inclinación de cabeza.

Como las brujas suelen ser reservadas, no sé mucho de ellas.

Lo que sí sé es que los aquelarres que deciden establecerse en Ciudad Cambiaformas vienen en busca de un lugar más seguro para vivir. Lo que plantea una vez más la pregunta del millón: ¿más seguro de qué?

—Pero si vinisteis aquí por protección, no entiendo por qué querríais iros —digo.

La bruja mira a su alrededor y ríe a carcajadas. El aire está cargado de humo y miedo. —¿Parece que ya no hay peligro en la Ciudad Cambiaformas? —pregunta con conocimiento de causa.

Este aquelarre... saben algo. Pero las brujas son notoriamente privadas. No le dirían nada a una extraña.

Frunzo los labios y me limpio furiosamente la cara. Malditas lágrimas traidoras.

Echa un vistazo por encima del hombro a su aquelarre y asiente una vez, luego dirige la mirada a los cambiaformas que aún nos bloquean el paso. —Ahora —susurra.

La bruja levanta una mano con dos dedos hacia arriba. Empieza a soplar un viento que le aparta el pelo de la cara. La magia hierve a fuego lento en el espacio que hay entre ella y los cambiaformas de la Fuerza llamados a investigar. La bruja dice unas palabras que no entiendo.

Todos los cambiaformas levantan la vista a la vez, como si sintieran que la magia les alcanza. La bruja sale del escondite y entra en la luz.

Sus ojos se posan en ella, pero en cuanto lo hacen, sus cuerpos se ponen rígidos.

Se congelan, sus miradas no ven.

La bruja y su aquelarre salen y pasan junto a ellos, con sus capas rojas como sangre en medio del suelo manchado de hollín, las llamas a nuestro alrededor como linternas que iluminan su camino. Y mientras los cambiaformas se quedan atónitos, las brujas empiezan a escalar el muro este.

Pueden caber por la grieta que he creado, pero primero tenemos que llegar.

Echo un último vistazo por encima del hombro y me apresuro a seguirlas mientras me dejan un hueco.

La bruja con la que hablaba me hace señas desde mi último puesto en la fila india que ha formado el aquelarre. La Fuerza permanece aturdida mientras todos nos movemos, pero me doy cuenta de que está haciendo que las brujas se agoten para mantener el hechizo.

Tenemos que darnos prisa.

Tengo las manos raspadas y ensangrentadas mientras escalo por la pared y atravieso la abertura, pero lo consigo junto con las brujas. Sin embargo, no se marchan en cuanto llegan al otro lado.

Se quedan ahí y me doy cuenta de que me estaban esperando para asegurarse de que salía. Intento no resoplar mientras recupero la compostura y me limpio las manos en las piernas. La bruja con la que hablaba antes se acerca a mí.

—¿Cómo te llamas, cariño? —canturrea, pero, por alguna razón, el brillo de sus ojos me hace sentir que ya lo sabe.

—Nova.

—Nova —repite—. Soy Savvy.

—Gracias por tu ayuda, Savvy. —Inclino la cabeza hacia ella.

Savvy me mira de arriba abajo descaradamente pero no agradece mi aprecio. Me parece bien. Aquí es donde nos separamos de todos modos.

Al otro lado del muro este, las arenas rojas parecen extenderse sin fin hasta que el barrio de los volcanes las interrumpe. Me pregunto qué más puede ofrecer el mundo más allá de Ciudad Cambiaformas.

¿Podría labrarme una vida para mí y para mi hijo nonato en este mundo desolado y muerto?

—Cabalgamos al antiguo hogar de nuestro aquelarre. —Ella olfatea—. Tenemos un volcán con nuestro nombre. —Levanta la barbilla con orgullo—. Ven con nosotras —dice la bruja que debe ser la anciana del aquelarre.

¿Quién sabe qué pasaría con las brujas? Cómo envejecen, cuál es la jerarquía de su aquelarre.

Todo es un misterio.

—No —digo, mirando fijamente a la oscuridad.

A mi espalda está la escuela en llamas, la ciudad en la que crecí y mi compañero.

Por delante, está todo lo desconocido.

—Sí —dice Savvy—. No es seguro...

Me vuelvo bruscamente hacia ella, con los ojos plateados a la luz de las muchas lunas. —No quieres que vaya contigo. —Extiendo las manos y las miro fijamente, pero no tienen respuesta—. Estoy maldita.

Savvy ríe a carcajadas. Algunas de las miembros de su aquelarre ríen entre dientes. —No estás maldita, querida —me dice, agitando la mano desdeñosamente—. Sólo caminas entre dos mundos.

Sacudo la cabeza. —¿Qué significa eso?

Pero Savvy se niega a decir nada más. Mis manos se cierran en puños. —Gracias por el ofrecimiento, pero estoy mejor sola —digo y me doy la vuelta para marcharme.

La bruja da un par de pasos hacia mí, sus pies descalzos hacen hendiduras en la arena. Olfatea y esboza esa sonrisa desdentada y espeluznante.

Agita una mano y aparecen escobas debajo de cada una de las brujas.

Todas están hechas de madera de color marrón oscuro y flotan a unos treinta centímetros del suelo. —Quizá quieras replantearte esa decisión —se burla la bruja—. No querrás estar sola cuando empiece.

Frunzo el ceño. —¿Cuándo empiece el qué?

La bruja ladea la cabeza como si presintiera algo. —Tu parto —dice.

36

—•—

Nova

—¡Toallas! —grita Savvy al resto de las mujeres, que permanecen inmóviles y con los ojos muy abiertos.

Ladeo la cabeza hacia ellas desde donde estoy tumbada en el suelo que han cubierto de mantas. El calor de la roca ígnea que tengo debajo me ayuda con las contracciones.

Entonces veo las caras de las brujas, iluminadas por la lava que brilla tenuemente en el vientre de nuestro volcán. Sus expresiones me dicen algo que sus bocas no dicen. Tengo problemas.

Savvy mete su brazo dentro de mí, pero el bebé no se gira.

El brazo que saca está cubierto de sangre y Dios sabe de qué más. Giro el cuello y vomito al verlo.

Agarra a una de las otras brujas, que se han convertido en mis hermanas, y las empuja con impaciencia, haciendo que muevan los pies por ellas, ya que todas parecen congeladas. —¡Necesito más toallas! —grita tras ellas.

Dos de las brujas se apresuran a hacer lo que ella dice. Las otras dos intentan agarrarme las manos temblorosamente.

Savvy se vuelve hacia mí e intenta dedicarme su mejor sonrisa, la más tranquilizadora. Para una bruja, eso equivale a una mueca desdentada.

Tengo una manta sobre el cuerpo, sobre la enorme hinchazón de mi vientre. Su cremosa longitud me llega hasta las rodillas, pero está empapada de mi sangre.

Es alarmante la cantidad de sangre que he perdido, y estoy empezando a sentir sus efectos. Estoy débil. Demasiado débil para continuar así.

—Sé buena y empuja —dice Savvy con exagerada paciencia. Mi sangre ha salpicado la piel verde de su cara.

Aparto a las mujeres que me sujetan las manos y agarro a Savvy por su característica capa roja. Mis ojos brillan con un destello plateado. El dolor es demasiado. Mi loba está a punto de salir a la superficie.

Y me ha ido muy bien estos últimos meses.

Gruño en la cara de Savvy, mis garras atraviesan la tela de su capa con facilidad.

Mira las garras, vuelve a mirarme a la cara y me da una palmadita en la mano. —Ahora, Nova... —empieza.

—¡Es demasiado pronto! —Gruño, el sudor cubre cada centímetro de mi cara.

—Nova, te advertí de que esto pasaría —suelta.

Sus palabras me arrancan otro gruñido.

—El embarazo ha progresado más rápidamente debido a que tu compañero es... bueno, debido a que es el rey. Ese niño en tu vientre... —Un gruñido de advertencia brota de mi loba, que se ha vuelto ferozmente protectora con su cachorro. Savvy traga saliva y vuelve a intentarlo—. Ese niño será uno de los cambiaformas vivos más poderosos y heredero del mundo tal y como lo conocemos —termina sin rodeos.

Pero Savvy sabe que esas cosas no me importan. Me aprieta la mano, que aún la sujeta como una prensa, y dice suavemente: —Sostendrás a tu hijo, Nova.

Aprieto los ojos, pero no la suelto. Tampoco la creo, a pesar del sonido profético de sus palabras.

El dolor se ha vuelto insoportable. Y hay mucha sangre. Empiezan a salirme lágrimas por el rabillo del ojo.

—Pero primero, necesito que empujes —dice Savvy con su voz imperturbable.

Otra contracción me desgarra al oír sus palabras. Siento como si me partieran en dos, como si tuviera todo el dolor de un calambre, como cuando estaba en celo, pero amplificado por un millón.

Y esta vez no está Atlas para llevarme de la mano.

La atraigo aún más. Ahora me han salido los dientes de loba, así que mis palabras suenan guturales e irreconocibles. —¡Vete a la mierda! —Le digo a Savvy.

La lava en la base de nuestro volcán está empezando a calentarse aún más.

Sale vapor de él. Sé que es obra mía. Las brujas se cogen las manos y miran nerviosas el volcán que ha sido nuestro hogar todos estos

meses. No le hemos añadido gran cosa, sólo nuestros catres y objetos sencillos.

Ninguna de nosotras trajo mucho cuando escapamos de Ciudad Cambiaformas hace tantos meses.

Ahora mismo estamos en el centro, pero se supone que el volcán está inactivo. Las brujas usan su magia para ocultar el agujero en la cima del volcán para evitar ser detectadas.

Y en esta oscuridad cercana, hemos vivido todo este tiempo. Quizá yo también muera en ella.

—¡Si sigue así, todo estallará! —susurra una de las brujas, rompiendo el silencio como si no pudiera soportar más la presión.

Savvy las fulmina con la mirada e intenta convencerme de que me eche hacia atrás. —¡Empuja, Nova! —ordena.

Me rechinan los dientes y grito. Pero me desplomo hacia atrás. Las brujas me cogen de las manos mientras empujo con todas mis fuerzas. Solo quiero que mi bebé salga ya.

Mi embarazo no ha sido fácil, por no decir otra cosa. Las brujas decían que lo estaba pasando mal porque Atlas es mi pareja, y es el cambiaformas macho más poderoso que jamás haya existido. Pero sé que también es por mi maldición.

Como puedes imaginar, una cambiaformas hormonal embarazada cuya maldición actúa con sus emociones era una receta para el desastre.

Las brujas han sido pacientes e incluso desarrollaron un brebaje de hierbas que funcionaba para embotar mis emociones lo suficiente como para que siempre estuviera en un estado de calma suprema. Eso parecía ayudarme un poco si lo tomaba a diario, pero las hierbas también me quitaban más energía.

Como era de esperar, fueron las palabras de Atlas las que me ayudaron a superarlo. Las palabras del compañero que rechacé las que me salvaron.

Sólo una vez más.

Incluso cuando creía que no podía controlar mis sentimientos, incluso cuando me sentía fuera de mí y todo me parecía imposible, siempre me sentía capaz de intentarlo una vez más. Gracias a Atlas.

Y funcionó.

Creo que el embarazo también ha influido. Ahora que estoy de parto en el suelo, me vienen a la cabeza momentos de mi embarazo como si fueran diapositivas.

Discutiendo con Savvy. Las brujas del aquelarre cazando para mí cuando siempre era yo la que tenía que cazar en el pasado para mi familia. Noches pasadas a la luz de la lava escuchándolas contarme historias. Escuchando a Savvy inventar cosas para mantener nuestras mentes ocupadas la mayor parte del tiempo.

Y trabajando cada día, por muy cansada que estuviera, para mejorar. Para aprender a controlarme.

Me he pasado la mayor parte del embarazo aterrorizada por la posibilidad de quemar accidentalmente a mi propio hijo como hice con su padre. Ese ha sido el mejor aliciente para intentar una vez más que mi maldición pasara desapercibida.

Y mejoré. No perfecto, pero cada vez va mejor.

Hemos superado muchos días, todos ellos sintiendo la conciencia de mi compañero como si fuera una puerta cerrada en mi mente, a la que podía acceder si giraba el picaporte. Sentirlo y no poder alcanzarlo era una tortura, pero lo he superado.

Todo eso no podía ser en vano.

Empujo. Sólo una vez más, como dijo Atlas.

Empujo hasta que mi cuerpo se rinde. Me tumbo en el suelo negro y miro hacia la oscuridad.

Savvy maldice. —Bebé testarudo, como mamá, ¿eh? —murmura a mi vientre.

Sé que todo lo que di, toda la lucha que me quedaba por dar, aún no es suficiente. Moriré aquí sin que ni siquiera la luna me haga compañía mientras me desangro y me llevo a mi hijo nonato conmigo.

Debo de decir algo en ese sentido, porque Savvy da un respingo. Sus manos se retiran y yo jadeo, sintiendo que la presión cede un poco aunque el dolor es insoportable.

Savvy mira hacia la punta del volcán, donde el agujero que se abre al cielo está envuelto en una oscuridad mágicamente elaborada.

—¡La luna! Eso es! —exclama, agitando su mano cubierta de sangre hacia la oscuridad.

Las otras brujas a mi lado no me sueltan los brazos, sino que utilizan sus manos libres para unirse al hechizo de Savvy. Ella murmura en voz baja, al igual que el resto de su aquelarre.

Llegan mujeres con toallas y Savvy pone los ojos en blanco. —Ya era hora —ladra—. Daos prisa y uníos a nosotras, hermanas.

La oscuridad se disipa, y el agujero en la cima del volcán se abre al cielo nocturno. Este aquelarre puso esa oscuridad sobre nuestras cabezas para su propia protección, pero para mí y mi bebé, han hecho esto. La han levantado y han dejado entrar la luz.

Nos han hecho este favor. La luna está ahí, como si me hubiera estado esperando todo este tiempo.

Su luz se filtra sobre mí, que estoy tumbada boca arriba. La luz se derrama sobre mí como si fuera vida. Respiro profundamente.

Puedo respirar.

Cierro los ojos. El dolor ya ha disminuido. Ese sentimiento de injusticia se ha desvanecido de mí.

Una vez más, la voz de Atlas susurra en mi memoria.

Dioses, en este momento de debilidad, puedo permitirme desear que estuviera aquí conmigo. Por muy grandes que sean estas brujas, desearía que fuera él. Desearía que fuera Atlas quien sostuviera mi mano.

Sólo una vez más.

Son las mismas palabras que me han ayudado a superar los momentos más difíciles de mi vida. Todo lo que hace falta es una vez más.

Savvy mira bajo la manta y vuelve a asomar la cabeza.

—¡Lo estás haciendo muy bien, Nova! Veo su cabeza! —grita en voz alta en su emoción—. ¡Sólo un empujón más, querida!

—Zorra —murmuro cansada, con los ojos desorbitados. Levanto la vista hacia su rostro atónito, dándome cuenta de que he dejado escapar mis pensamientos internos—. Lo siento.

La bruja se ríe. —Está bien, querida. Te haré saber que me han llamado cosas mucho, mucho peores.

Rodeada de amigas, con la luz de la luna en la cara y las palabras de Atlas cerca del corazón, empujo por última vez.

Y esa última vez es suficiente.

Savvy grita y me quita al niño de encima.

Entonces un nuevo sonido llena el aire. El sonido más hermoso. Como música para mis oídos. El llanto de mi bebé.

Savvy le mira profundamente a los ojos. Algunas del resto del aquelarre se agolpan a su alrededor con impaciencia.

—Está bien, está bien —canturrea.

Una expresión se apodera de la cara de Savvy que nunca pensé que vería en la vieja bruja gruñona.

Sostiene el fardo a la luz de la luna. No veo nada.

Ella agita una mano desdeñosa. —Sabrina, Clarise, Nova necesitará agua para reponer su suministro de leche.

Sabrina gime. —Pero tú nos enviaste la última vez —se queja.

—Sí —añade Clarise. Me estoy desconectando, demasiado cansada para sus discusiones—. ¿Por qué no puedes enviar a alguien más?

Savvy levanta la barbilla. —Eso es porque sois mis buscadoras de agua designadas.

—¿Buscadoras de agua designadas? Pero si eso ni siquiera existe —replica Sabrina malhumorada.

—¡Es ahora! —sisea Savvy con voz aguda, y ambas miran a sus pies a la vez—. No estábamos preparadas para que esto ocurriera ahora. Hacía tiempo que no traíamos nada. Id a llenar las jarras.

Hay un río de agua que divide la tierra no muy lejos. Lo llaman el río imposible porque no debería existir. No al lado de ríos de lava y

volcanes. Pero es la forma en que los cambiaformas han sobrevivido todo este tiempo. Eso y algunos afluentes que se ramifican del río.

Las brujas me dirigen una mirada de felicitación antes de irse a buscar lo que Savvy les ha pedido.

Por fin, la bruja mayor me entrega un fardo con una carita que asoma por su parte superior. Una cara que me resulta demasiado familiar. Un rostro que ha perseguido todos mis sueños durante todos estos meses.

Me invade el asombro, como si en mis manos tuviera uno de los grandes misterios del mundo. Me invade un profundo cansancio, pero también... alegría. Una alegría infinita, implacable. El tipo de alegría que sobrevive incluso a las peores dificultades.

Miro los ojos entrecerrados de mi bebé. Son brillantes y de color rojo rubí.

Alfa.

—Felicidades —dice Savvy mientras estrecho a mi hijo y mi mundo se reorganiza dolorosamente en torno al pequeño bulto que tengo en los brazos.

—Es un niño.

37

—•—

Atlas

Dos años después

Miro fijamente el punto rojo del mapa, observando cómo palpita al ritmo de mis latidos. A veces, los latidos de los compañeros se sincronizan.

Me siento en la habitación que espero que mi compañera nunca descubra. Es literalmente una habitación oscura llena de pantallas que una vez utilicé para vigilarla. Sólo que ahora tengo un mapa de este mundo colocado en un escritorio delante de las pantallas. Y el mapa está iluminado con un único punto rojo.

Ese punto representa la ubicación de mi compañera. Me sorprende que Nova nunca se quitara el dispositivo de rastreo. ¿Todavía lo lleva alrededor del cuello como una buena chica? Obviamente, ya que siempre he sabido exactamente dónde está mi compañerita.

Me reclino en la silla y me paso una mano por la cara.

Ha habido días en estos últimos meses en los que casi me vuelvo loco con el impulso de ir tras ella. De cazarla como hice la noche del

rito de apareamiento y traerla aquí. Y la única razón por la que no lo he hecho es porque sé quién es Nova.

Sé sin lugar a dudas que ella es la persona de la que habla la profecía, destinada a unir este mundo y poner fin a las plagas que siguen aquejando a las jerarquías de la manada.

Pero no pretendo entender sus acciones. Nova huyó de mí, me rechazó, y aunque mi orgullo apenas puede soportarlo, tal vez esto…

Suspiro. No sé, tal vez esto es lo que necesita hacer para completar su papel en la profecía.

Ojalá pudiera estar a su lado. Por ahora, todo lo que tengo es este punto rojo para cavilar y obsesionarme.

Pero no importa. Cuando se trata de Nova Crescent, tomaré lo que pueda conseguir.

La voz de mi segundo interrumpe mis pensamientos. —Ya están listos para ti. —Habla por el enlace de manada que la mayoría de los cambiaformas alfa tienen con sus miembros.

El acecho a mi compañera tendrá que esperar. Llevo demasiado tiempo mirando absorto el punto rojo. Me empiezan a doler los ojos. Pero la cosa es que... anoche estaba bastante seguro de que parpadeaba como... como si fuera a apagarse.

Y pensé lo peor. Pensé que mi compañera había muerto en algún lugar sola donde yo no podía llegar hasta ella. No me ayudó que mi lazo de luz de luna pareciera dolerme en el pecho.

Pero ahora el punto rojo que señala la ubicación de Nova brilla más que nunca.

Asiento con la cabeza y aparto los ojos del mapa. La puerta se cierra de golpe y se bloquea automáticamente tras de mí.

Todos los alfas me esperan en la misma sala del consejo a la que Nova fue condenada una vez. Intento no mirar al lugar en el que estaba, no imaginarme su bocaza y la forma en que se deshizo de una sala de alfas sin el menor atisbo de miedo.

Sobre todo, intento no pensar en su delicioso calor, en su adictivo aroma.

La reunión no empieza hasta que yo llego. El oso alfa es un hombre corpulento llamado Boris, y su voz atronadora llena la sala del consejo.

—No ha habido ningún ataque desde que la Academia fue destruida...

—Y seguimos sin saber qué tipo de criatura lo causó —añade Alfa Serge, como siempre apuntándome con su mirada.

Supongo que matar a alguien a quien amaba me hace responsable de... bueno, de todo a los ojos de Serge.

—¿Por qué siempre mencionas eso? —comenta Derek con curiosidad, y yo suspiro y asiento. La corona de obsidiana que llevo en la cabeza me pesa más estos días. Hay mucha tensión y todo el mundo discute constantemente.

Antes habría pensado que si huía, sería lo mejor para Ciudad Cambiaformas. Ahora me estoy dando cuenta de que soy lo único que impide que estos alfas se vuelvan unos contra otros.

—Porque —replica Serge—, ¿no te parece extraño que nadie viera nada y que de repente brotara fuego del cielo?

Algo de sus palabras resuena en mi memoria. *Fuego del cielo.*

¿No estaba Nova leyendo algo antes de irse? ¿No dijo algo sobre dragones antes de huir y destrozarme el corazón en el proceso?

—¿Y los dragones? —Lo digo en voz tan baja que casi se me pasa por alto.

Pero es lo que tiene ser rey. Cuando hablas, la gente escucha.

Incluso una habitación llena de alfas. —¿Dragones? —dice Serge—. Pero los dragones no son reales.

Me encojo de hombros. —Sólo era una idea. —Pero sigo preocupado.

¿No hubo una época en la que los cambiaformas "no eran reales"? ¿Podría Nova haber estado implicada en algo? ¿Y cómo está todo relacionado? ¿La profecía, el misterioso enemigo que nos ataca, mi compañera?

La reunión continúa. He estado dándole vueltas a todo esto durante todo el tiempo que Nova ha estado fuera, y sigo sin encontrar respuestas. Hoy no es diferente.

Todos los alfas están intentando reunir un grupo de trabajo para explorar fuera de los límites de la ciudad porque ha habido informes extraños.

Puede que tengan algo que ver con el enemigo desconocido que atacó la escuela, pero también puede que no. Los informes son todos oscuros y tienen algo en común: fuego.

Todos estamos esperando el próximo ataque. No sabemos cuándo llegará, no tenemos forma de saberlo, pero sabemos que acabará llegando.

Se repetirá lo que pasó en la Academia. Tal vez incluso una guerra.

Pero nadie quiere ir. No después de lo que les pasó a mis padres. No después de lo que pasó en la Academia.

Pero esto ya ha durado demasiado y, sea cual sea nuestra estrategia, no podemos quedarnos sentados esperando.

No lo permitiré. Es hora de explorar.

—Así que está decidido. Yo iré —digo definitivamente, interrumpiendo las discusiones de los alfas más poderosos.

Sus ojos se clavan en los míos. —No, mi rey. No podemos arriesgarte —dice Derek—. ¡Tú eres el rey!

Pero me levanto y les fulmino con la mirada, y el dominio que irradio hace que el resultado de esta reunión sea absoluto. Pongo el puño firmemente sobre la mesa. Todos lo miran, contemplando la tinta que lo cubre. —Bien —digo—. Me iré al amanecer.

La reunión se convierte en un caos sólo cuando me voy y me dan la espalda. Supongo que debería alegrarme que al menos me respeten tanto, pero de algún modo creo que es algo más. Incluso los alfas temen el día en que uno de ellos provoque accidentalmente al lobo que desbloqueé la noche que ascendí al trono.

Todos me temen, pero lo único que yo temo es esto. Una existencia sin Nova. Sin llegar a saborearla cada día, reclamarla con mi mordisco, moverme dentro de ella y oír los ruiditos que hace cuando toco ese punto que la vuelve loca.

No volver a tener nada de eso con ella. Ese será el factor impulsor de cualquier monstruo en el que me convierta ahora.

Necesito algo que hacer. Algo que no sea mirar el punto rojo que representa a mi pareja predestinada.

Incluso si ese algo que hacer es seguir el mismo camino que siguieron mis padres. Después de todo, ¿quién sabe qué peligros yacen más allá de Ciudad Cambiaformas? En cierto modo, los alfas del Consejo tenían razón. Estoy poniendo en peligro mi vida.

¿Y quién sabe si alguna vez volveré? Los Dioses saben que nunca quise ser rey. Sin Nova, sin embargo, ¿hay realmente algo a lo que volver?

Esa noche tardo una eternidad en dormirme, pero cuando lo consigo, sueño.

Sé que estoy soñando porque no me siento miserable. Estoy en un lugar de color y luz. Estas cosas pasan zumbando a una velocidad imposible.

En el sueño no estoy solo. He alcanzado a Nova incluso en mi estado inconsciente.

Es como una especie de fantasía mía.

Debo de haberme masturbado con su recuerdo suficientes veces como para evocar esta imagen suya tan real y detallada. Está flotando en un mar de estrellas, desnuda y mordiéndose el labio inferior de esa forma que una vez me volvió loco.

¿Soy yo o sus pechos son notablemente más grandes? Su cintura sigue siendo increíblemente estrecha y pequeña, pero sus caderas parecen más anchas y su culo más voluminoso. Incluso tiene el pelo más largo.

Me agarro la polla con las manos y me acaricio con este sueño. Es el mejor sueño de todos. Sus caderas se mecen y yo gimo. Ojalá Nova desnuda bailara en mi subconsciente todas las noches.

Me apunto a eso.

Incluso cuando estoy enfadado con ella por irse tan de repente y sin despedirse, verla me pone duro como una piedra. Es sin duda la mujer más hermosa que existe y me gustaría tenerla. Desearía poder hundirme en ella, estrangularla, hacer que se corra con mi nombre en sus labios.

Nova se acerca. Sus pechos rebotan con sus movimientos mientras el color y la luz siguen pululando a nuestro alrededor. Vuelve a morderse el labio mientras me mira fijamente con esa expresión de ojos saltones.

Entonces llega el momento en que sé que esto es más que un sueño. Nova me aparta las manos y me mira con sus gruesas pestañas. —Aquí —ronronea—. Déjame.

Y creo que por fin sé dónde estoy.

Esas cosas que vuelan a la velocidad del pensamiento son los pensamientos de Nova. Y de alguna manera, tal vez a través de nuestro vínculo, he viajado en mis sueños, directamente a la mente de Nova.

38

—•—

Nova

Los ojos de Atlas se abren de par en par.

Este ha sido el mejor sueño de todos. Me ha dejado tocarle.

Dioses, he soñado con tocarle durante tanto tiempo. Anhelaba sus manos y sólo sus manos. Tomar su polla entre mis manos y poder complacerle. Mis manos trabajan juntas para acariciar su larga y dura longitud.

Atlas... es enorme. Se siente tan bien. Si esto es un sueño, entonces ¿por qué se siente como si fuera real? ¿Por qué su polla se siente tan real mientras palpita en mi mano y gotea líquido preseminal?

—Nova. —Gruñe mi nombre, cada rugido va directo a mi corazón dolorido. Se le marcan las venas del cuello—. Si sigues haciendo eso... —Se interrumpe bruscamente y echa la cabeza hacia atrás. Se le eriza la nuez de Adán de la garganta—. Voy a...

Le acaricio de nuevo, atrapada en esos ojos rojo rubí.

—Atlas —susurro.

—Eso es, nena —gruñe, lamiéndose los labios.

Alarga la mano y me coge el pecho con la otra, presionando el pezón. *Duro*.

Gimo y él se muerde el labio.

—Di mi nombre —ordena.

—Atlas —digo mientras inclino la cabeza hacia un lado. Si esto es un sueño, entonces puedo hablar con él. Solo quiero hablar con él, decirle lo que quiera aunque no sea real—. Hay una puerta en mi mente —le digo mientras sigo acariciando su polla con mis manos.

Atlas sisea entre dientes mientras mi pulgar se desliza por la punta, frotándola en círculos. —Lo sé —jadea.

Ladeo el cuello, frunciendo el ceño confundida. Pero mis manos no se detienen. —¿Lo sabes?

—Sí. —Echa la cabeza hacia atrás y gime—. A veces, siento que te deslizas cerca de ella, que tu mano busca el picaporte antes de cambiar de opinión. —Su voz se reduce a un susurro que parece resonar en mi mente, haciendo eco en todas partes a nuestro alrededor—. Abre la puerta, Nova. Déjame entrar.

Mis manos se deslizan arriba y abajo por su gruesa y venosa erección, los sonidos húmedos son como música para mis oídos. —¿Y si lo hago? —Ronroneo.

—¿Qué te voy a hacer? —pregunta, con la voz más ronca, más áspera.

Asiento con la cabeza, una leve sonrisa se dibuja en mis labios mientras desacelero el paso, mis manos van casi demasiado despacio, como si me burlara de él.

—Te castigaré —retumba, sus ojos centellean prohibitivos.

Eso era lo más común que Atlas podía decir. —Si abres la puerta, no te equivoques. Te pondré la mano en el cuello, como a ti te gusta. Y serás castigada por huir de mí tal y como te prometí.

Hace una pausa, sus fosas nasales se agitan. Incluso su olor está aquí. Dioses, nunca me canso de su olor.

—Antes de que ocurra, recuerda que te advertí de que no sería tan amable —continúa. Mis manos vacilan ante sus palabras. Se rodea la polla con mis manos y me mira a los ojos.

—Te agacharé. Te azotaré hasta que mi mano quede impresa en tu culo como un tatuaje. Y entonces... ¿puedes adivinar lo que pasará después, mi pequeña llama?

Los ojos de Atlas siguen clavados en mí, en mi alma. Sus palabras surten el efecto deseado. Si cualquier otra persona me hablara así, me aterrorizaría. ¿Cuándo mi compañero habla de esa manera? Sólo me excita.

Todo lo que dice son algo más que palabras. Son una promesa.

Sé que Atlas hará todo lo que dice que va a hacer.

Sacudo la cabeza, mareada. Cualquier idea de que estoy soñando se desvanece. Esto es real. Tiene que serlo. No quiero adivinar qué más planea hacerme.

Quiero saberlo.

Me quita las manos de la polla y tira de ellas hasta que las tengo inmovilizadas a la espalda. Entonces Atlas me obliga a arrodillarme.

—Adivina —gruñe mientras introduce su longitud en mi boca abierta y expectante.

Me mantiene las manos sujetas mientras me folla la boca.

Y no es agradable, pero me gusta lo rudo que es conmigo, me gusta que use mi boca para encontrar su placer. Me empapo allí abajo.

—Buena chica —ruge—. Y cuando me corra en esta boca perversa tuya, te vas a tragar hasta la última gota como la buena chica que eres, ¿verdad, Nova?

Gimo a su alrededor. *Sí, me tragaré tu semen*, quiero decir. *Y sí, también me gustará.* Se supone que chuparle la polla es para su placer, pero a mí me ha dejado igual de satisfecha.

Me doy cuenta de que está llegando al clímax por la profundidad de sus caricias. Quiero que se corra dentro de mi boca y en toda mi cara. Quiero que me llene de su leche.

Pero justo cuando está a punto de hacerlo, sus ojos se abren de par en par. —Abre la puerta, Nova —dice por última vez.

Me siento erguida en mi cama de mantas, jadeando. Estoy despierta. Sigo dentro del volcán con el aquelarre rodeándome. El bebé duerme plácidamente en la cuna improvisada que Savvy le construyó hace dos años, cuando nació. Casi se le ha quedado pequeña.

No tenía mucho pelo entonces, cuando nació. Pero ahora que lo tiene...

Se parece tanto a su padre.

Coloco una mano sobre mi corazón, que late a toda velocidad, para tranquilizarlo. —Solo ha sido un sueño —intento decirme.

Sólo que no lo ha sido.

Ahora sé que nunca podré abrir esa puerta, aunque mi loba lo hiciera por mí mientras estaba profundamente dormida.

Dejó entrar al lobo feroz. Atlas tomó lo que quería de mí.

Y me gustó, como siempre.

Mis dedos frotan el colgante que me regaló una vez. Aún lo llevo.

No sé por qué no me lo he quitado. Nuestro hijo grita y voy a levantarlo de la cama. Mientras lo cojo en brazos, me señala el colgante que me regaló su padre.

Miro a mi alrededor y veo el volcán yermo y oscuro. Sabrina y Clarise han vuelto a irse a buscar agua. Supongo que Savvy hablaba en serio cuando las designó las buscadoras de agua. Sólo que... ya deberían de haber vuelto.

No lo sé. Últimamente me pregunto cuánto tiempo más podremos seguir así. Miro los ojos rojos de mi hijo. No sé si este es el lugar donde quiero que crezca, pero ¿qué otra opción tengo?

39

—•—

Atlas

Ya es de noche y las lunas están en todo su esplendor. Confieren a este mundo volcánico un aspecto espeluznante y tiñen la arena roja con su luz.

El aire tiembla con ondas invisibles, los niveles de calor aquí son abrasadores. Estoy a la sombra de uno de los volcanes, bañado en la oscuridad de la impresionante sombra que proyecta.

Incluso días después, no puedo dejar de pensar en ese sueño que tuve. Cuando terminó, no sabía qué pensar.

¿Fue un sueño? ¿Era real? ¿Estaba realmente en la mente de Nova? En cualquier caso, le rogué a Nova que me abriera esa puerta. Tal vez si lo hiciera... tal vez podríamos hablar las cosas.

Pero sé que es una posibilidad remota.

Mi lobo olfatea el aire. Se ha apoderado de mis ojos y mis orejas. Mi hocico también está fuera en lugar de mi nariz humana. Todo para darme una mejor ventaja para cazar a la presa que estoy buscando mientras hablamos.

Me he pasado días buscando. No sé lo que estoy buscando en este momento. Cualquier cosa. Lo que sea. Y esta es la primera vez que veo algo que viva más allá de la Ciudad Cambiaformas.

Se han reiterado las leyes sobre la salida de la ciudad y se han impuesto castigos severos para disuadir a cualquiera de correr ese riesgo.

Especialmente después del ataque. No entiendo por qué alguien querría dejar Ciudad Cambiaformas.

Cualquiera que sea sorprendido traspasando las fronteras y vagando por lo desconocido será llevado directamente al Consejo Alfa para ser interrogado y sentenciado.

Y no planeo perder esta presa. Están lejos de la frontera, cerca del Río Imposible.

¿Qué hacen aquí?

Son dos. Llevan capas rojas y tienen figuras encorvadas. Me arrastro tras ellas, silencioso como un espectro, mientras se dirigen a la orilla del agua. Utilizo mi dominio para hacer que el entorno que me rodea oculte mi olor, mi cuerpo e incluso mi energía.

Definitivamente, van al río. Probablemente vengan aquí por sustento. Hay un afluente de este río más cerca de Ciudad Cambiaformas al que enviamos una facción de la Fuerza para nuestro propio suministro de agua, pero este es el afluente principal.

Una de las figuras se quita la capucha como si tuviera calor.

No es de extrañar, ya que últimamente la temperatura exterior es abrasadora. La piel verde y los ojos amarillos que reflejan la luz de las lunas se me hacen visibles.

Brujas.

Se me curva el labio superior. Debería haberlo sabido por ese olor extrañamente antiguo que desprenden. Las brujas no son ni buenas ni malas, pero suelen ser reservadas, así que, ¿qué hacen aquí?

Se arrodillan. Sus capas ondean a su alrededor, el rojo de la tela se mezcla con la arena de la orilla del río.

Una de las brujas monta guardia mientras la otra utiliza la magia para llenar decantadores de agua. Siguen sin percatarse de mi presencia. Murmuran unas palabras desconocidas y el agua desaparece en cuanto las jarras están llenas hasta el borde.

El aire se arremolina a mi orden cuando les hago notar mi presencia. Sisean y abren los ojos de par en par.

—¡Corred, hermanas! Es él! —Las brujas se ponen en pie de un tirón e intentan huir. El río se agita cuando lo hacen, mi dominio quiere que el agua se convierta en grilletes.

Los zarcillos de agua envuelven las muñecas y los tobillos de las brujas mientras luchan. Abren la boca para lanzar contrahechizos, pero cierro la mano en un puño y les corto el suministro de aire.

Reconozco este aquelarre. Fui yo quien les concedió un lugar seguro dentro de Ciudad Cambiaformas.

—¿Qué hacéis fuera de la ciudad? —pregunto, rodeando a las dos mujeres camufladas.

Hay otro olor que se aferra a ellas y que no es el suyo. Uno que me resulta familiar y a la vez... no.

—La última vez que lo comprobé, vuestro aquelarre suplicó que se le permitiera entrar en mi ciudad. ¿Y ahora? —Gruño.

Me detengo justo delante de ellas y me elevo. Mis ojos brillan con una luz letal que les hace saber que mi lobo está cerca de la

superficie. Las brujas abren mucho los ojos y sus rostros enrojecen por la falta de oxígeno.

—Ahora estáis infringiendo la ley —digo bruscamente.

Espero, pero no me dan ninguna explicación. Es entonces cuando me doy cuenta de que si quiero que empiecen a hablar, probablemente tenga que soltarlas.

De acuerdo. Pongo los ojos en blanco.

Dejo que el aire vuelva a sus pulmones. Y como podría atraparlas tan fácilmente si decidieran ser tontas e intentar huir de nuevo, suelto también los grilletes de agua. Las brujas caen de rodillas, jadeantes. Vuelvo a poner los ojos en blanco y reprimo las ganas de suspirar, observando cómo el agua vuelve a fluir hacia el río Imposible.

—Mi rey —jadea una de ellas. Le faltan casi todos los dientes—. Piedad...

—No hay piedad para la forma en que has puesto en peligro tanto a tu aquelarre como al resto de Ciudad Cambiaformas —interrumpo, con el rostro ensombrecido. Cruzo los brazos—. Cualquiera podría haberos rastreado y torturado para obtener información. Nuestros enemigos...

—¿Qué nos vas a hacer? —Se levanta de un empujón, con sus ojos amarillos ferozmente desafiantes.

Su amiga le tira de la mano. —¡No, Sabrina! —sisea.

Sabrina no escucha a su amiga. —¿Castigar a las responsables de la supervivencia de tu compañera?

Mi cabeza gira hacia ella tan rápido que el mundo se vuelve un borrón de colores. —¿Qué has dicho? —Le pregunto, con una voz de

una suavidad letal.

—¡Sabrina! —exclama la otra bruja, tirando de la capa de su amiga—. No podemos traicionar a Nova así. Este es el rey. Es su compañero. ¡Del que huyó! ¿Por qué crees que huyó? Ella no quiere que él la encuentre.

Se me hunde el corazón en el pecho. Ese era el olor familiar de estas dos.

—¿Nova? —Agarro a la bruja llamada Sabrina, asiendo sus brazos con cualquiera de mis manos. Ella conserva esa expresión rebelde, pero no hay duda del aroma a miedo que se aferra a ella, a las dos.

Sé que las estoy asustando, pero con Nova en juego, no puedo hacer que me importe. —¿Qué sabes de mi compañera? —Exijo.

Los ojos de la bruja se suavizan. —Te diré todo lo que necesitas saber...

—¡No! —grita su hermana, interrumpiéndola.

Sabrina y yo la fulminamos con la mirada, y ella cierra la boca, sacudiendo la cabeza con ansiedad.

Sabrina continúa: —A cambio de clemencia. Para mí y mis hermanas. —Ella levanta las cejas hacia mí—. No castigarás a nuestro aquelarre por abandonar Ciudad Cambiaformas.

La suelto lentamente. —Hecho —respondo sin pestañear—. Háblame de Nova. ¿Es...? —Dudo y respiro hondo antes de volver a intentarlo—. ¿Está bien?

La bruja me mira como un pájaro curioso. Hay algo raro en su forma de mirarme.

No es justo que no sepa nada de *mi* compañera. Tampoco es justo que tenga que ir en contra de todos mis instintos para protegerla y estar con ella.

Sólo quiero saber si Nova está bien, me digo. No le hará daño que lo pregunte.

No la molestaré. Ella huyó de mí y tal vez fue mi culpa. Tal vez dije todas las cosas equivocadas, la alejé.

Quizá no sea digno de Nova Crescent. Pero al menos puedo ganar algo de tranquilidad con esto.

Suspiro. Las brujas me miran nerviosas. Es como si hubiera algo que no dijeran. Echo un vistazo al río de agua y luego a la luna, reconfortándome con su presencia del mismo modo que el mundo natural siempre ha calmado a la bestia que llevo dentro.

—Por favor —imploro—. Sólo quiero saber si está bien.

Sabrina mira a su compañera. La otra bruja niega con la cabeza e imita un corte de mano en la garganta en un claro *gesto de silencio*, y mi corazón se hunde, pensando que Sabrina ya no me dirá nada.

Sabrina me mira con cautela, estudiándome, escudriñándome. Es como si las lunas contuvieran la respiración conmigo.

Tras una larga pausa, la bruja finalmente me sonríe. —Tu compañera está bien. Y tu hijo... —Se interrumpe, mirándome en espera de mi reacción.

El mundo se detiene para mí. Puede que para el resto del mundo siga como si nada. ¿Pero para mí? Todo, el sentido mismo del mundo, acaba de reorganizarse en algo nuevo.

Mi voz es irreconocible y débil incluso para mis propios oídos. —¿Has dicho... hijo? Respiro. Apenas puedo ver delante de mí.

Oigo el fuerte latido de mi corazón en mis oídos.

Sabrina asiente tímidamente. —Tu hijo se parece a ti —dice en voz baja.

Y cualquier débil control que he tenido sobre mi poder todos estos años y meses se desliza. Mi dominio explota desde mí, afectando al mundo que nos rodea.

Las brujas retroceden ante el torbellino de agua y aire que ha formado un tornado a mi alrededor, levantando arena carmesí. Se protegen los ojos para evitar que la arena roja les salpique la cara.

Tengo un hijo.

Sólo me queda preguntarles una cosa. Es mi lobo quien exige saber, cuya voz distorsiona la mía. —¿Dónde? —Retumbo. Las brujas se estremecen ante el volumen de la palabra.

Sabrina tartamudea, tropezando con algunas indicaciones para llegar a un volcán cercano que su aquelarre debió de destripar e instalarse en su interior hace mucho tiempo. Sus labios se mueven, pero apenas oigo sus palabras. No pasa nada. Llevo años mirando la ubicación de Nova en un mapa.

Sé que puedo encontrarla. Sé que puedo hacerlo.

Y luego, *corro*.

En mis oídos resuena un rugido que ahoga el resto del mundo mientras avanzo a toda velocidad por la arena. Las brujas se apresuran a seguirme con su magia. Me doy cuenta de que están nerviosas por la reacción de Nova al traerme aquí, pero no me importa.

Siempre supe exactamente dónde estaba por ese pequeño punto rojo. ¿Pero ahora?

Todo es diferente.

Utilizan magia para introducirnos en su volcán una vez que llegamos a él. Apenas recuerdo el camino hasta aquí, moviéndome demasiado rápido como para notar algún punto de referencia o algo cercano.

Tengo un hijo. Es lo único en lo que puedo pensar, lo único en lo que mi mente está obsesionada.

En el interior del volcán, el aquelarre de brujas se agazapa para cenar, al parecer. El interior del volcán es bastante estéril, iluminado por la lava acumulada en su centro. Es muy fácil distinguir a Nova entre ellas.

Tiene el mismo aspecto que en mi sueño.

Mete la mano en una cuna improvisada y coge a un niño en brazos. No es un bebé. Un niño. Nova sonríe al niño con una expresión suave.

Mi vista se centra en ellos como si no existiera nada más en el mundo, como si todas las ataduras a cualquier otra cosa hubieran sido cortadas y lo único que quedara fuera *él*.

Un niño.

Sus ojos son de un rojo brillante. Un alfa como yo. El orgullo surge en mí, haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas.

Y su pelo. Nadie más tiene ese color de pelo. Nadie más que yo.

He tenido que mantenerme fuerte para llegar hasta aquí. Pero ahora que lo miro, ahora que lo veo con mis propios ojos, mi determinación flaquea. Mis rodillas se doblan. Las lágrimas caen por mi cara sin mi permiso.

Tengo un hijo.

40

—·—

Atlas

—¡Sabrina, idiota! —suelta la anciana del aquelarre. Puedo decir quién es por el aura que la rodea. Esta bruja es vieja. Su pelo blanco como la nieve se sale de su capa roja y le llega casi hasta las caderas.

Aún no he conseguido mover las piernas. Tengo demasiados pensamientos en la cabeza.

Para ser sincero, no sé cómo sentirme.

Hay dolor. Un dolor profundamente arraigado, ya que Nova me dejó sin pensarlo dos veces. Y no solo me dejó mi compañera, sino que me arrebató a mi hijo sin siquiera darme la oportunidad de conocerlo.

O al menos saber *de él*.

Junto a ese dolor hay algo más, algo que camina de la mano del dolor como viejos amantes. La culpa.

Me siento *culpable*. Terriblemente culpable de que tal vez hice algo, dije algo. Tuve que haberlo hecho, ¿verdad? Tiene que haber *algo* que hizo que Nova sintiera que tenía que llegar a este extremo, que tenía que criar a un niño ella sola.

¿Pero el qué?

¿Era mi lobo al que temía? No al lobo normal en el que me transformo, sino al otro. El monstruo que desperté la noche de mi coronación.

Nova me mira como si hubiera visto un fantasma. Sus perfectos labios rosados se entreabren y se me escapan las palabras. Su belleza sigue sacándome las palabras de la boca, por muy confuso que me sienta.

La bruja mayor se adelanta a ella y al niño, que Nova estrecha contra su pecho.

Ya no puedo verlos desde detrás de la figura de la anciana. Un gruñido brota de lo más profundo de mí.

Mi lobo ya es protector con el niño que no sabía que tenía y, aunque seguimos todos en la misma habitación, está cabreado porque ya no puede verlos. Miro a la bruja y cierro los puños a los lados.

A estas alturas, más brujas se han reunido a nuestro alrededor, y la entrada por la que hemos accedido ha sido cerrada por cualquier magia que el aquelarre tenga preparada. Estaba tan helado que ni siquiera me di cuenta ni oí cuando dijeron el hechizo.

Pero la ira de la bruja mayor se centra en Sabrina. La agarra bruscamente por el brazo.

—Sabrina, ¿tienes idea de lo que has hecho? —ladra la jefa del aquelarre. Incluso el verde de su cara se vuelve rojo.

Levanto el cuello para ver a su alrededor, sin preocuparme por la ira de la bruja. No importa lo vieja que sea.

Sabrina palidece ante su superior. —¡No tenía elección! ¡Iba a arrastrarnos a la ciudad para enfrentarnos al Consejo! ¿Qué podía hacer?

Mira a su compañera para que respalde su historia, pero parece demasiado preocupada para hablar en su nombre. La otra bruja que atrapé en el Río Imposible se limita a asentir a su historia.

No puedo esperar más para escuchar toda la política de brujas.

Nova empuja a las brujas, murmurando disculpas hasta que está de pie ante mí. No es un sueño, es ella. Realmente ella.

—¿Atlas? —pregunta tentativamente, con lágrimas empañando sus ojos plateados.

—Nova...

Justo entonces, el niño que lleva en brazos se gira. Mantiene las manos enredadas en el largo pelo de mi compañera.

Se me corta la respiración.

Sabrina tenía razón, por muy idiota que sea. Mi hijo se parece a mí.

Bajo la cabeza. Nova moquea. Las brujas siguen discutiendo a nuestro alrededor, cada vez más frenéticas. —Atlas —dice Nova con voz suave y emocionada—. Este es...

—Sé quién es —digo con voz vacía y dura. No puedo evitarlo. Me atrevo a volver a mirarle, a mi hijo. A mi sangre.

Debe tener al menos dos años. Lo que significa que Nova sabía que estaba embarazada cuando huyó.

Mi mandíbula se aprieta al mirar esa cara. Es mi vivo retrato.

Sólo que más joven. Vulnerable. Sin su padre y rey para protegerlo.

La ira y la pesada y sobrecargada culpa se abaten sobre mí. Me limpio las lágrimas. —Nova. —Bajo la cabeza, avergonzado—. Lo siento mucho. —Suelto las palabras como si fueran las últimas.

Son las palabras menos adecuadas para un monstruo como yo. "Lo siento" es todo lo que puedo ofrecer después de todo lo que he destrozado.

Nova frunce el ceño y da un paso hacia mí. El niño se retuerce en sus brazos, pero ella lo sujeta como puede.

El único consuelo que tengo es lo ferozmente protectora que es la madre de mi hijo. Lo siento por cualquiera que intente meterse con mi hijo bajo su vigilancia, sinceramente.

Nova los destrozaría y se reiría de ello por su hijo, y eso ya lo tengo claro.

—¿*Tú* lo sientes? —pregunta ella, con el ceño fruncido—. Pero fui yo...

La bruja mayor viene corriendo, con sus ojos amarillos muy abiertos y llenos de pánico. —¡No hay tiempo para esto! —Se arremolina contra mí—. Los has traído directos a nosotros, mi rey.

Mi hijo empieza a lloriquear. Nova le murmura consoladoramente. Mi atención se fija en ellos antes de volverme hacia la bruja. —¿A quién? —exijo.

—Sí, Savvy, ¿a quién? —pregunta Nova.

Claramente, lo que sea que sepan, este aquelarre no lo ha compartido con Nova, incluso a pesar de haberla acogido.

—¿Quién más? —exclama Savvy con impaciencia.

Hay brujas corriendo de un lado a otro, recogiendo sus cosas para huir, afilando armas y presas del pánico. —¡Vuestros enemigos! —sisea, girando el cuello en el segundo siguiente y ladrando órdenes a su aquelarre.

—¿Pero cómo es posible? —pregunto.

Los ojos de Savvy brillan. Mira nerviosa por encima de nuestras cabezas. —Nunca has salido de la ciudad, ¿verdad? —pregunta.

Sacudo la cabeza. —Es mi primera vez.

Savvy asiente como si esto fuera exactamente lo que temía. —¿Por qué crees que los alfas originales, tu padre, construyeron Ciudad Cambiaformas en medio de los tres volcanes más grandes? —pregunta Savvy.

Nova y yo intercambiamos una mirada mientras ella lucha por contener a mi hijo. Quiere bajar y parece tan testarudo como su madre.

—Esos volcanes son sagrados —dice la anciana del aquelarre—. Actúan como guardianes. Una vez que pones un pie fuera de ellos, ya no estás protegido.

No me extraña que mis padres murieran como lo hicieron. En cuanto salieron de Ciudad Cambiaformas, debieron descubrirlos.

¿Pero quién?

—Ahora nos encontrarán —sisea Savvy con rabia. Le lanza una mirada mordaz a Sabrina. Sabrina se mira los pies miserablemente.

—¿Pero quiénes son? —Presiono.

Es la pregunta definitiva. La pregunta que todos nos hemos estado haciendo, todos los alfas y todos los cambiaformas esperando el próximo ataque. Hablo en voz baja. —Las brujas, los vampiros, toda tu gente se ha estado escondiendo de alguien. O de algo todo este tiempo. Es decir, por eso usasteis la magia para tallar un hogar en un volcán, ¿verdad? —Savvy me mira con una mirada cómplice—. ¿Pero de quién os escondéis? O... ¿qué es? —pregunto, medio temeroso de oír la respuesta.

Las brujas se miran unas a otras, guardando algún secreto que no están dispuestas a desvelar.

Muestro los dientes.

—Vale, vale. —Savvy levanta las manos en señal de rendición.

Justo entonces, Nova pierde la batalla con nuestro hijo. Todavía no sé ni su nombre, pero algún instinto debe decirle al niño quién soy.

Debe de sentir que soy su padre, porque me aprisiona. Nova lo mira, pero no hace nada para detenerlo, solloza en silencio y lo mira irse.

Tampoco puedo dejar de llorar mientras lo levanto. En un momento siento pánico de no saber qué hacer o de hacer o decir algo equivocado.

Pero entonces el niño se aferra a mí. Sus ojos familiares me dicen que tiene miedo. Y aunque acabamos de conocernos, se une a mí en busca de consuelo y protección.

Por ser su padre. Y juro en ese mismo instante que nunca le defraudaré. Nunca más.

Savvy y el resto del aquelarre no dejan de mirar hacia el cielo, como si vieran algún enemigo invisible en los cielos.

—No lo sabemos con seguridad —murmura—. Sólo podemos adivinarlo por la... falta de supervivientes, la destrucción que dejan en este lamentable despojo de mundo.

Savvy traga saliva, enviando plegarias a Dios sabe quién en busca de ayuda. Nova maldice y se acerca a mí. Puedo sentir el miedo y la tensión del aquelarre en el aire.

Me hace aferrarme más a mi hijo.

Savvy me mira a los ojos. —Pero creemos que es...

Y entonces es cuando atacan.

41

—•—

Nova

Llueve fuego desde arriba, como en las fotos de mi libro.

Se parece a como yo me imaginaría el infierno. Y Savvy no tiene que terminar su frase. Sólo hay una criatura que tiene tal poder.

Dragones.

Grito junto con todas los demás. La mitad izquierda del volcán ya está arrasada por la columna de llamas que la criatura nos ha lanzado desde el cielo.

Las rocas ígneas caen en pedruscos gigantes. Atlas tiene a nuestro hijo en una mano y me coge por la otra, apartándonos del camino mientras las brujas chillan y corren.

Parece como si el fuego brotara de un torrente, como si... *se multiplicara*. Pronto todo estará en llamas. El mundo entero tal y como lo conocemos.

Las rocas me golpean los hombros mientras Atlas y yo trabajamos juntos instintivamente para proteger a nuestro hijo. Ni siquiera he

llegado a compartir su nombre con nuestro compañero, el nombre que elegí sólo para Atlas. Pero ya trabajamos como una unidad por el bien de nuestro hijo, dejándolo todo de lado por el momento por su bien.

Hay conversaciones que mantener, eso seguro. Preguntas que responder, por ejemplo, cómo demonios me ha encontrado.

Pero por ahora, nada es más importante que la seguridad de nuestro hijo. Tenemos que largarnos de aquí. Ahora mismo.

Levanto el cuello justo a tiempo para ver el gran vientre de escamas verdes de una enorme bestia que planea sobre mí. El fuego que hay en mí, y que ya he aprendido a controlar tan bien, reacciona ante el dragón. Su presencia parece encender la fuerza que llevo dentro.

¿Por qué siento que el dragón me llama? Y no sólo a mí. Mi hijo mira a la criatura con más atención que nunca.

El dragón lanza un rugido espeluznante. Su cola chasquea detrás de él y las grandes escamas con púas que la recorren desmenuzan el volcán mientras se mueve detrás del dragón en un arco letal. La punta de la cola se estrecha hasta convertirse en una punta malvadamente afilada.

Si la primera vez que nos encontramos con estas criaturas en la Academia fue para poner a prueba nuestras defensas, esto es otra cosa.

¿Por qué no ataca de nuevo? ¿Por qué no acaba con nosotros?

Atlas tampoco se pierde lo que hace la bestia.

Me acerca los labios a la oreja, gritando para que le escuche por encima del caos.

—¡El dragón sólo ha destrozado la mitad del volcán! —grita Atlas, con la cara manchada de hollín. Asiento con la cabeza, comprendiendo inmediatamente lo que quiere decir. Levanta a nuestro hijo para poder agarrarlo mejor—. Cuando regrese, terminará el trabajo —advierte—. ¡Tenemos que irnos antes de que eso ocurra!

Asiento con la cabeza. Vamos a tener que salir corriendo sin saber si el dragón está fuera, en el aire y al acecho como un gato esperando a que un ratón salga de su madriguera.

Tal vez el fuego era para atraernos y estamos cayendo en su juego. Mis ojos brillan, mi loba está inquieta dentro de mí en respuesta a todas las muchas posibilidades, los muchos peligros, pero no tenemos otra opción en este momento.

—¡Savvy! —Grito por las brujas que han llegado a ser como mis hermanas, el aquelarre que me dio refugio cuando no tenía adónde ir.

Todos se acercan corriendo, agachándose para evitar los escombros que caen y la lava que se ha vuelto loca ante la presencia del dragón. El fuego en mí, la lava en este volcán, todos están reaccionando al dragón que acaba de disparar sus llamas contra nosotros.

—Tenemos que irnos —digo solemnemente al aquelarre.

Savvy asiente. —Soltad la barrera —ordena sin pretenderlo.

Y aunque todas parecen aterrorizadas, las brujas murmuran sus palabras mágicas y la entrada lateral se abre. Un agujero en la roca oscura, un pasillo de oscuridad entre las llamas es tallado por la magia del aquelarre.

No hay orden. No hay cola. Todo el mundo corre tan rápido como puede.

Una estampida de brujas sale corriendo.

El otro lado del túnel parece vacío, desolado.

Casi demasiado tranquilo.

¿El dragón sigue cerca? No veo señales de él. Aparte de la destrucción que ya ha causado.

—¡Atlas, espera! —Grito. Le agarro del brazo para evitar que atraviese el túnel.

Las brujas no nos esperan en el otro lado.

Ya han empezado a huir.

—¿Qué pasa? —pregunta Atlas con impaciencia.

Mis manos revolotean sobre mi hijo, buscando alguna herida y no encuentran nada. Tengo que decírselo antes de que sea demasiado tarde. Me relamo los labios. —Sólo quiero decirte que yo...

Un rugido rasga el cielo nocturno, silenciando mis palabras en la boca. Oigo primero el golpe de las alas del dragón contra el aire. El fuego divide la oscuridad y los gritos le responden.

Las brujas siguen adelante.

Atlas maldice mientras la otra mitad del volcán empieza a desmoronarse sobre nuestras cabezas. —¡No hay tiempo! —grita y tira de mí por encima de su hombro.

Y entonces mi compañero corre a través de la abertura que las brujas han hecho para nosotros, emergiendo del montón al que ha quedado reducido nuestro hogar conmigo echada sobre su hombro.

Mi hijo grita en el otro brazo, llora, pero Atlas no para.

Los chillidos de indignación del dragón nos persiguen. Las brujas hacen lo que pueden con su magia para distraerlo, disparando haces de luz en la dirección contraria a la que vamos, pero es el dominio de Atlas lo que nos salva al final.

El dragón envía su fuego tras nosotros. Emerge de las fauces de la bestia gigante como un torrente de llamas interminables y mortíferas, como una flecha que se clava en nosotros, pero había olvidado que no es el único cambiaformas con mando sobre las llamas.

Atlas también tiene fuego.

Levanto la cabeza para ver el fuego que nos persigue y la enorme cabeza cornuda del dragón esmeralda del que procede.

Grito de advertencia. No lo lograremos. Seremos incinerados.

Dioses, desearía haberle dicho a Atlas que lo amaba cuando tuve la oportunidad.

42

—•—

Nova

El fuego de Atlas salta de él como un bumerán, justo a tiempo.

Sale disparado al encuentro de las llamas del dragón justo cuando estamos a punto de ser abrasados. Si el fuego del dragón es como una flecha, el fuego de Atlas es como un escudo protector que nos envuelve.

Las brujas chillan más fuerte y aceleran el paso. El calor es casi excesivo. Mi hijo sigue llorando.

—¿Está herido? —grito, vigilando de cerca los dos pilares separados de llamas que ahora luchan entre sí.

Atlas hace un gesto de dolor, incapaz de romper su concentración para responder. Su fuego no es muy fuerte comparado con el de los dragones, pero basta para mantenerlo a raya mientras corremos.

Por una vez, desearía tener el control para invocar mi propio fuego. Sólo he aprendido a alejarlo.

—Todo va a ir bien —dice Atlas. Lo repite una y otra vez mientras corre, como si quisiera que fuera verdad.

Por fin nos alejamos lo suficiente como para que Atlas pueda soltar su fuego, pero no hay forma de que podamos aminorar el paso. No creo que el dragón nos haya seguido. No puedo oír a la bestia escamosa, no puedo sentirlo.

Tal vez porque el dragón sabe lo mismo que yo.

Sólo podemos ir a un sitio.

De vuelta a donde todo empezó. A Ciudad Cambiaformas.

Atlas no me abandona hasta que estamos dentro de las puertas. Me pone en pie dentro de los muros de piedra reconstruidos.

Debió reconstruir el muro este después de que lo destruí. Al menos, no estuvo inactivo cuando me fui. Tendría sentimientos por volver aquí si no me estuviera volviendo loca de preocupación.

—Está bien, solo necesita ver a una sanadora —intenta tranquilizarme Atlas mientras me entrega a nuestro hijo.

—¿Una sanadora? —pregunto, sonando frenética incluso para mis propios oídos.

La gente se arremolina contra nosotros, pero aunque él es el rey y probablemente todos tengan cosas importantes que decirle, Atlas los ignora y permanece concentrado en nosotros. Mis manos apartan el pelo plateado de la cara de mi hijo.

—¿Por qué necesitaría ver a una sanadora? —Los labios de Atlas se fruncen en una línea apretada como respuesta.

Hay sangre corriendo por la sien de mi hijo, donde una roca debió de golpearle durante la caída. Atlas y yo estamos cubiertos de

escombros y cortes, pero ambos miramos fijamente ese corte en la cara de nuestro hijo como si fuera nuestro enemigo mortal.

Me doy cuenta.

—¡Mi hijo ha sido herido! —Gruño.

Mis ojos destellan fuego y miro al cielo como si estuviera a punto de volver a ese dragón y preguntarle si está listo para el segundo asalto. El dragón no parecía más que una gigantesca bestia descerebrada que escupe fuego, pero no me importa.

Atlas se interpone en mi camino y me guía con un brazo alrededor del hombro.

—Todo va a ir bien, Nova —dice con firmeza pero con suavidad.

Atlas tiene una expresión de adoración pura en la cara cuando mira a nuestro hijo. Hace que mi corazón se derrita y que el lazo que nos une desde hace tanto tiempo palpite con vida.

Asiento, cierro los ojos y dejo que nos lleve al edificio de los sanadores.

Aunque estoy preocupada por mi hijo, siento que puedo respirar por primera vez en años.

Como si me hubiera quitado un peso de encima.

Atlas es el rey, así que lo primero que hace es entrar y echar a todos los demás. Exige ver al mejor sanador.

Creo que nunca he estado tan agradecida de estar unida al rey como en este momento.

—Es sólo un pequeño rasguño —nos dice la sanadora momentos después.

Mi hijo está sentado en un catre azul mientras ella limpia el corte y nos habla por encima del hombro. Ambos nos agolpamos ante ella y ya le hemos hecho demasiadas preguntas, pero ha sido paciente.

Sonríe disculpándose con Atlas. —Me temo que necesitará puntos —dice.

Atlas gruñe. —¿Puntos?

Tiro de él hacia atrás. —Gracias, sanadora —murmuro, dedicándole una sonrisa de agradecimiento.

Independientemente de lo que piense de la compañera del rey que huyó y ha aparecido de la nada con un niño, la sanadora no ha sido más que profesional. Se guarda sus opiniones y se limita a asentir. Se prepara para empezar.

Cojo la mano de mi hijo. —Todo va a salir bien, mi valiente —le digo, intentando ser fuerte para que no se alarme.

Atlas se agacha a su otro lado. —Está bien, Príncipe —dice con una suave sonrisa. Se me aprieta el corazón—. ¿Puedo cogerte de la mano? —pregunta—. A veces me cuesta ser valiente.

Me seco la lágrima que se me escapa desafiante mientras mi hijo asiente a su padre.

Atlas parece que va a llorar mientras coge la mano de mi hijo. Mi compañero se queda arrodillado así.

Empieza la doctora, que habla con mi hijo todo el rato y le explica lo que está haciendo, manteniéndole ocupado mientras Atlas y yo le cogemos de las manos. Está muy bien, ni siquiera llora. Fuerte como su padre.

Me aclaro la garganta.

—Se llama Bash —digo casi en voz demasiado baja.

Atlas parpadea, atónito.

Intento sonreírle, aunque me cuesta mirar a este hombre, a este hombre honorable y bueno que acaba de salvarnos el pellejo. Este hombre que es quizás la única razón por la que mis amigas están vivas.

No ha dicho nada. Tal vez no entiende el significado del nombre. Tal vez no se ha dado cuenta o todavía está en estado de shock por ser padre de repente.

—Bash —repito otra vez—. Como...

—Como Sebastián —respira Atlas. Me mira con expresión inquisitiva—. Le pusiste el nombre de mi padre.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio inferior. Esos ojos rojo rubí me miran y me ruborizo.

Estando ahora con Atlas... es como si no hubiera pasado el tiempo. El vínculo está tan vivo entre nosotros como siempre lo estuvo. También es igual de amenazante, atrayéndome hacia él, arrastrándonos el uno al otro incluso ahora, en este lugar rodeado de equipos médicos y olor a desinfectante por todas partes.

Pero entonces los ojos de Atlas cambian. Puedo sentir su ira hacia mí cocinándose a fuego lento bajo la superficie. —Nova —dice. Me doy cuenta de que trata de bajar la voz, de contener su ira. Le tiembla un músculo de la mandíbula—. No entiendo por qué...

Se interrumpe frustrado, sacudiendo la cabeza. La sanadora hace una pausa en su trabajo para mirar de uno a otro y luego de nuevo a Bash.

Tomo esto como la sutil indirecta que es y acojo la mejilla de Bash en mi mano. —¿Estarás bien si mamá va a hablar con Atlas? Estaremos por allí. —Señalo la esquina de la habitación junto a la entrada.

Bash asiente. —¿Se va a ir Atlas? —pregunta en voz baja.

Mi corazón se hunde.

—No —dice Atlas, cortando antes de que pueda abrir la boca. Su tono mordaz y su mirada se dirigen a mí—. Nunca voy a dejarte, colega.

Lo dice como si fuera un hecho, como si los mismos Dioses tuvieran que destrozarlos. La sonrisa que se dibuja en la cara de Bash me parte el corazón en dos.

Atlas se acerca a la esquina de la habitación de la sanadora con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No deberías decirle esas cosas —susurro lo más bajo que puedo cuando le sigo por detrás.

El oído de Bash mejora cada día. Estoy bastante segura de que está cerca de tener su primera transformación.

Los ojos de Atlas brillan. Gruñe, acercándose a mi cara. —¡Es mi hijo, Nova! —suelta como si por fin hubiera llegado a su límite.

Puede que lo haya hecho. Si lo hubiera hecho, no lo culparía. Esto es mucho.

Pero lo dice con tanto orgullo, reivindicando a mi hijo, que se me ablanda la cara y se me derriten las entrañas. Miro los ojos desorbitados de Atlas.

Me agarra por la nuca, la frustración y la tensión que nos separa hacen que su tacto sea más áspero de lo habitual. —Y tú eres mi compañera —sisea, antes de aplastar sus labios contra los míos.

Y Dioses. Sabe tan bien como lo recordaba.

Tal vez incluso mejor.

43

—•—

Atlas

—Qué dulce —murmura una voz aburrida desde la puerta—. Y qué desagradable para todas nosotras.

Saco las manos de donde se han enredado en el pelo de Nova y la suelto. Entrecierro los ojos ante la bruja mayor. Savvy.

Nova se aparta y se vuelve para mirar a la fuente de la burla.

Bash la llama mientras sacude la cabeza y le pone los ojos en blanco a Savvy, la bruja mayor del aquelarre que los aceptó a ella y a mi hijo entre sus miembros. Está claro que Nova tiene confianza con ella por la forma en que se la quita de encima y la bruja le devuelve la sonrisa.

—¡Mami! —Bash grita de nuevo.

Nova se aleja aún más de mí y vacila, dirigiéndonos una mirada a la bruja y a mí, casi como si se resistiera a dejarnos solos.

—¡Mami! —Bash llama de nuevo.

—Vete —le digo, pero la mirada que le dirijo debe hacerle saber que esta conversación está lejos de haber terminado. Nova asiente como si lo entendiera y desaparece de nuevo en las cámaras de sanación.

—Estoy aquí, cariño —la oigo decir.

Savvy se levanta al oír la voz de Bash e intenta seguir a Nova.

—Bruja —ladro, deteniéndola con un brazo extendido. La agarro por esa ridícula capa roja y tiro de ella hacia la sala de espera, fuera de las habitaciones principales de la sanadora. Cierro la puerta y me cruzo de brazos, dominando a Savvy—. Tengo que hacerte unas preguntas —le digo.

La bruja suspira y me mira con cansancio mientras yo frunzo el ceño desconfiando de ella. —Claro que sí —murmura, arreglándose la capa y observando la sala de espera vacía como si estuviera llena de enemigos invisibles—. Y soy Savvy, mi rey —murmura.

—Savvy —me corrijo—. Bueno, Savvy, sólo quiero saber qué coño. —Me mira boquiabierta—. No te hagas la tonta. Si sabías lo de los dragones y los volcanes que actúan como guardianes alrededor de Cambiaformas, no tiene sentido. ¿Por qué te irías?

La bruja frunce el ceño. —Porque te encontraron —dice como si fuera obvio—. Los guardianes los mantienen alejados por ahora, pero no los detendrán del todo. Estaríamos a salvo en nuestro volcán si no fuera por tu idiotez y la de Sabrina. —Chasquea la lengua, aún dolida por eso, al parecer—. Vosotros dos los habéis guiado directos a nosotros.

—Sí, sí —murmuro—. Tú lo has dicho.

Ella resopla y pone los ojos en blanco. Quizá sea su edad lo que hace que no me tenga miedo. —¿Cómo está el chico? —Levanto las cejas ante su pregunta—. ¿El chico? —repite—. ¿Bash?

—Está bien. —Suspiro—. Se pondrá bien. La sanadora dice que es una herida superficial.

—Bien, bien. —Mueve la cabeza, parece satisfecha—. Buen muchacho. Ah, y creo que esto te pertenece. —Suelta su magia y mi segundo cae al suelo de algún bolsillo invisible.

—¡Qué coño! —Miro a Savvy.

Se encoge de hombros, con cara de pocos amigos. —Pensé que me estaba siguiendo.

Mi segundo se pone en pie de un salto, con el ceño fruncido. Sus ojos de lobo brillan con un rojo intenso.

—No te estaba siguiendo —gruñe. Se alisa el traje—. Tengo un mensaje para el rey.

—¿Qué pasa? —Exijo.

Mi segundo mira a la bruja. —Ha habido otro ataque. Mi rey, fue... —Se interrumpe, desviando la mirada hacia las sillas dispuestas en la sala de espera para evitar mi mirada.

Otro ataque. ¿Tan pronto? Se me hiela la sangre.

Savvy se retuerce las nudosas manos con nerviosismo.

—Era la manada de tu compañera —dice finalmente mi segundo—. Han estado...

—¿Qué? —Nova pregunta, sonando rota en un millón de pedazos.

Todos nos giramos hacia ella. Tiene una mano en la puerta y otra en la garganta, como si usara la puerta para sostenerse. Es como si intentara aferrarse a sí misma, como si intentara no perderse en este momento en el que está escuchando esta devastadora noticia.

Esos ojos plateados se clavan en los míos. Es como si me suplicara.

—¿Qué le ha pasado a mi familia? —pregunta, con voz baja y tensa.

Maldigo internamente. Por reflejo, mis pies me acercan un paso más a ella, a donde tengo que estar.

Mi segundo traga y se le hace un nudo en la garganta. Mira hacia la cámara de los sanadores, donde oigo a Bash llamándola y preguntándole qué le pasa.

—Se han ido —dice finalmente mi segundo de mala gana, soltando la noticia como quien arranca una tirita. Rápido, pero difícil—. Todos ellos.

44

—·—

Atlas

—No —dice Nova, con ojos distantes. Bash sale corriendo de la sala de sanadores.

Le tira del extremo de las mangas, pero Nova apenas le mira mientras la sangre abandona su rostro. Se pone pálida como un fantasma. —No —repite.

Repite la palabra una y otra vez. Quizá piense que cuanto más la repita, más se convertirá en realidad.

Mi segundo ya no parece capaz de encontrarse con los ojos de mi compañera, no se atreve a repetir la verdad que ya ha liberado y, al mismo tiempo, tampoco puede retractarse.

Algunas verdades son así. Una vez que han sido liberadas, no hay forma de volver a encadenarlas. No hay vuelta atrás.

Lo que ha dicho está claro. No hay supervivientes. Mi segundo y yo intercambiamos una mirada. De repente, esta amplia zona de espera parece mucho más pequeña que hace unos segundos.

Ahora sólo me pregunto una cosa.

¿Por qué la manada de Nova? ¿Por qué ella?

Ella es el objetivo. Ahora sé cuál era la misión de ese dragón de antes.

No fue un ataque sorpresa como el primero que pretendía poner a prueba nuestras defensas. Ese dragón me siguió, pero debe haber estado allí por ella. Por Nova.

Mi compañera no parece devastada. Parece... bueno, parece que está reconsiderando la idea de no disparar al mensajero. Hago un gesto con la cabeza, indicando a mi segundo que vuelva.

Se arrastra hasta que está parcialmente detrás de mí. Parece aterrorizado. Como debe estar.

Incluso yo estoy un poco asustado.

Las puntas del pelo de Nova echan vapor y el humo se desprende de ellas como zarcillos. Sus llamas parecen mejores que la última vez que la vi. Entonces quemaba a sus compañeros si se enfadaban con ella, pero ahora vuelven a desintegrarse ante mis ojos.

La bruja llamada Savvy se acerca a su lado. —Nova —le advierte—. Ha pasado algún tiempo, querida, desde que tomaste las hierbas.

No tengo ni idea de lo que están hablando, pero a Nova se le encienden los ojos. La temperatura en la sala de espera sube un poco. Cada segundo que pasa hace más y más calor.

¿Podría el contacto con los dragones tener algo que ver con lo que está pasando con mi compañera? ¿Con la profecía en la que Nova va a jugar un papel tan importante?

Sus garras se flexionan y se desenroscan a los lados.

—¿Sabe el Consejo Alfa qué ha causado el ataque? —Le pregunto a mi segundo.

Bash y yo miramos a su madre. Ambos percibimos el cambio en ella.

Mi segundo sacude la cabeza con fuerza, sin apartar los ojos de Nova. —Lo mismo que lo de la escuela, pero no mucho más. Como he dicho —traga saliva—, no hubo supervivientes para testificar.

Las manos de Nova se incendian.

—Piensa en el niño —le sisea Savvy a Nova, ignorándonos a mi segundo y a mí.

Justo entonces Bash tira de las puntas del pelo de Nova.

Esto llama su atención. Cuando mira a nuestro hijo, Nova parece calmarse visiblemente. El brillo de sus ojos plateados de loba desaparece de su mirada. El aire deja de hervir de calor, y su pelo deja de hacer esa cosa humeante que, por alguna razón, es realmente caliente.

Y aunque todavía hace un calor incómodo, Nova parece controlar mejor la situación. Coge a nuestro hijo en brazos y siento que se me quita la tensión de los hombros.

Ahora que sé que están bien, puedo concentrarme. Veo cómo aprieta la frente contra la de Bash, cierra los ojos y susurra las mismas palabras una y otra vez.

—Quiero que prepares a algunos de los miembros de élite de la Fuerza para que vengan conmigo —ordeno a mi segundo en voz baja, aún intentando leer los labios de Nova y averiguar qué es ese cántico que no para de decir.

Asiente con la cabeza. —Quien esté disponible. Voy al lugar del ataque —le informo.

Los ojos de Nova se abren al oír mis palabras, ardiendo, pero no de fuego. Con determinación.

Y conozco esa mirada. Esa es su mirada de *"Nunca voy a dejar pasar esto*". Esa es su mirada de *"A mi manera y punto".*

Dioses. Ella presiona un beso rápido en la frente de Bash.

—Voy contigo —dice mi compañera con decisión mientras le entrega a Bash a Savvy.

Mi mandíbula se aprieta ante la facilidad con que lo hace. Acude a la bruja sin protestar, y me duele el corazón de que se sienta tan cómoda con una bruja. ¿Se sentirá igual de cómoda con los de su especie?

No puedo detener el pensamiento que aflora entonces. Debería haber estado entre cambiaformas todo este tiempo.

—¿Qué pasa con Bash? —pregunto, interponiéndome en el camino de Nova.

Sus ojos están enrojecidos y manchados por el llanto, sus pestañas aún húmedas por las lágrimas. Su aroma floral está impregnado de olor a ceniza y fuego.

—Savvy lo vigilará —responde, haciendo una mueca como si apenas pudiera mantener la compostura.

—¿Y confías en las brujas? —pregunto, incapaz de mantener la mordedura de los celos fuera de mi tono.

Ellas pudieron ver nacer a mi hijo, crecer hasta la edad que tiene ahora, y yo no. Me siento robado y envidioso por sus experiencias.

Savvy sisea, acercando a Bash. —¡He oído eso! —ladra.

Bash chilla de alegría, sin tener ni idea de lo que está pasando.

Nova gruñe, sus dientes de loba chasquean. Su voz ya está cambiando. Nova se está transformando. —Podrían seguir ahí. No tenemos tiempo para esto —gruñe antes de que ocurra su completa transformación.

Mi segundo maldice mientras intenta apartarse de su camino cuando ella sale de la sala de espera. La sanadora sale de su habitación para ver cómo Nova rompe la puerta para salir de aquí. Mi compañera es una mancha de pelaje ónice, como una sombra con alas.

Todo lo que puedo hacer, todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer, es mirar tras la tormenta que es Nova Crescent.

Con una última mirada renuente a mi hijo, me apresuro tras ella, deseando que salga mi lobo para poder alcanzarla más rápido.

He desbloqueado a tres lobos en mi vida. Es una suerte que algunos cambiaformas desbloqueen dos. El lobo que desbloqueé la noche en que me convertí en rey surge al frente ahora.

Quiere a Nova. La morderá a la primera oportunidad que tenga, y como Nova ha demostrado ser un comodín, estoy medio tentado de dejar que la encadene a nosotros.

Aunque sólo sea para poder mantener a mi pequeña llama cerca y alejada de los problemas. Ahora mismo, parece lo bastante enfadada y dispuesta a lanzarse al peligro sin pensárselo dos veces.

Mi segundo intenta mantener el ritmo mientras mi piel se ondula y cambia, brotando pelaje por todas partes. Mis orejas se agudizan. —Irás a informar al Consejo Alfa de que he puesto los ojos en nuestro enemigo —le digo.

Los ojos de mi segundo se abren de par en par.

Puedo sentir las docenas de preguntas burbujeando en él, pero no hay tiempo. Nova ya corre hacia su antigua manada, su antigua

familia.

Dioses, espero que al menos su madre siga viva. Envío una plegaria silenciosa a los Dioses que nos enviaron al mundo para que se haya salvado.

Pero no puedo luchar contra la sensación de pavor que llevo dentro.

Me convierto a mi forma de lobo, pero justo antes de hacerlo, le digo a mi segundo la información que el Consejo necesita, lo que todos hemos estado deseando saber todo este tiempo, desde el último ataque. Mis dientes se han alargado y me cuesta un poco hablar.

—Dragones. Son dragones —consigo decir.

Mi segundo deja caer el mensaje que llevaba en la mano. Sus pasos se detienen. A estas alturas, mi lobo ha tomado el control por completo. Se vuelve hacia donde mi segundo se ha detenido, amasando impaciente la tierra con sus garras.

La cara de mi segundo se ha vuelto cenicienta. Está pálido y aterrorizado. —¿Acabas de decir...? —se atraganta, temblando por la mera palabra—. *¿Dragones*?

No contesto. En lugar de eso, salgo detrás de Nova, dándome cuenta en este instante de cuáles eran las palabras que repetía una y otra vez.

Sólo una vez más. Sólo una vez más.

Eso es todo lo que se necesita, después de todo, ¿no? Es lo que le dije una vez.

Ciudad Cambiaformas pasa volando por delante de mí, todas las manadas, los ríos gemelos de lava. Nova pasa a toda velocidad sin detenerse ni una sola vez. Dioses, es rápida.

Sólo una vez más, y esto es sólo una cosa más a la que Nova tiene que sobrevivir.

La muerte de toda su familia.

45

—•—

Nova

Mientras besaba a Atlas, flotando en la cima del mundo, mi familia sufría. Mi madre se moría...

Algunas de las llamas aún persisten en las tierras de mi manada, pequeños incendios que parecen haber calcinado a toda mi manada. Todos los hogares, por sencillos que fueran, todas las familias, han desaparecido.

El segundo de Atlas tenía razón. No hay supervivientes. No queda nada de la destartalada casa en la que todos nos refugiamos una vez. La famosa familia Rise, un gran nombre entre los cambiaformas, ha quedado reducida a cenizas.

Retrocedo y caigo de rodillas entre los escombros. Aquí es donde una vez nos las arreglábamos con lo poco que teníamos. Aquí es donde mi madre y mis hermanas bailaban con sus tontos trajes y presumían de sus conquistas mientras yo despellejaba un conejo. Aquí es donde Devon me acosaba y nadie se lo impedía.

Es tan diferente ahora de lo que parece en mis recuerdos.

Las cenizas de mi hogar y mi familia son un lecho sorprendentemente suave en el que tumbarme mientras me derrumbo. Se siente suave contra mi piel. Los sollozos me ahogan.

No encuentro nada. La arena roja de aquí ha sido quemada, carbonizada hasta volverse tan negra como la corona de obsidiana que pertenece a mi compañero. Tan negra como la muerte.

Sé que mamá está muerta. Siento esa atadura que una vez me unió a ella como su hija partida en dos. Se ha ido. Cavo frenéticamente, las garras tallan la tierra a una velocidad frenética hasta que Atlas viene y me detiene. Me aparta de la tierra, pero ya me he destrozado las manos y roto las garras cavando.

No sé lo que estoy buscando.

Las palabras de mi hermano de la noche del rito de apareamiento vagan por mi memoria, sin que las recuerde. *Al menos no deja pruebas.*

Aquí no queda nada.

Atlas me abraza mientras sollozo, pero apenas le siento, apenas siento nada más que el frío.

Sólo que no es un frío exterior. El mundo a mi alrededor sigue tan caliente como siempre. Es un frío dentro de mí.

—¡Se ha ido! —Jadeo, derrumbándome.

Las palabras resuenan en mi interior aunque yo misma no las crea. Son a la vez imposibles y demasiado reales.

Los pequeños fuegos de todas partes se juntan hacia donde estamos, hacia donde una vez estuvo mi antigua casa familiar. El fuego se dispara a nuestro alrededor, las llamas restantes dispersas

a nuestro alrededor se hacen más grandes y salvajes por mis propias llamas. He vuelto a perder el control.

No puedo contenerlo. El olor de la carnicería es lo peor. Puedo oler su carne quemada. Puedo oler la carne quemada de Atlas. Le estoy haciendo daño.

Mis aullidos suenan más animales que otra cosa. Este es el tipo de dolor que no tiene límites ni fronteras, el tipo de dolor que sólo llega con la muerte y dura toda la eternidad. ¿Cómo podré vivir con esto?

¿Es este el castigo que me imponen por todas las vidas que mi maldición se cobró por accidente?

Tal vez esto es lo que los Dioses han decidido que me merezco.

Entonces empiezan a llegar los miembros de la Fuerza. Sé que Atlas es quien los ha llamado, pero no estoy segura de por qué.

No hay supervivientes que puedan encontrar.

—¡Nova! —Me roza la mano y la agita como si mi piel ardiera al tacto.

Probablemente sí. Me siento como si estuviera ardiendo y congelada a la vez. Me siento mal.

—Mierda —maldice, abrazándome contra su pecho en las ruinas de mi antiguo hogar. Los ojos de la Fuerza se abren de par en par. Probablemente sean una docena. Todos nos miran, dando un paso adelante como si no estuvieran seguros de si soy o no un peligro para su rey.

La idea me resulta risible, porque claro que lo soy. Soy un peligro para todos.

Les ordena que busquen en las tierras de mi manada, lo más lejos posible de nosotros.

Sé que deben estar mirándome. Puedo sentir su lástima. Puedo sentirla saliendo de ellos, y me repugna. No merezco su compasión.

Todo esto es culpa mía.

Tal vez Atlas no quiere que piensen que fue su propia reina la que hizo esto. Mi fuego es tan similar al fuego del dragón.

Tan similares.

Se eleva a alturas imposibles, levantando la cabeza desde donde se ha estirado hasta el cielo nocturno. Como siempre, está vivo, es una criatura con mente propia.

Todo este tiempo controlándolo y las monstruosas llamas sólo se han multiplicado por diez ahora que por fin han salido de mí. No es una sorpresa que mi fuego se haya manifestado como un muro.

Siempre he tenido un muro, y Atlas es la única persona que se ha atrevido a derribarlo. Y mira cómo lo traté. Le aparté y hui de él. Incluso ahora mi fuego pasa demasiado cerca de él, abrasando a través de la primera capa de piel en su hombro izquierdo, quemando su carne agonizantemente.

Atlas aprieta los dientes pero no grita.

Y quemarás a cualquiera de quien te enamores. Eso fue lo que dijeron las videntes.

—¡Estoy bien! —Intenta decirme mi compañero, igual que siempre intenta fingir que está bien y fuerte cuando en realidad está sufriendo—. Estoy bien.

Pero no puede ser.

Sacudo la cabeza, pero Atlas no me suelta. Se niega aunque no esté bien. No estoy bien.

He vuelto a quemarle. Pensaba que por fin había encontrado el control, pero he herido al único hombre que me ha amado una y otra vez. Todavía le estoy haciendo daño.

Mi madre, mis hermanos; todos están muertos.

Atlas utiliza su poder menguante para morder mis llamas, para darnos un poco de espacio que no se consuma con el fuego.

—Nova, tienes que apagar el fuego —suplica Atlas.

Porque su poder se está agotando. Ya ha usado mucho de él poniéndonos a salvo. Porque no hay mucho que pueda soportar. Las llamas se acercan, pero no puedo dejar de llorar.

¿Cómo voy a hacerlo si la culpa me corroerá en cuanto lo haga? Porque si no es dolor por la muerte de mi familia, es la culpa. Una culpa desgarradora, que revuelve el estómago.

Estaba contenta.

Por fin era feliz después de andar durante años sintiendo que faltaba un enorme trozo de mí. Y mientras yo era realmente feliz por una vez, mi familia estaba siendo incinerada.

¿Cómo es posible que alguien cuya luz brillaba tanto como la de mi madre... se haya ido?

Atlas sisea y me acerca más a él. Sus labios están junto a mi oreja.

Intenta mantener la calma, pero me doy cuenta de que tiene pánico. —Inténtalo otra vez, Nova —suplica, con los dedos quemados y la piel roja como la arena—. Sólo una vez más, cariño. Como dijimos. Sólo una vez más.

Las llamas rugen con las lunas como telón de fondo. ¿Ha estado esta bestia encerrada dentro de mí todo este tiempo?

¿Cómo he podido andar así?

—Sólo una vez más —repito, cerrando los ojos ante los dolorosos recuerdos que inundan mi mente. Recuerdos de mi madre, recuerdos de su tacto tranquilizador o de sus maneras excéntricas. Recuerdos de su amor—. Sólo una vez más —sollozo, dejándome caer sobre él.

Su toque me conecta a tierra. *Él* es mi conexión a la tierra. Atlas. Al menos está aquí conmigo, aunque yo no lo merezca.

Yo también he fallado en mantenerlo a salvo de mi maldición. He fallado de muchas maneras.

Abro los ojos lentamente. El fuego se ha apagado pero... ahí. Algo en los interminables montones de tierra y ceniza acaba de moverse.

O al menos, juraría que sí.

—¿Qué ha sido eso? —Murmuro, desenredándome de los brazos de Atlas.

Sigo hecha un mar de mocos y lágrimas. Me suelta de mala gana, pero se queda cerca, como si fuera mi guardaespaldas. Toso mientras me acerco al lugar que me ha parecido ver moverse de un lado a otro. Miro al suelo, esperando que ocurra algo.

—¿Se han movido estos escombros? —pregunto, pero cuando lo miro ahora, parece normal. Inmóvil.

Atlas se frota la nuca y se encoge de hombros. —No lo creo. —Hace una mueca—. Sólo puedo sentir a tu familia, Nova.

Me doy la vuelta para mirarlo. En cuanto aparto mi atención de él, los escombros vuelven a moverse. Esta vez, lo siento.

—¡Nova! —grita Atlas.

Unos brazos me rodean la garganta por detrás, asfixiándome y cortándome la circulación. Me giro sobre mi atacante, con los ojos muy abiertos.

Supongo que el segundo de Atlas estaba equivocado después de todo. Hay un superviviente.

Devon Rise, mi medio hermano, ha sobrevivido sólo para hacerse matar atacándome. Porque una mirada a Atlas y sé sin sombra de duda que él no va a dejar pasar esto.

Devon pone cara de furia cuando intenta apretarme la garganta, pero mi compañero ya le ha puesto las manos encima. Me arranca a Devon de encima y lo arroja al suelo calcinado con facilidad, como si Devon, que es un hombre adulto, no pesara nada.

Devon está cubierto de hollín de pies a cabeza. Le ennegrece la piel y debe de haberlo utilizado como camuflaje.

Es inteligente, le concedo eso. Incluso si sus acciones son tan buenas como un deseo de muerte.

Los ojos de Atlas recorren mi cuerpo en busca de señales de lesiones. —¿Te ha hecho daño? —pregunta en voz baja, fría y cortante.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Nova —insiste Atlas. Se aprieta el puente de la nariz—. Dímelo y dímelo ahora. Sabes que no me gusta que me hagan esperar. —Sus ojos se iluminan de rojo—. ¿Él. Te. Ha. Herido. A ti.

Juro que la temperatura baja a pesar de los fuegos astillados que nos rodean. Sacudo rápidamente la cabeza, pero los ojos de mi compañero se oscurecen como si no me creyera. Atlas gruñe y pasa rozándome. Mis ojos se abren de par en par y me apresuro a seguirle.

—Fuiste tú —gruñe Atlas cuando se acerca a Devon, que está tirado en el suelo. Levanta a mi hermanastro por los jirones de su camisa—. Tu olor estaba por toda la nota. Lo recuerdo. —Da un paso amenazador hacia Devon. Mi hermanastro retrocede, tembloroso—. Tú me enviaste ese mensaje anónimo.

Me froto la garganta dolorida. —¿Mensaje anónimo? —pregunto, confusa sobre qué demonios está pasando.

Los ojos de Devon se abren de par en par al mirar los brillantes y enfurecidos ojos rojos del rey. Hay nubes de oscuridad acumulándose en lo alto, idénticas a la oscuridad que asoma por los ojos de mi compañero.

Puedo oír la Fuerza no muy lejos, escarbando en las antiguas tierras de mi manada. No queda mucho de ellas, aparte de montones de cenizas y carnicería.

Los dragones realmente han hecho un gran destrozo.

—Intentaba deshacerme de ella —replica Devon—. ¡Quería que se fuera, no que se convirtiera en la reina!

Es entonces cuando recuerdo un día aparentemente cualquiera cerca del Bosque de las Mordeduras. Un día en el que estaba desesperada por conseguir comida para mi familia.

No había cazado nada el día anterior, y sabía que mi loba iba a tomar el control pronto. En esos días, mi control era una mierda, y si mi loba lo tomaba, sólo los Dioses sabían cuándo sería capaz de volver a transformarme.

Y al entrar en el bosque aquel día, el mismo bosque del que las historias juraban que nunca salía nadie, me pareció sentir a alguien.

Los ojos de alguien sobre mí, observándome.

Atlas me introduce en sus recuerdos, mostrándome desde su punto de vista aquel día aleatorio cerca del Bosque de las Mordeduras. Ese día que resulta que no fue aleatorio en absoluto.

Ese fue el día en que comenzó mi obsesión por ti, ronronea mi compañero, abriendo de par en par la puerta entre nuestras conciencias.

Querrás decir que ese fue el día en que empezaste a acosarme, respondo secamente.

Atlas hace una pausa. *Lo mismo es,* dice.

Por el recuerdo que me muestra, veo que debía de estar justo detrás de mí. Se quedó allí de pie y se debatió durante un rato sobre si debía seguirme o no.

Me llama la atención cómo me ve. En el recuerdo me veo hermosa a pesar de las muchas armas atadas a mi persona. Parezco feroz. Es como si los sentimientos de Atlas influyeran en la forma en que me veo a mí misma, ya que es desde su perspectiva.

Y mi compañero me considera valiente por adentrarme en esos espantosos bosques. Me ve y se llena de orgullo por su compañera.

Pero hay una nota en el bolsillo de Atlas que se vuelve pesada al verme entrar en el Bosque de las Mordeduras. Y por supuesto, el olor de mi hermanastro está por todas partes.

El enemigo está dentro de sus fronteras, dice la nota.

El enemigo. Yo. Yo soy el enemigo.

Y Dioses, ahora me parece lo más cierto que he oído nunca.

Devon Rise estaba intentando que me mataran alertando a su rey sobre mí y los problemas que podría plantear. Si no fuera la compañera de Atlas, probablemente habría echado un vistazo a la hembra omega con cero control, quemando gente a diestro y siniestro, y me habría merecido cualquier sentencia que él y el Consejo hubieran decidido.

Pero Devon... Sabía que su odio hacia mí era profundo, ¡pero todo ese tiempo realmente intentaba deshacerse de mí!

Qué cabrón.

Y pensé que odiarme sólo por mi padre ausente era malo.

Esto es mucho peor.

Atlas sonríe desarmado al hermano que mantuve con vida todos estos años, lo único que queda de mi familia.

Lo observo desde los anchos hombros de Atlas, pero Devon es un cobarde y no me mira a los ojos.

Mira fijamente a Atlas, amargado hasta el final. —Pero nunca viniste —sisea, lleno de resentimiento—. Y cuando lo hiciste, fue sólo para babear por ella. —Su labio superior se curva—. ¡Se suponía que esto nunca iba a ocurrir!

Mira a su alrededor y se le quiebra la voz. —¡*Ella* nunca debió ser reina!

Lo dice como si fuera absurdo que alguien como yo pudiera ser nombrada reina. Estoy de acuerdo con él.

Atlas se inclina cerca de su cara y aprieta más fuerte a Devon. —Sólo hay un pequeño problema con tu pequeño plan, colega —dice

suavemente. Hay una oscuridad en su mirada que es un vacío sin fin—. Mi chica nació para ser reina.

Y con un simple movimiento de muñeca, Atlas rompe el cuello de Devon y deja que su cadáver se desplome entre las cenizas de nuestra antigua casa familiar.

Inhalo bruscamente, sorprendida.

—Te quería muerta —dice Atlas con voz fría y cortante.

Es la única explicación que da a sus actos violentos. E incluso en medio de toda la muerte y la destrucción, me quedo con sólo dos palabras.

Mi chica.

46

—·—

Nova

No sé cómo regreso a Ciudad Plateada.

Cuando lo hago, la noche está llegando a su fin. Pero el tiempo no es fresco. Ni mucho menos. En todo caso, hace más calor que nunca.

Debo haberme desmayado. Atlas debe haberme llevado todo el camino.

No lo sé. Sólo sé que las lunas están retrocediendo y los soles están estallando con toda su fuerza.

Ya no sé nada. Quiero despertar y descubrir que todo esto ha sido una larga pesadilla demasiado realista. Que nada de esto es real y que mi familia sigue viviendo en esa casa vieja, destartalada y desgastada.

Pero no creo que eso vaya a ocurrir pronto. O en absoluto.

Madre se ha ido de verdad, y con ella todas las esperanzas de averiguar quién es mi padre. Y con ella... la única persona que

alguna vez creyó en mí.

Ni siquiera pude despedirme de ella. Todo parece tan inacabado, incluso las cosas con Atlas. Hay unas veinte conversaciones que flotan en el aire entre nosotros como elefantes gigantes en la habitación.

Y no tengo energía para ninguna de ellas.

Las videntes están en las calles gritando como siempre sobre la última profecía. Sólo que ahora sus advertencias parecen mucho más reales.

¿Ha aumentado su número?

—¡Y quien destruya la tablilla provocará el principio del fin! —Atronan, con sus voces extrañamente sincronizadas.

Los ojos de Atlas parpadean hacia los míos, nuestras miradas se fijan como imanes o piezas de puzle que han encajado inevitablemente.

Fui yo. Yo destruí la tablilla. Y de alguna manera todo parece estar relacionado conmigo. Los dragones me persiguen.

Pero ¿por qué?

Nos detiene el viejo profesor en su silla rodante. Chirría cuando se acerca a nosotros. Parece haber perdido aún más la cabeza. —¿Qué le pasa al chucho? —pregunta mientras me escruta de esa forma tan aguda que tiene.

Chucho. Como una mezcla de dos razas. Atlas le suelta algo que hace que el viejo se aleje.

—¿Por qué hay tanta gente aquí? —refunfuño mientras Atlas me lleva de vuelta a su castillo de cristal. Recuerdo este lugar desolado,

vacío.

Ni siquiera mi compañero parecía querer estar en el castillo. Tampoco parece querer estar aquí ahora, pero esta vez está lleno de miembros de la Fuerza. Todos llevan el uniforme. Todos están atados hasta los dientes con armamento de última generación que Atlas sin duda ha diseñado.

—Porque sí —responde Atlas sin aminorar el paso ni mirarme entre sus brazos—. Alguien quemó la Academia.

Fui yo también. Debería sentirme culpable, pero la cantidad de cosas de las que tengo que sentirme culpable se ha vuelto demasiado numerosa.

—¿Así que ahora están todos apostados aquí? —pregunto mientras pasamos junto a una gran multitud de ellos. Intentan no mirar y fracasan estrepitosamente. Quiero enterrar la cabeza en los brazos de Atlas y desaparecer para siempre.

Atlas se limita a gruñir en señal de reconocimiento y los ignora a todos.

Eso significa que en algún lugar entre el mar de cuerpos está Aylin. Dioses, sería bueno verla de nuevo.

Me pregunto cómo estará, si estará bien, pero ahora mismo no estoy en condiciones de ir a buscarla.

—¿Qué están haciendo? —pregunto distraídamente como si estuviera viendo el desarrollo de una escena en una película.

Desde que me enteré del fallecimiento de mi madre, el mundo se ha vuelto onírico. Nada parece real. Ni siquiera yo me siento real.

Atlas frunce los labios y me atrae hacia el calor de sus brazos.

—Se están preparando para la guerra —dice en voz baja.

Cierro los ojos y apoyo la mejilla en su pecho. Cuando me tumbo así, casi todo me parece bien.

Casi.

Espera. ¿Ha dicho... guerra?

Me duele que Bash tenga que crecer en un mundo así, pero debería haber sabido que al final llegaríamos a esto. Y, por supuesto, lo que los dragones han hecho hasta ahora se interpretaría como un acto de guerra contra la Ciudad Cambiaformas y los cambiaformas.

Pero es una guerra que sé que no podemos ganar. De todos modos, ¿hay alguna vez un ganador en las guerras?

¿Y por qué siento que el ataque del dragón tiene que ser algo más...?

Como si hubiera algo más que nos estamos perdiendo.

Los pasos de mi compañero tardan una eternidad en ralentizarse. Cuando abro los ojos, Savvy está de pie frente a una alta puerta negra. Me he perdido todo el recorrido por el castillo de cristal, aunque dudo que hubiera mucho que ver, ya que Atlas ha evitado este lugar como la peste durante todo su mandato.

La bruja mayor se aparta de la pared y me mira preocupada. —Bash está durmiendo —nos dice a los dos.

—Gracias —ronco, con la voz entrecortada de tanto llorar.

Bash. Al menos es una cosa que hice bien. Tal vez la única cosa.

Savvy inclina la cabeza. —Siento tu pérdida —susurra, apretándome la mano mientras se marcha.

Atlas me pone de pie. Sé que tenemos mucho de qué hablar, pero él no saca nada a relucir, y se lo agradezco.

Por ahora.

Se limita a mirarme con esos ojos que ven demasiado. Casi se me doblan las rodillas mientras intento llegar a la puerta.

Lo único que quiero es acurrucarme junto a mi hijo y pudrirme. Llorar. Hay una parte de mí que siempre quiere desaparecer.

Atlas me coge por el codo antes de que pueda caer.

—Gracias —consigo decir. No me suelta.

Estamos en un pasillo corto. La pared del fondo es lo único de cristal, y la luz de primera hora de la mañana empieza a filtrarse, tiñéndolo todo de tonos dorados. El pasillo está relativamente vacío. Hay algunas puertas negras.

—Tengo que saberlo, Nova —dice mi compañero en voz baja, quedándose junto a la puerta negra de la habitación en la que se ha instalado Bash.

Atlas me mira desde debajo de esas largas pestañas. No soy la única cansada por todo lo que ha pasado hoy, y recuerdo la cantidad de energía que ha expulsado para alejarnos. Tiene ojeras y su pelo plateado está enmarañado. Para colmo, su expresión es más vulnerable que nunca.

Se pasa una mano por el pelo desordenadamente. —Sé que no es el momento, pero tengo que saberlo. —Sus ojos brillan—. ¿Por qué me lo ocultaste? ¿Por qué me alejaste de mi hijo?

Puedo oír la ira que amenaza con brotar de debajo de las palabras.

El dolor.

La culpa que siento por la muerte de mi familia espolea mi propia rabia fuera de lugar, mi frustración, todo a la vez.

¿No ve ya mi compañero lo que le pasa a cualquiera que se me acerque demasiado?

¿No ha aprendido nada de lo que le ha pasado a mi familia?

No digo nada, y Atlas me alcanza. Le arranco un gruñido.

—Quizá no quería que lo vieras o lo trataras como un problema que tienes que resolver —siseo, siendo mezquina y sacando a colación lo que me dijo una vez hace tanto tiempo.

Estoy segura de que cuando dijo esas palabras, no las dijo en serio. Se disculpó, y desde entonces le he perdonado, pero ahora las uso contra él como armas para alejar a mi pareja. Sé que no es justo, pero lo hago de todos modos.

Mis palabras salen afiladas y duras.

Atlas se estremece. Me suelta el codo y retrocede tambaleándose. La devastación está escrita claramente en su cara. Y sé que he dado en el blanco.

Me abalanzo sobre él y entro en la habitación. La puerta se cierra con un sonoro portazo tras de mí y me deslizo hasta el suelo, con la espalda apoyada en la madera negra. Siento a Atlas más allá, siento la llamada hacia él como siempre.

Y me gustaría poder ir con él.

—O tal vez intentaba mantenerte a salvo —susurro mientras escucho sus pasos alejarse, con la cabeza entre las manos y la sensación de que el peso del mundo me oprime los hombros.

Pero ahora es demasiado tarde.

47

—•—

Atlas

Mis dedos tamborilean uno a uno contra la alfombra que tengo debajo. Inspiro y espiro, intentando calmar al lobo furioso que llevo dentro antes de que su ira influya en el entorno que me rodea sin que yo lo decida.

Lo intenté.

Me he esforzado mucho por darle el espacio que necesitaba. Intenté con todas mis fuerzas no presionarla. Pero tengo que ver a mi compañera. Tengo que verla, o haré caer este ridículo techo de cristal sobre nuestras cabezas.

No mi lobo, que anhela estar con Nova tanto como yo. Sino yo. Lo haré. Porque no puedo soportar ni un segundo más de esto, ni un día más.

Tengo que recuperarla.

Me siento en medio de la zona de entrenamiento. Últimamente ha sido invadida por miembros de la Fuerza. Les di alojamiento en el castillo de cristal desde que la Academia fue destruida. Es lo

bastante grande como para albergar también a los estudiantes, y no es que yo lo esté usando.

Así, las clases pueden continuar aquí en el castillo en vez de en la Academia.

Pero este lugar, esta arena de entrenamiento... aquí es donde todo sucedió una vez. Aquí es donde fui coronado rey.

Todo amenaza con ahogarme, los recuerdos de quitarle la vida a mi propio hermano. La forma en que me miró antes de morir. No he estado aquí desde entonces.

Lo evité todo, pero por Nova, por mi compañera... Me enfrentaré a los demonios.

—¡Has perdido la puta cabeza! —Su voz chillona me llega justo cuando estoy perdiendo la paciencia.

Suspiro y me pongo en pie. El enloquecimiento de Nova llega justo a tiempo.

Sabía que no se tomaría muy bien que la llamara como la llamé.

Irrumpe por la puerta doble, con el pelo largo recogido en una coleta como si esperara pelea.

Bien. Yo también.

Asiento disculpándome con la cabeza a mi segundo, que la sigue frenéticamente.

—¿Te atreves a convocarme? —grita—. No soy un perro al que llamar cuando te plazca.

Tiene que gritarme, así de bajita es. Normalmente su estatura me parecería adorable, pero ahora no.

—¡No, tú eres *mi compañera*! —Le respondo bruscamente.

La cara de Nova se pone roja mientras aprieta la mandíbula con obstinación.

—¡Así que no dejas de recordármelo! —escupe—. Compañera o no, si no quiero verte, no debería tener que hacerlo.

Gruño.

Ya está. Lo he intentado.

Estaba tratando de ser paciente, pero esta hembra está presionando todos mis botones. Pero ya es suficiente. He terminado.

Le agarro la barbilla con dos dedos, obligándola a quedarse quieta. —Los dos sabemos que lo de que no quieres verme es mentira, Nova —gruño—. ¿Qué tal si dejas de esconderte?

—*¡No* me estoy escondiendo! —Se le saltan las lágrimas.

—*¡Ambos* nos hemos estado escondiendo, Nova! —Mi voz se eleva hasta que estoy gritando—. ¿Por qué crees que no he estado en este castillo desde que me coronaron?

Nova se mira los pies y luego vuelve a mirarme. —Porque te sentías mal... —dice en voz baja—. Por tu hermano. No fue tu culpa, Atlas...

—No —digo bruscamente, aceptando por fin algo de lo que he tardado tanto en darme cuenta—. Mi padre me obligó a alistarme en la competición por el trono. Y fue una lucha a muerte.

Nova se estremece ante mi tono duro, pero una vez que las palabras empiezan a salir, no puedo detenerme. —Así que no, no fue culpa mía. Pero es hora de que *ambos* dejemos de escondernos.

Algo en el cambio de mi tono llama su atención. Nova resopla indignada y mira a su alrededor como si acabara de darse cuenta de

lo que nos rodea.

¿Puede sentir mi incomodidad? Su mirada me dice que sí.

—Lo que le pasó a tu familia fue una tragedia. Pero hay cosas de las que tenemos que hablar —intento de nuevo. Nova se cruza de brazos. Suspiro, siento que no estoy llegando a ninguna parte, así que mejor digo lo principal—. ¿Qué sabes de la profecía? —pregunto, observándola atentamente por si reacciona—. ¿De las plagas sobre las designaciones?

Sacude la cabeza y suspira. —No mucho, Atlas.

—Nova —suelto, frustrándome—. Las omegas están empeorando. La mayoría de ellas no pueden volver a transformarse durante semanas. Los alfas están perdiendo su dominio. Incluso los betas se han visto afectados. Ahora nos atacan los putos *dragones*, Nova.

Se curva su labio inferior de preocupación. —¿Qué dicen las videntes?

—Se niegana a seguir hablando de ello. Se han mantenido muy herméticas sobre todo el asunto. Y la profecía dice que el único que puede ponerle fin es el que destruyó la tablilla —digo.

Hago una pausa y mis ojos se detienen en su rostro, intentando leerla. Soy su compañero y estoy en su cabeza, y aún así nunca sé qué va a hacer Nova a continuación.

—Esa eres tú.

Nova suspira. —Atlas, ¡te das cuenta de que yo menos que nadie no puedo ayudar a nadie! Estoy maldita —grita con los ojos desorbitados.

Me estremezco ante el repentino cambio de volumen. Las palabras resuenan a nuestro alrededor, contra las paredes de cristal y la

alfombra gris llena de equipos y armas desechados.

—¿Es eso lo que piensas? ¿De verdad? —le pregunto.

Nos miramos fijamente, ninguno de los dos dice una palabra. Su expresión parece decir que sí, que eso es lo que piensa. Eso es lo que siempre ha pensado.

Ambos escuchamos las palabras que no digo. *¿Por eso me dejaste?*

Dice con indiferencia: —¿Encontraron a los que hicieron esto?

Frunzo el ceño. —¿Los dragones?

Mi compañera levanta las cejas. Respiro hondo y avanzo un paso hacia ella. Nova actúa como un animal acorralado. Y en el fondo, aunque quiero respuestas, me aterroriza que vuelva a huir.

—No —digo con cuidado.

Nova se estremece como si acabara de asestarle un golpe. Me da la espalda. —Mataron a toda mi familia —dice lentamente.

Suspiro. —Lo sé.

¿Qué más puedo decir?

Dioses, ¿cuándo se estropeó todo tanto? Es tan difícil hablar con ella ahora. Hay un muro entre nosotros que daría cualquier cosa por derribar.

—No hemos podido localizarlos —continúo. Nova sacude la cabeza con enfado—. He llamado al Consejo. Vienen los alfas. Estamos intentando decidir qué hacer...

Su cara se tuerce. La severidad de su expresión me interrumpe. —Por eso tendríamos que haber abandonado la ciudad y explorado el resto del mundo mucho antes de que esto ocurriera —escupe.

Tiene razón. ¿Qué puedo decir a eso?

Nova me mira, la pena habla por ella. Todavía tiene los ojos rojos. Incluso mientras me grita, me pregunto si habrá dormido o comido algo de la comida que le he estado enviando.

—Nova, el Consejo puede venir, pero eres tú la clave de todo esto. Sé que crees que estás maldita, pero no estoy de acuerdo —digo, extendiendo las manos como para aplacarla—. Creo que es una cuestión de control...

Sacude la cabeza como si no quisiera oír nada de esto, como si no fuera posible calmarla. Sus ojos se llenan de lágrimas de rabia y dejo de hablar. Odio verla llorar. Odio verla así.

Pero esto es lo que la muerte hace incluso a los mejores de nosotros. Nos retuerce y nos revuelve hasta hacernos irreconocibles.

—¿Qué clase de rey eres? —resopla, mirándome fijamente mientras intenta alejarse.

Me doy cuenta de que intenta alejarme, me doy cuenta por cómo le duelen sus propias palabras, como si le doliera herirme.

Pero a pesar de ello, las palabras siguen escociendo. Son las mismas palabras que me he preguntado durante años. Me siento indigno de ella, de mi título, pero no dejaré que Nova me aleje.

La agarro por el brazo, con cuidado de no apretarla demasiado. Sólo quiero que me preste toda su atención. Me mira con esos ojos plateados y brillantes.

—Nova —digo bruscamente, mi determinación vacila.

Ya he tenido bastante.

—Derribaré ese muro que intentas levantar entre nosotros con mis garras y mis dientes si hace falta —siseo.

Nova abre mucho los ojos y le tiembla el labio inferior.

—Que lo sepas —le advierto. Miro el collar que aún lleva, el sello real de mi familia colgando entre sus pechos.

Rozo con un dedo el colgante y Nova se estremece cuando mi tacto roza su piel. —Lo llevabas puesto. Nunca te lo quitabas, ¿verdad? —Nova no contesta, pero no tiene por qué hacerlo. Por su mirada, me doy cuenta de que no. Suelto una carcajada.

—¿Por qué? —Exijo.

—Porque tú me lo diste —susurra en voz tan baja que casi no lo escucho.

Se me corta la respiración. Este es el collar que me permitió rastrearla, el collar conectado al punto rojo que observé durante noches interminables para asegurarme de que aún vivía y respiraba.

—¿Es un rastreador? —suelta.

Mierda. Debe haber leído mi mente. Se está volviendo jodidamente buena en eso. Apenas la he sentido entrar en mi conciencia. Mi mandíbula se aprieta.

Me mira fijamente durante un momento y creo que va a matarme. Pero en lugar de eso me coge por sorpresa cuando dice: —No lo entiendo. Si sabías dónde estaba todo este tiempo, ¿por qué no viniste a buscarme?

Se me cierran los ojos. Me acerco a Nova y le acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja. Sonrío con dulzura, aunque sin desmerecerme.

—Tú fuiste la elegida en esta profecía tan importante —digo, y a Nova se le corta la respiración.

Estamos tan juntos en la alfombra gris que podría besarla. Dioses, quiero besarla.

Pero en lugar de eso, la dejo ir y le doy la verdad, el mayor regalo de todos.

—Tenía que dejarte serlo —digo tras respirar hondo—. Y tuve que convertirme en alguien digno de estar a tu lado.

A Nova le brillan los ojos y, aunque tenía miedo de que me dejara, ahora soy yo quien tiene que alejarse de ella.

Así lo hago, salgo de la arena de entrenamiento y espero que mi compañera vuelva a mí.

Y que sea pronto.

48

—•—

Nova

La habitación en la que mi compañero nos ha instalado a nuestro hijo y a mí es el lugar más bonito en el que me he alojado nunca. Estoy acostumbrada a casitas de campo y casas destartaladas, no a este lujo.

Me siento con la espalda apoyada en el cabecero, con el pijama de seda más cómodo que he sentido nunca. La habitación es amplia y espaciosa.

Estoy empezando a pensar que mi compañero la está enfriando en todo momento de alguna manera con su energía, porque la temperatura aquí dentro es perfecta. La cama es enorme y las sábanas suaves. Incluso se ha asegurado de que tengamos acceso a un balcón a través de las puertas dobles de cristal junto a la cama.

Después de tanto tiempo encerrada en ese volcán, no hay nada que me apetezca más que estar al aire libre. Pero, ¿cómo lo sabe Atlas?

Bash sigue durmiendo al día siguiente de mi bronca con Atlas cuando llaman a la puerta. Sabiendo quién es, intento ignorarlo al principio.

Discutir de nuevo con mi compañero es lo último que quiero hacer. De hecho, no creo que pudiera soportarlo por segunda vez. Sé que tengo que arreglar las cosas con él, que esta sensación de inquietud en mis entrañas no se calmará hasta que lo haga.

Pero ahora mismo, prefiero dejar que mi mente divague sin rumbo fijo, sin decantarme por ningún tema en particular.

Entonces el golpe viene de nuevo, más fuerte. Como sea más fuerte despertará a Bash.

Abro la puerta de golpe sin preguntar quién es. Ya sé que es Atlas.

Quizá vuelva para el segundo asalto.

Es persistente. Se lo reconozco.

Sólo que cuando la puerta se abre, no es Atlas quien está ahí.

Es la única otra persona que querría ver.

—El rey dijo que soy su ofrenda de paz para ti —dice Aylin con lágrimas en los ojos.

Se ve tal como la recordaba. Echaba de menos a mi pequeña marginada. Dejarla atrás fue una de las principales cosas que me quitaban el sueño mientras estaba fuera de la ciudad. Me tapo la boca con la mano.

Todo este tiempo, he intentado ser fuerte, intentaba no llorar delante de Bash y que viera lo destrozada que estoy desde que ha pasado todo. Pero la visión de la única amiga que he tenido frente a mí acaba con mi determinación.

Hubo tantos momentos en estos últimos días sola que necesité la leal presencia de Aylin.

Sonríe débilmente. Detrás de mí, las cortinas del balcón se agitan con una brisa invisible. —Dice que te pregunte, ¿tregua? —inclina la cabeza tímidamente.

Pongo los ojos en blanco a pesar de estar llorando. Mis manos rodean mi cintura como si pudiera abrazarme a mí misma para no derrumbarme. No puedo creer que Atlas haya sido tan considerado como para hacer esto por mí.

De algún modo, él sabía lo que yo necesitaba incluso antes de que pudiera expresarlo con palabras. Y lo que necesitaba era a mi mejor amiga.

Aylin salta sobre mí y me abraza con fuerza.

Y debí echar de menos a mi antigua compañera de piso porque la dejé.

Aylin sigue llorando silenciosamente varios minutos después cuando vamos a sentarnos en el balcón. En esta tumbona color crema tengo una buena vista de la puerta, así que puedo ver si Bash se despierta.

Dado que las lunas aún están descendiendo y cambiando con los soles para su turno de reinado en el cielo, yo diría que el niño estará dormido un buen par de horas más.

Aprieto la mano de Aylin, pero ella no me suelta.

—Cuéntamelo todo —dice Aylin.

Evito sus ojos y miro las extensas arenas carmesíes y los volcanes que se alzan a lo lejos.

¿Alguien ha ido alguna vez hasta allí? Tal vez yo sea la primera persona lo suficientemente loca para hacerlo. Supongo que sería un lugar tan bueno como cualquier otro para desaparecer.

Cuéntamelo todo, me pide, pero ¿lo preguntaría si supiera lo que implica "todo"? Nadie en su sano juicio querría conocer esta historia, eso está claro.

Suspiro, inhalando y exhalando el aroma de este castillo.

El inconfundible aroma de Atlas es tan fuerte en esta habitación, como si él mismo la hubiera preparado para nosotros, con sus propias manos.

Aylin me da un tirón de la mano. El instinto siempre me ha dicho que puedo confiar en ella. Y nadie ha dicho nunca que Aylin esté cuerda.

De hecho, podría estar tan loca como yo, sólo que de un modo muy diferente.

No quiero contárselo todo, descargar todo ese dolor y angustia en ella. Pero una vez que empiezo a hablar, todo se derrama.

Dioses, se siente tan bien hablar en lugar de guardármelo todo.

¿Cuántas noches he guardado cosas, emociones y momentos en esa cámara acorazada que llevo dentro, esperando el momento en que tuviera a alguien con quien hablar para poder abrirla y dejarlo salir?

Soy como uno de esos volcanes latentes que acaban de explotar tras siglos de acumulación.

Y cuando termino, Aylin no me juzga, ni siquiera cuando llego a la parte de mi madre y lloro a moco tendido.

—Dioses, Nova. Siento mucho no haber estado contigo cuando tuviste que pasar por todo esto. Siento que tuvieras que hacerlo sola —dice sinceramente.

Resoplo. —No pasa nada.

Pero la verdad es que yo solía desear lo mismo. Que nunca tuviera que hacer nada sola.

La miro tentativamente. —Además, es como si te hubiera abandonado —admito.

Aylin me mira con los ojos entrecerrados. Es la primera vez que la veo un poco enfadada, así que me pilla por sorpresa. Bueno, aparte de cuando se levanta cada mañana, claro.

—¿Más o menos? —dice con sarcasmo.

Sé que cree que no tiene una loba, pero estoy casi segura de que sus ojos brillan con poder durante un breve segundo antes de apagarse. Me pregunto si me lo he imaginado o si mi mejor amiga es más de lo que parece.

Suspiro. —Empiezo a pensar que debería entregarme a los dragones.

Ya está. Lo he dicho en voz alta. Lo más importante en mi mente desde que me di cuenta de que podría ser yo a quien buscan.

Los ojos de Aylin se abren de par en par. Me ha cogido la mano mientras hablaba de todo lo que me ha pasado desde la última vez que nos vimos, pero ahora me la agarra con fuerza. Hago una mueca.

Es más fuerte de lo que parece. Se agarra como si no fuera a soltarse pronto.

—Ni se te ocurra hablar así, Nova —suelta, con cara de enfadada porque haya sacado el tema.

Un ominoso estruendo sacude los muros del castillo. Aylin mira al techo. —¿Ves? —sisea—. Al rey tampoco le gusta que hables así.

Mi corazón se descongela un poco del hielo que parecía haberse formado a su alrededor. Hay gente que se preocupa por mí. Gente que se sentiría desolada si me fuera y no volviera nunca. Por primera vez, lo estoy viendo.

Miro dentro de mi habitación y observo a Bash dormido. —No lo sé, Aylin —murmuro. Aunque hablo en voz baja, tengo una sensación intrínseca que me dice que, por muy bajo que hable, Atlas me está escuchando.

Siempre.

—Los dragones me quieren. —Ni siquiera he terminado de hablar y Aylin ya sacude la cabeza con enfado. Me muerdo el labio inferior y expreso la preocupación que he estado meditando prácticamente toda la noche—. A veces me pregunto si Ciudad Cambiaformas... si no estaríais todos mejor sin mí.

—Nova —dice Aylin brevemente—. Piénsalo. Digamos que te entregamos a ellos. ¿Quién nos dice que se echarán atrás y no seguirán aniquilándonos a todos?

Tiene razón. Aylin levanta las cejas como si supiera que tiene razón.

—Cariño, ¿qué pasa con tu hijo? ¿Crees que está mejor sin su madre? —pregunta tajante. Aprieta el brazo de la tumbona con tanta fuerza que sus dedos se vuelven blancos.

Me muerdo el labio con tanta fuerza que creo que se me va a romper la piel. La idea de despedirme de Bash, de mi primer y único hijo, es demasiado dolorosa para siquiera considerarla. Es un tipo de angustia que espero no tener que conocer nunca.

Un tipo de dolor que no le desearía ni a mi peor enemigo.

—No —dice Aylin por mí—. Y tal vez Atlas tenga razón.

Levanta la barbilla ante mi expresión atónita. —¿Qué quieres decir? —le pregunto.

—Tal vez todo se trata de tu perspectiva, Nova. Cambia tu perspectiva. No estás maldita. —Se encoge de hombros—. Atlas podría tener razón en que es sólo una cosa de control.

Me suelta la mano y viene a sentarse a mi lado, rodeándome el hombro con un brazo. Su voz se suaviza. —Las clases de la Academia continúan aquí en el castillo. No todas. No las inútiles, sino las que importan. Vuelve a clase conmigo. Entrena. Lucha —suplica.

Tiene razón.

La voz de Atlas en mi cabeza me hace saltar casi fuera de mi piel. *No te rindas*, me suplica.

¿Estabas escuchando a escondidas?, le respondo. Su presencia desaparece rápidamente de mi mente.

Pero ante el rostro sonriente y comprensivo de Aylin, pregunto: —¿Luchar?

Aylin asiente en señal de confirmación.

Es difícil decir las palabras, pero lo hago de todos modos. Lo necesito. —¿Las peores decisiones hacen las mejores historias?

Aylin sonríe entre lágrimas al recordar las palabras de mamá. —Las mejores —cita.

Incluso si mi compañero y mi mejor amiga me acaba de engañar por partida doble.

49

—•—

Nova

La clase a la que me arrastra Aylin es la misma en la que luché con Atlas.

La alfombra gris está cubierta de sangre. El aire desprende un olor metálico cobrizo. Y hay cuerpos sudorosos por todas partes. A los cambiaformas no les gusta vestirse, así que hay muchos pechos desnudos y piel brillante.

Es el mismo profesor al frente de la alfombra gris cuya clase esperaba con impaciencia antes de salir corriendo.

No estoy fuera de forma, per se, pero entrenar sola entre brujas no es lo mismo que entrenar con guerreros cambiaformas experimentados. Bash está con un grupo de niños cuyos padres están en la Fuerza, divirtiéndose como nunca jugando y causando problemas, estoy segura.

Así puedo disfrutar de esto. Puedo concentrarme.

¿Quién sabe? A lo mejor aprendo algo.

Levanto el cuello para ver por encima de los cambiaformas que tengo delante. Por quizá la millonésima vez en mi vida, me pregunto por qué los Dioses me hicieron tan jodidamente pequeña.

—¿Pretendemos no darnos cuenta? —sisea Aylin sin mirarme.

—Sí —respondo sin apartar la vista de la primera fila de la clase.

Porque me niego a reconocer el hecho de que todos los alumnos de esta sala me han cedido tres metros y ahora hay un amplio círculo de espacio alrededor de Aylin y de mí, un murmullo de conversación y el enfermizo aroma del miedo en el aire a nuestro alrededor.

¿De verdad tienen tanto miedo de Atlas?

—¡Muy bien! —brama el profesor.

La conversación se desvanece. Sus brazos están llenos de músculos y sujeta un portapapeles que parece cómicamente pequeño entre sus manos gigantes. Recorre la hilera de cambiaformas al frente de la multitud. Sus ojos los evalúan a todos y sus labios se curvan como si todos le parecieran muy deficientes.

Entonces se le dibuja en la cara una amplia sonrisa. —¿Alguna cuenta pendiente? —pregunta casi como si nos desafiara a todos a ser atrevidos hoy.

Y así comienza.

Un cambiaformas león convoca a una serpiente que aparentemente flirteó con su futura pareja. Un tigre cambiaformas requiere a otro tigre cambiaformas.

Y Aylin y yo miramos.

Son sobre todo los machos los que pelean, pero algunas hembras también acaban en la lona. Por supuesto, nadie me llama la

atención, ya que Atlas desanima a cualquiera que lo haga. Como es obvio que Aylin está conmigo por lo cerca que estamos y por la forma en que nos susurramos y reímos, nadie la señala a ella tampoco.

Una pena. Quería verla en acción. Algo me dice que Aylin en el tatami es mortal. Tiene esa mirada en sus ojos.

Así que básicamente me paso toda la clase viendo los combates y escuchando al profesor ladrar instrucciones. La sala se calienta a medida que se suceden los combates. Y aunque todos estamos acostumbrados a este calor, al final incluso los cambiaformas que no luchan están empapados en una fina capa de sudor.

Yo incluida.

En estas peleas no hay reglas. Y aunque no se supone que sea una lucha a muerte y el profesor "lo desaconseja con firmeza", antes de que empezara la primera pelea, se sabe que han muerto estudiantes en estos enfrentamientos.

Sobre todo si el tema por el que se pelean es profundo. Personal.

Pero, en realidad, me distrae y acalla los pensamientos sombríos que han estado nublando mi cabeza últimamente. Casi todo lo que nos enseña el profesor durante la clase tiene que ver con la técnica. Sin embargo, parte de esa técnica no se refiere sólo a la lucha.

En parte se trata de control. De saber cuándo no luchar.

Aprendo un poco, y concentrarme en las palabras del profesor es más fácil que detenerme en toda la muerte que me rodea, la pena que parece perseguirme.

Ni siquiera tengo que preocuparme por Bash porque Atlas se ha encargado de eso. Sólo tengo que... aprender.

—¿Alguna otra cuenta pendiente? —grita el profesor hacia el final de la clase—. ¿O tenéis demasiado miedo? —Se ríe burlonamente. Qué extraño. Esa burla parecía casi demasiado personal.

—Tengo una cuenta pendiente —responde una voz grave desde el fondo de la clase.

Me quedo clavada en mi sitio. Se me encoge el estómago. Se me humedecen las manos y el miedo me invade las entrañas.

No lo hará.

El profesor resopla, totalmente indiferente. Atlas sale de mi alrededor y entra lentamente en la alfombra de entrenamiento. Lleva pantalones oscuros de entrenamiento y una fina camiseta negra. Pone los pies descalzos sobre la colchoneta gris manchada y me sonríe.

Me quedo boquiabierta.

—Desafío a Nova —dice mi compañero.

Aparentemente, lo va a hacer.

—Tú no eres un alumno —replica el profesor, de pie en el borde de la colchoneta y totalmente imperturbable ante la repentina presencia de su rey.

—Ya me enseñaste una vez, viejo —indica Atlas perezosamente, sin apartar los ojos de mí—. Deberías saber que no acepto un no por respuesta.

Eso explica la falta de miedo en los ojos del profesor. Debe haber entrenado a Atlas en algún momento cuando era más joven.

El anciano pone los ojos en blanco. —Todo el mundo teme siempre a los lobos machos. Los alfas. Pero son las hembras las que son más

feroces. —Se ríe para sus adentros—. Te van a machacar —advierte.

Su fe en mí me da un impulso de confianza y me hace sonreír con suficiencia.

La sonrisa comemierda de Atlas es peligrosa. Deja que su dominio se extienda sobre la clase reunida. Dado que este lugar sirve de cuartel general para la mayor parte de la Fuerza, entre los estudiantes hay graduados, algunos de los más fuertes de la especie cambiaformas.

Y todos doblan el cuello ante mi compañero. Su dominio hace que todos bajen los ojos al suelo, y el espacio entre el resto de la clase y yo se ensancha.

—Sin embargo... —dice mi compañero y me tiende una mano en señal de ofrenda. Juro que las puntas de sus dedos están llenas de energía. Es así de poderoso en todo su esplendor. A veces debe contenerlo.

Pero no ahora. Ahora está en plena vigencia.

Es casi como si Atlas me invitara a bailar. Supongo que en cierto sentido lo hace.

Paso la mirada de su mano a sus brillantes ojos rojos. —¿De verdad quieres pelear conmigo? —pregunto, alzando las cejas con duda.

Como he dicho, ronronea en mi mente, *tengo una cuenta pendiente.*

Me tiembla la comisura del labio, pero no le cojo la mano. Por el vínculo, envío una imagen de toda la gente que nos observa. No es mi intención, pero es en lo que estoy pensando, y nuestra proximidad hace que sea difícil bloquear a mi compañero.

Tal vez en el fondo no quiero bloquearlo. Tal vez mi mente reconoce su mente como una extensión de nosotros.

—Ah, ya veo —ronronea—. No seas tímida.

Atlas me guiña un ojo antes de agarrarme de la mano y balancearme sobre su cuerpo hasta que caigo de espaldas sobre la colchoneta. Me inmoviliza con su cuerpo con demasiada facilidad.

Cariño, no te preocupes por ellos. Somos sólo tú y yo, dice en mi mente.

Y luego, en voz alta, con los ojos ardientes, dice: —Siempre.

Me ha dejado sin aliento ese movimiento que acaba de hacer.

Pero bien. Si quiere pelear, podemos pelear.

Estaría bien sacar mis frustraciones de una forma sana.

Estamos tan cerca que, cuando mis pechos se agitan con la respiración, están justo en la cara de Atlas. Me arqueo para que sea aún peor, y sus ojos se calientan.

No le doy tiempo a anticipar mi próximo movimiento antes de hacerlo. Aprovecho que está distraído y le meto el codo en la nariz cuando se acerca demasiado.

Mi golpe cae justo en el ángulo adecuado para que su nariz se rompa y la sangre brote a borbotones. Como reacción a la conmoción, se echa hacia atrás lo suficiente para que yo pueda zafarme del agarre de sus brazos.

Entonces me pongo en pie, con los ojos brillantes, lista para luchar. Ignoro los murmullos en el aula, la forma en que la vida se ha detenido para que todos puedan ver la pelea del rey y la reina.

Literalmente.

Atlas se levanta de un salto. Entorna los ojos hacia mí, pero no hace nada por limpiarse la sangre que mana de su cara. Se lame los

labios, saboreándola, haciendo que la sangre brillante manche sus dientes como un demonio. La forma en que cruje el cuello mientras nos rodeamos me hace saber lo suficiente.

Si estaba enfadado la última vez que discutimos aquí, eso era una cosa. Pero esta vez, está cabreado.

¿Qué esperaba? ¿Esperaba que si me retaba a un combate, me lo tomaría con calma?

Muevo la cabeza hacia un lado como diciendo: *Querías pelear. Así que hagámoslo.*

—Oh, ahora te lo estás buscando, Nova —gruñe Atlas, sonriendo con desenfreno. Salta sobre las plantas de los pies con anticipación.

El profesor nos hace un gesto con la cabeza, pero, sabiamente, se retira por completo de la colchoneta. Atlas y yo volvemos a rodearnos. Sin todos los demás combates esparcidos por la alfombra gris, siento que es mucho más grande de lo que creía.

Se siente amplia y vacía sólo con nosotros, como si tuviéramos un foco encima nuestra.

Sé que si comienza la pelea, Atlas dará el primer paso. Es paciente, pero no lo suficiente.

Las largas horas que he pasado esperando a mi presa me han hecho paciente hasta el extremo, casi.

Estás un poco oxidada, comenta secamente en mi mente.

Se está burlando de mí, intentando provocarme.

Le ignoro y él me sonríe, crujiéndose los nudillos.

Esa ropa es un poco demasiado reveladora para todos los hombres de por aquí, dice a continuación. Sus ojos recorren la habitación

observando todos los cadáveres y lanzando una mirada asesina a todos los hombres de los alrededores.

Resisto el impulso de señalar que llevo los mismos leggins negros y la misma camiseta negra que todas las demás mujeres para entrenar en esta clase. Incluso los hombres llevan algo parecido, pero con pantalones cortos en lugar de mallas.

Al menos los que no se han transformado lo llevan.

Me burlo. *Te has colado en mi clase para darme una lección, supongo.* Pongo los ojos en blanco *y ¿esa es la mejor demostración que puedes hacer?*

Pero, en serio, ¿puede dar un paso adelante?

Damos vueltas.

¿Qué te he dicho de ponerme los ojos en blanco? Muevo las pestañas, pero como no respondo, Atlas hace un tic con la mandíbula. Mi compañero gruñe. *La única lección que quiero enseñarte requiere que estés inclinada sobre un escritorio, Nova.*

La emoción de esas palabras me hace palpitar el corazón.

Y entonces el rey salta a por mí.

50

—•—

Nova

Golpeo a Atlas contra la pared de mi dormitorio. Bash aún está con los otros niños y no lo recogerán hasta dentro de una hora.

Una hora es tiempo suficiente para lo que tengo en mente. Quiero a mi compañero tan dentro de mí que mi coño se amolde a la forma de su polla. De todos modos, está hecho para él. Atlas gime mientras mis manos lo recorren febrilmente.

—Fuiste malo —jadeo sin aliento.

Sus brazos vuelan hacia arriba, chocando contra la pared. Intento inmovilizarle, pero es demasiado fuerte, demasiado dominante. Todos mis esfuerzos son inútiles.

Las paredes tiemblan. Gruño, nuestras narices se tocan, nuestro aliento se mezcla. Mi piel está decorada con los moratones que me hizo durante nuestro combate en clase.

Atlas me pellizca el labio inferior. —Y te gustó. —Un profundo rugido sale de su pecho. Los dos estamos cubiertos de sudor por el

entrenamiento. Me siento bien al poder enfrentarme a un guerrero tan hábil como mi compañero.

En cuanto sonó el timbre que indicaba el final de la sesión, lo arrastré de vuelta aquí sin siquiera darme la oportunidad de pensarlo demasiado.

Ya no soporto estar cerca de él y fingir que no quiero estar debajo de él. Cada átomo de mi cuerpo, de mi alma lo desea.

Y ya no puedo negarlo.

Nuestras bocas chocan en una mezcla de dientes, lengua y labios. Su mano me agarra posesivamente por la nuca. Hundo los dedos en sus mechones plateados y tiro de ellos.

Dioses, puedo sentirlo, lo duro que está creciendo contra mí. Cuánto me desea. Mis pezones se endurecen por la fricción de nuestros cuerpos.

Me distrajo durante toda la clase. Su vertiginoso aroma, las miradas que me lanzaba con esos ojos que dicen demasiado, incluso su forma de moverse desviaba mi atención, haciéndome cometer errores que normalmente no cometería.

Pero mi maldición no actuó. Hubo momentos en los que sentí que se me escapaba el control, y Atlas me hacía retroceder. Tenía la sensación de que si me hubiera enfrentado a cualquier otro oponente, mi control no habría sido tan bueno.

Los recuerdos de cuando lo quemé accidentalmente aún están frescos en mi cabeza.

A veces, hasta en eso consisten mis pesadillas. Mis llamas tocándole. Haciéndole daño.

Y no quiero volver a hacerle daño. Nunca.

Quizá Atlas sea la distracción perfecta, pienso mientras me da la vuelta para que sea yo la que esté contra la pared en vez de él, mientras sus labios patinan por el lateral de mi cuello. Hasta mi hombro. Hasta...

Y entonces se detiene.

Mis ojos se abren de golpe. Debieron de cerrarse en algún momento de impotente deseo.

—¿Qué pasa? —Respiro, con el pecho subiendo y bajando bruscamente.

Atlas me mira. Su camisa negra se le pega al pecho de una forma tan sexy. Puedo ver el contorno de los músculos de sus pectorales y de cada uno de sus abdominales. Pero es la tinta que cubre su cuerpo lo que convierte a mi compañero en una obra de arte.

La tinta y las muchas, muchas cicatrices.

—Dime que me quieres, Nova —dice finalmente.

Mi corazón se desploma. ¿De verdad le he convencido de que no? Las palabras se me escapan mientras él me mira fijamente, esperando. Está cansado de jugar. Está cansado de esperar, igual que yo.

Las palabras que me dijo la última vez que discutimos en la sala de entrenamiento flotan en mi memoria. *Deja de esconderte.*

Los ojos de Atlas parpadean cuando no digo nada, cuando no encuentro las palabras, pero no es con ira. No exactamente. Es algo peor, creo.

Entonces su mano se desliza dentro de mis leggings, apartando la ropa interior con demasiada facilidad. Jadeo y abro los ojos de par en par.

Sus dedos se deslizan por la humedad que se acumula entre mis piernas y se introducen en mí. —Sabía que estarías empapada para mí, mi preciosa compañera. —Me aferro a su hombro y arqueo la espalda contra su contacto.

Sus labios se acercan a mi oreja. Su pulgar rodea mi clítoris con pericia al mismo tiempo que sus dedos se mueven dentro de mí. —¿Qué te dije sobre mentirme? —ronronea—. Déjame morderte y reclamarte como mía.

Balbuceo, al borde del abismo. Quiero decirle que sí. Un millón de veces que sí. Estoy a punto de liberarme cuando vuelve a detenerse.

Sus dedos siguen dentro de mí cuando me susurra al oído, con voz áspera de necesidad. —No seré tu excusa.

Me quedo inmóvil ante sus palabras. Se asientan sobre mí como veneno. Y luego se extienden.

—¿Una excusa? —Frunzo el ceño, intentando apartarlo. Atlas me mira intensamente a los ojos.

—Una excusa para no enfrentarte a tus sentimientos.

No es idiota. Puede sentir mis sentimientos hacia él. Sabe demasiado.

Le aprieto el hombro cuando intenta quitarme la mano de encima. Perder su contacto ahora mismo sería mi perdición.

Mi compañero se detiene y me mira. —Por favor —jadeo.

Levanta las cejas. —¿Por favor qué?

Me estremezco cuando me mete los dedos de uno en uno mientras siguen enterrados dentro de mí. —Por favor, deja que me corra —murmuro, con la voz áspera por el deseo.

—¿Estás suplicando?

—Por favor, cariño. —Las palabras salen de mí en una sola respiración tranquila.

Atlas gruñe y me saca el dedo de un suave tirón. —Si te vas a correr, llamita, lo vas a hacer con esta polla —gruñe.

Sus perversas palabras me aceleran el pulso.

Mi compañero empieza a desabrocharse lentamente el cinturón. Gimo con solo oírlo. Después se desabrocha los pantalones y baja despacio la cremallera.

Estoy mirando, y lo sé. No puedo apartar la mirada. Sus dedos están a punto de salirse de sus pantalones cuando me da la vuelta. Me empuja contra la pared, con la mejilla apoyada en ella.

La cama es grande, vacía y está disponible, y aun así ordena: —Agárrate a la pared, Nova.

No puede hablar en serio. ¿Qué tan duro planea cogerme?

—*Ahora* —gruñe.

Muy duro, al parecer.

Mis dedos se enroscan obedientemente en el lateral de la pared.

—Buena chica —ronronea.

Y entonces mi compañero me penetra por detrás tentadoramente despacio. Centímetro a centímetro.

En cuanto se introduce completamente dentro de mí, suelto un gemido.

Atlas empuja sus caderas dentro de mí, llegando a un punto que me hace gemir.

Sus dientes serpentean por la carne de mi garganta.

—Dime que me quieres, Nova —vuelve a decir.

No es una pregunta. Es una orden de mi rey y compañero.

Es él. Atlas. *Mi* Atlas, el mismo Atlas con el que hice un nudo y tuve un hijo. El mismo Atlas del que nunca podré huir por muy lejos que me vaya.

De todos modos, el hecho es que no hay ningún lugar al que pueda ir donde no sea capaz de sentirle, donde no sea capaz de encontrarme. Incluso cuando pensaba que estaba a un mundo de distancia de él, Atlas siempre estaba vigilando.

Siempre formará parte de mí.

—Te quiero, Atlas —le digo.

Y la única respuesta del alfa de los alfas es morderme.

51

—•—

Nova

Me miro en el espejo de cuerpo entero. El cuerpo de Atlas es tan alto y macizo que casi engulle el mío desde su posición detrás de mí.

Desde que solidificamos nuestro vínculo hace horas, mi compañero se ha pegado a mí tan estrechamente como lo haría mi sombra.

Ahora sé cómo se siente la dicha. A qué huele la felicidad.

Ahora conozco el sonido del amor.

Los dedos de mi compañero flotan apreciativamente sobre su mordisco reivindicativo. Qué crudo es que este macho me haya mordido para marcarme como suya, para marcarme como ganado.

Qué vulgar... aunque me haga más feliz de lo que creía posible. Claro, es un asco que toda mi familia esté muerta. ¿Y es lo peor que nunca vaya a saber quién era mi padre? Sí.

Pero ahora... no sé. Por fin siento que pertenezco a algún sitio, al lado de mi compañero, en esta pequeña familia que hemos creado.

La mordedura reivindicativa de Atlas es la mejor cicatriz que tengo. Levanto la barbilla. La llevaré con orgullo todos los días de mi vida inmortal.

La piel alrededor del mordisco está roja y cubierta de sangre seca. Está deliciosamente hinchada y en carne viva, y el hecho de que haya sido la boca de Atlas la que ha dado el mordisco lo hace aún mejor.

Sus fosas nasales se inflan al contemplar la herida con orgullo y agradecimiento.

Siento su erección presionándome, lista para el segundo asalto.

—Tú lo haces todo... —Atlas hace una pausa, buscando las palabras adecuadas.

Inclino la cabeza hacia él en el espejo, con el pelo cayendo a mi alrededor por un lado como una espesa cortina. El pulgar de Atlas se unta en un poco de sangre alrededor de la mordedura que me reclama. Me estremezco, todavía dolorida por la forma en que me ha follado, la forma en que ha consolidado nuestro vínculo.

Ahora la luz de la luna está siempre visible justo encima de nuestros corazones, como un tatuaje que nunca se desvanece.

Atlas se aclara la garganta. Toda la habitación huele a nosotros, a nuestros fluidos, y el aroma de nuestra excitación mancha las sábanas y el aire. Dioses, espero que este olor nunca se desvanezca, que nunca se apague.

—Haces que todo sea más soportable —dice finalmente Atlas, con voz áspera mientras mira fijamente a lo lejos por las puertas de cristal del balcón.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, frunciendo el ceño mientras él inclina la cabeza para besar la mía.

—Todo. Mi título. La vida. —Se encoge de hombros—. Todo el peso que cae sobre mis hombros.

Y todo lo que puedo hacer es sonreír en señal de comprensión. Sé lo que quiere decir. —Tú también haces que todo sea más llevadero para mí —le digo.

Es la verdad. Todo es más fácil con él a mi lado.

Atlas es el tornado que destruye el cielo y todo lo que toca. Es la pesadilla que todo el mundo teme tener y que, sin embargo, tiene.

Pero lo más importante es que es mío.

Y este lugar en el que estamos ahora, es la casa del rey, lo recuerdo. Su padre fue rey antes que él. Eso hace que este sea el mismo hogar en el que mi compañero probablemente creció.

Lo que explica muchas cosas.

Giro el cuello para mirarle. —Realmente odias estar aquí, ¿verdad?

Atlas inclina la cabeza. Sus hombros desnudos se curvan hacia dentro. Las pocas velas que hemos encendido aquí vacilan ligeramente mientras su poder se apodera de él. A veces, supongo que incluso los reyes son esclavos de sus emociones.

Tarda un largo rato en recuperarse, en tragar más allá del nudo en su garganta. Cuando lo hace, sus ojos parecen nublados por las sombras.

—No viste cómo me miró mi hermano cuando lo hice —me dice. Su voz es tan áspera por la emoción que tengo que apartar la mirada de él. Cuando lo pienso, siempre ha sido así entre nosotros. Es como si pudiera sentir todo lo que siente mi compañero—. No oíste cómo suplicaba por su vida.

De repente, se me seca la boca. No puedo imaginar el dolor por el que pasó Atlas. Puede que mis hermanos murieran por mi culpa, pero yo no los maté. No me obligaron a matarlos en un ridículo enfrentamiento por el trono.

Ahí radica la raíz de toda la angustia de Atlas.

Y lo único que quiero es quitarle ese dolor. Vuelvo a apoyarme en su pecho, con la cabeza en el pliegue de su hombro. Le acaricio la mejilla con la mano.

—Fue algo terrible lo que tu padre te pidió que hicieras —digo en voz baja. Atlas se acurruca en mi hombro como si necesitara hacerlo, como si inhalar mi olor fuera una necesidad para su supervivencia—. Pero ¿alguna vez pensaste que quizá eras el único que podía hacerlo?

Su mano me agarra la cadera, flexionándola mientras inspira y espira profundamente.

Es temprano por la mañana, pero aún hay poca luz fuera. Los volcanes tienen un aspecto extraño a esta hora.

Deforme.

—Maté a mi propio hermano —dice Atlas, sonando perseguido por fantasmas que nadie más que él puede ver—. Hay un lugar especial para mí en el más allá. —Me estremezco.

—Atlas, tu hermano era un monstruo —le digo lo más suavemente que puedo. Quizá pueda decírselo con delicadeza.

O tal vez no haya una forma amable de decirle a alguien algo así.

Pero es verdad. Todos los rumores sobre el hermano de Atlas eran ciertos. Le faltaba algo.

Algunos dicen que era su alma. No sé si alguien puede nacer sin alma. Pero sí sé una cosa con certeza.

Atlas le hizo un favor a Ciudad Cambiaformas.

Mi compañero levanta la cabeza. Sus ojos brillan con pesar, pero también hay algo más. Resolución. —Prométeme una cosa —insiste.

—Cualquier cosa —digo y lo digo en serio. No hay nada que no haría por este macho.

—Prométeme que cambiaremos las leyes de sucesión. Tiene que haber otra manera. Una manera mejor. —El orgullo me invade ante su bondad, su inteligente forma de pensar. Por supuesto que buscaría una solución. Por supuesto que no dejaría las cosas como están, sino que buscaría mejorar las leyes por el bien de los cambiaformas de todo el mundo.

—Lo prometo —digo.

Atlas sonríe débilmente y abre la boca para decir algo más, pero algo le detiene.

Se queda callado como una tumba. —¿Qué? —pregunto, alarmada por el repentino cambio en su comportamiento.

Atlas no contesta porque justo en ese momento empiezan a sonar las alarmas.

La totalidad del castillo de cristal se ilumina con luz roja mientras una campana chilla en un tono estridente en lo alto. —¡Vístete! —ladra.

Me pongo en acción, hago lo que me ha dicho y me saco el tanga negro de entre las sábanas. Me ayuda con la camisa y me la pone por encima de la cabeza.

—¿Qué está pasando? —Exijo mientras me visto—. ¿Qué pasa con Bash?

Me llevo la mano al corazón como si sintiera el vínculo que me une a mi hijo y que se rompería si algo, Dios no lo quiera, le ocurriera. Atlas maldice y parece mantener una conversación mental con uno de los miembros de su manada mientras se pone los pantalones.

—¡Está bien! —dice un momento después, tratando de arrastrarme con él—. Han llevado a todos los niños al lugar seguro.

—¿Qué es eso?

—Te lo explicaré por el camino. Por ahora vamos... —Pero por mucho que Atlas tire de mi brazo, no me muevo.

No puedo. Estoy congelada en mi sitio. No puedo creer lo que ven mis ojos.

No me extraña que esos volcanes parecieran raros antes.

—¿Nova?

—¿No lo ves? —pregunto, mirando por las puertas del balcón, cada palabra pronunciada más débil que la anterior.

—¿Qué estás...? —Atlas finalmente mira. Por fin *ve*.

A continuación, abre las puertas de doble cristal. Estoy justo detrás de él.

Entonces nos quedamos los dos de pie, con una mezcla de asombro y horror ante lo que estamos presenciando. Mi larga melena ondea al viento y me golpea la cara.

¿Por qué la corriente es tan fuerte ahora?

Puede que tenga algo que ver con los cinco enormes dragones que vuelan hacia nosotros en columna. Atlas y yo intercambiamos una mirada.

Ahora sabemos qué había en todos esos volcanes inexplorados agrupados todo este tiempo.

Dragones.

52

—•—

Nova

Los dragones vuelan en perfecta formación, cada batir de sus poderosas alas escamadas es fuerte y exigente. Uno al lado del otro, con suficiente espacio entre ellos para la envergadura de cada uno, vuelan en columna desde los volcanes hasta Ciudad Plateada.

Y con ellos se eleva nuestra inminente perdición.

Pronto otros se unen al rey y a mí en el balcón. Algunos alfas han llegado para la reunión, pero no todos. No los suficientes para la pelea que está a punto de estallar.

Incluso uno de estos dragones habría significado nuestra muerte segura. ¿Pero cinco?

Va a ser una derrota clara, eso seguro. Ya sé que no tenemos ninguna posibilidad.

Los alfas se pelean y discuten temerosos, nerviosos. No comparto ninguno de sus sentimientos de inquietud. Sólo hay una ira clara y cortante. Estas son las criaturas que mataron a mi madre.

Y ahora, por fin, tengo los ojos puestos en ellos. A veces, la única forma que tenía de dormir en los días transcurridos desde la muerte de mi madre era imaginar todas las formas en que podría vengarme de estas mismas criaturas.

Ahora es mi oportunidad.

Me concentro con expectación en cada uno de sus movimientos mientras se elevan sobre la arena roja.

Puedo oler el agrio y amargo aroma del miedo que desprenden los cambiaformas que me rodean. Pero todo lo que quiero es venganza.

Incluso lo llamaré justicia para sentirme mejor al respecto.

Uno de los dragones suelta un grito estrepitoso al cielo mientras se acerca al suelo. Verlos me recuerda las últimas palabras que me dijo mi madre. Estaba borracha en aquel momento, pero fue algo extraño lo que dijo.

Algo sobre volar en el cielo...

Pero ahora, gracias a los dragones, está muerta. Las puntas de mi pelo se incendian mientras mi temperamento se enciende.

La mano de Atlas me agarra posesivamente por la nuca mientras los dragones descienden. Sisea cuando toca la ardiente temperatura de mi piel.

El aterrizaje del dragón hace que la arena y el polvo se levanten y nublen la zona alrededor de sus pies. Con ellos llega el olor del fuego, como algo calmante y destructivo a la vez.

Se me eriza el vello de la nuca. Los cinco han aterrizado perfectamente en su columna justo antes de la frontera con Ciudad Plateada. Podemos verlos claramente desde esta altura del castillo de cristal.

Sus alas se pliegan a su lado.

Quiero matarlos, gruño en mi vínculo con Atlas, con los puños cerrados y los pelos de punta.

Lo sé, canturrea pacientemente. *Pero, ¿qué crees que nos pasará a los demás si lo intentas? ¿O mejor aún, si consigues matar al menos a uno de ellos?*

No me importa responder, adivinando a dónde quiere llegar con esto. También es algo que no quiero oír, pero quizá lo necesite.

Quizá por eso lo dice mi compañero.

Los feroces ojos rojos de Atlas están clavados en los dragones. Sin embargo, no están haciendo nada. No invaden, ni siquiera intentan cruzar la frontera. Sus cuellos se estremecen.

Verlos me hace enrojecer. Dentro de mí se cuece un infierno furioso.

Trato de concentrarme en Atlas. En mi rey. Lo que dice es cierto. Buscar pelea con los dragones sería egoísta.

Por mucho que quiera hacerles pagar, eso no sería lo mejor para Bash ni para Ciudad Cambiaformas. Y con nuestro vínculo recién consolidado, tengo que empezar a pensar como una reina.

—¿Cuáles son sus órdenes, mi rey? —pregunta uno de los alfas a la derecha de Atlas.

No tienen ni idea de lo cerca que estuvieron de quemarse y quedar atrapados en las secuelas de mi maldición.

Abajo, en el nivel del suelo, los miembros de la Fuerza se arremolinan como hormigas frenéticas. Están reforzando nuestras defensas. Se están preparando para la guerra.

Uno de los dragones suelta una bocanada de humo por la nariz. Una advertencia.

Pero Atlas sigue sin transformarse. No de inmediato. Primero me pasa la yema del pulgar por la clavícula y me susurra al oído.

—Tu control está mejorando mucho.

Sus elogios hacen que un rubor se extienda por mis mejillas.

—¿Qué va a ser? —pregunto, sabiendo ya la respuesta.

Atlas es mucho más capaz como rey de lo que él mismo cree. Gracias a su rapidez mental, todos los niños y ancianos de Ciudad Cambiaformas están en un búnker seguro especialmente diseñado por él. Confío más que de sobra en mi compañero para tomar esta decisión.

Atlas levanta la barbilla. No lleva corona ni camisa, pero eso no cambia el hecho de que parece un rey.

Está en su comportamiento, en su energía.

Tiene un aire de mando frente a estas cinco enormes bestias. De cerca son aún más monstruosas. Sus cuernos y colas con púas. Esos dientes alargados. El fuego que avivan en sus vientres en todo momento.

Casi puedo sentirlo.

Pero no han atacado, y eso ya es algo, dice Atlas a través de nuestro vínculo. Asiento con la cabeza.

—Mostramos la bandera blanca —ordena Atlas.

Los cambiaformas que nos rodean no reaccionan. Los alfas sólo asienten con la cabeza.

Creo que todos sabemos que esta es una lucha que no podemos ganar, y si podemos evitar una pelea con seres alados que respiran fuego, eso es lo que deberíamos hacer. La decisión de Atlas es sabia y acertada.

Ahora sólo tenemos que ver cómo se desarrolla.

Sólo unos instantes después, Atlas me sujeta por la cintura contra su pecho mientras todos observamos cómo un equipo de cuatro miembros de la Fuerza abandona Ciudad Cambiaformas, portando el emblema real estándar.

Estos son nuestros mejores hombres, me han dicho. Todos los cambiaformas tienen a sus bestias cerca. Puedo verlo por la forma en que brillan sus ojos. Dejan un rastro de huellas en la arena roja mientras caminan como una unidad hacia los dragones alineados.

¿Por qué parece que los dragones están esperando algo?

O a alguien.

Cuando la puerta se abre para dejar salir al equipo de la Fuerza, los dragones sacan la lengua con desagrado. Se les escapan más bocanadas de humo furioso.

Parece como si los dragones se burlaran de los miembros de la Fuerza, diciéndoles que se acerquen.

Todos contenemos la respiración desde el balcón mientras los valientes graduados de la Academia llegan a la mitad del espacio vacío que separa a los dragones de la frontera de la capital y luego izan una única bandera blanca en el aire.

Tregua.

Durante un largo rato, no ocurre nada. Los miembros de la Fuerza agitan de nuevo la bandera blanca, la tela azota contra sus brazos.

Los dragones ladean la cabeza como confundidos.

Observo todo lo que ocurre a continuación como a cámara lenta.

Veo cómo todos aprendemos el error que cometimos al subestimar a los dragones.

Los miembros de la Fuerza se giran todos al mismo tiempo. Es casi como si estuvieran comprobando con nosotros si ya pueden salir de allí, si se han jugado la vida el tiempo suficiente.

Sus ojos están llenos de pánico.

Cada uno de ellos parece completamente aterrorizado. La tensión se estira tanto que es como si pudiera sentir cuando se desgarra, como si pudiera sentir lo malo que está a punto de suceder incluso antes de que suceda.

Cinco pares de ojos rasgados nos devuelven el parpadeo. Una vez. Dos veces.

Estoy a punto de insistir ante Atlas para que los llame a todos. La bandera blanca gira una vez más, pero el movimiento parece un accidente.

Hay un destello de dientes largos y afilados. Luego estalla un fuego brillante y mortal.

Los miembros de la Fuerza gritan con fuerza, pero incluso eso queda ahogado por los rugientes gritos de guerra de los dragones. Nunca olvidaré ese sonido. Es uno que ha sido demasiado común en mis pesadillas.

El sonido de los moribundos. Las llamas de las criaturas que escupen fuego envuelven por completo a los cambiaformas.

Entonces no queda nada de esa bandera blanca de la paz.

Nada más que cenizas.

Y los dragones... queman enteros a nuestros hombres.

53

—•—

Nova

Los dragones nos atacan.

Su fuego es tan letal como el mío, sólo que son cinco.

Son gigantes. Más grandes que el castillo de cristal.

Y sus llamas nos abrasan.

—¡Cúbranse! —Atlas brama.

Sólo tenemos unos instantes para apartarnos de un salto. Una explosión estalla a nuestras espaldas, en el lugar donde estábamos. Los dragones han lanzado sus llamas contra nosotros. Fuego y escombros por todas partes.

Y entonces el balcón desaparece.

De alguna manera, me separo de Atlas. Entonces caigo en caída libre con la banda sonora de dragones rugiendo. El mundo se vuelve negro como si la luz de sus llamas hubiera sumido al mundo en la oscuridad.

O tal vez me golpeé la cabeza más fuerte de lo que pensaba.

Hay gritos espeluznantes a mi alrededor. Sombras espeluznantes y persistentes que pasan por encima de mí.

Los dragones siguen aquí.

Debo de haberme caído en medio del pánico. Las imágenes destellan a través del negro que intenta colarse en mi visión.

Cambiaformas corriendo en llamas. Otros intentan invocar a sus bestias y fracasan debido a alguna herida. Pero nuestros números son muy pocos de todos modos.

Y somos más los que estamos cubiertos de hollín y no podemos levantarnos que los que luchamos activamente.

¿Cómo se lucha contra un enemigo al que no se puede alcanzar? ¿Cómo luchar contra un enemigo que domina los cielos?

Un dolor cegador me atraviesa la pierna izquierda. Mi vista se nubla cuando intento mirar hacia abajo. Estoy herida, pero no es el momento de evaluar los daños.

No es seguro. Todavía no, y puede que nunca más.

Me alegro de que Bash no estuviera con nosotros cuando esto pasó. Me alegro de que esté a salvo.

Otra sombra pasa por encima de mi cabeza. El rápido batir de las alas de los dragones mientras rugen es ensordecedor. Maldigo.

¿Dónde está Atlas?

¿Dónde está mi compañero?

Creo que oigo su voz. Me rodeo la pierna con los dedos e intento levantarme. Un sollozo se escapa entre mis dientes apretados. No

consigo levantarme.

Y estoy sola aquí, vulnerable. Supongo que debería alegrarme de que nadie más se haya quedado atrás, de que nadie más vaya a sufrir este destino; ser quemado vivo podría ser la peor forma de morir.

Mi cabeza da vueltas.

La oscuridad sigue en las esquinas de mi visión como un cazador esperando para abalanzarse sobre su presa. Pronto me alcanzará y no quedará más que oscuridad.

Puedo contar tres dragones sobre mi cabeza. Los tonos de sus escamas varían. Rojo, dorado, verde.

Todo el mundo huye. Tigres y serpientes pasan a mi lado, leones y osos se llevan a otros de la ciudad.

¿Dónde están los otros dos dragones?

Tengo que intentar salir de aquí. Me pongo en pie. O al menos lo intento. El aire está lleno de humo, pero aún puedo ver a los dragones. Están dando vueltas.

Los otros dos siguen en paradero desconocido. Pero no importa porque, pase lo que pase, no puedo levantarme.

Mierda.

—¡Por la reina! —brama una voz en el momento en que veo a los dragones desaparecidos.

Entonces no sé dónde mirar. A los tres dragones que se acercan para aterrizar o a los otros dos. A los que vienen de arriba, lanzándose como misiles desde el cielo.

Directos hacia mí.

Los cambiaformas chillan cuando uno de los dragones aterriza cerca. Uno rojo. Abre sus terribles fauces y hace llover destrucción.

Ciudad Cambiaformas está en llamas. El mundo está en llamas.

Sólo algunos de los guerreros se resisten a huir. Algunos vienen hacia mí. Los lobos corren a mi lado. La saliva cuelga de los afilados dientes del dragón carmesí mientras chilla su indignación.

Pero no estoy solo.

—¡A la reina! —vuelve a ordenar esa misma voz decidida.

Por un momento, cada uno de los cambiaformas que me rodean es un alfa.

El dragón carmesí balancea su cabeza entre nosotros. —¡Mi pierna! —Intento decírselo a los hombres, pero el rugido y el ruido del caos que nos rodea son demasiado fuertes. Los dragones de arriba están cada vez más cerca.

Otro aterriza. Hurga con la nariz en un montón de cenizas, pinchando los escombros con la punta del cuerno.

Son los montones de cadáveres de los cambiaformas que llevaron nuestra ofrenda de paz a los dragones. Aún recuerdo la expresión de sus caras cuando supieron que todo había terminado para ellos. Aún puedo oír sus gritos en mis oídos.

Todavía puedo oler su miedo como si su penetrante aroma estuviera permanentemente pegado a mis fosas nasales. Nunca lo olvidaré.

El dragón resopla ante los montones de cenizas, lanzando por los aires a los que una vez fueron hombres fuertes y valientes como si no fueran nada, insustanciales.

Todos los alfas que me rodean lo observan, y quizá su orgullo venza a su miedo. O tal vez, esos hombres que están muertos fueron sus hermanos, sus amigos alguna vez.

Y tal vez, sólo tal vez, estén lo suficientemente enfadados como para ser tontos. Todos los alfas que me rodean rugen desafiantes en la cara de los dragones.

El oso alfa se pone en pie y se golpea el pecho. —¿Qué queréis de nosotros? —brama. Su dominio amplifica su voz.

Los dragones responden con chillidos. Sus cuellos se erizan de indignación. Los otros también están casi sobre nosotros. No se detienen, no vacilan.

A mi alrededor, el mundo es un caos. Lloro en silencio porque no hay forma de salir de esto. Ni siquiera puedo levantarme.

Pero los alfas se niegan a dejarme, a dejar a su reina. Ahora moriremos todos juntos.

Y pensar que esta mañana fue uno de los momentos más felices de mi vida.

54

—•—

Nova

Los demás dragones aterrizan en una nube de humo y escombros que casi los hace desaparecer por unos instantes. Los alfas que montan guardia a mi alrededor se mantienen firmes, preparándose para la lucha.

Si tienen miedo, no lo demuestran. No se dejan llevar por sus emociones.

Hay mucho que podría aprender de los alfas de Ciudad Cambiaformas. Si salimos vivos de esta, claro.

Cuando reaparecen, los dragones están en la misma línea en la que estaban cuando no eran más que figuras distantes en el horizonte encima de sus volcanes. Ese grupo de volcanes debe ser su base de operaciones. No es de extrañar que nadie se pasee por allí.

Sólo el instinto mantendría a cualquier criatura sobrenatural alejada de las tierras de los dragones. Ahora, las monstruosas criaturas están muy cerca de nosotros.

Mis dedos se clavan en la tierra carbonizada. Los dragones avanzan como uno solo.

Sus cabezas serpentean bajas hasta el suelo mientras mantienen su columna. El humo se filtra un poco a su alrededor. Hace que sus imágenes vacilen, pero nunca desaparecen.

Incluso con la vista ennegrecida por lo que sea que me ocurrió cuando me atacaron por primera vez, intento mirar detenidamente a los cambiaformas que me rodean. Los alfas que han arriesgado voluntariamente sus vidas para protegerme.

Es muy probable que sus caras sean las últimas que vea.

Los dragones parecen absorber el sonido de la zona. Lo que una vez fue Ciudad Plateada ahora no es más que escombros.

El castillo está destrozado. La capital está destrozada. Y todos nosotros somos los siguientes. Esas cabezas de serpiente se inclinan hacia nuestro pequeño grupo. Casi me desmayo de la agonía, pero logro ponerme de pie.

Si voy a morir, lo haré de pie. Voy a luchar.

Defiéndete, me dice Aylin. Rezo en silencio para que esté bien y a salvo, y luego decido hacer exactamente lo que me ha ordenado.

Los dragones retumban siniestramente mientras sus bocas se abren lentamente. Veo bolas de fuego formándose en la base de sus gargantas.

Los cambiaformas que me rodean susurran plegarias. Ya están ensangrentados y heridos. Puedo oler su miedo, su tristeza de que este sea su último día de vida.

Aun así, se mantienen firmes.

Y entonces cometo el error de encontrarme con los ojos de uno de los dragones.

No sé lo que esperaba. ¿Que fueran máquinas de matar sin sentido? ¿Bestias sin alma? Pero no es así en absoluto. Esos ojos rasgados se clavan en los míos, tan verdes como la hierba fresca. Sus escamas combinan con ellos.

No sé cómo sé que es un dragón macho. Es como si pudiera sentirlo.

Y en esa mirada hay una inteligencia inconfundible. Esos etéreos ojos verdes se abren de par en par, y entonces ocurre algo extraño.

En lugar de borrarme de la existencia con su fuego, la boca del dragón se cierra. Puedo oír literalmente el chasquido de esos dientes como cuchillas al chasquear.

El fuego de los otros cuatro dragones empieza a salir de sus bocas en forma de embudo.

El dragón verde pellizca la piel del dragón más cercano para llamar su atención.

Frunzo el ceño. ¿Qué está pasando? ¿Por qué no nos atacan?

Antes de que los dragones puedan empezar a comunicarse, un rugido rasga el aire.

Todo el mundo se queda quieto.

Suena como si un monstruo se hubiera liberado de su jaula.

Hay un borrón oscuro, y entonces él está allí. No es un monstruo en absoluto. Es un héroe.

Atlas.

Se detiene entre nosotros y los dragones, sus ojos rojos brillan con luz intensa. Entonces sólo queda él enfrentándose a cinco dragones.

Un rey y una lucha imposible.

Los dragones sisean ante su repentina aparición.

Mi compañero está en su forma de lobo. Pero es el otro lobo. El lobo que nunca deja salir. El lobo que mantiene encerrado, el mismo que desbloqueó la noche que fue coronado rey.

Y hay una razón por la que llaman a este lobo el alfa de los alfas.

Es más grande que cualquier otro cambiaformas que haya visto. Exuda poder y dominación.

Incluso los dragones se detienen, presintiendo su presencia. Atlas hincha el pecho, levanta la barbilla y ruge a los dragones desafiándolos.

Algo más sale con él, no sólo sonido sino *mando*. Es como si una mano invisible hiciera retroceder a los dragones varios metros. El poder puro que debe tomar para hacer eso está más allá de mí.

Gritan de indignación.

Atlas se da la vuelta y corre hacia nosotros.

Ha venido por mí. Creo que nunca he estado más feliz de ver a alguien en mi vida. Me depositan en el enorme lomo de lobo de mi compañero. Y entonces todos corremos.

No sé a dónde vamos todos, si los alfas que corren con nosotros lo saben siquiera. Simplemente huimos todos juntos.

El poder de Atlas sólo puede regalarnos un poco de tiempo.

Me aferro a su oscuro pelaje mientras se me saltan las lágrimas.

Pero cuando me atrevo a mirar atrás, los dragones no nos siguen.

No están atacando.

Todos están simplemente observando a una persona como halcones.

A mí.

55

—•—

Nova

La casa segura que creó Atlas lo es.

Está ubicada justo debajo de su castillo. Al parecer, fue el único añadido que hizo a la propiedad.

Estar dentro del búnker hace que me vuelva a sorprender de lo inteligente que es realmente mi compañero. Puede que sea el hombre más inteligente que he conocido. Pensó en todo. Cosas que yo nunca habría pensado.

Pero los dragones no nos siguen de todos modos.

La sala en la que nos reunimos ahora no es tan lujosa ni bonita como las últimas cámaras del Consejo en las que se reunían los alfas. Pero es privada, y eso es lo que importa.

Además, esa vieja cámara del Consejo probablemente ya esté quemada hasta los cimientos.

Me siento con la pierna vendada mientras los alfas se agolpan alrededor de Atlas. Él lleva su corona. Yo aún llevo su camisa, pero

me obligó a ponerme pantalones en cuanto llegué.

Típico, lo sé. Pero también sé que no es el momento de discutir con él.

Los alfas están todos tensos. Intenté excusarme cuando empezó esta reunión, pero Atlas me detuvo.

Eres la reina, dijo con decisión desde nuestro vínculo. *Deberías estar a mi lado.*

Intenté ignorar lo que su declaración me hacía sentir, pero fracasé.

Atlas se sienta a la cabecera de una mesa de madera y los alfas que le rodean acercan sus sillas a él. Es como si creyeran que la proximidad hará que los escuche.

Lo cual puedo atestiguar que no es cierto porque estoy sentada en el regazo de ese hombre y no me está escuchando.

—Está claro que no están dispuestos a hablar —murmura un alfa.

Otro gruñe molesto como respuesta. —Bueno, ¿qué te dio esa idea? ¿Fue, no sé, el hecho de que quemaran enteros a nuestros hombres?

Se enseñan los dientes. Pongo los ojos en blanco. Aquí solo hay alfas, pero te juro que a veces se comportan como bebés de gran tamaño.

—Ha habido bajas importantes —comenta alguien.

—¿Estamos a salvo aquí? —chirría otro macho, mirando nervioso a los techos y paredes como si fueran a derrumbarse sobre nosotros y dejarnos a merced a los dragones que nos esperan en la superficie.

—Si los dragones quisieran achicharrarnos, ya lo habrían hecho —responde Atlas con calma.

—No sabemos su número.

—No sabemos nada de ellos.

—¿Qué quieren?

Aprieto los dientes. Hay demasiadas voces hablando a la vez. Todo el mundo tiene una opinión.

Atlas suspira y me acerca una mano a la cintura. —Ves, ése es el problema —dice—. No lo sabemos.

Ese simple comentario desata toda una nueva discusión. Pero no es sólo ese dato desconocido lo que inquieta a los alfas. Es toda la información que desconocemos.

Se supone que debemos decidir nuestro próximo movimiento. Pero, ¿cómo decidir tu próximo movimiento cuando ni siquiera conoces todos los hechos?

Algo me dice que son las cosas que no sabemos las claves para resolverlo todo.

Al final llega un mensajero que interrumpe la reunión y susurra algo al oído de Atlas.

Los ojos rubí de mi compañero se oscurecen. El mensajero se marcha y todos miran a Atlas expectantes.

Se aclara la garganta. —Llamé a todos los alfa a armarse para la batalla. Acabo de recibir un recuento de cuántos hombres sanos tenemos disponibles para luchar... —Hace una pausa. Algunos de los alfas alrededor de la mesa se estremecen.

—¿Y? —pregunto finalmente, incapaz de aguantar más el suspense.

Atlas se pasa una mano por la cara, cansado. —Más alfas se han visto afectados por el ataque. Más que nunca.

Esa es la única respuesta. La cantidad de hombres que tenemos no es suficiente.

Estalla la conversación.

Mi compañero y yo intercambiamos una mirada de preocupación. El vínculo entre nosotros ya está totalmente abierto.

Puedo oír los pensamientos de Atlas, su incertidumbre sobre su papel como rey. Es algo que sabía que sentía antes, pero de algún modo, en mi ausencia y también desde que hemos vuelto a estar juntos, parece haberse dado cuenta de la verdad.

Esta Ciudad Cambiaformas tiene suerte de tenerlo como rey.

—¡Silencio! —ordena, y los alfas se callan—. Ya estoy harto de veros entrar en pánico. No procederemos con miedo o preocupación. Ésa no es nuestra forma de actuar —sentencia, y sus ojos brillan como relámpagos.

Algunos de los alfas tienen el sentido común de mirar avergonzados a su rey. —Hemos estado viviendo a lo grande, disfrutando de nuestra existencia aquí en Ciudad Cambiaformas sin conflictos ni problemas. Viviendo una vida fácil. —Atlas levanta un dedo—. Pero no lo olvidemos. No fuimos llamados a este mundo para vivir la buena vida. Fuimos llamados por los dioses que nos trajeron aquí con un propósito.

Varios de los alfas reunidos asienten con la cabeza.

Atlas los nivela a todos con la mirada de la autoridad. —No nos acobardaremos ante nuestros enemigos. —No es tanto una declaración como una orden—. Entiendo vuestra preocupación —cede—. Pero estoy con vosotros. Una *reina* está con vosotros.

Me hierve la sangre al oír sus palabras, lo que acaba de declarar a todos los alfas más poderosos de Ciudad Cambiaformas.

Todos los ojos de la sala se vuelven hacia mí. Hago todo lo posible por no acobardarme, por no vacilar.

Me sienta digna o no, Atlas tiene razón. Esto está sucediendo. Y yo soy una reina.

—No permitiremos que caiga Ciudad Cambiaformas —jura Atlas. Hay algo en esas palabras que parece un juramento. Una promesa inquebrantable.

Sí, algunos dirán que la Ciudad Cambiaformas está destrozada. Que ya ha caído. Pero eso sería un error. La Ciudad Cambiaformas está en el corazón de su gente, en el alma misma de los cambiaformas.

Y la defenderemos con nuestras vidas.

—¿Qué debemos hacer entonces, mi rey? —pregunta la serpiente alfa Serge, y aunque odia a Atlas, su voz es tentativa.

Supongo que todos son sabios al acercarse a su rey con una buena dosis de miedo.

Atlas se lame los labios. —Quiero consultar a las videntes una vez más antes de tomar ninguna decisión. —Muchos de los hombres sentados alrededor de la mesa abren la boca para protestar, pero Atlas golpea la mesa con una mano, cortándoles el paso.

Está claro que ya está harto de sus payasadas.

—Y antes de que me digáis que no hablan —advierte—, id a buscarlas por mí como os estoy pidiendo. *Las haré* hablar.

El rojo de los ojos de mi compañero arde con fuerza, recordándonos a todos el lobo que ansía el control bajo su piel.

Entonces el rey se sienta en su asiento y espera a que sus hombres cumplan sus órdenes.

Y yo sigo estando donde pertenezco. Donde siempre he estado. A su lado.

56

—·—

Nova

Atlas está encima de mí.

Estamos esperando a que vengan las videntes. Todos menos un par de alfas han salido de la sala del Consejo.

Supongo que las videntes se tomarán su tiempo para responder a la citación.

Mi compañero y yo no estamos solos, pero a Atlas no parece importarle quién vea sus manos revolotear por cada centímetro de mí, atento a la gasa que envuelve mi pierna izquierda. Ya está cicatrizando, pero es lo bastante profunda como para que, aunque la piel cicatrice por fuera, me siga doliendo durante un tiempo. Como una herida fantasma, seguiré sintiendo la herida incluso cuando haya desaparecido.

La barbilla de Atlas se apoya en mi cabeza y sus inquietas manos por fin se detienen.

Justo alrededor de mi garganta.

¿Me estás ahogando?, Me río en su mente, adorando el sonido de mi propia voz resonando en nuestro vínculo. Es el tono despreocupado que he reservado solo para él.

Sólo para mi compañero.

No puedo evitar que mi mano esté ahí, responde.

Pongo los ojos en blanco. Los dedos de Atlas me vuelven loca jugando con la carne sensible alrededor de mi garganta, bailando sobre la piel. Es peor que si me hiciera cosquillas con las manos.

También son increíblemente excitantes.

Si me vuelves a poner los ojos en blanco, te doblaré aquí mismo, ahora mismo, y...

Vale, vale, digo rápidamente antes de que pueda decir algo que haga que el aroma de mi deseo se derrame por la habitación con demasiada fuerza como para que nadie pueda ignorarlo.

Atlas se ríe con suficiencia.

¿Recuerdas que dijiste que harías *hablar a las videntes?,* pregunto con timidez.

Los dedos de Atlas se cierran y se abren alrededor de mi garganta. Sonrío para mis adentros. Ese hombre tiene que estar tocándome en todo momento.

¿Sí, mi reina?

Bueno, digo yo, *¿cómo piensas hacerlo exactamente?*

Atlas me besa el pliegue del cuello, sus labios suaves y calientes. *Eso lo sabré yo y lo sabrás tú*.

Me río. Me sale tan fácilmente incluso en estos momentos de angustia, incluso con la piel todavía manchada y chamuscada por los restos de haber sobrevivido al fuego del dragón. Tal vez eso es lo que te hace encontrar a tu pareja.

Te permite volver a tener esperanza.

Aunque todo estalle a mi alrededor, aunque se acabe el mundo tal y como lo conocemos, sé que todo irá bien porque tengo a Atlas, y tengo al maravilloso hijo con el que me bendijo.

Y sabiendo eso, tengo paz.

La puerta traquetea. Parece que las videntes por fin se han dignado honrarnos con su presencia.

Pero antes de que puedan entrar, me doy la vuelta y planto mis manos sobre el pecho de Atlas. Mis labios aplastan los suyos. Ni siquiera lo cuestiona, y desde luego no se queja. Sus dedos se clavan en mi pelo, me acercan y profundizan el beso.

Nuestros labios y lenguas se funden. Sinceramente, me derrite por dentro. Me besa tan... apasionadamente, incluso en una habitación llena de gente. Me quiere a su lado. Quiere que el mundo sepa que soy suya.

Y eso me gusta. Me gusta mucho.

Cuando nos separamos, las videntes están de pie en la sala, una al lado de la otra. Sus pesados mantos ondean en el suelo a sus pies y sus capuchas ocultan sus rostros supuestamente grotescos.

Todos los demás alfas vuelven a entrar en la sala y se cruzan de brazos, apoyándose en la puerta como si pensaran que las videntes van a salir corriendo.

Pero Atlas me mira fijamente. —¿A qué ha venido eso? —me pregunta, aún sin aliento por nuestro beso.

Mi compañero siempre me guiña el ojo, así que lo hago yo para variar.

—Más tarde —ronroneo en voz alta.

Atlas prácticamente me tira de encima en su prisa por acabar con esto ya. Es difícil no reírse. Se me escapa una risita mientras junta las manos.

—Es hora de poner esto en marcha —murmura.

Necesito leer la sala la próxima vez que haga algo así. Esta es una reunión seria.

Pero hay algo en el hecho de estar cerca de Atlas que me hace sumergirme en una energía juguetona y sonreír mucho más de lo que estoy acostumbrada.

Todas las videntes se revuelven en sus túnicas. Cruzo las piernas lo mejor que puedo con la que tengo herida y vuelvo a sentarme en la silla de Atlas. Esta vez la ocupo sola.

Mi rey merodea ante las ancianas.

Sólo tres de ellas se molestaron en responder a su llamada. Hay algo en ellas que me inquieta. Es como si supieran mucho más de lo que dicen.

—¿Y bien? —pregunta Atlas, su profunda voz resuena en la silenciosa habitación.

Hay mucho silencio aquí. Muchas mandíbulas apretadas y venas de la frente abultadas por todas partes.

La más alta de las videntes inclina profundamente la cabeza. —Puedes hacernos tus preguntas, Asesino —entona con su voz resonante y omnisciente.

Atlas sisea al oír el apodo. Contengo la respiración mientras se esfuerza por recuperar la compostura.

Asesino o no, liberaste al mundo de un gran mal, le recuerdo por nuestro vínculo. No dejaré que estas viejas gruñonas hablen mal de él, no importa quiénes sean.

Atlas asiente en silencio a mis palabras. Pero parecen ayudarle. La creciente ola de su dominio disminuye, pero no desaparece de nuestro alrededor.

Sus ojos son duros mientras se fijan en el misterioso rostro de la vidente. —Me hablarás de la profecía, sabia... —Los dientes de Atlas centellean peligrosamente—. ¿Verdad?

Las cabezas de las videntes se inclinan todas a la derecha como una sola. Me estremezco. Siempre odio cuando hacen eso.

—¿Qué hay que contar? —Hablan simultáneamente, sus palabras se deslizan por la habitación atrozmente—. Si no vuelven, nunca estarás completo.

Todos los alfas de la sala miran a Atlas, que me mira a mí.

Y todo lo que puedo hacer es encogerme de hombros sin remedio porque eso era lo más oscuro que podía ser.

Atlas gruñe de frustración y da un paso amenazador hacia la fila de videntes. Son tan insensibles como una roca. Apenas se mueven.

—Sí, pero ¿qué dicen los Dioses? —implora Atlas.

Todas las videntes echan la cabeza hacia atrás y ríen la misma carcajada espeluznante. —¿Los Dioses? —ronronean.

El pavor empieza a crecer en lo más profundo de mí antes de que puedan terminar su pensamiento. Y crece.

Y se construye.

Siento que todo el mundo contiene la respiración. Las videntes por fin dejan de reír y ladean la cabeza como muñecas rotas.

Luego susurran: —Los Dioses dicen que nos demos prisa.

57

—•—

Nova

—Y las plagas sólo se romperán cuando los cambiaformas se recuperen —recita Alfa Serge.

Atlas frunce el ceño profundamente. —Sí, eso es definitivamente de la profecía.

—¿Pero qué significa?

Tras leer juntos la profecía, todos estuvimos de acuerdo en que la advertencia de las videntes procedía de la última línea de la misma. Pero lo que significa es un monstruo totalmente distinto, un caballo de otra raza, cómo dirían algunos.

Yo no lo entiendo. Pero nadie más lo hace tampoco.

En resumen, estamos jodidos.

Puedo decir que otra discusión está a punto de estallar. Las videntes no dijeron nada más antes de irse, y creo que todos los alfas están nerviosos.

Con tantos de ellos en una habitación, puedo sentir su dominio luchando, puedo sentir la proximidad de sus bestias a la superficie. Si se pone feo, tendremos otra situación en nuestras manos.

Y no de las buenas.

De todos modos, ya tenemos bastantes problemas. Atlas me ha informado de que nuestros centinelas informan de que los dragones se han retirado más allá de nuestras fronteras, pero todavía están acampados. Perdidos en los cielos. Observándonos.

Es casi como si estuvieran esperando algo. O como adiviné antes, a alguien.

Los cinco alfas se miran como esperando a ver quién estalla primero. Todos se están conteniendo por cómo reaccionó Atlas antes, pero ya viene. El silencio en esta improvisada sala del Consejo es pesado. Pesado por las palabras que quieren decir, por el pánico que quieren desatar.

Todos actúan como si estuviéramos condenados. Tal vez tengan razón y lo estemos, pero aún así.

No creo que pueda aguantar ni un segundo más. Me levanto y cojeo. Me duele la pierna y levanto los brazos. —¿Por qué no intentamos hablar con ellos? —suelto. Como si fuera tan sencillo.

He roto la tensión, pero sin duda ha sido un error decirlo.

Todos los alfas me miran como si estuviera loca.

—Son bestias descerebradasssss —sisea Serge, apartando a un lado a sus compañeros alfas para dar un paso al frente y mirarme con esos ojos rasgados y siempre en movimiento—. ¿Y tú quieres hablar con ellos? —Cuanto más se enfada el alfa serpiente, más se le nota la bestia en la voz.

Estoy segura de que va a perder el control y transformarse aquí y ahora.

Atlas gruñe en señal de advertencia. Serge se limita a mirarme por encima del hombro y chasquear la lengua, murmurando algo ininteligible en voz baja. Puede que odie a Atlas y que yo le caiga mal por defecto. Pero me da igual.

Arqueo una ceja. —¿Estamos tan seguros de eso?

No hay ninguna prueba de mis palabras, ninguna evidencia de que no sean en realidad bestias asesinas descerebradas. Y sin embargo...

Algunos de los alfas resoplan con desagrado, pero yo miré a los ojos de esos dragones. Como si realmente viera dentro de ellos. Los ojos son las ventanas del alma, ¿verdad?

Bueno, había algo allí.

Lo sé.

El cambiaformas león se burla. —Qué idea más tonta... —empieza a decir.

Atlas, que ha permanecido en silencio hasta ahora, confiando en que yo me ocuparía de lo mío, carraspea bruscamente, y los ojos del león alfa se abren de par en par.

Dioses, aquí vamos de nuevo.

Los ojos de Atlas brillan y se acerca a mí casi despreocupadamente. Se quita la corona de la cabeza y la coloca directamente sobre la mía, mirando a los ojos a cada uno de los alfas.

Puntualmente.

Todos parecen captar el mensaje alto y claro, cierran la boca y agachan la cabeza en señal de sumisión.

La corona de obsidiana es más pesada de lo que pensé que sería. Pero algo en ella se siente... ...no lo sé. No lo sé.

Esa es una forma de dejar claro tu punto de vista, digo en voz baja nuestro vínculo. Atlas se limita a sonreírme.

En voz alta, dice pacientemente: —No podemos hablar con ellos, cariño. No hablan inglés.

Cruzo los brazos, no sé si me gusta que me traten con condescendencia. Levanto las cejas. —Entonces, ¿qué hablan los dragones?

Atlas abre la boca para responder y luego hace una pausa. Piensa para sí mismo, parece buscar la información en su vasta y bien informada mente. Pero, por una vez, mi compañero se queda en blanco.

Parece perplejo. ¿Cómo no nos habíamos planteado esto antes? Miro junto a los otros alfas en busca de la respuesta a mi pregunta.

Todos parecen igual de perplejos que su rey. Ninguno de ellos lo sabe tampoco.

Atlas se frota la mandíbula distraídamente. Es tan sexy cuando está sumido en sus pensamientos. Solo quiero mirar a mi compañero todo el día.

¿Y la forma en que se ha hecho cargo? Así. Caliente.

—No lo sé —refunfuña como si le molestara encontrar algo que no sabe. No creo que Atlas esté acostumbrado a no tener todas las respuestas—. En realidad es una buena pregunta —reflexiona.

—Entonces ahí tienes. Empezamos por ahí —digo con firmeza. Es tan buena opción para empezar como cualquier otra.

Todos los alfas nos miran a Atlas y a mí. No quiero ver la esperanza que brilla en sus ojos, pero la veo, sólo un atisbo. No puedo perdérmelo.

Era más fácil antes de verlo.

Ahora tengo a toda esta gente contando conmigo. Confían en nosotros como su rey y su reina. No quiero fallarles, no quiero darles una razón para que esa esperanza se extinga.

No puedo fallarles.

—Si podemos comunicarnos con los dragones, quizá encontremos una salida —digo con terquedad. Puede que sea una ilusión, pero es mejor que nada.

Atlas asiente. —Tendré que investigar más —dice.

Algunos de los alfas parecen desinflarse visiblemente de alivio. Creo que tener un plan ayuda a calmar los nervios de todos. Todos los cambiaformas asienten y Atlas cierra la reunión.

Nos quedamos juntos, viéndolos partir.

Es entonces cuando la voz de Atlas suena en mi mente, suave como el terciopelo.

Ahora a por lo que me prometiste, ronronea mi compañero, que nunca olvida.

58

—•—

Nova

Un libro vuela por el aire y aterriza en mi regazo.

—¡Eh! —le digo a Atlas desde el otro lado de la habitación—. ¿Me acabas de tirar un libro?

—¿Ya es más tarde? —me grita.

Pongo los ojos en blanco. —¡Qué! —grita—. Dijiste más tarde.

—Primero la investigación —respondo con una sonrisa socarrona.

Atlas gime.

Hago caso omiso de su impaciencia y hojeo las páginas del grueso libro negro que tengo en la mano. Cuanto antes acabe con esto, antes volveré a sentirlo contra mí. Dentro de mí.

Está investigando sobre dragones, pero el problema es que no muchos volúmenes se consideraron lo bastante importantes como para guardarlos en este búnker de emergencia. Y no hay forma de

saber si la biblioteca de Ciudad Cambiaformas fue destruida por los dragones.

No a menos que vayamos allí.

Y decidimos que en realidad no tiene sentido arriesgar el viaje porque Atlas ha leído todos los libros de esa biblioteca, y en nuestros textos no hay nada sobre dragones.

Absolutamente nada. Lo que me dice una cosa. Los dragones son viejos como el infierno.

Nada en estos libros nos ayudará.

—Quizá no encontremos nada porque todo el mundo creía que los dragones eran un mito —me quejo, soltando un suspiro y haciéndome volar el pelo por la cara.

Atlas frunce el ceño. —Tal vez —refunfuña.

Le observo durante un rato, la forma en que su pelo plateado se curva sobre su frente, cómo cruje el cuello de vez en cuando, cómo parpadea el músculo de su mandíbula.

Bash ronca suavemente detrás de él en la cama. Atlas está sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el colchón.

He decidido que ya puedo morir feliz. Ver a mis dos chicos juntos es más de lo que jamás podría haber esperado. Cruzo la habitación y me acomodo en el regazo de Atlas. Me abraza y deja su libro a un lado sin miramientos.

La sonrisa más tierna se apodera de su rostro, lleno de tanta calidez y amor.

Aún no ha dicho las palabras. Pero casi no tiene que hacerlo.

Casi.

Y hay algo tan emocionante en que el frío y duro rey alfa sea tan amable, aunque sólo sea conmigo.

—Quiero ver tus inventos —digo mientras mis dedos juegan con la barba incipiente de su definida mandíbula.

—¿Y tú? —Me hace un gesto con la cabeza—. ¿Estás de humor para que te duerman?

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

Arruga los ojos mientras se rasca la nuca. —Bueno, es que todo es un poco friki. Y aburrido... —Se queda inseguro.

Resoplo. —Pruébame.

Atlas se ríe entre dientes. —Si insistes. —Menea la cabeza como si mi petición le hubiera pillado por sorpresa.

Sonrío y le rodeo el cuello con las manos. —Quiero saberlo todo sobre ti —le digo.

Es todo lo que quiero, de verdad. Eso y que todos estemos a salvo.

Mi compañero se inclina para besarme. Pero un pensamiento parece pasar por su cabeza y lo detiene a mitad de camino.

Frunzo el ceño y acorto la distancia, murmurando contra sus labios: —¿Qué pasa, cariño? —Mis pestañas suben y bajan, haciéndole cosquillas en sus pómulos altos y definidos.

El calor inunda su mirada durante una fracción de segundo. Atlas parpadea. —Tengo una idea —dice.

El búnker de emergencia en el que nos alojamos está bajo tierra. Atlas dijo que aprendió de su lobo que, por alguna razón, los cambiaformas son más poderosos cuando están en conexión directa con el suelo.

Me lleva a una habitación que es bastante sencilla, sinceramente. Excepto por la mesa de trabajo del centro. Está llena de artilugios geniales hechos de todo tipo de materiales.

Mis dedos flotan sobre todas ellas con asombro. —¿Tú hiciste todo esto?

Atlas gruñe en señal de reconocimiento, observándome tímidamente mientras me deja conocer otra faceta suya. El lado empollón. Encuentro su cuaderno y Atlas gime. —No, no mires eso... —Pero no puede detenerme.

No puedo detenerme. Cualquier información que pueda conseguir sobre quién es mi compañero, la tomaré. Sus notas son detalladas y precisas. Hablo de páginas y páginas de revelaciones e invenciones, todas escritas con la misma letra pulcra y concisa.

Sacudo la cabeza y miro con pesar a mi compañero mientras dejo por fin el cuaderno en el suelo. —¿Qué? —me pregunta rodeándome el cuello con un brazo y atrayéndome contra su pecho.

—Nada —bromeo—. Es que no sabía que fueras tan empollón.

Atlas pone los ojos en blanco. —Oh, da igual. Te gusta —dice.

Y no digo nada. Porque me gusta, muchas gracias. Me gusta todo de él.

Tras recoger dos objetos, nos dirigimos a la superficie. Atlas tiene dos inventos en su mochila y mi mano agarrada a la suya.

—Tengo una teoría —dice con cautela.

—¿Sobre los dragones?

—No, Nova —dice mi compañero con sarcasmo. Echo la cabeza hacia atrás y pongo los ojos en blanco—. Sí, sobre los dragones.

Paso alrededor de un sospechoso charco de líquido en la escalera excavada que Atlas ha construido en el suelo. Conduce al búnker. —¿Cuál es tu teoría? —pregunto.

Atlas me levanta sobre otro extraño estanque. Parte de su pelo plateado le cuelga en los ojos. —Los dragones son criaturas de fuego —empieza diciendo en voz baja—. Pero también son criaturas del cielo. Lo que significa que si son más poderosos en el cielo, entonces serían más débiles...

—En el suelo —termino.

Atlas asiente mientras sus largas piernas cubren fácilmente dos pasos a la vez. El aire es húmedo aquí abajo. Casi viciado.

Y por los Dioses, ¿qué hay en esos charquitos?

—Quizá por eso no han atacado aquí —dice Atlas.

Tal vez, pienso para mis adentros. *O tal vez es sólo cuestión de tiempo.*

No lo digo en voz alta. No quiero que Atlas se preocupe más de lo que ya está. Y sé que no debo sugerirle que me entregue para ver si eso apacigua la ira de los dragones.

Atlas nunca dejaría que eso pasara. Además, Aylin tenía razón cuando dijo que no sabemos si eso detendrá a los dragones. Me alegro de haberla investigado hoy temprano.

Pero ahora el mejor plan que tenemos es el de Atlas.

Me lleva de la mano al nivel de la superficie.

Finalmente, tras interminables escaleras, llegamos a una rejilla circular en el techo.

Atlas la empuja y la levanta, dejando al descubierto los soles que arden en el cielo. El cielo es lo único familiar del mundo exterior, porque todo lo demás parece ajeno, como un lugar completamente nuevo.

Un lugar hecho de las cenizas del antiguo.

Es de día. Estaba empezando a confundirme con la hora mientras estábamos bajo tierra en el búnker. Es difícil calcular la hora sin ver el cielo cambiante. Atlas extiende una mano para detenerme cuando intento subir y salir por la abertura.

—Déjame ir primero —insiste.

Suspiro, pero le dejo. A veces, tienes que elegir tus batallas con estos alfas posesivos.

Atlas tira de sí mismo y de su abultada mochila a través de la abertura y sube sin problemas al nivel de la superficie. Un momento después, su fuerte mano baja para subirme.

—Vamos —me insta.

Tengo que saltar para coger la mano de mi compañero y él se burla de mí por lo bajita que soy. Aunque definitivamente no es el momento ni el lugar.

A Atlas no le importa. Para él, siempre es el momento y el lugar para meterse conmigo.

Minutos después, ambos estamos arrodillados en la arena carbonizada mientras él se apresura a abrir la cremallera de su mochila.

Los dragones siguen ahí fuera. Se han retirado un poco, pero aún puedo distinguir sus colores. Sus formas.

Todavía puedo sentir su furia.

—Llevo tiempo trabajando en esto —dice Atlas mientras se relame los labios y rebusca en su bolsa. Saca un objeto extraño. Sus ojos siguen coqueteando con los dragones casi con nerviosismo.

Pero, curiosamente, no están de cara a nosotros. Sus grandes cuerpos escamosos están mirando hacia adentro.

Como si estuvieran teniendo una conversación.

¿Pueden los dragones mantener conversaciones?

De la mano de Atlas sale un objeto que parece un tubo que se estrecha por un lado. En su extremo hay un vaso circular.

—Miras por este extremo —me indica, haciendo una demostración y mirando a través de su invento hacia los dragones que se ciernen tan lejanos.

Miro a través del extraño invento de Atlas cuando me lo entrega. El objeto mejora increíblemente mi visión, haciendo que todo parezca más cercano. Me sobresalto cuando me encuentro cara a cara con los dragones.

Por un segundo casi me parece que están delante de mí. Puedo ver cada detalle de sus alas, las escamas luminiscentes que las cubren, y la curva de sus cuernos incluso parece lo suficientemente cerca como para que pudiera alargar la mano y tocarlos.

Los dragones definitivamente están conversando.

¿Pero sobre qué?

—¿Por qué no atacan? —pregunto en voz baja, sin dejar de mirar a través del objeto. Ahora me arrepiento de haberlo llamado raro. Es

útil y una gran idea. Quiero decir, la visión cambiaformas es lo suficientemente aguda, pero esto ayuda a ver a una gran distancia.

Atlas se encoge de hombros, pero sus ojos están llenos de auténtica preocupación. —No lo sé —murmura, con las manos en las caderas.

A continuación, mi compañero saca de su mochila un objeto azul en forma de disco. Se echa la mochila al hombro y luego le da la vuelta al disco una vez en la palma de la mano. El invento se ilumina con una luz interior amarilla. Algo empieza a zumbar en su interior y, una vez que el amarillo se convierte en verde, el disco azul flota en el aire sobre la palma de la mano de Atlas.

Mi boca forma una o. No puedo creer que haya hecho esto. A veces, todavía me sorprende lo inteligente que es Atlas.

—¿Qué hace? —pregunto, asombrada.

—Nos permitirá escuchar a los dragones —dice mientras le da un pequeño empujón con la mano.

El disco despega tan alto en el cielo que se convierte en un punto en la lejanía y luego desaparece rápidamente.

El invento desaparece sólo unos minutos mientras esperamos. Cuando regresa, Atlas lo arrebata del cielo y me lleva con él mientras se mete por la escalera de la que acabamos de salir. Está claro que no quiere quedarse en la superficie más tiempo del necesario.

Y sé que no es por preocupación por él mismo, sino porque no quiere ponerme en peligro.

Vuelve a colocar la losa sobre la abertura y no mira atrás ni una sola vez.

Hemos tenido suerte de que ninguno de esos dragones nos sintiera.

Atlas nos hace adentrarnos bastante en el hueco de la escalera antes de atreverse a volver a sacar el disco. Aquí abajo está un poco oscuro, pero la luz del invento al menos me ilumina el atractivo rostro de mi compañero.

Pulsa unos botones y suena un montón de estática. Me llevo un dedo a la oreja cuando oigo un ruido que me chirría en los tímpanos.

La estática desaparece rápidamente. Se oye un fuerte estruendo, varias voces que se superponen.

Son los dragones. Todos hablan el mismo idioma.

El único problema es que es un idioma que no he oído nunca.

59

—•—

Nova

—Sigue dormido —susurra Atlas cuando volvemos a entrar en nuestra habitación como ladrones.

Bash sigue en la cama donde lo dejamos, roncando. Sus pequeños labios se abren y cierran como los de un pez.

Sonrío cuando mi compañero me sigue hasta la cámara de baño sin pedirme permiso antes. —Eso no significa que tengas suerte —le digo mientras cierro la puerta. Al instante, sus brazos me atrincheran contra la encimera del baño.

Atlas chasquea la lengua. —Serás castigada por esa boca perversa que tienes. —Sacudo la cabeza con pesar.

—¿Qué crees que era ese lenguaje? —pregunto, bajando la voz.

Pasamos por allí y dejamos el disco en la pequeña cueva de Atlas con todos sus inventos, y también el aparato en forma de tubo.

Atlas niega con la cabeza, con los labios apretados. —No lo sé, nena —admite.

Ninguno de nosotros tiene ni idea de cuál era el idioma que hablaban los dragones. Todo lo que sabemos es que es antiguo. Tiene que serlo, ya que no es uno que ningún cambiaformas conozca.

A partir de ahora hablaré en tu mente, pero sólo porque lo que tengo que decir es demasiado vulgar para que las mentes jóvenes lo escuchen accidentalmente, ronronea Atlas por el vínculo.

Mis pies desnudos se enroscan contra el azulejo gris del cuarto de baño.

Me quito la camiseta y la dejo caer al suelo. Atlas gime al ver mis pechos desnudos.

Dioses, los echaba de menos. Me coge los pechos y me los agarra. Tiene tanta necesidad.

Quizá ambos necesitemos esto ahora mismo. Necesitamos la sensación de nuestros cuerpos desnudos encontrándose, la energía bruta que viaja a través de nuestro tacto.

La boca caliente de mi compañero rodea el pezón de un pecho y lo muerde. Con fuerza.

Gimo con necesidad.

Luego succiona, calmando el escozor mientras sus manos siguen masajeando el otro pecho.

¿Tiene miedo de sentirse excluido? No lo sé, pero no me quejo. Este es el equilibrio perfecto de dolor y placer que he estado anhelando.

Me duele el corazón por él, por mi compañero.

Quiero follarme estas tetas y luego hacer un desastre con ellas cuando las pinte con todo mi semen, gruñe Atlas.

Me encanta cuando me habla así, tan perversamente, tan sin freno ni barreras.

Abre las piernas, nena, me ordena. *Muéstrame lo mojada que estás para papá.*

Así es.

Jadeo mientras le obedezco sin rechistar. Cuando se trata de sexo con mi compañero, no me resisto en absoluto.

Soy suya para que me mande como le plazca, y no me gustaría que fuera de otra manera.

Atlas me arranca la falda y la ropa interior de un tirón.

—Joder —maldice en voz alta, con los ojos abiertos de lujuria—. Mira cómo chorrea tu coño por mí.

Algo de oír las palabras en voz alta en lugar de por el vínculo es aún más emocionante. La sangre me sube a la cara y mis mejillas se tiñen de carmesí. Me suelta el pezón para echarse hacia atrás y apreciar mi coño expuesto solo para él.

Entonces Atlas se muerde el labio inferior.

Estoy tan jodidamente mojada por él. Ya lo quiero dentro de mí, pero está alargando esto. Y tengo que admitir que me encanta cada segundo.

Pasa al siguiente pezón, haciendo los mismos mordiscos y succiones, sólo que esta vez siento que se añade algo más.

Siento su mano serpenteando por el interior de mi muslo. Lentamente. Burlonamente.

—Joder —ronroneo mientras el calor se acumula en mi interior. No ha pasado tanto tiempo y ya estaría deseando que volviera a

tocarme.

Si eso me convierte en una guarra, entonces no me importa. Seré una guarra sólo por él.

—Así es, nena —canturrea—. Eres mi putita buena. Sólo para mí.

Su dedo índice rodea mi clítoris lentamente, frotando y presionando con la fuerza suficiente para hacerme ver las estrellas. La estimulación del clítoris siempre me ha provocado orgasmos vergonzosamente rápidos.

Entonces su pulgar sustituye a su dedo, y entra en mí.

—Joder, tu coño está tan apretado para papi, ¿verdad nena? —gruñe satisfecho mi compañero.

No tengo palabras. Todo lo que puedo hacer es gemir en respuesta.

Su boca es como fuego en mi pecho, royéndome y lamiéndome como si fuera un animal. Es un animal. Los dos lo somos, el uno para el otro.

El pulgar y el índice de Atlas trabajan juntos para ordeñarme el coño.

—¡Atlas! —Jadeo, mi visión se oscurece, mi cabeza se siente débil.

He borrado todo mi vocabulario y sólo me queda su nombre. Añade otro dedo y los mete los dos, uniendo los dedos en tijera mientras aún están dentro de mí.

Eso es, nena, anima, e incluso su voz mental por el vínculo es áspera y ronca. *Una nena tan buena para papá.*

Creo que va a meterme los dedos hasta que me corra, pero entonces los retira, me coge por la cintura y me coloca sobre la encimera del baño. Atlas me abre las piernas y se arrodilla ante mí.

Me quedo boquiabierta.

Un rey se arrodilla para mí.

Sonríe diabólicamente, estira el brazo y coge la corona que había dejado antes para ducharse. Atlas me pone la corona en la cabeza y baja la boca hasta mi raja.

Su lengua se calienta contra mi excitación mientras me lame el clítoris, pasándola sobre mi carne con pericia.

Se me van los ojos a la nuca cuando mi compañero empieza a devorarme. Me devora como si fuera un manjar reservado solo para él.

Mis manos se enredan en sus mechones plateados. La lengua de Atlas entra y sale de mí. Me folla con la boca mientras me susurra obscenidades.

La combinación es letal.

Buena chica, ronronea en señal de aprobación. *Monta en la cara de papá.*

Gruñe, y yo me arqueo casi sobre el mostrador por la forma en que las vibraciones de su profundo gruñido van directas a mi clítoris.

Me hace perder todo el control.

Sabes tan jodidamente bien, nena. La resonante voz de Atlas vuelve a sonar en mi mente. *Este coño es todo mío, ¿me oyes?*

Cuando no respondo, me muerde el clítoris. Con fuerza. Grito. *He dicho que si me oyes, Nova.*

¡Sí, papá!, grito, sabiendo que son las únicas palabras que quiere oír de mí.

Y me parece muy bien.

Su lengua se desliza hasta mi clítoris, y se vuelve feroz allí, haciendo girar su lengua sobre el sensible capullo de nervios.

¡Atlas!, Lloro. *Es demasiado.*

Pero luego añade sus dedos.

No duro mucho después de eso. Me desplomo sobre el borde, gritando su nombre, y Atlas lame cada pedacito de mi liberación como si fuera lo más delicioso que ha probado jamás.

Se levanta ante mí y me mira como un dios oscuro admirando su artesanía. Mi cuerpo está cubierto de mordiscos. De él.

Atlas se desabrocha los pantalones. Tengo los ojos nublados por el orgasmo, pero miro, mordiéndome una uña, cómo se saca la polla de los pantalones. Acaricia su impresionante longitud y luego baja la barbilla mientras golpea la cabeza de su erección contra mi sensible coño.

Gimoteo. Duele mucho.

El líquido preseminal se mezcla con los jugos que ya he soltado, con mis fluidos.

—¿Estás lista para recibir esta polla, reina? —ronronea.

De algún modo, la corona de obsidiana sigue erguida sobre mi cabeza.

Asiento con la cabeza, mordiéndome el labio hinchado. —Mm-hmm —consigo tararear como respuesta.

Esos ojos rojos brillan intensamente.

—Suplícalo entonces —susurra Atlas.

Parpadeo. —¿Qué?

Su mano me rodea el cuello. Sus ojos oscuros y misteriosos tiran de mí.

Dioses, me encanta cuando hace eso. La forma en que su mano abarca toda mi esbelta garganta, la forma en que los tatuajes decoran mi piel como un collar, me vuelven loca de lujuria.

Atlas se inclina para que la cabeza quede alineada con mi entrada. Estoy de puntillas. Estoy segura de que su mano también me levanta un poco. Me mete la polla sin piedad, apretándome la garganta.

—Ya me has oído, nena —balbucea—. Di por favor.

—¡Por favor! —Casi grito, sintiendo el delicioso dolor de su enorme polla invadiéndome. Rogaría por eso cualquier día.

Atlas sonríe, complacido. —Buena chica.

Y entonces el rey se abalanza sobre mí de forma salvaje.

—Lo quieres duro, ¿verdad, nena? —gruñe, sin aminorar su ritmo castigador—. Así es como te gusta, ¿verdad, Nova?

—Sí, papá. —Es todo lo que puedo decir. Me conoce demasiado bien.

Y luego me lo da tal como lo quiero. No, sólo *como lo necesito*. Mi compañero me folla tan fuerte que lo único que puedo hacer es aguantar y disfrutar.

Y mi rey nunca deja caer mi corona.

60

—•—

Atlas

Esto es felicidad. Esto es un sueño.

Nova está tumbada al otro lado de la cama, y entre los dos está nuestro hijo. Los observo mientras duermen plácidamente.

No hay pesadillas. Recuerdo cómo solían atormentar a Nova. Ahora ya no.

Me satisface tanto a mí como a mi bestia interior que hayamos sido capaces de saciar a nuestra compañera lo suficiente como para que duerma tan profundamente. Me tumbo de espaldas, con un brazo bajo la cabeza y otro sujetando la mano de Nova, aunque esté inconsciente.

Nos cogimos el uno al otro mientras dormíamos.

Quiero inclinarme y apartar el pelo de los ojos de Bash, pero si me muevo, seguro que se despiertan los dos. He aprendido que Bash tiene el sueño ligero.

Estoy aprendiendo mucho estos días. Pero lo más importante que he aprendido sobre mi pequeña familia es que siempre hay más cosas que aprender.

Y es un honor.

Siempre me llama la atención el aspecto de mi hijo. Es realmente increíble. Se parece tanto a mí.

Pero en sus labios, en la colocación de su mandíbula, se parece a Nova. ¿Y esa terquedad que tiene cuando quiere algo? Eso es todo de su madre.

Lo he oído. Ahí viene su voz, flotando en mi mente. Tiene la costumbre de hacer eso, y sólo me llena de alegría escucharla.

Incluso cuando me lo está haciendo pasar mal. Que es siempre. Sus ojos permanecen cerrados, sin embargo.

¿Estás despierta?, pregunto.

Nova aprieta mi mano entre las suyas como respuesta.

Gime cuando uso mi poder para enviar una brisa que acaricia su espalda desnuda. Las mantas se mueven mientras Nova se estremece bajo mi tacto invisible.

Eres preciosa, susurro.

Otro apretón de su mano. Le sonrío suavemente. Hay tanta paz en esta habitación, tanto amor que supera cualquier otra cosa.

Abre los ojos, le digo a mi compañera.

No quiero, refunfuña malhumorada por nuestro vínculo.

Me río entre dientes*. Abre los ojos,* le ordeno de nuevo, preparado para cualquier resistencia que esté a punto de oponerme.

¿Por qué?

Porque quiero que me mires cuando te diga que te quiero por primera vez.

Esos preciosos ojos plateados se abren tan rápido que casi me da la risa.

Nova me suelta la mano para poder levantarse. Bash murmura algo en sueños y se da la vuelta.

Nova se sienta en la cama, desnuda y sin avergonzarse de su desnudez. Se pasa un mechón de su largo pelo por detrás de la oreja. —Tú...

Arreglo la manta sobre Bash y tiro de Nova a través de la cama y hacia mi regazo. La miro a los ojos que tan bien conozco. —Te quiero —termino por ella.

A Nova se le llenan los ojos de lágrimas al instante. Los cierra con fuerza para ocultarme su emoción, pero creo que mi compañera ya lo sabe.

Ya no puedes esconderte. No de mí.

La mujer que amo más que a nada en el mundo se cubre la cara con las manos. No puedo dejar de pronunciar las palabras mientras le planto besos descuidados y juguetones por todo el cuerpo, cada centímetro suyo que es mío.

—Te quiero, te quiero, te quiero —repito una y otra vez.

Se deshace en risitas en mis brazos.

La mañana pasa así, como un sueño.

Nos traen el desayuno y, después de que Bash nos tire la mitad en señal de protesta, Nova decide que hay que pelearse por la comida.

No se enfada, sino que lo convierte en un juego divertido para Bash. Incluso consigue que coma lo suficiente como para saciarse.

Es tan buena madre que me hace querer ser mejor padre.

—Quiero ir con amigos —gimotea Bash, pronunciando mal todas las palabras. Habla sólo cuando Nova empieza a limpiar la comida derramada. Así que en otras palabras, una vez que la diversión ha terminado.

Cojo a mi hijo en brazos.

—¿Cansado de mamá y papá? —pregunto.

Todos nos congelamos al mismo tiempo.

Me doy cuenta inmediatamente de cómo he metido la pata. Para Bash siempre he sido sólo Atlas. No me ha llamado papá. Todavía no. Acabamos de reunirnos.

Aún no hemos llegado. ¿Lo estamos?

¿Ya lo he estropeado todo? ¿Lo he hecho raro?

La carita de Bash estalla en una sonrisa. Me echa los brazos al cuello y me da un beso enorme en la mejilla. —¡No, papá! —chilla.

Nova aparta la mirada bruscamente, ocultando una vez más las lágrimas que se acumulan en sus ojos. No la culpo. El corazón se me hincha en el pecho, me duele. Hundo la cabeza en el hombro de Bash y lo estrecho contra mí.

Ojalá pudiera congelar este momento en el tiempo, pero yo también me escondo.

Se me saltan las lágrimas de camino a la zona de juegos infantil. Los demás niños ya le están esperando. Le llaman por su nombre y le

aclaman cuando le ven, y sus ojitos rojos y familiares se iluminan de alegría.

Todavía se me hace un nudo en la garganta cuando se va y lanza un fácil "Adiós, mamá, adiós, papá" por encima del hombro. Como si no pasara nada y no me hubiera alegrado el día.

Cuando Nova y yo volvemos a quedarnos solos, me sonríe cariñosamente y recorre con la mirada mi expresión de asombro. —Me ha llamado papá —digo sin poder creérmelo.

Nova sonríe y entrelaza sus dedos con los míos. —Quiero enseñarte algo —dice tímidamente.

Me pica la curiosidad y asiento con la cabeza.

Nova y yo nos permitimos una mirada más a nuestro hijo antes de despedirnos. Nova me lleva de la mano a nuestro dormitorio. Nos sentamos frente a frente en la cama. Las sábanas están revueltas.

Entonces Nova toma mis dos manos entre las suyas.

—Te has perdido muchas cosas, Atlas —me dice, y se me revuelve el estómago. ¿Qué clase de conversación estamos a punto de tener? —Y yo... Me siento mal por ello —admite mi compañera en voz baja, mirándose las manos.

Aparto bruscamente la mirada de ella. Estas son las conversaciones difíciles de las que huiría si fueran con cualquier otra persona. Pero con Nova, eso no es una opción.

—Me perdí muchas cosas —acepto con pesar—. A veces, cuando veo lo mayor que es Bash, cómo habla ya, aún me molesta.

Nova me coge la mejilla con su mano y me gira la cara para que la mire. Sus ojos están llenos de culpa. —Lo sé. Y sé que no es lo mismo que haber estado allí, pero quiero dejarte entrar para que

puedas verlo todo —dice y luego hace una pausa y se muerde el labio—. Quiero decir, si quieres.

—¿Quiero? —Sacudo la cabeza. Ni siquiera debería ser una pregunta—. No hay nada que desee más —le digo.

Es la verdad.

Entonces Nova asiente y me arrastra a su mente, a sus recuerdos.

Lo veo todo. Empezando por los meses previos a su nacimiento. La forma en que peleó para controlar sus emociones furiosas. La forma en que luchó.

Luego, la noche en que nació mi hijo, la forma en que la luna misma parecía fortalecer a Nova, como si los Dioses la enviaran a velar por ella para colmarla de su bendición. Puedo sentir todas las emociones ocupando espacio en la cabeza de Nova.

El miedo cuando nuestro hijo estaba vulnerable. La soledad. Puedo oír sus pensamientos mientras se desangra, deseando estar allí.

Deseándome. Me deseaba al mismo tiempo que yo la deseaba a ella, probablemente.

Nova me deja verlo todo. Desde el primer llanto. Hasta los primeros pasos. A la primera palabra. Es mejor que cualquier regalo que me hayan hecho.

Es como ver una versión más pequeña de mí pasar por la vida. Es mágico.

Veo crecer a mi hijo sin mí. No fue culpa mía ni de Nova.

Fuimos los dos.

Observo hasta el momento en que entro en escena. Siento su alivio ese día en que la encontré. Siento cómo por fin puede *respirar*.

Lo entiendo. Es lo mismo que sentí cuando finalmente la recuperé.

Y al final, cuando salgo de la mente de mi compañera, digo: —Gracias.

Y aunque Nova asiente, lo que realmente siento que debería decir después de presenciar todo por lo que Nova pasó es —Lo siento. Lo siento mucho.

61

—•—

Nova

Mírate, fingiendo que no estás escuchando a escondidas, nos dice Atlas desde la puerta, conversando con uno de sus asesores.

Mi mano se detiene y juega con los rizos de Bash. Acaba de dormirse y, por el tamaño del libro que tengo sobre los muslos, diría que a Atlas y a mí nos espera otra larga noche de investigación. Últimamente, han sido muchas.

No lo estoy, respondo sin convicción por el vínculo.

Vale, responde Atlas, dibujando la palabra.

Me río para mis adentros y paso una página del libro.

Mi mano se sumerge entre los mechones plateados de la cabeza de Bash, que tienen el tono y el tacto exactos de los de su padre. Los dos siempre se quedan dormidos al sentirme jugar con su pelo.

El consejero se inclina profundamente en la puerta. —Mi rey, ¿me permite? —Mira a Atlas.

Atlas aprieta la mandíbula. Me pregunto si alguna vez se cansará de los títulos, por no hablar de todos los comeculos. —Por favor —responde Atlas, tan encantador como siempre.

No sé cómo mantiene la compostura todo el tiempo. Con la cantidad de mierdas con los que tiene que lidiar, es admirable, de verdad.

El consejero se relaja notablemente. —Los civiles se están poniendo nerviosos. Creo que sería... —Ladea la cabeza—. *Beneficioso* para ellos saber de usted, señor.

—De mí —responde Atlas rotundamente tras una larga pausa. Me tapo la boca para contener la risa.

¿De qué te ríes, reina? Gruñe por nuestro lazo.

El consejero abre la boca y la cierra. —Bueno —traga saliva—, usted es el rey, s-señor.

Atlas parpadea ante el recordatorio. —Claro. Por supuesto.

El macho que tartamudeaba parece apaciguado por esto. Inclina la cabeza. —Haré los preparativos, su alteza —canta.

Entonces los ojos del consejero intentan bordear a Atlas para vislumbrarme detrás de su amplio armazón.

El gruñido de advertencia de Atlas no tarda en sonar, y el consejero inclina una vez más la cabeza en señal de reproche.

—Eso es todo —dice Atlas, entrecerrando sus ojos rojos sobre el consejero.

Cielos, ¿alguna vez dejarás que alguien lo consiga?, bromeo, tentada de poner los ojos en blanco, pero demasiado dolorida para el castigo que Atlas me infligirá si lo hago.

Atlas le cierra la puerta en las narices y merodea hacia mí, refunfuñando molesto en voz baja. Solo cuando esa mirada carmesí se vuelve hacia mí se llena de calor y deseo y no de autoridad imperial.

—No cuando se trata de ti —responde, con voz dura.

Atlas se acomoda a los pies de la cama y coge su propio grueso volumen para hojearlo.

Esta noche nos hemos levantado especialmente tarde para hacer esto. Pero tiene que haber algo.

Aunque una cosa que ambos estamos empezando a entender es que los dragones estaban aquí mucho antes que nosotros. Tal vez por eso no tenemos casi ninguna información sobre ellos.

Termino de hojear el libro y lo dejo caer junto a Atlas, evitando por los pelos golpearle la mano. Atlas me mira lentamente, pero yo me limito a dedicarle una dulce sonrisa.

Mi compañero me sacude la cabeza. —Niñata —murmura.

—¿Estás seguro de que esto es todo? —pregunto, mirando alrededor de nuestra habitación.

Esto parece una biblioteca, pero cuanto más escudriño las pilas de libros que cubren todas las superficies, más me doy cuenta de que, o los he leído yo, o los ha leído Atlas. Uno de los dos.

En cualquier caso, hemos consultado todos los libros y en ninguno de ellos hay información sobre dragones.

Atlas asiente, con el ceño fruncido de esa forma que me indica que está preocupado.

Se queda mirando a nuestro hijo dormido mientras habla. —Bueno, aparte de mi colección personal —murmura Atlas pensativo.

Le miro. —¿Tienes una colección *personal*?

Atlas pone los ojos en blanco y aparta el libro para tirar de mí hacia abajo. Me hace caer de la cama, pero me atrapa cuando lo hago.

Así que supongo que está bien. ¿A quién quiero engañar? Está más que bien cuando me envuelve en sus brazos así y me abraza como si fuera una niña.

El olor de mi compañero se ha entremezclado con el mío tan profundamente, y disfruto de la sensación de tenerlo cerca. No hay nada mejor en este mundo

Se inclina y acaricia la mía con la nariz. —Mi madre lo hizo —explica Atlas—. Me dejó un poco.

Hay algo muy reservado en su tono. Noto el cambio al instante. A Atlas nunca le gusta hablar de sus padres. Y por la forma en la que murieron, no lo culpo.

Diablos, los dragones de nuestra frontera hace tiempo que se retiraron, pero probablemente sean los mismos que mataron a los padres de mi compañero.

Supongo que es otra cosa que Atlas y yo tenemos en común. Nuestros padres fueron asesinados por dragones.

—¿No era tu madre una semidiosa? —pregunto, recordando algo que oí cuando era más joven—. ¿Como Lune y Deimos?

Lune y Deimos son una famosa pareja de cambiaformas del viejo mundo. Ambos gobernaron juntos y son hijos de Dioses.

Hablando de una pareja poderosa.

Nuestro mundo está lleno de historias sobre ellos, leyendas de sus hazañas contra los cambiapieles y todas las cosas increíbles que hicieron juntos. Lune era una omega, como yo.

Atlas niega con la cabeza. —No —dice, pareciendo menos incómodo—. Todo el mundo piensa eso, pero no es cierto. Descendía de un semidiós. Pero no lo era. Sólo era increíblemente poderosa.

Sonrío. —¿Así que no lo heredaste de tu padre? —pregunto.

—Lo obtuve de los dos —dice con pura confianza. Supongo que si yo fuera el cambiaformas más fuerte y poderoso del mundo, también sería un poco arrogante.

Atlas inclina la cabeza, pensativo, y deja que sus dedos bailen sobre la marca que ha dejado en mi garganta. Siempre encuentra una excusa para tocarla.

—Los libros que me dejó pasaron por su familia —dice—. Puede que haya algo ahí, pero también puede que no.

Puedo decir que está empezando a preocuparse. Puede que los dragones se hayan ido, pero volverán. Claramente, no están contentos de que estemos aquí.

No puedo dejar de pensar en la forma en que los oímos comunicarse juntos a través del invento de Atlas. Ese lenguaje era extraño y desconocido.

¿Podrían Lune y Deimos saber algo al respecto?

¿Estaban los dragones preparando sus planes de batalla? ¿Simplemente se marcharon, volando hacia el grupo de muchos volcanes sólo para volver con más dragones?

¿Sólo para acabar con todos nosotros de una vez por todas?

Me encojo de hombros. —No nos hará daño mirar sus libros —digo.

Mi compañero asiente distraídamente. —¿Los mirarías conmigo?

Me inclino y le beso, tomándome mi tiempo para saborear realmente sus labios, para derramar mi amor y adoración por él a través del tacto.

—Ni siquiera tienes que pedírmelo —susurro cuando me alejo.

La sonrisa de Atlas es de agradecimiento, y me doy cuenta de que quizá se siente solo siendo rey. Quizá no sé ni la mitad de lo que sufre cada día con su título. Sobre todo si algo tan pequeño como la compañía significa tanto para él.

O tal vez es tener a alguien más para llevar su carga.

No dejaré que soporte toda esa carga solo.

Atlas no tarda mucho en ir a buscar los libros. Sólo hay cuatro. Parecen antiguos y también huelen a viejo.

El primer libro está demasiado desgastado y hecho jirones como para distinguir mucho. —Sigue buscando —aconseja Atlas, mordiéndose el labio con nerviosismo.

Si no encontramos nada en esto, habremos llegado oficialmente a un callejón sin salida. Dudo que haya algo en estos. Son viejos, pero ¿son lo suficientemente antiguos?

Luego, en la primera página del siguiente libro que abro, leo una palabra que reconozco. Y no está en inglés.

—¡Atlas! —Grito, tirando de él frenéticamente.

—¡Dioses, Nova! ¡No me hagas eso! Casi me provocas un infarto —suelta, pero se acerca a mí y trae el libro en la mano. Mira hacia

abajo, hacia el texto que tengo, hacia el lugar en el que clavo el dedo índice una y otra vez.

—¡Es el idioma que hablaban los dragones! —digo con entusiasmo—. Juro que los oí decir esta palabra.

Atlas me lanza una mirada incrédula.

—Estoy segura —insisto.

Mi compañero suspira y se acerca, sus astutos ojos escanean el texto con rapidez y eficacia. Entonces se paraliza. Toda la sangre parece abandonar su rostro, escurriéndose y dejando su piel, normalmente dorada, bastante pálida.

—¿Qué? —pregunto vacilante—. ¿Qué dice?

Porque en mi entusiasmo por encontrar algo por fin después de tanto buscar, no me molesté en leer las otras palabras de alrededor de la página, que en realidad están en inglés.

Mi compañero cierra el libro y me lo quita. Se lo mete bajo un brazo. Luego suelta un suspiro y se pasa una mano por el pelo. Sus ojos se clavan en los míos. —Los dragones hablan algo llamado lengua antigua —me dice Atlas en voz baja.

¿Tiene miedo de que nos escuchen?

—¿La lengua antigua? ¿Qué es eso? —pregunto, confundida. Nunca he oído hablar de ella.

Los labios de Atlas forman una línea apretada. —Aquí dice que la lengua antigua es la lengua de los Dioses.

Bueno, joder.

62

—•—

Nova

Los días siguientes los pasa rebuscando desesperadamente entre los libros que su madre le dejó.

Estudiamos, follamos y pasamos todo el tiempo que podemos en familia con nuestro hijo.

¿Quién sabe cuántos días como éste nos quedan? Con la guerra en el horizonte, es posible que no muchos.

—Nada en este tomo —digo cuando por fin he terminado con el último.

Estamos sentados juntos en nuestra habitación, como siempre hacemos por la noche. Por muy ocupado que esté Atlas con sus deberes de rey, siempre encuentra tiempo para Bash y para mí.

Estoy tumbada en la cama, con los libros extendidos delante de mí y un bocadillo a medio comer que he intentado convencer a Bash de que se termine. Si va a estar despierto hasta tarde con su padre, más vale que coma algo a medianoche.

Mi hijo está creciendo. O es un príncipe en crecimiento, debería decir.

—¿Quién dice tomo? —se burla Atlas.

Pongo los ojos en blanco y le empujo juguetonamente. Él finge caerse directamente de la cama. No es una cama de verdad, solo dos colchones apretados. Era lo mejor que se podía hacer con tan poco tiempo, pero nos apañamos con lo que tenemos.

Comparado con cómo crecí, esto es más que suficiente.

De alguna manera, incluso con el tiempo apremiante para resolver todo esto, mi compañero todavía se atreve a bromear.

Bash sale en mi defensa y se levanta del suelo, donde estaba haciendo aviones de papel con trozos de papel. Ataca a su padre, cayendo al suelo encima de él, y entonces estalla el combate de lucha libre de todos los combates de lucha libre.

Padre e hijo han estado haciendo mucho eso últimamente. Recuperando el tiempo perdido.

Y estoy aquí para cada momento.

Es lo único que hace más llevadera esta espera. Somos presas fáciles, contando el tiempo hasta que los dragones hagan su próximo movimiento. Y es bastante estresante.

Ver florecer el vínculo entre mi hijo y su padre es lo único bueno que me ha traído este tiempo. La más mínima interacción entre ellos me hace llorar.

Cuando se despiertan y se frotan los ojos de la misma manera. Cuando se dan los buenos días. Cuando ríen juntos. Cuando juegan.

Son cosas que nunca pensé que llegaría a ver. Pensé que mi hijo crecería sin un padre.

—Sin entender la lengua antigua, no hay mucho más que podamos extraer de estos textos —digo finalmente, teniendo casi que gritar para que me oigan por encima de los chillidos de alegría de nuestro hijo.

Atlas asiente, me coge los dedos con la mano y me besa la parte superior, con los ojos distantes. Mientras Atlas piensa para sí en voz baja, nuestro hijo escala por la ancha espalda de su padre como si fuera una pared por conquistar.

—No sé si mi madre conocía el idioma, pero no está viva para enseñárnoslo aunque lo supiera —señala.

Y ni siquiera era una semidiosa.

Bash está a medio camino de su espalda, pero sigue cayéndose y tiene que volver a empezar. Le lanzo una sonrisa entrañable antes de responder a mi compañero. —Y los únicos semidioses que conocemos son Lune y Deimos. —Levanto las cejas.

—Están a un mundo de distancia —susurra Atlas.

—¿Y?

Atlas abre mucho los ojos. Luego, continúa en voz aún más baja: —Lo que dices se llama caminar por el mundo.

—¿Alguien ha dicho *caminar por el mundo*? —canturrea una voz anciana desde la puerta.

Savvy, de alguna manera, permanece en silencio en la puerta abierta. Ni siquiera la oímos entrar, ni siquiera con nuestro oído de cambiaformas. ¿Cómo lo hace siempre?

Debe de ser magia. La anciana se frota las manos marchitas de emoción.

¿Podría saber algo sobre la marcha del mundo? Por lo que parece, definitivamente sabe algo.

Bash chilla al ver a la vieja bruja que ha sido tan amiga nuestra. Más bien como de la familia. Salta de la espalda de su padre y corre.

—¡Savvy! —Bash grita.

Cruzo los brazos y entrecierro los ojos mirándola.

El aquelarre ha decidido quedarse permanentemente con nosotros e integrarse en Ciudad Cambiaformas, o al menos en lo que queda de ella. Hay una parte de mí que cree que es por el vínculo que he formado con ellos.

No quieren dejarme a mí ni a Bash, y yo no quiero que lo hagan. Están más seguras aquí, de todos modos.

No hay nada más peligroso que estar solo y a la intemperie, vulnerable.

Es bueno ver a Savvy, pero ¿cómo es que aparece en los momentos más aleatorios de la forma en que lo hace?

—¿Qué? —suelta cuando continúo mirándola con esa expresión que ya debería conocer.

Savvy frunce el ceño y le da una palmada en la espalda a Bash. Se aparta el pelo revuelto de la cara con la otra mano de forma excéntrica.

Suspiro. Supongo que voy a tener que explicárselo todo.

—¿Sabes caminar por el mundo, Savvy? —pregunto arqueando la ceja.

Savvy me mira y me dedica una sonrisa desdentada. —Sé lo que estás pensando, querida. Si alguien sabe cómo hacerlo, soy yo. —Agita una mano arrogante—. Después de todo, soy la mejor bruja de todos los tiempos.

Resoplo, casi ahogándome de risa.

Savvy me fulmina con la mirada y me señala con un dedo torcido. —Cuidado —me suelta, pero todo el tiempo que he pasado con ella le ha quitado la corteza a su mordacidad y ya no me la tomo en serio—. Pero no. Las únicas brujas que saben algo sobre caminar por el mundo están en su propio aquelarre.

Frunzo el ceño. —¿Dónde?

Savvy se encoge de hombros, sus ojos escudriñan nuestra habitación sin intentar disimular lo entrometida que está siendo. Observa las sábanas revueltas y las cosas que hay por todas partes. Esta habitación está definitivamente habitada.

Me gusta demasiado el desorden como para limpiarlo. Me calienta el corazón ver las pequeñas señales de nuestra unidad familiar por todas partes.

—No estoy segura —dice Savvy con demasiada indiferencia.

Pongo los ojos en blanco. —¿Porque es difícil encontrar brujas? —pregunto en tono directo—. ¿Porque habéis estado todo este tiempo escondiéndoos de los dragones como cobardes de labios apretados?

Los ojos amarillos de Savvy brillan de recuerdo. Fuera lo que fuera lo que los aquelarres sufrieron a manos de los dragones, las brujas estaban demasiado aterrorizadas como para hablar de ello durante un tiempo. Ella no dice nada.

—¿Estás segura? —pregunto, preguntándome si este es otro de los muchos cuentos chinos de Savvy.

—¡Bien! —sisea ella—. ¡Te diré todo lo que sé, pero no vuelvas a molestarme, y no vuelvas a pedirme nada más!

Sé que no habla en serio. Contengo una sonrisa de diversión mientras le cuenta a Atlas todo lo que necesita saber.

Cuando termina, sigo sin creerme que haya soltado toda la información. —¿Y eso es todo? —le pregunto, para asegurarme.

Atlas suelta una carcajada cuando la bruja mayor resopla indignada y echa la cabeza hacia atrás. Guía a Bash hacia la puerta, y él está más que dispuesto a acompañarla.

—No me insultes —sisea Savvy—. Me lo llevo a la zona de los niños. Se aburre con vosotros dos —dice por encima del hombro mientras se dirigen al pasillo.

—¡Sí! Me aburro con vosotros dos! —Bash resuena como un loro.

Me encantan los niños pequeños, ¿verdad?

Los ojos de Atlas se deslizan hacia los míos. Esbozo una amplia sonrisa mientras muevo las cejas hacia él.

—Nova... Se detiene, su tono de voz es cauteloso como si ya hubiera leído mi mente.

Conociéndole, probablemente sí.

Mi sonrisa no hace más que aumentar. —Ya la has oído —digo alegremente, y Atlas gime—. Vamos a cazar brujas.

63

—•—

Atlas

Recuerdo cuando esta habitación del búnker era mi refugio personal. El lugar donde venía a esconderme cuando el resto del mundo me resultaba demasiado.

Un lugar que era mío.

Ahora es nuestro. Mío y de Nova y de Bash.

Nuestra habitación aquí en el búnker subterráneo es mucho más pequeña de lo que habría sido en el castillo. En casa, les habría dado a mi hijo y a mi compañera lo mejor de lo mejor.

Nova no se merece menos. Bash se merece... bueno, se merece el mundo servido en bandeja de plata. Y haré todo lo que esté en mi poder para dárselo a ambos.

Pero el nivel de lujo y espacio no me importa. Lo único que importa es que estamos aquí juntos.

Y que esta habitación, esta habitación habitada, está desordenada por culpa nuestra, por culpa de mi familia.

Todos juntos hemos depositado colectivamente una mezcla de juguetes, libros, ropa, armas e incluso papeles por toda esta pequeña habitación.

Nova nunca me regaña ni se queja por recoger la ropa que siempre dejo tirada, cosa que ya me esperaba cuando empezamos a vivir juntos. Es una especie de esposa perfecta, siempre limpiando y asegurándose de que Bash y yo hemos comido y estamos bien atendidos.

Sólo que Nova no es mi esposa. Ella es mi compañera.

Nunca hablamos de seguir juntos, pero se ha convertido en algo tácito entre nosotros.

Todos tienen el mismo tamaño de habitación en el búnker subterráneo, independientemente de su designación o título. No importa que yo sea el rey o que Nova sea la reina.

Nadie sabe que nos vamos. Nova y yo acordamos que seríamos solo nosotros dos en este viaje.

Y con suerte, encontraremos lo que buscamos.

Nova se calza las botas a juego, tan negras, lisas y ceñidas como el resto de su ropa.

Parece una guerrera armándose para la batalla.

Ella se trenza el pelo frente al espejo mientras Bash se sienta al pie de la cama, dando patadas con los pies mientras la observa.

Aylin está de camino para vigilarlo mientras estamos fuera, pero volveremos mucho antes de que se despierte.

Si todo sale según lo planeado, claro. Engancho la última de mis armas y asiento a mi compañera.

Bash parece tomar a su madre trenzándose el pelo hacia atrás como una señal de que se va a ir. Chico listo.

Definitivamente, ha sacado su ingenio de ella.

Salta de la cama y se abalanza sobre su madre, rodeándole la pierna con los brazos.

—¡Mamá, quiero ir a *bujaa*! —grita, encadenando todas las palabras de modo que resultan casi ininteligibles. Y además, las pronuncia mal.

A veces, sólo Nova puede entender lo que dice.

Nova se alisa el pelo plateado hacia atrás.

Mi compañera y yo intercambiamos una mirada cómplice. Ambos sabemos lo que pasa.

Bash se frota los ojos de esa forma que me hace saber que está cansado y que lucha contra el sueño. Tiene círculos rojos alrededor de los ojos y cada bostezo es más profundo que el anterior.

Cruzo la habitación y me arrodillo a su lado, donde está abrazado al muslo de Nova. Le clava los pulgares mugrientos, que de algún modo siempre están pegajosos, en las piernas.

A su madre no parece importarle. Le frota la espalda consoladoramente.

Tomo sus dos manos entre las mías. —¿Hombretón? —Me asiente con la cabeza, con los ojos rojos e hinchados—. Mamá y yo vamos a volver pronto para acurrucarnos contigo. Tenemos que ir a vivir una aventura para poder volver y contártelo todo.

Bash mira a Nova en busca de confirmación, con su pelo plateado cayéndole en los ojos. —¿Historia?

—Sí, cariño. Tendremos toda una historia para ti —le tranquilizo.

Y esa es definitivamente la fría y dura verdad. De hecho, será la historia de toda una vida.

Nova sonríe suavemente y asiente con la cabeza, acercando a nuestro hijo. —Vaaalee —gimotea, arrastrando la palabra como si aún estuviera enfadado con nosotros por haberlo abandonado. Me muero de risa. Es tan mono, incluso cuando tiene una rabieta gigantesca.

—¿Traer galletas? —murmura, con los ojos ya casi cerrados.

Me río entre dientes. —Claro, colega.

Mi hijo asiente somnoliento y desdeñoso. Le doy su manta, la plateada sin la que no puede dormir. Parece que la tiene desde que nació.

Bash lo coge y Nova se inclina para darle un beso. —Buenas noches, cariño —susurra, abrazándolo con fuerza.

Por encima de la cabeza de nuestro hijo, mi compañera dice: —Va a caer rendido muy rápido.

Y yo asiento con la cabeza porque Bash está lo bastante cansado como para dormirse en cuanto su cabeza toque la almohada.

Después me da las buenas noches y yo le beso la coronilla, disfrutando de las pequeñas cosas.

Últimamente hago mucho eso. Apreciar los momentos más pequeños. El hecho de despertarme acurrucado con los dos. El hecho de poder darle a mi hijo un beso de buenas noches.

Bash se mete en la cama y Nova y yo lo arropamos.

Nova tira de la manta como todas las noches. Tal y como he tomado nota.

Y cuando lo hace, el anillo está exactamente donde lo dejé, exactamente donde he planeado que lo encuentre.

Así.

Nova aspira bruscamente. Se queda paralizada y se tapa la boca instintivamente con las manos. Bash se arrastra sobre sus rodillas y recoge el brillante anillo de diamantes.

—Mami, ¿qué es esto? —grita, tendiéndoselo y ya definitivamente despierto.

Nova le quita el anillo lentamente. Es un precioso anillo de diamantes con forma de luna.

Una luna creciente. No creciente como el insulto que le pusieron como apellido toda su vida. Sino creciente como la luna que nos da fuerza y poder, que alimenta nuestra esperanza.

Cuando se vuelve hacia mí, me encuentra arrodillado.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Atlas... —comienza, sin aliento.

O tal vez, si lo he hecho bien, la he dejado sin aliento con esta sorpresa.

Le sonrío. —Te quiero, nena —le digo. Nova niega con la cabeza—. Quiero hacerlo bien.

—¿Hacer bien el qué?

—Todo —confirmo—. Todo contigo. Con Bash. Yo… —Me aclaro la garganta tragando mis nervios.

¿Me dirá que no? La he decepcionado de tantas maneras que no la culparía aunque lo hiciera.

—Quiero que todos seamos una familia. ¿Qué me dices? —pregunto, incapaz de mantener la esperanza fuera de mi tono.

Un largo silencio se extiende entre nosotros.

—¡Di que sí, mamá! —grita Bash, rompiendo el silencio e interrumpiendo las cavilaciones de Nova.

Salta de la cama como si se zambullera en el agua. Nova lo atrapa. Se ríe y llora al mismo tiempo.

—Sí —jadea.

Al principio no creo ni a mis oídos.

—Sí —repite.

El corazón me late en el pecho. Le quito el anillo y se lo pongo en el dedo.

Nova me sonríe y se lo enseña a Bash. Él lo admira y le gira la mano para ver cómo brilla el anillo a la luz de las velas.

Los envuelvo a los dos en mis brazos. He estado solo toda mi vida. Pero ya no. Mi corazón nunca se ha sentido tan lleno.

Y al mismo tiempo, nunca he sido más débil. Ahora tengo algo, dos personas, en realidad, que hacen que merezca la pena vivir. Ahora tengo algo real que perder.

Nova me besa profundamente y, cuando se separa, tiene la sonrisa más grande y despreocupada en la cara. Eso hace que merezca la pena.

Todo.

—Vamos —susurra Nova, moviendo esas preciosas pestañas sobre esos preciosos ojos. Mi sangre zumba sólo por la forma en que me mira—. Me debes una cita, mi rey.

Pero sé que lo que realmente le debo a esta extraordinaria mujer que tengo delante es mi vida.

64

—•—

Nova

—¿Estás seguro de que éste es el lugar? —sisea Atlas tras evitar por los pelos que su pie se clave en la lava humeante.

Los ríos gemelos de lava corren por la arena roja profunda a ambos lados de nosotros. Es tan extraño que provengan de los tres volcanes sagrados que hay en Ciudad Cambiaformas. Son tan mágicos e imposibles que tienen que ser otra creación de los Dioses.

Literalmente, no hay otra forma de que existan. ¿Han puesto los Dioses estos ríos aquí sólo para guiarnos hacia lo que más necesitamos?

La lava del delgado río hierve y burbujea, saltando por los aires. A veces, los caminos de los dos ríos se cruzan y se superponen; otras veces se ramifican en zarcillos como ríos de magma, pero los zarcillos nunca llegan tan lejos antes de extinguirse.

—Aquí es donde Savvy dijo que fueron vistos por última vez —le digo.

Hemos seguido estos ríos gemelos de lava y todas las indicaciones que nos dio la anciana bruja y no hemos encontrado el aquelarre que buscamos, ni rastro de ellas.

Me pregunto si estas brujas tienen los mismos ojos amarillos y piel verde que el aquelarre de Savvy. Me pregunto si alguna vez atraparemos a una para averiguarlo.

Empiezo a pensar que las brujas han sido aniquiladas, extinguidas.

Tal vez los dragones llegaron a ellas antes que nosotros.

—¿Esta es tu idea de una cita? —Atlas se burla.

Sacudo la cabeza al ver cómo sigue intentando quitarle importancia a nuestra terrible situación. —No tengo nada con qué compararlo —le digo despreocupada, como si no fuera para tanto.

Atlas se detiene en seco. Me detiene con él. —¿Estás diciendo que nadie te ha llevado nunca a una cita, Nova? —pregunta como si ya no se lo creyera.

Me encojo de hombros, incómoda y un poco avergonzada. ¿Qué clase de chica no ha tenido nunca una cita de verdad? —No es para tanto —digo.

A Atlas se le ilumina la mirada. —Cuando todo esto esté dicho y hecho, te llevaré a tantas citas que ni siquiera podrás llevar la cuenta —ladra bruscamente. Pongo los ojos en blanco—. Lo digo en serio. Te estoy cortejando.

Casi me ahogo de la risa. —¿Cortejándome? —Me carcajeo—. ¿Qué? ¿Vamos a volver a los viejos tiempos?

—Sí.

Le doy una palmadita en el pecho a Atlas y paso junto a él. —Creo que ya hemos pasado por eso, colega.

Atlas y yo no dejamos de mirar al cielo durante el resto del viaje.

Se nos acaba el tiempo.

¿Es otro callejón sin salida?

Y entonces llegamos al final de los ríos. No son eternos.

Ambos conducen directamente a un volcán que se alza por sí solo en medio de un mar de arena roja. Uno de los ríos gemelos serpentea hacia la parte trasera, y el otro lleva directamente a la puerta del volcán más extraño que he visto nunca.

Para empezar, el volcán es casi azul. Y tiene una puerta tallada en su base. Una puerta blanca con una manija negra.

Por otra parte... aquí hace frío. No la temperatura cálida habitual que calienta el aire a nuestro alrededor, sino helada.

Creo que nunca había sentido tanto frío.

Atlas y yo intercambiamos una mirada. Sin decir palabra, une nuestros dedos y me acerca.

Exhalo, y mi respiración es visible cuando aparece frente a mí.

Permanezco cerca de Atlas mientras se acerca a la puerta. Sus ojos brillan de color carmesí, pero antes de que pueda decir nada o llamar, la pequeña puerta blanca se abre de golpe. Chirría con fuerza sobre sus goznes, como si llevara tiempo sin abrirse.

Dado que la mayoría de los aquelarres de brujas están en perpetua clandestinidad, probablemente no lo ha hecho.

Y cuando se abre, en su interior se extiende una profunda oscuridad que parece no tener fin.

Atlas inclina el cuello para mirar hacia abajo. Pero en la oscuridad más absoluta no se distingue nada. Nada de nada.

Mi compañero me mira y me guiña un ojo. —Creo que las hemos encontrado —dice.

65

—•—

Nova

El volcán es más pequeño que los otros que hemos visto. También tiene un extraño color helado en el exterior.

El aire gélido sopla desde la puerta y la oscuridad más allá de nosotros. El espeso y dulce aroma de la magia flota en el aire.

—Tenemos que entrar en el volcán —dice Atlas tragando saliva.

—Déjame hablar a mí —le digo mientras paso a su lado.

Atlas no me deja ir primero. Sabía que no lo haría. Me coge por la muñeca de la mano en la que llevo mi anillo de emparejamiento. Me tira suavemente hacia atrás, pero con firmeza, y se burla antes de adentrarse en el volcán.

Mi compañero saca un arma y no sé muy bien por qué. Atlas Shadowmoon ya *es* un arma.

La daga está sujeta en una mano y yo en la otra.

Atlas se burla. —De acuerdo. Te dejo hablar a ti.

—¿Por qué no?

—No es tu fuerte, eso es todo —dice en tono de conversación.

Es como si intentara distraerme del tramo de túnel sombrío en el que estamos entrando.

—¿Es una daga de plata? —Siseo cuando capto el brillo del metal.

—¿Y qué si lo es?

Pongo los ojos en blanco.

Las paredes a ambos lados son tan duras al tacto como el interior del viejo volcán que solía compartir con Savvy y su aquelarre. Se sienten ásperas y sin pulir.

No veo nada, y esa sensación de ceguera me quita cualquier argumento.

—Que sepas que no tengo un punto fuerte —bromeo, pero los nervios atraviesan mi tono. Cualquiera puede oírlo. Especialmente alguien que me conoce tan bien como mi compañero.

Atlas se ríe para disimular.

—¡Mi rey! —Una voz áspera retumba en la oscuridad y corta la diversión de Atlas.

Las palabras resuenan a nuestro alrededor tres veces antes de desvanecerse. *Mi rey. Mi rey. Mi rey.*

De alguna manera, la voz que las ha pronunciado suena diferente cada vez que se repiten.

Entonces, todo el volcán se enciende, iluminando nuestro entorno. Jadeo y doblo el cuello para asimilarlo todo.

Atlas me empuja detrás de él tan rápido que lo que me rodea se vuelve borroso.

Cuando mi visión se aclara, me asombra el lugar en el que acabamos de entrar.

Las paredes están cubiertas de lava naranja, roja y blanca.

Brilla intensamente, iluminando el interior del volcán. Todo consiste en una zona circular, muy parecida al volcán en el que Bash y yo estuvimos con el aquelarre de Savvy.

Excepto que aquí, encima de la pared de lava por todos lados, también hay algo más.

Al principio parece cristal, como si protegiera la lava. Pero entonces siento lo helado que está aquí.

Hielo. De algún modo, hay una capa de hielo que cubre las paredes del volcán.

Un grupo de brujos están reunidos aquí, en el lado opuesto del volcán, la mayoría de ellos encogidos detrás de su anciano.

Y cada uno de estas brujos es exactamente tan diferente como Savvy me advirtió que serían.

Son todos hombres.

Ni una sola mujer está aquí, ni es parte de este aquelarre.

Supuestamente, según Savvy, este es el único aquelarre de brujos varones. Son conocidos por sus extraños poderes.

Llevan unas capas blancas que les cubren la mayor parte del cuerpo y se encharcan en el suelo por donde se supone que están sus pies. Todos parecen flotar, ya que no veo dónde tocan el suelo.

Pero sus rostros son totalmente visibles. Su piel es azul pálido en todo momento, como si hubieran estado demasiado tiempo a la intemperie.

Como son hombres, supongo que debería llamarlos magos.

—Me sorprendió mucho saber que estabais a nuestras puertas —dice el que parece ser el anciano del aquelarre.

Sé que todos los aquelarres tienen uno, pero la forma en que se distinguen de la bruja promedio es diferente para cada aquelarre. Este varón lleva una fina diadema alrededor de la frente con una gema azul gélida colgando en el centro de la cabeza.

Todos los miembros de su aquelarre inclinan la cabeza detrás de él, enlazando las manos ante sí de modo que las mangas se unen y los dedos desaparecen.

—Tu sorpresa es algo que encuentro extraño teniendo en cuenta el hecho de que, técnicamente, soy tu rey —dice Atlas con todo el aire de la realeza.

Atlas mantiene un brazo extendido como si intentara retenerme con él.

O protegerme.

Por supuesto, me pongo de puntillas y miro lo mejor que puedo por encima de su hombro.

Sabía que lo harías, susurra en mi mente.

A estas alturas, mi compañero debería saber que nunca hago lo que me dicen.

El anciano del aquelarre inclina la cabeza hacia un lado y se lleva un dedo a la barbilla mientras mira a Atlas de arriba abajo. Sus

penetrantes ojos grises parecen capaces de captar algo de mi compañero que va más allá de las apariencias.

Se golpea la barbilla con un dedo largo y puntiagudo. —Pero tú no eres el rey Sebastián.

Me sobresalto. Lo dice como si no fuera una pregunta.

Atlas se tensa. Le paso una mano por el antebrazo para tranquilizarle.

—Sebastián era mi padre —responde con suavidad.

El padre de Atlas es un tema delicado para él. Me ha hablado un poco de él durante el tiempo que hemos pasado juntos, pero no es algo que Atlas saque a relucir o de lo que le guste hablar.

Pero quizá al igual que Atlas es la clave para dominar mi control, yo soy la clave del suyo. Al menos mi tacto parece calmarle, centrarle.

Le ayudaré a invocar al rey que lleva dentro.

—Tu padre era un buen hombre —reflexiona el mago. Luego salta—. ¡Ah, mis disculpas! No me he presentado correctamente. Soy Yari, y tú eres Atlas, hijo del rey Sebastián. —Yari agita las manos, haciendo que su capa ondee a su alrededor—. Sabía que vendrías.

Frunzo el ceño y Atlas y yo intercambiamos una mirada.

¿Cómo podía saberlo? Savvy dijo que este aquelarre era altamente poderoso. ¿Podría de alguna manera haber visto el futuro?

El anciano del aquelarre aplaude complacido y esos extraños ojos se aferran a mí como cadenas. —Y has traído a tu hermosa compañera —ronronea en voz baja.

Atlas gruñe, sus dedos se cierran en un puño. —Ella no es de tu incumbencia. —Su voz grave parece resquebrajarse en el hielo.

¿El suelo también está cubierto de hielo? Porque en este volcán hace mucho frío.

Hace demasiado frío. Y esa es definitivamente una afirmación que nunca pensé que haría desde el interior de un volcán.

Si no tenemos cuidado, Atlas echará todo esto por tierra.

Yari retrocede uno o dos pasos hacia su aquelarre. Une las manos ante sí igual que ellos. La formación en la que se encuentran parece una pirámide.

—Has venido a mí para aprender a caminar por el mundo.

Atlas asiente. —¿Cómo lo has sabido? —pregunta, tan confuso como yo.

Yari chasquea la lengua. —¿Quieres saber cómo se hace o no? —exige.

Mi compañero se cruza de brazos y entrecierra los ojos. —¿De verdad lo sabes?

Los labios de Yari se curvan en una sonrisa tortuosa. —No estarías aquí si no lo hiciéramos.

—¿Y? —pregunta mi compañero—. Oigámoslo entonces.

La sonrisa de Yari vacila. —¿A quién deseas ver?

—Me sorprende que no lo sepa ya —refunfuña Atlas en voz baja—. Parece que sabe casi todo lo demás.

Le doy un codazo, cansada de tiritar aquí dentro. ¿Qué daño puede hacer contarles esta información a los brujos?

—Al rey Deimos y la reina Lune —respondo por Atlas. Mantiene una mirada entrecerrada sobre el aquelarre que se supone imposible de

encontrar.

Sin embargo, aquí están ante nosotros. Empiezo a pensar que la especialidad de mi compañero es lo imposible. Nunca deja de desafiar todas las probabilidades.

La sonrisa de Yari se multiplica por diez y sus ojos brillan. —Ah —exclama—, así que es más sencillo de lo que pensaba.

Atlas le mira con el ceño fruncido. Sé que no le gusta el doble lenguaje, los juegos, decir una cosa y querer decir otra, así que probablemente su paciencia esté a punto de agotarse.

—¿Qué quieres decir? —pregunto porque alguien tiene que hacerlo.

Esta deslumbrante competencia no ayuda, le digo a Atlas por nuestro vínculo.

Un resoplido. *Él ha empezado.*

Yari hace un gesto a Atlas con una de sus mangas. —Tú eres un rey —dice—, y él es un rey.

Entonces todo el aquelarre canta, como si fuera su himno personal: —Lo semejante llama a lo semejante.

Atlas me mira y aprieta la mandíbula. Doy un respingo. —Me temo que vas a tener que explicarte mejor —le digo para calmar la situación.

Yari explica por fin a Atlas cómo hacerlo. Cómo es posible caminar por el mundo y comunicarse a través de ambos mundos.

—Para comunicarte con un rey, incluso en otro mundo, debes ser también un rey. Ordena tu dominio para establecer una especie de vínculo con el mundo del rey Deimos y luego simplemente síguelo hasta allí —dice con cansancio.

El pobre probablemente piensa que Atlas está a punto de comérselo o algo estúpido.

Atlas no parece confiar del todo en el macho ni en ninguno de los brujos, y estoy segura de que con su magia pueden sentir esas cosas. Energías. Mi compañero da un paso sobre el hielo del volcán a nuestros pies, arrastrándome con él.

—¿Cómo sabes que esto funcionará? —pregunta dubitativo.

Yari retrocede y levanta una mano en señal de rendición. —Daos prisa. Pronto volverán a atacar —dice en tono amenazador.

Así que lo saben todo sobre los dragones.

Y cuando Atlas intenta preguntar algo más, el anciano se despide con la mano y la lava se apaga, sumiéndonos de nuevo en una oscuridad total. Me aferro tanto a Atlas que le clavo las uñas.

Pero cuando la luz de los ojos de Atlas brilla lo suficiente como para iluminar el volcán, el aquelarre desaparece.

Y sólo queda a su paso el repugnante y dulce aroma de la magia.

Eso y la advertencia tan alegre que nos dejó Yari.

Pronto volverán a atacar.

Los dragones. ¿Y quién sabe? Puede que ya estén en camino.

66

—•—

Nova

—Tal vez pueda ver el futuro —sugiero a Atlas mientras dejamos el volcán para caminar por la arena roja y el familiar calor vespertino.

Intentamos encontrar un buen lugar para hacerlo, pero nada parece lo bastante privado. Nada parece suficientemente seguro ahora que sabemos lo que hay en este mundo.

Ahora que sabemos a quién pertenece este mundo.

Atlas se encoge de hombros. —Tal vez.

—Oooh, tengo tantas preguntas.

Atlas se ríe y sacude la cabeza. —Apuesto a que sí —responde.

Le saco la lengua y entonces me doy cuenta de que se ha parado. Levanto las cejas.

—¿Es éste el lugar? —pregunto mientras contemplo la extensa arena roja que ha formado una especie de colina sobre el paisaje.

El aire es tan seco y enrarecido aquí que ni siquiera corre una brisa por la tierra. El aire fresco al aire libre huele bien comparado con todos los olores de la ciudad.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro. Lejos de miradas indiscretas —dice.

Aunque no estoy segura de quién podría espiarnos, es mejor prevenir que curar.

Atlas se sienta en la arena y me arrastra con él. Siempre me conmueve que un hombre tan fuerte sea tan amable conmigo. Podría partirme el cuello fácilmente con una mano y, sin embargo, es muy tierno conmigo en todo momento.

Mi compañero apoya los codos en las rodillas y mira a lo lejos. Es tan guapo, la tinta que tiene por todo el cuerpo le da un toque que me excita al instante cada vez que lo miro.

Lo único que quiero es tirarlo a la arena y exigirle que me tome allí mismo. Y lo haría.

Si no tuviéramos algo importante que hacer.

Atlas contempla el horizonte y todo lo que se extiende ante él con un aire de autoridad, como si todo lo que hay a kilómetros y kilómetros, toda la tierra que se extiende a longitudes desconocidas, todo le perteneciera.

Me siento a su lado cuando lo que realmente quiero es sentarme encima de él. Excepto que no tengo la misma serenidad que mi compañero. Atlas parece darse cuenta de mi cansancio y me rodea el hombro con un brazo.

—No tienes miedo, ¿verdad? —bromea.

En realidad, me da un poco de miedo dejar a Bash e ir a un mundo completamente nuevo, pero de ninguna manera voy a admitirlo ante el Sr. Sin Miedo. No importa el hecho de que él puede sentir la emoción aferrándose a mí.

Tengo tantas preguntas que intento no soltarlas. ¿Qué se siente al caminar por el mundo? ¿Podremos volver?

La única razón por la que no molesto a Atlas con ellas es porque sé que él tampoco sabe las respuestas.

Yari no entró en detalles para tranquilizarme.

Ignoro las burlas de Atlas. En lugar de mirar a la tierra como él, miro hacia arriba.

Al cielo. Donde reside el verdadero peligro.

—¿Y los dragones? —pregunto.

Atlas se encoge de hombros. —Si vienen a por nosotros, no estaremos aquí.

Me gusta cómo dice nosotros cuando en realidad es a mí a quien buscan.

—Estaremos en otro mundo —dice.

Supongo que tiene razón en esa parte. Supongo que es cuando realmente me doy cuenta. Realmente estamos dejando Ciudad Cambiaformas.

—¿Recuerdas lo que dijo Yari? —Le pregunto.

Atlas asiente y cierra los ojos. Justo antes de que se cierren, vislumbro el resplandor carmesí que los ilumina, el poder sin final que rebosa dentro de mi compañero. Yo también cierro los ojos.

Puedo sentir a mi compañero aprovechando la reserva de su poder. Por una vez, le acompaño y entro en su interior. Su mente me acoge del mismo modo que mi conciencia le acoge a él. Como si formara parte de él. Cada vez nos sumergimos más en las reservas de su dominio y su poder. Llegamos tan lejos como podemos, pero nunca alcanzamos el fondo.

Y sigue y sigue. ¿Es su poder realmente tan infinito?

Su poder no tiene fin ni principio, pero poco a poco Atlas empieza a llamar al Rey Deimos, y el mundo empieza a cambiar a nuestro alrededor.

Pensé que caminar por el mundo me dolería o al menos me mearía. Pero me hace cosquillas.

Hay una sensación de tirón desde el centro de mi cuerpo, como si nos succionaran a través de reinos y universos. Es como si mi cuerpo no pesara durante un segundo, como si fuera nada y todo a la vez, como si me llevara el viento.

Volando.

Como siempre he soñado.

Y a pesar de todo, Atlas me lleva de la mano. Creo que nos elevamos juntos.

Desde que ví a los dragones volar tan alto y libres, me preguntaba qué se siente. Si es algo tan bueno como esto, me gustaría poder volar más a menudo.

Surcamos juntos un cielo violáceo y luego descendemos en caída libre.

Este lugar, sea lo que sea, no es nuestro mundo.

Lo hemos conseguido. Lo hemos hecho de verdad. Estamos caminando por el mundo.

¿Y ahora cómo aterrizaremos?

67

—•—

Nova

Vamos tan rápido que todo está un poco borroso, pero a medida que nos acercamos a través de la atmósfera a la superficie, empiezan a aclararse algunos detalles.

Aquí, en este mundo, es de día. Probablemente sea mediodía por el aspecto y la posición del sol en el cielo, que arde con fuerza, derramando su calor y su luz sobre el pacífico mundo de abajo.

—¿Estás viendo lo mismo que yo? —Le grito a Atlas.

El cabello plateado de Atlas ondea violentamente tras él. —Reina Lune.

Está de pie ante un gran castillo, con una corona en la cabeza. Su belleza es casi etérea, con una larga cabellera plateada y unos ojos llenos de luz.

Hay dos niños de pelo oscuro colgados de sus caderas, uno mucho mayor que el otro, y otro envuelto alrededor de sus piernas. Otro está en sus brazos y otro en su vientre.

Por lo que parece, está a punto de estallar. Cuando nos ve caer por el cielo de su mundo, nos dedica una extraña sonrisa y acerca a los niños que están a su lado. La reina de este viejo mundo del que no sé nada susurra una palabra.

Nuestro descenso se ralentiza drásticamente y la Reina Lune levanta una mano en señal de saludo.

Intento tenderle la mano, saludarla a ella y a los preciosos niños que la rodean.

Al mismo tiempo, deseo este futuro. Hay una parte de mí que desea una casa llena de niños, una vida en la que nunca haya un momento aburrido.

También quiero darle las gracias porque estoy segura de que nos habríamos estrellado sin la ayuda que nos acaba de prestar para evitarlo.

¿La palabra que ha susurrado habrá sido en la lengua antigua?

La reina, sus hijos y su lujoso castillo desaparecen de la vista.

Nuestros pies se acercan al suelo. —¡Atlas, mira! —respiro, con voz atónita mientras señalo.

No hay arena en este mundo. Nuestros pies tocan una extraña sustancia verde. Y está por todas partes.

Atlas y yo aterrizamos juntos, todavía de la mano. Ojalá no llevara botas para poder sentir esta cosa verde entre los dedos de los pies. Parece tan suave y extraña.

Todo en este mundo lo es. Desde cómo huele hasta cómo se ve el cielo.

Cuando levanto la vista, se nos acerca un hombre alto y moreno. Tiene los ojos rojos oscuros de un alfa y lleva una corona. Nos está gritando algo que no entiendo.

Parece que él también habla otro idioma.

A medida que se acerca, la mano de Atlas se estrecha alrededor de la mía.

El rey se detiene ante Atlas. Su boca se abre. Pronuncia más palabras desconocidas.

El rey Deimos es tan aterrador como todas las leyendas que hablan de él. Atlas se mantiene erguido ante él, sin miedo ni intimidación.

Dos reyes enfrentados.

Una parte de mí se pregunta si llegarán a las manos. Nunca se sabe con los alfas, la verdad. Pero entonces el rey Deimos mira de Atlas a mí y luego de nuevo a Atlas.

Sus ojos se calientan. Una suave sonrisa reemplaza la dureza de sus rasgos. El rey Deimos aprieta los puños y se lleva la mano al pecho.

El corazón me da un vuelco. Debe de ser un símbolo de respeto que no se ha heredado en el nuevo mundo, porque nunca antes lo había visto.

Ya no lo hacemos, pero ver a un alfa como Deimos hacerlo por mi compañero me llena de orgullo. Atlas inclina la cabeza y devuelve el gesto.

Justo detrás de Deimos, puedo ver asomar su castillo, la familia que seguramente espera ansiosa su regreso.

El rey Deimos tiende una mano como ofrenda a Atlas. El aire palpita con los zarcillos invisibles de la dominación entre los hombres que se

ponen a prueba mutuamente.

La compañera de Deimos es una omega como yo. ¿También se parece a mí en otros aspectos?

Atlas mira la mano extendida de Deimos, a nuestro alrededor, a este mundo nuevo y desconocido, y luego vuelve a mirarme a mí. Le hago un pequeño gesto con la cabeza antes de tomar la mano del rey entre las suyas.

Y es entonces cuando aparecen las criaturas.

Monstruos que parecen lobos pero hechos de sombra.

De alguna manera, han salido del Rey Deimos, como si hubieran surgido de su interior. Se abren en abanico a nuestro alrededor, totalmente hechos de dientes y ojos rojos.

Y entonces estamos rodeados.

68

—•—

Nova

El rey Deimos empieza a hablar, pero ni Atlas ni yo tenemos ni idea de lo que dice. Las criaturas de las sombras no nos atacan, al menos de momento.

Una figura sale corriendo de detrás del rey de este mundo, y las criaturas de las sombras acuden en tropel a su lado.

Es la reina.

Atlas me sujeta con firmeza mientras el rey Deimos agarra a Lune por los codos para frenarla. La regaña en voz baja, probablemente porque está embarazada. Iba muy rápido. Un ligero rubor rosado se extiende por su bello rostro.

Me estremezco cuando la reina agita una mano para apartar a su compañero.

Son un espectáculo para la vista, las leyendas de antaño, el rey y la reina que derrotaron a los Dioses menores en vivo y en directo ante nosotros.

Tengo tantas preguntas, pero no parece que podamos entendernos.

Además, sólo hay una pregunta que necesitamos responder. Con lo intimidante y dura que se ha vuelto la expresión de Deimos, me sorprende cuando se limita a poner los ojos en blanco ante la terquedad de su compañera.

—¡No pueden entender la lengua antigua! —le espeta Lune, agitando sus preocupadas manos.

Los lobos de las sombras que nos rodean gruñen.

Mis ojos se abren de par en par. —¡La lengua antigua! —Me suelto de la mano de Atlas, a pesar de sus muchas protestas.

Lune me sonríe cálidamente. Como es una semidiosa, nunca envejecerá, aunque los cambiaformas tampoco envejecemos mucho. Generalmente, somos inmortales a menos que nos mate la plata, pero hay algo en la reina que emana poder e inmortalidad.

Toma mis manos entre las suyas. —Los Dioses me hablaron de ti —dice la reina.

Los hombres permanecen juntos uno al lado del otro, ambos murmurando para sí mismos sobre la terquedad de sus compañeras.

La reina y yo los ignoramos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta amablemente.

—Me llamo Nova...

—Shadowmoon —Atlas termina por mí—. Nova Shadowmoon.

Casi lloro allí mismo, delante del rey y la reina. Me muerdo el labio, pero la emoción es casi abrumadora. He pasado de llevar el apellido de un don nadie, nacida bastarda, al apellido de la familia más real de mi mundo.

De bastarda a reina.

Lune me dedica otra sonrisa deslumbrante. Las criaturas de las sombras se acercan y yo retrocedo, soltando sus manos. Alarmado, Atlas se pone delante de mí al instante, interponiéndose entre el peligro y yo.

Les enseña los dientes a las criaturas de las sombras como si fuera a luchar contra criaturas que ni siquiera son del todo reales. Y todo por mí.

—Oh, ¿podrías llamarlos? —replica Lune, golpeando a Deimos en el pecho.

Me tapo la boca para ocultar la risita que amenaza con estallar de mí.

El cielo aquí es tan extraño que decido mirar eso en lugar de al rey y la reina.

Deimos frunce el ceño. —¡Muy bien, muy bien! —refunfuña. El rey extiende las palmas de las manos y las criaturas de las sombras se arremolinan en su mano y desaparecen.

Lune se vuelve una vez más hacia mí. —Eres más que bienvenida aquí, Reina Nova Shadowmoon.

Al oír mi título por primera vez se me hace un nudo en la garganta. Nunca pensé que sería reina. —Gracias —digo mientras Atlas me aprieta la mano.

La Reina Lune arruga el ceño. Se pasa un largo mechón de pelo por detrás de la oreja y se frota una mano entrañable sobre el vientre.

—¿De cuánto estás? —pregunto. Pienso en Bash y en cuando estaba en mi vientre. Cómo sentí que había estado embarazada para siempre. Y de repente... todo pasó demasiado rápido.

Una sonrisa de orgullo se dibuja en el rostro de la reina. —Los sanadores creen que sólo me queda un mes. Pero a nuestros hijos les suele gustar aparecer pronto. —La sonrisa que intercambia con el rey Deimos me hace sonrojar y apartar la mirada. Así es como estoy segura de que me mira Atlas.

Con ojos llenos de amor, el rey rodea con un brazo a su mujer embarazada.

—Enhorabuena —le digo. Atlas murmura sus felicitaciones.

—Gracias. Ojalá pudiéramos tener más tiempo para hablar juntas —dice Lune con pesar—. Pero me temo que los Dioses me han advertido de tu visita.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto.

Los Dioses han estado tan silenciosos en nuestro mundo. ¿Tiene la Reina Lune una línea directa con ellos?

Ella sacude la cabeza. —Se te acaba el tiempo. Sé a qué has venido. —Palmea pacientemente la mano de Deimos y él susurra una palabra en lo que supongo que es la lengua antigua.

El rey saca de la nada un pequeño libro encuadernado en cuero marrón, ¿un puente entre ambos mundos? No lo sé, pero se lo entrega a Lune.

Lo agarra con tanta fuerza que sus dedos se vuelven blancos como el hueso.

¿Podría ser esto por lo que hemos venido aquí?

—Antaño, la lengua antigua sólo la hablaban los semidioses, pero no nos parecía correcto ni justo. Ahora hay unos pocos elegidos que están aprendiendo la lengua para que no muera nunca. Este libro es de la lengua antigua pero adaptada para que los no semidioses

puedan usarla. —Lune da un paso adelante. Su compañero la observa como si colgara la mismísima luna—. Sin embargo, debo advertirte. Esta lengua es poderosa, peligrosa en las manos equivocadas. Debes tener cuidado.

—Lo tendremos —juro.

Lune asiente una vez. —Creo en ti, Nova Shadowmoon. —Una reina cree en mí.

Algo es algo.

Aunque puedo sentir el tictac de algún reloj invisible, algún peligro que se acerca como una sombra que pronto consumirá mi mundo.

Ya nos han advertido dos veces que nos demos prisa.

Lune pone el libro en mis manos. Inclino la cabeza. —Gracias —suspiro.

No hemos tenido que pasar por ningún aro, ni arrastrarnos o suplicar para conseguir el libro. —Muchas gracias.

—Sí, gracias —dice Atlas—. El destino de nuestro mundo depende de esto.

El rey Deimos agacha la cabeza en señal de reconocimiento.

Cuando Lune nos mira, hay tristeza en sus ojos. Preocupación. Retrocede, y entonces somos como espejos el uno del otro. Dos reyes y dos reinas a pocos metros de distancia.

Pronto, un mundo aparte.

—No dudo de que cumplirás tu destino. En tu mundo, cantan canciones sobre nosotros, cuentan historias. Pero pronto, muy pronto, cantarán la canción de la Reina Nova y el Rey Atlas

Shadowmoon —declara Lune. Levanta la barbilla, con una mano apoyada en su vientre hinchado.

Mis ojos se llenan de lágrimas cuando Atlas levanta una mano hacia el rey y la reina. Su dominio se arremolina a nuestro alrededor. Vuelve esa misma sensación de tirón.

—Caminante del mundo —me nombra Lune en voz baja. Y entonces la reina se lleva la mano al corazón.

Para mí.

Y me nombra una última vez antes de volver a nuestro mundo.

—Deprisa, Reina.

69

—•—

Nova

Se supone que toda la ciudad estará dormida cuando regresemos. En cambio, a medida que nos acercamos a lo que queda de Ciudad Cambiaformas, hay bullicio y energía zumbando a su alrededor.

Todos los cambiaformas corren por la ciudad apuntalando nuestras defensas. Pero desde que los dragones la atacaron, Ciudad Cambiaformas está irreconocible.

—¿Qué está pasando? —pregunto con el libro que nos dieron Lune y Deimos bajo el brazo.

El rostro de Atlas está marcado por líneas duras. Sus ojos brillan con un rojo intenso, casi como una señal, y la fila de guerreros de la Fuerza que forman un batallón en lo que una vez fueron nuestras fronteras se inclinan ante él. Se separan y nos dejan pasar, cerrándose detrás de nosotros.

Los ojos de Atlas brillan y habla despacio, en voz baja y directamente a mi oído. Palabras solo para mí.

Palabras que desearía que él no tuviera que decir nunca.

—Porque les dije que se prepararan para la guerra.

Trago saliva.

Ambos aceleramos el paso. Cuanto antes volvamos con Bash, mejor. Sé por los pensamientos de Atlas que ha estado tan ansioso por volver con él como yo.

Sin embargo, la gente sigue acercándose a Atlas. Él siempre es paciente, tranquilizador, pero anoche hubo otro avistamiento de dragones y todo el mundo está nervioso.

Espero pacientemente a que termine de hablar con un asesor. Todos los alfas están aquí y todos se preparan para lo peor.

El aroma del miedo es palpable en el aire. El miedo me huele a podrido. Algo que se suma a la sensación de inquietud que crece en la boca de mi estómago.

—¿Cuántos? —pregunto cuando mi compañero vuelve a mi lado. Atlas niega con la cabeza y no contesta. Y no responder es probablemente la peor respuesta que puede darme. Él también empieza a caminar más rápido.

Llegamos al búnker. La mayoría de las mujeres y los niños se mantienen aquí. Son los hombres los que están en la superficie. Arriesgando sus vidas, debo añadir, ya que los dragones podrían pasar por encima en cualquier momento.

—¿Cuántos? —Insisto cuando estamos bajo tierra y solos en la oscuridad.

Atlas suspira y se pasa una mano por la cara. —Demasiados.

—¿Cuántos?

—Contaron una docena, pero ¿quién sabe? —dice tenso. Veo que el estrés empieza a afectarle. Se mantuvo firme como una roca delante de su gente. No les dejó ver que estaba tan aterrorizado como ellos.

¿Pero aquí, en la escalera subterránea, sólo conmigo?

Ya lo veo.

La mente de Atlas es un torbellino de pensamientos. Todo se va acumulando mientras él permanece en silencio. Antes no estaba ahí para él, pero ahora necesito estarlo.

Nos necesitamos mutuamente.

—Atlas...

Está demasiado quieto. Apoya la espalda contra la pared y se tapa la cara con las manos. Sé que es mejor no intentar tocarle ahora.

—¡Joder! —explota, y su puño va directo a la pared. La piel se raja y la sangre se derrama por sus nudillos.

Atlas se desliza hasta el suelo, con la cabeza hundida entre las manos.

Cuando me arrodillo ante él y le paso los dedos por el pelo, levanta la cabeza lentamente, con cara de auténtica sorpresa al verme allí.

Ver a alguien allí.

¿Y cuánto tiempo lleva este hombre soportándolo todo, todo el peso y la responsabilidad?

—Si los dragones vienen por nosotros, estamos jodidos, Nova. No sé si... —Se le quiebra la voz y sé que está pensando en nuestro hijo, en Bash y en todos los demás niños de abajo.

Todos los jóvenes e indefensos que serán diezmados.

—No sé si alguno de nosotros saldrá vivo —admite Atlas.

A pesar de que mi corazón se hunde, no hablo, mi intuición me dice que sólo necesita que le escuche por ahora. Mis dedos siguen recorriendo su pelo, sus sedosos mechones. Sé que dice la verdad, pero es una verdad que no compartiría con nadie más, una verdad que sólo me confía a mí.

Atlas exhala. Por primera vez desde que lo conozco, le tiemblan los labios y parece realmente asustado.

Pero no por sí mismo. Por Ciudad Cambiaformas y todos los inocentes que la llaman hogar.

—No puedo hacer esto. No puedo mantener a todo el mundo a salvo —susurra, con los ojos distantes, como si estuviera perdido en sus pensamientos. Las siguientes palabras son tan silenciosas que no creo que pretenda o quiera que yo las oiga.

—Siempre supe que no era apto para ser rey. Ahora en mi guardia, la ciudad caerá. Y no puedo detenerlo.

Siseo. Hay muchas cosas que le escucharé decir, pero esa no es una de ellas. Sobre todo porque es mentira.

Le levanto la barbilla con un empujón de la mano. La oscuridad que nos rodea bajo tierra parece más densa que antes de que dijera esas palabras.

Agobiado por su desesperación.

—No hay nadie más apto para ser rey que tú, Atlas.

Atlas niega con la cabeza. —Si no encontramos algo en ese libro (me señala con la barbilla el libro que aún llevo bajo el brazo), estamos jodidos. Se acabó. Y todo lo que quiero, Nova... —Se interrumpe, inhalando bruscamente.

Se le llenan los ojos de lágrimas. Ver a mi hombre, que normalmente es tan impasible que bien podría ser una pared de ladrillo, tener todos estos sentimientos, me está haciendo ahogarme también.

—Todo lo que quiero es que estés a salvo. Que Bash esté a salvo. Me perdí tanto. Me perdí sus primeros pasos, su primera palabra. Me perdí su crecimiento hasta esta edad. Me perdí cumpleaños que nunca recuperaré. ¿Y ahora si fallo en protegerlo, si le fallo otra vez? Nunca recuperaré ese tiempo. Quiero que sea libre para ser un niño sin vivir en una zona de guerra. Quiero que prospere. Es un príncipe, y será rey después de mí y yo... si no puedo sacarnos de esta, ¿soy siquiera digno de ser alguien a quien admire?

Frunzo los labios. El vínculo entre nosotros es tan nuevo que no estoy segura de cómo funciona todo. Pero sé cómo enviar mi amor por él, así que lo hago. Todo lo que puedo canalizar en Atlas, lo hago.

—En primer lugar, tu hijo ya piensa que eres un superhéroe, no importa lo que haya pasado en el pasado ni lo que pase ahora. —Los ojos de Atlas se cierran como si le gustaran mis palabras, como si fueran música para sus oídos—. Y en segundo lugar, no estás solo en esto.

—Lo sé —respira—. Lo sé.

Pero no lo entiende. No lo comprende. Que moriré antes de vivir sin él.

—Tu padre fue un buen hombre y un buen rey. Sabes que hay una razón por la que él te eligió sucesor. Hay una razón por la que los Dioses te han bendecido como lo han hecho —le digo pacientemente. Tal vez sólo necesita un recordatorio, tal vez el pánico está empezando a afectarle.

A mí también empieza a afectarme. A todos nosotros.

—¿Interrogarás a los Dioses? —pregunto levantando la barbilla. El anillo de mi dedo, mi anillo de emparejamiento, brilla incluso en los lugares más oscuros.

—No —dice Atlas, la resolución ha vuelto a su tono.

—No.

Me sonríe, y aunque no alcanza su gloria normal, es algo. Ya se siente un poco mejor de energía. —Eres bastante buena en esto de los discursos motivacionales. Debería dejar que te dirigieras a la gente.

Le devuelvo la sonrisa. —Necesitan oír a su rey.

Y el orgullo que siento no es fingido. Estoy orgullosa de que mi compañero sea un buen hombre honorable y un rey más que digno. —Hablando de dirigirse al pueblo... ¿estás lista para tu primera aparición como reina?

La alarma se apodera de mí. —¿Será mañana?

—A primera hora.

Uno mi mano a la suya. —Estaré a tu lado, Atlas Shadowmoon. Ahora y siempre.

—Y yo estaré orgulloso de tenerte —dice.

Acaricio su mejilla con la mano, mirando profundamente esos ojos rojos. —Y cuando no puedas ver la luz, recuerda que siempre me sentaré contigo en la oscuridad.

70

—•—

Atlas

Apenas tenemos tiempo de mirar el libro cuando empiezan los ruidos desde arriba.

—Los dragones están aquí —grita Nova antes de que podamos estar seguros. Arrastra en brazos a Bash, que aún duerme, y lo abraza con fuerza.

—¿Cómo lo sabes? —grito mientras me abrocho el cinturón de armas. Hay mucho alboroto en la superficie, pero ninguno de los sonidos habituales que traen consigo los dragones.

Nova hace una mueca cuando se oye un estruendo justo encima de nuestras cabezas. Se muerde el labio. —¡No lo sé! —Sus ojos recorren la habitación. Cojo el libro y me lo guardo en el bolsillo trasero.

Aún no puedo creer lo que hemos descubierto. —Pero puedo sentirlos —dice inquieta.

Maldigo. Alguien grita por encima del suelo, tan fuerte y estridente que llueven escombros del búnker. Nova chilla y salta para apartarse.

Mi segundo irrumpe en la habitación sin llamar. Estaba apostado a unos metros de la puerta. —¿Señor? —grita con ojos desorbitados.

—¡Conmigo! —Le ordeno mientras cojo a Bash de los brazos de Nova y salgo con mi compañera pisándome los talones. No me gusta tenerla detrás, donde no pueda verla, pero es mejor que delante de mí.

Mi segundo se apresura a seguirme mientras me dirijo a la escalera que nos llevará a la planta baja. La gente grita órdenes; los alfas movilizan sus manadas. Pero hay una frase que se repite una y otra vez.

—¿Dónde está el rey? —preguntan todos.

—¿Vamos ya a su discurso, señor? —pregunta mi segundo, confuso.

—No hay tiempo para discursos bonitos —ladro—. Los dragones están aquí.

—¡Mujeres y niños por aquí! —grita Savvy.

—¡Savvy! — Nova la llama, agarrando las manos de la bruja en las suyas.

—Hola, querida —canturrea Savvy, pero no lo hace con su estilo habitual. Incluso sus ojos amarillos están llenos de preocupación. El búnker subterráneo está cargado y sin aire, con todo el mundo apiñado y corriendo de un lado a otro.

La bruja mayor se vuelve hacia mí. —Hola, rey.

Le dedico una inclinación de cabeza. —Bruja.

Savvy me frunce el ceño. —Dame al chico.

Cuando se acerca a él, me alejo. ¿Cómo puedo dejarle cuando más me necesita? ¿Cuándo no sé si volveré a verle?

—Atlas —susurra Nova—. Tenemos que hacerlo.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Siempre tiene razón.

Cierro los ojos mientras la gente se agolpa a mi alrededor. Por un segundo, me permito respirar su olor, el olor de mi hijo que es una mezcla perfecta del mío y el de su madre. Mi hijo.

—Te quiero, hijo —le susurro, aunque esté dormido. Bash se agita, pero sus ojos permanecen cerrados—. Eres un príncipe —le digo con fiereza—. No lo olvides nunca.

Nova aparta la mirada, secándose las lágrimas de los ojos. —Te quiero —le repito.

Nova también lo besa. Puedo sentir su renuencia a dejarlo por el vínculo.

—¿Quieres quedarte con él? —pregunto mientras se lo entregamos a Savvy.

Savvy duda, pero no tiene motivos para hacerlo. Ya sé cuál será la respuesta de Nova incluso antes de que la diga.

Mi compañera levanta la barbilla. —Mi lugar es luchar. A tu lado.

Y si conozco a Nova, ni siquiera los Dioses podrían disuadirla.

Me dirijo a mi segundo. —Diles a todos que den la alarma.

Y mientras vemos a nuestro hijo desaparecer en brazos de Savvy por los oscuros pasillos, hay una parte de mí que se pregunta si será la última vez que vea su cara.

71

—•—

Nova

Un rugido rasga la madrugada justo cuando atravesamos la superficie. Y así, la guerra ha comenzado.

Pero lo realmente loco es que los sentí incluso antes de que estuvieran realmente aquí.

Sabía que iban a venir.

—¡Quédate a mi lado! —Atlas me ordena, su transformación ya llega.

—Siempre —respondo mientras el mundo estalla en llamas.

Un dragón chilla sobre nuestras cabezas y exhala llamas. Un calor abrasador inunda el mundo. Se siente tan violento y lleno de agitación como una tormenta, pero en lugar de agua lloviendo del cielo, es fuego.

Atlas lanza un escudo de aire para detenerlo, y el escudo resiste. Pero lo que no aguanta es el dragón, que cae en picado, planeando antes de caer de pie justo delante de nosotros.

Las palabras de Atlas de las primeras horas de la mañana pasan por mi mente sin ser escuchadas. Las palabras se convierten en la banda sonora de la escena infernal que se desarrolla a mi alrededor.

Los dragones no pierden el tiempo conversando ni negociando.

Y esta vez no agitamos una bandera blanca.

Estamos luchando.

Todos los alfas se han transformado. El dragón les ruge, y ellos le devuelven el rugido.

El lobo de Atlas está de repente frente a mí. La alarma se dispara a través de mí. Está solo enfrentándose a este enorme dragón.

Es la instantánea perfecta de cómo se ve su vida, su título, su gobierno.

El rey solo contra el mundo.

—¡A vuestro rey! —Ordeno.

Los alfas se despliegan a su alrededor. Oso, tigre, león, lobo, serpiente (enemigos y amigos), se unen para defender nuestra ciudad. Para luchar junto a su rey.

Como su reina, me transformo para luchar a su lado. Esta vez no hay miedo. Sólo venganza feroz. El cuello del dragón serpentea hasta el nivel del suelo. Detrás de nosotros, los miembros de la Fuerza están en medio de la lucha de sus vidas con otros dos dragones, ¿pero este gran dragón verde?

Es todo nuestro.

Tras su próximo rugido, con sus dientes alargados a centímetros de mi cara, atacamos. Son más grandes. Más fuertes. Respiran fuego.

Pero queremos más.

Luchamos con uñas y dientes, y por muy sobreprotector que sea Atlas, confía en mí para que luche a su lado.

Todo es una mezcla de combate y caos.

Mi pequeña estatura, que antes consideraba una debilidad, ahora juega a mi favor.

Así que tal vez los Dioses no me maldijeron con mi pequeño tamaño.

Tal vez fue realmente una bendición disfrazada.

Al final, consigo acercarme lo suficiente como para hacerle un profundo corte en la pata delantera izquierda, tan profundo que la cabeza del dragón se inclina hacia el cielo y suelta un desgarrador grito de dolor.

Esa es mi chica, la voz de Atlas suena en mi cabeza. Mis ojos buscan rápidamente entre la matanza, la sangre y el fuego para encontrar a mi compañero. Rápidamente lo localizo y escaneo su cuerpo en busca de heridas.

No encuentro ninguna y vuelvo a centrar mi atención en la bestia. Debo de haber tocado una arteria sensible, porque la sangre brota sin control de la pata del dragón.

Bien.

Atlas juró al pueblo que no dejaríamos caer la ciudad. Y haré todo lo que pueda para garantizar que esa promesa se cumpla.

El dragón que he mutilado se eleva hacia el cielo. Su sangre salpica mi cara mientras se aleja.

Atlas y yo cruzamos miradas en el campo de batalla. No es una victoria, pero casi lo es.

Todos los alfas vitorean mientras el mayor de todos los dragones se retira hacia el cielo.

Mi loba alza el hocico al cielo y aúlla su victoria. Nadie más, ni siquiera Atlas ha sido capaz de acercarse lo suficiente para hacerle esa herida.

Pero la victoria dura poco.

Otro de los dragones, uno carmesí, sobrevuela. Y viene de la dirección del búnker.

—¡No! —grita Atlas, con la voz quebrada por la cantidad de furia incrustada en ella.

Nunca le había oído sonar así. Tan desesperado. Tan impotente.

Debe verlo antes que yo. O mi mente ha ralentizado mi reacción para blindarme o para protegerme de que me hagan daño.

Porque en las garras del dragón hay una pequeña figura.

Tienen a Bash. Tienen a mi hijo.

72

—•—

Atlas

—¡Tienen a mi hijo! —Mi voz de lobo ruge cada palabra gutural.

El dragón que tiene a mi único hijo vuela cada vez más lejos.

Pronto desaparecerá y me quitará lo más importante de mi vida.

Y no puedo dejar que eso ocurra.

Estoy corriendo a través de la carnicería. Nova no está justo detrás de mí. Ella está a mi lado, con su loba rugiendo con furia.

Pidiendo sangre.

El mundo está inundado de fuego y sangre. Y ante mis ojos, mis peores temores se hacen realidad.

El dragón que tiene en sus garras el pequeño cuerpo de Bash lanza un desgarrador grito de victoria. El resto de los dragones se retiran junto a él hacia los cielos.

Casi como si hubieran conseguido lo que vinieron a buscar.

Algunos se quedan en el cielo para dar vueltas sobre la cabeza de Nova mientras corre.

Chillo y me detengo. Nos detenemos justo debajo del dragón, mi compañera y yo eclipsados por su sombra. Unos aleteos más y el dragón habrá desaparecido.

Y con él, cualquier posibilidad de recuperar a nuestro único hijo y heredero.

Justo entonces, estalla un embudo de fuego. Al principio, creo que son los dragones.

Pero debería haberlo sabido.

El fuego viene del suelo, y aquí no quedan dragones.

¿O sí?

Nova lo ha estado haciendo muy bien manteniendo sus emociones y su fuego bajo control.

La visión de nuestro hijo siendo llevado por nuestros enemigos debe ser demasiado para ella.

Ella chasquea.

A su alrededor, los cambiaformas se reúnen, estirando el cuello para ver con la boca abierta cómo la loba de Nova dispara sus llamas al cielo, directas a las alas del dragón que tiene a nuestro hijo.

El dragón chilla y, mientras cae, mi mente se llena de recuerdos, de palabras en una lengua antigua y olvidada.

Palabras que nunca debimos oír pero cuyo significado hemos aprendido.

Miro fijamente el enorme agujero que el embudo de fuego de Nova ha abierto en la fina membrana del ala del dragón, recordando lo que leímos en el libro que Lune y Deimos nos dieron anoche. Era menos que un diccionario y más que un traductor.

Los textos mostraban palabras en la lengua común y cómo decirlas en la lengua antigua. Nova tomó las palabras que oímos pronunciar a los dragones y pasó casi toda la noche traduciéndolas.

Hablaban de alguien que desbloqueaba un potencial oculto. Sobre cómo estarían básicamente jodidos si ese alguien descubriera la verdad.

No querían que nadie lo supiera, pero juntos, mi compañera y yo lo descubrimos.

Lo único que puede matar a un dragón es el fuego de dragón.

—¡El príncipe! —jadea uno de los alfas.

¡Coge a Bash!, me grita por el vínculo.

Entonces Nova se mueve en un borrón.

El dragón cae en picado, girando una y otra vez. Sus garras se abren instintivamente y Bash grita mientras se precipita por los aires.

Salgo del trance en el que me encontraba.

Bash sigue en caída libre. Corro hacia donde creo que va a aterrizar. Por unos instantes, vislumbro su cara aterrorizada y me pongo rojo.

Cada vez más cerca del suelo.

Nova ruge mientras se acerca precariamente a la arena roja abrasada. Ordeno al aire que cree estructuras parecidas a brazos para atraparlo antes de que caiga al suelo.

Entonces, uso mi poder para hacer que la tierra se levante y cree una barrera alrededor de Bash hasta que pueda llegar hasta él. Mi estimación de dónde aterrizaría es sólo ligeramente errónea.

La loba de Nova brama de nuevo antes de golpear al dragón con otro rayo de llamas hirviendo.

Justo en la cabeza.

Se oyen jadeos por todas partes.

El dragón grita más fuerte que cualquier cosa que haya escuchado.

Pero, cuando finalmente se estrella contra el suelo en un gigantesco montón, no es un dragón lo que yace en el cráter que el cuerpo de la criatura ha creado al impactar.

Es un hombre.

No puedo creerlo. Los dragones no son bestias sin mente en absoluto.

Son cambiaformas, como nosotros.

73

—•—

Nova

Savvy está muerta. Murió defendiendo a mi hijo. Los dragones la mataron junto con algunos niños y mujeres.

Sólo para llegar hasta Bash.

Y aunque no estoy dispuesta a admitirlo, empiezo a entender exactamente por qué.

Se me saltan las lágrimas por la pérdida. No sé cómo asimilar la muerte de la mujer que tanto hizo por mí, que me cuidó como a una hija y cuidó a mi hijo como a un nieto.

En algún momento, Aylin viene a sentarse a mi lado mientras el atardecer se cierne sobre la destrucción que nos rodea.

El búnker ha sido destruido, dejándonos a todos a la intemperie. Pero, después de que derribé al dragón, los otros se retiraron a sus volcanes.

Bash está en mis brazos mientras los sanadores lo tratan. Todos están trabajando horas extras desde la batalla.

Aunque técnicamente ganamos, el número de bajas me hace cuestionarlo.

¿Es realmente una victoria que haya tantas personas heridas y sufriendo? ¿Es realmente una victoria cuando casi toda nuestra ciudad ha desaparecido?

Por suerte, Bash sólo sufrió heridas leves, pero aún me siento helada y entumecida por el miedo que experimenté cuando estaba en las garras de ese dragón.

Miedo es una palabra insulsa. Casi me da un infarto y probablemente me habría dado si no me hubiera enfadado tanto que lo hubieran atrapado.

Contemplo los restos que quedan de la antaño gran Ciudad Cambiaformas. Nuestros antepasados tardaron casi cincuenta años en fundar este lugar, y los dragones lo redujeron a escombros en cuestión de minutos.

¿Cómo podemos ganar a un enemigo así?

Abrazo a nuestro hijo mientras mi compañero tira de nuestro vínculo. La luz de la luna en mi pecho me une a Atlas.

Dios, ha sido un día tan largo y horrible que todo lo que quiero sentir es a él contra mí, dentro de mí, envuelto a mi alrededor hasta que sea todo lo que pueda sentir.

Disfrutando de la comodidad y la tranquilidad de tener a mi hijo en brazos, dejo que Atlas me meta en su mente.

Atlas y los cinco alfas se llevaron al cambiaformas dragón lejos de donde los supervivientes del ataque están apuntalando cansados nuestras defensas en caso de otro ataque. Atlas insistió en que al menos uno de los videntes los acompañara, ya que le parecía que sabían más de lo que decían.

El vidente permanece de pie con sus extraños ropajes, en un silencio antinatural mientras observa cómo se desarrolla todo.

Empiezo a pensar que el principal trabajo de los videntes no es mirar al futuro. Que tal vez su trabajo principal es ser vigilantes para los Dioses de todo lo que sucede a su alrededor.

El cambiaformas, cuyos ojos son del mismo color que las escamas de su dragón, está atado en plata, que parece quemarles tanto como a nosotros.

Pero no los mata. De la conversación que escuchamos a escondidas con la tecnología de Atlas aprendimos que lo único que puede matar a un dragón es, irónicamente, el fuego de dragón.

Cinco alfas están en sus formas bestiales, pero Atlas no. Está ante el prisionero atado con la corona de obsidiana en la cabeza. El rostro del dragón cambiaformas está medio quemado por los golpes que le di, pero aún así, se las arregla para mirar desafiante a Atlas.

Aún no puedo creer que este hombre pueda transformarse en una criatura que escupe fuego.

Un gruñido retumba en mi compañero.

Puedo ver todo lo que ve, pero sigo sintiendo el sedoso pelo plateado de Bash mientras yace en mis brazos llorando en silencio.

Espero que su padre haga pagar al enemigo por este trauma que han obligado a soportar a mi hijo.

Atlas tira bruscamente de la cabeza del cambiaformas por el pelo hacia atrás.

Cuando Atlas habla, no lo hace en la lengua común.

De su boca ladran palabras que aprendió en la lengua antigua del libro que nos dio Lune.

Si los alfas están confusos, no lo dejan entrever. Algunos están heridos y quemados, pero todos parecen lo bastante enfadados como para matar.

El dragón cambiaformas arruga la nariz medio quemada y escupe a los pies de Atlas. El fajo está a un pelo de tocar a mi compañero.

Y la falta de respeto hacia mi compañero es algo que no aceptaré.

Bash se ha quedado dormido. Aylin me lo quita sin decir palabra. Sé que ella y la manada que nos rodea protegerán a Bash. De todos modos, los dragones no volverán tan pronto, no cuando tenemos a uno de los suyos.

Estoy viendo doble. Veo cómo Atlas repite palabras en la antigua lengua mientras el cambiaformas dragón se niega a hablarle, y veo cómo el mundo se precipita mientras corro a su lado.

Los alfas e incluso los videntes jadean cuando aparezco. ¿Cuándo adquirí la capacidad de moverme tan rápido?

Casi parece que he volado al lado de Atlas.

Entonces me interpongo entre él y el obstinado cambiaformas. El fuego se enciende en mis ojos, en las puntas de mi pelo.

El miedo ilumina los rasgos dañados del dragón.

El aire apesta a carne quemada. Su piel se siente áspera y reptiliana cuando mi mano cruje, abofeteando al cambiaformas dragón en su cara. Su cabeza se inclina hacia un lado.

—¡Respóndele! —Siseo en la lengua antigua.

Lentamente, el hombre gira la cabeza hacia mí y su ojo bueno se convierte en una rendija. Parpadean hacia Atlas, que está de pie con los brazos cruzados a mi lado, y luego vuelven a mí.

—Te percibimos. Cuando alcanzaste la mayoría de edad. —Sus palabras hacen que mi sangre hirviendo se convierta en hielo instantáneo en mis venas. El prisionero asiente a Atlas—. Sólo hablaré con ella porque tiene la sangre —responde.

Los ataques de dragón no empezaron hasta que alcancé la madurez.

Porque tiene la sangre.

Debe ser por eso que vinieron los dragones. Tenía razón. Vinieron por mí.

—¿Por qué estás aquí? —Escupo en la lengua antigua.

Sus fosas nasales se inflaman. Sus ojos se abren de par en par. Luego se sacude y tira de las cadenas de plata que le sujetan los brazos a la espalda. —Os lo he dicho. Porque sentimos tu sangre —sisea.

De repente, recuerdo lo que Atlas dijo una vez. Que las piezas que faltan en los rompecabezas son la clave de todo.

Mi sangre.

Sangre como en... familia. Mi padre siempre ha sido la mayor pieza del rompecabezas que faltaba en la ecuación, el mayor signo de interrogación y el mayor misterio de toda mi vida.

A mamá nunca le gustó hablar de ello, nunca le gustó que le recordaran que había sido infiel al padre de mis hermanastros. Nunca le gustó mencionar a mi padre, así que siempre esquivaba el tema. Un día, comprendí que debía dejarlo.

¿Podría ser mi padre un dragón? ¿O tal vez tenía sangre de dragón?

El cambiaformas no dice nada más sobre el tema. Empieza a enfurecerse, rabiando y divagando sobre cómo estamos acabados. Cómo nos equivocamos al tomarlo como prisionero. Que los dragones y los cambiaformas son enemigos desde que invadimos su mundo.

Cómo los dragones no aprecian que aparezcamos.

Atlas le fulmina con la mirada a mi lado.

El vidente ha estado tan extrañamente callado que me choca cuando da un paso al frente.

—No recuerdo que los dragones fueran tan estúpidos —entona.

Me alegro de que sólo haya un vidente presente para no tener que oírlos hablar a todos a la vez de esa forma tan enervante que tienen.

El dragón vuelve a llorar. La silla traquetea en la arena roja bajo la luz de las lunas llenas, pero no puede ir a ninguna parte.

El vidente chasquea la lengua y entrelaza las manos bajo su gruesa capa. Levanta la barbilla. —Si los dragones no regresan, los cambiaformas no estarán completos, y este mundo será considerado un fracaso y abandonado por los Dioses.

Atlas y yo nos dirigimos rápidamente hacia el vidente.

—¿Qué has dicho? —pregunta Atlas.

El vidente sacude la cabeza. Da un paso atrás, como si las noticias que va a dar justificaran que se interponga entre él y mi compañero. —Eso dice la profecía. ¿Por qué crees que hay tantos volcanes inactivos?

—Incluso los tres volcanes sagrados duermen, al acecho para ver si cumples tu destino.

No puedo ver los ojos del vidente, pero de algún modo sé que me está mirando mientras dice esa parte.

—Si los dragones no regresan, todos los volcanes explotarán y acabarán con todos nosotros.

El dragón cambiaformas se burla. —Los Dioses nos han transmitido la misma profecía durante siglos, desde que huimos y tomamos este mundo como nuestro en contra de sus deseos. No es más que una invención. Y te aseguro que esto es la guerra.

El gruñido de Atlas es profundo y grave, rodando sobre el paisaje muerto.

El fuego se acumula en mí, ya sea en respuesta a mi ira o como reacción a la presencia del dragón.

Esta vez sale de mis ojos. Todo el grupo inhala bruscamente y retrocede. Algunos incluso gritan.

Mis llamas atraviesan el corazón del dragón cambiaformas.

El fuego se apaga y él yace sin vida, desplomado en su silla y encadenado.

Supongo que es verdad.

Sólo el fuego de dragón puede matar a un dragón.

74

—•—

Nova

Hay algo romántico en estar tumbada bajo las estrellas con mi compañero, a pesar de todo lo que ha pasado. Aunque el aire huela a sangre y carbón.

Volvemos con Aylin y Bash acurrucados juntos y roncando, rodeados de lobos por todas partes. No volverán a dejar a su príncipe sin vigilancia, y aunque están un poco más lejos de lo que me gustaría, puedo verlos desde donde estoy.

No puedo relajarme del todo. No después de lo que pasó. Pero sé que está a salvo.

Estamos durmiendo todos juntos bajo las estrellas, todos los cambiaformas que antes discutían tanto, acampando como una familia.

Puedo oír a algunas parejas haciendo el amor, aprovechando estos raros momentos de tranquilidad.

Sé que Atlas está despierto, preocupado y estresado. Me doy la vuelta y lo encuentro tumbado boca arriba, mirando las estrellas y

las lunas como si estuviera en comunión con ellas.

Durante un segundo lo observo, estudiando la curva de su nuez de Adán, la forma en que sube y baja su pecho desnudo, todas las numerosas cicatrices y tatuajes que lo decoran.

Mis manos se deslizan sobre sus pectorales, y mis dedos recorren la marca de unión iluminada por la luz de la luna sobre su pecho.

Recuesto mi cabeza sobre su corazón, sobre el vínculo, y dejo que mis manos exploren a mi escabrosamente apuesto compañero.

Luego bajan.

Los ojos de Atlas se cierran. Una fina manta se echa sobre nosotros.

—Haz que me corra —ronroneo mientras meto la mano bajo la manta de forro polar y recorro su cuerpo con la palma.

La mano de Atlas me aprieta la nuca posesivamente. —¿Por qué, nena? —me pregunta en voz baja.

—Porque quiero sentirme viva.

Y mi compañero es el único que puede hacerme sentir eso.

Me tumba boca arriba y nos tapa la cabeza con la manta, de forma que quedamos completamente ocultos. Atlas me besa profundamente mientras mis manos liberan su polla de los pantalones.

Le necesito. Necesito perderme en él.

Atlas se acerca a mi clítoris y su mano tiembla ligeramente. Su boca arde contra la mía.

—¿Estás lista para tomar esta polla, nena?

Gimo mientras sus dedos se hunden en mi humedad. Atlas gime.

Me muerde el labio inferior mientras me penetra profundamente, entrelazando los dedos para marcar el movimiento. Me remojo mientras me arqueo contra él, cabalgando sobre sus dedos. Cada vez que se detiene y hace una pausa agónica, gimo de necesidad.

—Dime que eres mía —ronronea contra mis labios mientras le acaricio la polla.

Sus dedos están dentro de mí, sin moverse, demasiado quietos.

—Soy tuya.

Atlas gruñe mientras saca los dedos. —Prométemelo —gruñe. Aparto las manos de su polla y él deja que su punta se deslice por mi entrada.

¿Me está tomando el pelo?

Lo quiero todo de él. Lo quiero fuerte y rápido. Quiero... Su mano me rodea la garganta, rodeándome. Me aprieta. —He dicho que me lo prometas, nena.

—Te lo prometo —me ahogo, me encanta cómo me trata, me encanta lo duro que es conmigo porque sabe que puedo soportarlo.

Su polla se desliza en mí una pulgada.

—¡Atlas! —Grito.

—Más alto.

—¿Qué?

Se hunde otro centímetro con un gruñido. —He dicho que digas mi nombre más alto. Para que todos sepan a quién perteneces.

Otro centímetro. Sus manos aprietan más fuerte.

Grito. —¡Atlas!

—Eso es. Buena chica —elogia y se desliza a través de mi excitación hasta que está completamente sentado dentro de mí. Atlas se queda mirándome a los ojos mientras me alisa el pelo a ambos lados de la cabeza.

—Te quiero —dice en voz baja, casi reverente.

—Lo sé.

Y entonces mi compañero empieza a moverse dentro de mí.

Me lleva bajo la luna, reclamando mi cuerpo y repitiendo una y otra vez la misma retahíla de palabras.

Te quiero. Eres mía. Di mi nombre, nena.

Horas después, nos tumbamos con un Bash dormido entre nosotros. La arena es incómoda incluso con la manta bajo nosotros, y se despertó poco después de que termináramos de hacer el amor, preguntando por los dos.

Paso las manos por el pelo de mi hijo mientras Atlas y yo nos miramos fijamente a los ojos mientras sale el sol.

Es como si nos esforzáramos por pasar el mayor tiempo posible memorizando los rasgos del otro.

Es como si ambos sintiéramos el tic-tac del reloj invisible.

El tiempo que tenemos juntos se acaba.

Mis manos no dejan de acariciar el pelo plateado que Bash heredó de su padre, pero por fin tengo el valor de decir las palabras que ambos hemos estado evitando.

—Si tengo sangre de dragón, quizá lo mejor para él sea que me vaya —digo en voz baja, evitando la mirada de mi compañero y manteniendo los ojos en nuestro hijo.

El gruñido de Atlas despierta a algunos de los cambiaformas cercanos. Al menos son lo suficientemente sabios como para no mirar hacia aquí.

—Nova —dice con fuerza—, si tienes sangre de dragón, entonces también la tiene nuestro hijo. Cuando estabais luchando, ¿por qué crees que fueron a por Bash cuando no podían llegar a ti? Él también tiene tu sangre.

Trago más allá del nudo en mi garganta. Tiene razón.

Atlas me levanta la barbilla. —Me diste una segunda oportunidad. Te prometo que encontraré la forma de manteneros a salvo a los dos.

Todo lo que puedo hacer es asentir.

Nos estamos quedando sin opciones.

75

—•—

Atlas

He estado buscando por todas partes una manera de arreglar esto, todo esto.

Ahora mismo he dejado a mi familia en estos tiempos peligrosos para buscar entre los restos de la ciudad.

Necesito respuestas. Nova merece respuestas. Y si no consigo esas respuestas, será la ciudad de los cambiaformas la que sufrirá.

Al menos, lo que queda de ella.

Así que mi última esperanza es volver a donde todo empezó. Estoy de vuelta en la antigua casa de mi compañera.

Me resulta sorprendentemente fácil recordar dónde está.

Todo se quemó cuando los dragones vinieron en busca de Nova. O eso creía.

Cavo durante horas, y sólo cuando estoy a punto de rendirme descubro algo. Un trozo de papel. Una carta de la madre de Nova.

Mis ojos se abren de par en par cuando saco la carta ilesa. Es casi como si los Dioses la hubieran preservado en la carnicería.

Miro hacia la noche. Ha pasado un día entero.

No quiero invadir la intimidad de mi compañera, pero necesito saber antes de irme si esto no es más que otro callejón sin salida o si tal vez... sólo tal vez haya encontrado algo que pueda ayudarnos.

La carta es una disculpa gigante. La hojeo y casi me caigo cuando leo la parte más importante.

Me la llevo conmigo a Ciudad Cambiaformas. Siento como si la carta me quemara en el bolsillo. Su contenido es aún más impactante que lo que encontramos en el libro.

He estado fuera demasiado tiempo, y Nova estará preocupada, pero tengo que hacer una parada antes de volver con ella.

—Su madre hizo que una bruja la maldijera y encerrara la parte de la reina que es dragón porque pensó que así estaría a salvo. —Todos los videntes ladean la cabeza a la vez. Aprieto la mandíbula—. Lo que quiero que me digais es cómo desbloquearla.

Uno de ellos empieza a reír primero, y los demás no tardan en hacerse eco. Pronto el aire se llena con el sonido de la inquietante diversión de los videntes.

—Nos preguntábamos cuándo te darías cuenta.

Los fulmino con la mirada. —Le dijisteis a Nova y a su madre que estaba maldita. Pero no lo está. Sólo es parte dragón.

Los videntes sacuden rápidamente la cabeza. —En cierto modo, ¿no están malditos todos los cambiaformas, mi rey? —pregunta uno de ellos—. ¿No es una maldición no poder desbloquear toda una versión de ti que ni siquiera sabías que existía?

Escuchar a los videntes decirlo así me hace sentir mal por Nova. Algo en ello parece casi como... la cárcel. Como si la parte dragón de Nova hubiera estado retenida, enterrada y escondida todo este tiempo.

Todo tiene sentido. Me ha tomado tanto tiempo, pero finalmente lo entiendo. Ya que todos los cambiaformas pueden desbloquear niveles de sus bestias, esto no es diferente.

Levanto las cejas. —Entonces, ¿cómo lo desbloqueo?

Los videntes comienzan a retroceder, hablando mientras lo hacen. Los persigo. No voy a dejar que se vayan sin decirme lo que quiero saber.

Ahora no.

No cuando hay tanto en juego.

No cuando podríamos estar a días, horas o minutos de otro ataque.

—Debes encontrar a la bruja que puso la maldición en su lugar.

Se me escapa un gruñido de impaciencia. ¿Tienen que ser siempre tan crípticos?

—¿Y qué bruja es esa? —suelto.

Mis ojos rojos brillan una vez. Pueden sentir mi poder creciendo a mi alrededor. Desde que solidifiqué mi vínculo de pareja con Nova, siento que mi poder ha crecido de algún modo, imposiblemente. Como si fuera... más fuerte.

Más.

Los videntes se detienen. Entrecierro los ojos ante su silencio.

Por fin hablan.

—Vuelve sobre tus pasos.

Y esta vez, sé exactamente lo que quieren decir. Pero no los dejo ir tan fácilmente. Me muevo más rápido que un rayo, más rápido de lo que cualquier otro cambiaformas puede moverse.

La capa del vidente es más pesada de lo que pensaba, me doy cuenta mientras agarro al vidente que ha hablado por el cuello y tiro de él para acercarlo. —Hay una cosa más que debes hacer por mí, oh sabio.

El vidente simplemente inclina la cabeza.

Cuando hago mi demanda, no doy a los videntes la opción de decir que no.

Y con eso, me despido.

Tengo que darme prisa. Tiempo es algo que no me sobra.

Me transformo para avanzar más rápido. Los volcanes que atravieso son todos diferentes de lo que eran antes.

Ya no duermen.

Están despertando.

Me pregunto cuánto tiempo nos queda antes de que todos exploten y se lleven este mundo con ellos.

Cuando llego al volcán helado, el aire frío y gélido es acogedor después del infierno en que los dragones transformaron el mundo.

Y Yari ya me está esperando, tal y como sospechaba.

Me sonríe. —Sabía que volverías.

76

—•—

Nova

Para cuando el sol ha salido del todo y comienza un nuevo día, hay todo un ejército ante Bash y ante mí. Un número interminable de cambiaformas se extienden. Están en perfecta formación. La mayoría tiene forma de bestia, pero algunos llevan armas.

Armas de obsidiana. De piedra. Cualquier cosa que una criatura que respira fuego no pueda quemar.

Pero no importa cuántos guerreros estemos aquí ni lo que tengamos en nuestro arsenal, porque el padre de mi hijo y mi compañero sigue desaparecido.

¿Y esas figuras dando vueltas sobre nuestras cabezas?

Esos son dragones.

—¿Dónde está papá? —grita Bash, chillando para que se le oiga por encima del estruendoso batir de las alas de todos los dragones.

Es la misma pregunta que me he estado haciendo todo este tiempo.

Lo acuno casi frenéticamente en mis brazos, con el ceño fruncido mientras observo los numerosos rostros que me rodean. Me encuentro con un mar de desconocidos.

—Ya viene, cariño —le digo a mi hijo sin saber si es del todo cierto.

—¿Dónde estás, Atlas? —susurro mientras mis ojos pasan de mirar a los cambiaformas que me rodean a los numerosos dragones que también lo hacen.

Hay tantos. ¿Se han escondido todos en el grupo de volcanes que hay por toda la tierra? ¿Cuántos más aguardan allí?

No sé si este es el grueso de su ejército que viene a nuestro encuentro o si esto es sólo el frente de sus fuerzas. Sólo puedo esperar y rogar a los Dioses para que no vengan más.

Una parte de mí espera que Atlas se cuele entre nuestro ejército, tratando de llegar hasta nosotros a través de los numerosos miembros de la Fuerza armados y listos para la batalla y de los civiles que no tienen más remedio que armarse junto a los guerreros.

Hoy, todo el mundo tiene que luchar. No hay elección, nadie que pueda ser perdonado. Los dragones han venido por nosotros. E incluso uno de ellos nos superaría en número, sólo por su fuerza.

Llegaron cuando todos nos despertamos esta mañana y descubrimos que Atlas había desaparecido. Sonaron las alarmas, pero era demasiado tarde.

No hubo tiempo de sacar a las mujeres y a los niños. Y no había adónde huir desde que quemaron nuestra ciudad.

Curiosamente, esta última batalla, la primera de lo que seguramente será una guerra muy corta, tiene lugar entre los tres volcanes

sagrados, justo en el mismo terreno en el que una vez se construyó Ciudad Cambiaformas.

Ahora sólo quedan escombros y tierra quemada, innumerables tumbas sin nombre. Pero al menos estamos a la sombra familiar y protectora de los tres volcanes gigantes.

Incluso puedo oír la lava hirviendo dentro de ellos.

Aunque estoy bastante segura de que los volcanes ya no están inactivos.

No puedo evitar preguntarme si los Dioses nos enviaron aquí para esto. ¿Era este nuestro gran propósito? ¿Encontrar nuestro fin en el fuego del dragón?

La tensión resbala por el aire que nos rodea. Algunos empiezan a cuchichear sobre el rey. También quieren saber dónde está.

¿Los ha dejado otra vez?

¿Adónde se ha escapado ahora el siempre ausente rey?

¿Por qué nunca puede estar aquí cuando lo necesitan?

Sin tener en cuenta que fue *mi* compañero quien les salvó el culo a todos más de una vez.

Gruño a los cambiaformas que murmuran, algunos que incluso son alfas cuchichean sobre su rey en lugar de centrarse en la batalla que se avecina y reunir a sus hombres para que no nos pillen holgazaneando.

Los dragones bajan en picado. Han permanecido en lo alto, invisibles sobre las nubes todo este tiempo, pero ya no.

¿Van a la orilla del río?

¿Van a lanzar su ataque aunque Bash y yo estemos aquí?

Algo me dice que saben que matamos a uno de los suyos. Y todas las apuestas están fuera, sangre de dragón o no sangre de dragón.

Además, eso aún está por confirmar.

Alguien maldice mientras se agacha, con una daga de plata en la mano.

—¡Vaya un momento para que el rey sea un cobarde! —sisea una voz familiar y molesta.

Bash saca la lengua mientras Serge se desliza hacia delante en su forma de bestia, siseando para sí mismo con fastidio y preocupación.

No puedo culparle. Yo también estoy preocupada. Pero no voy a dejar que mi miedo me haga hablar como él.

No sé a dónde ha ido a parar Atlas, pero no me cabe duda de que, dondequiera que esté, mi compañero está ocupado arriesgándose, solo, para ayudarnos a todos.

Para salvarnos como ya ha hecho antes.

Una ráfaga de fuego dispara a Alfa Serge justo en la cola, y chilla. La formación de su manada se estrecha a su alrededor.

Les muestro los dientes a todos y acuno la cabeza de Bash contra mí. —Di una palabra más contra tu rey y me veré obligada a considerarlo un acto de traición y ejecutarte en el acto —siseo.

Los ojos rasgados de Serge se abren de par en par. Saca la lengua bífida, tan parecida a la de un dragón.

Levanto la barbilla. —Pruébame —le reto.

Luego giro la cabeza hacia los cambiaformas reunidos.

—¡Somos cambiaformas! Somos las amadas creaciones de los Dioses. No nos acobardamos ante la lucha —grito.

Y aunque soy una omega por designación, estoy unida a un alfa. Comparto un vínculo de alma con el rey de los alfas.

Soy capaz de invocar suficiente dominio de mi pareja como para que mi voz se amplifique y todo el mundo pueda oírme.

Y todo el mundo no tiene más remedio que obedecerme.

—Ahora —inspiro y encaro a los dragones que se acercan. Más de ellos han comenzado el descenso. Dioses, hay más de una docena, más de dos docenas, cayendo del cielo como estrellas.

Y están llegando ahora mismo.

Ese mismo olor a miedo, ese olor ácido que revuelve el estómago, llena cada grieta de este mundo. Contamina el aire, dificultando la respiración.

Mi corazón late rápidamente en mi pecho mientras cuadro los hombros y todas las cabezas se apartan de mí. Incluso Serge.

El ejército mira hacia delante, hacia la batalla que se avecina.

Y me temo que acabo de llevarlos a todos a la muerte.

—¡Conmigo! —Rujo tan fuerte como puedo con la suficiente potencia incrustada como para que todos puedan oírme. Todos los cambiaformas rugen sus gritos de guerra.

Los dragones rugen en respuesta.

Y entonces envían su fuego contra nosotros. Los rugidos se disuelven suavemente en gritos de terror y miedo.

Le doy a mi hijo un último beso. Nadie puede sobrevivir a todo ese fuego que se dirige hacia nosotros.

Todo nuestro ejército se reducirá a cenizas en cuestión de segundos.

—Te quiero, hijo —respiro, el mundo se ralentiza.

Todos los mejores momentos pasan ante mis ojos.

Conociendo a Atlas. La primera vez que me besó. La primera vez que hicimos el amor.

Conocer a Aylin, mi primera amiga. El nacimiento de mi hijo. Noches interminables cotilleando con las historias de Savvy.

Atlas sobre una rodilla.

—Yo también te quiero, mamá —solloza Bash.

Cierro los ojos y aprieto nuestras frentes para un último contacto.

El fuego está a punto de alcanzarnos.

Pero no es así. Hay un poco de calor, pero no hay dolor, ni llamas, ni falta de oxígeno.

Me atrevo a abrir un ojo. Y encontrarme cara a cara con la visión más hermosa que jamás he visto.

Todas las llamas de los dragones chocan contra una barrera invisible.

Cuando su fuego la alcanza, veo que la barrera se extiende a nuestro alrededor en forma de diamante, uniéndose alrededor de los tres volcanes sagrados y abarcando toda la tierra que hay entre ellos.

Los dragones chillan y se detienen ante él. La golpean con los cuernos, pero no consiguen atravesarla.

Los cambiaformas empiezan a abrir lentamente los ojos y a jadear.

—¿Qué dem...?

77

—•—

Nova

—He hecho que los videntes levantaran esta barrera —dice una voz profunda detrás de mí.

Giro tan rápido que me inclino peligrosamente hacia un lado, casi cayéndome con Bash en brazos.

Y ahí está. El hombre más hermoso que he visto. Y la última persona que esperaba ver.

Atlas está ante mí y al principio pienso que no puede ser real. Balbuceo, sin palabras. —Estás aquí. —Suspiro aliviada.

Aprieto los ojos mientras el mundo gira. *Gracias a los dioses*, pienso.

—¡Papi! —Bash chilla, contoneándose en mis brazos.

Corro hacia Atlas y Bash salta de mis brazos a los suyos. Miro fijamente a Atlas como si no pudiera ser real.

Como si fuera un espejismo.

Detrás de él, los videntes forman una columna e inclinan la cabeza. Sus túnicas están chamuscadas y carbonizadas con hollín negro.

—Los tres volcanes sagrados actúan como guardianes —me dice Atlas, con el ceño fruncido seriamente—. ¿Te acuerdas?

Intenta sonreír como para tranquilizarnos, pero su expresión se va tornando sombría a medida que los dragones rodean la barrera.

Mientras nos encierran.

Todos murmuran mientras todo el ejército se apiña, lo más lejos posible de la barrera.

Y los dientes afilados y brillantes que les esperan al otro lado.

Paso la mirada de los videntes a Atlas, a Bash, que ha enterrado la cabeza en el hombro de su padre y rodea el cuello de mi compañero con un abrazo de hierro. Quizá cuando hace eso siente que el mundo desaparece a su alrededor.

Ojalá pudiera hacer lo mismo ahora mismo.

—¿Ahí es donde fuiste? —pregunto, manteniendo la voz baja para que el resto de los cambiaformas no se den cuenta de que no he tenido ni idea en todo este tiempo de dónde estaba mi compañero.

Me pregunto si algo podrá compensar alguna vez esa sensación que tuve cuando me desperté y Atlas se había ido. La forma en que mi corazón se desplomó y me sentí tan mal que estuve a punto de vomitar, pensando que podría haberle pasado algo.

Los ojos de Atlas se oscurecen. *Lo siento,* me dice. Luego gruñe en voz alta: —No. —Se aparta y deja al descubierto a la bruja que tiene detrás.

¿O debería decir mago?

Me quedo embobada. Vale, me retracto. *Esta* es la última persona que esperaba ver.

—¿Yari? —pregunto incrédula—. ¿Qué haces aquí? —Les lanzo a él y a Atlas una mirada preocupada y dubitativa.

Algunos dragones empiezan a probar la barrera invisible con sus cuernos, lanzando pequeños chorros de fuego para ver si pueden atravesarla.

Me pregunto si aguantará. Me pregunto qué haremos si no lo hace.

Atlas se acerca a mí. Hay tantos ojos puestos en nosotros, tantos que nos buscan para pedirnos instrucciones. ¿Por qué parece que sea un ciego guiando a otro ciego? Nunca me he sentido tan insegura en una situación.

No conozco la salida.

Y al mismo tiempo, muchos cambiaformas se tragan sus palabras tras llamar a Atlas rey ausente. Los labios de mi compañero están en mi oído mientras sostiene a nuestro hijo en sus brazos.

—Ya oíste lo que dijo el dragón cambiaformas que capturamos —susurra con voz apresurada e insistente. Escucho atentamente, sabiendo que lo que tenga que decir, ahora más que nunca, debe ser importante—. Tienes *la sangre*. ¿Nunca te has preguntado por qué no has podido desbloquear a ninguna otra loba?

Me mira fijamente.

Parpadeo, porque sin duda me lo *he* preguntado. Me encojo de hombros y miro de reojo al ejército que nos acorrala para evitar a los dragones. Intento no fijarme demasiado en la carnicería que cubre este lugar. —Supongo que siempre pensé que era demasiado débil —admito en voz baja.

Atlas sacude la cabeza una vez, con la mandíbula crispada por la frustración. Sus ojos también miran a su alrededor y sus fosas nasales se agitan ante el repugnante e incorrecto olor que tiñe el aire del campo de exterminio. —No, es porque el nivel de tu loba no es una loba —dice, haciendo una pausa dramática. Me mira a los ojos—. Es una bestia mucho mayor.

Sus ojos rebotan de los enemigos que nos rodean a mi cara.

Cuando miro al mago, Yari se limita a sonreír, todo dientes.

—Un dragón —dice Atlas—. Tu otra bestia es un dragón.

Respiro hondo.

Los dragones que nos rodean se quedan quietos de repente.

—Deprisa, no tenemos tiempo —replica Yari, con la sonrisa perdida.

Las alas de los dragones se levantan al mismo tiempo, creando una estructura en forma de cortina alrededor de los tres volcanes.

Y aislándonos del resto del mundo.

Unas inhalaciones agudas recorren nuestro ejército. No podemos ver nada alrededor ni a través de las delgadas membranas escamosas de sus alas multicolores.

Intercambio una mirada con mi compañero.

Atlas asiente. No estoy segura de lo que significa, pero creo que puedo adivinarlo. Es un estímulo sin palabras.

Y... su permiso.

Déjalo ir, susurra en mi mente, mientras me acaricia la mejilla con el dedo. Cierro los ojos y me dejo tocar por él, incluso en medio del caos. *Olvídalo todo.*

Es una idea.

Toda la contención. Todas las dudas. Todo el arrepentimiento.

Déjalo ir.

Si lo hago, murmuro temblorosa*, ¿seguirás aquí?*

Atlas ríe suavemente. Abro los ojos. Sólo él podía reír en un momento así. *Mi pequeña llama, seguiré aquí cuando el resto del mundo desaparezca. Seguiré aquí cuando ya no estemos aquí, sino en el más allá. Siempre estaré aquí. Por ti. Ni siquiera los Dioses podrían arrebatarme de tu lado.*

Cierro los ojos, las lágrimas ruedan por mis mejillas mientras hago todo lo posible por grabar sus palabras en mi memoria, tatuándomelas en el alma por si acaso son las últimas que me dice.

Esto es una mala idea, le digo por el vínculo.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios. *¿Qué es lo que siempre decía tu madre? Malas ideas...*

No puedo evitar devolverle la sonrisa, incluso a pesar de nuestra precaria situación actual. *Hacen buenas historias*, termino para él.

Entonces me vuelvo hacia Yari. Si liberar a mi bestia y convertirme en un monstruo es lo que salvará a mi familia y a mi pueblo, entonces eso es lo que haré.

—Hazlo —le ordeno a Yari—. Quítame la maldición.

78

—•—

Nova

—¿Qué idioma usaron los videntes para volver a activar las barreras? —pregunto, escuchando las palabras que susurran los dragones.

Sus alas siguen unidas mientras se levantan sobre sus dos patas traseras, con los cuernos arqueados hacia el cielo.

Cada uno de ellos es enorme. Cada uno de ellos es un arma que escupe fuego.

Y estamos rodeados de ellos.

—La lengua antigua —responde Atlas tenso.

Me ha estado observando como un halcón.

Quería pasar más tiempo con Bash en mis brazos, así que me lo llevé aunque ahora está dormido. No sé cómo alguien puede dormir así, pero me alegro de que esté bien.

Incluso algo tan sencillo como el olor de mi hijo me calma los nervios, o incluso sentir el latido uniforme y constante de su corazón

en el pecho mientras duerme.

Me pongo el pelo detrás de la oreja y me inclino para escuchar con más atención. Mi oído de cambiaformas me ayuda a espiar, pero los dragones tampoco se callan lo que dicen.

Quieren que el mundo se entere.

—¡Están cantando en la lengua antigua! —grito justo cuando sucede.

Las barreras se encienden una vez, parpadean un poco y luego se apagan.

Ya está. Es la hora.

Están desactivadas. Eso es lo que los dragones estaban haciendo todo este tiempo.

Y nos hemos dado cuenta demasiado tarde.

Pero, ¿a quién quieren dejar entrar?

Los videntes comienzan inmediatamente a entonar cánticos en respuesta, intentando y fracasando en su intento de remontarlos.

Al parecer, no es tan fácil.

Ninguno de los dragones se ha movido, ni siquiera un centímetro. Todos nos observan con el humo saliendo de sus fosas nasales, sus alas unidas a nuestro alrededor en una barrera impenetrable.

El humo que desprenden hace que el aire se vuelva brumoso.

Los tres volcanes sagrados se agitan y traquetean, la lava escupe de vez en cuando por su cima y se desliza por las laderas.

En cualquier momento, explotarán.

Atlas me quita a nuestro hijo. Esta vez, en lugar de que el ejército esté frente a mí, todos los cambiaformas se colocan detrás de mí, como si yo fuera la última barrera que se interpone entre ellos y una muerte segura.

Supongo que a vista de pájaro parecería gracioso, todos esos cambiaformas detrás de una pequeña hembra.

Pero sólo soy pequeña en esta versión.

Miro a Atlas y a Bash por última vez mientras doy un paso adelante.

Las orejas de todos los dragones se aguzan hacia mí, sus ojos se clavan en mi pequeña figura. Me siento aún más pequeña ante su presencia.

Y entonces es cuando me transformo. Pero no en loba.

En la nueva bestia que acabo de desbloquear. Cuando termina la transformación, mi nueva bestia despliega sus alas de ónice, estira el cuello y lanza fuego al cielo.

Un dragón. Mi otra bestia es un dragón.

Ahora todo tiene sentido. Por qué ese viejo profesor me llamó chucho. Por qué nunca desbloqueé a ninguna otra bestia. Por qué los dragones han estado tras de mí.

Es porque soy uno de ellos.

Las cabezas de los otros dragones se inclinan ante la presencia de mi nueva bestia. Supongo que incluso en esta forma, soy una reina.

Se inclinan ante mí.

Salto al cielo, incómoda en este nuevo cuerpo. Pero ahora lo sé. Ahora sé por qué mi madre me hizo prometerle que le contaría qué se siente al volar por el cielo.

Ella lo sabía. Todo el tiempo lo supo. Lo sabía cómo sólo una madre puede saberlo.

Los dragones bajo tierra no atacan, no levantan el cuello.

Ni siquiera se atreven a hacer movimientos bruscos.

Comienzan a emitir sonidos extraños y agudos. Incluso sus olores cambian.

Me acerco en círculos, por encima de los cambiaformas, planeando casi como una advertencia. Los cuernos de mi dragón son tan negros que son más oscuros que la noche interminable. Son largos y letales, y me encantan. Parecen lo bastante afilados como para ensartar algo con ellos.

El viento me sujeta como si yo fuera su propia carga. Por primera vez, no siento que me pase nada. Me siento libre.

Mi ejército aplaude. Todos los cambiaformas me han visto tomar esta forma. No tienen miedo. Saben que estoy de su lado y que los defenderé con mi vida.

Ahora tienen un dragón y una reina para luchar con ellos. Me aclaman y me saludan mientras sobrevuelo sus cabezas, con Atlas y Bash en el centro de todo.

Pero no estoy sola en el cielo. Se acerca una figura enorme.

Los dragones que aún rodean a nuestro ejército empiezan a decir una palabra una y otra vez. Lo entiendo inmediatamente.

Todos dicen: —Alfa.

Una y otra vez.

—Alfa.

Como el alfa de los cambiaformas dragón.

79

—•—

Nova

Aterrizo en el centro de los tres volcanes, levantando polvo y Dios sabe qué más.

Atlas, Bash y todo el mundo huyeron todo lo que pudieron para dejarme espacio, pero con la cortina de alas que nos rodea, no estoy segura de cuánto espacio hay para dejarme.

Mi compañero corre hacia mi dragón, con nuestro hijo en la mano. Aunque soy nueva en esto, me sale natural meter las alas en los costados.

Entonces, se oye un fuerte estruendo al otro lado de los dragones.

Me giro hacia él para ver qué pasa.

Finalmente, las alas de los dragones se abren a la vez en perfecta sincronía.

Al otro lado, frente a mí, hay un dragón. Es más grande que cualquiera de los otros dragones. Un dragón rojo, con ojos rojos a juego.

Un alfa.

Sus cuernos se abren ante él en un arco letal, el hueso negro y los extremos afilados y puntiagudos.

Atlas me advierte a través nuestro vínculo. *Ten cuidado.*

Resoplo. *¿Cuidado*?, replico. *¿Después de lo que hicieron?*

No es el momento de tener cuidado. Es el momento de luchar.

Mi dragón echa humo en la cara del dragón mucho más grande. Se eleva sobre mí, su cuello largo y estirado nos supera a todos.

El dragón carmesí olisquea la cara de mi dragón. Se acerca tanto que le doy un mordisco y mis dientes se clavan en sus escamas.

El dragón rojo gruñe ante la brecha.

Todos los demás dragones tienen las alas recogidas y la cabeza y los ojos inclinados en señal de sumisión.

O le tienen el máximo respeto o... deben tenerle miedo.

Agito mis alas y las golpeo contra él. Esa bola de fuego se acumula en la base de mi garganta. Lo dejaré ir todo. Toda una vida de llamas, aquí y ahora, aunque sólo sea para proteger a los míos.

Todos los que me importan se acobardan a la sombra de mi dragón. Soy lo único que se interpone entre mi familia y el dragón alfa.

Atlas no tiene más remedio que retroceder, llevándose a nuestro hijo con él.

Y entonces, tras un último gruñido de desafío, salgo disparada hacia el cielo. El dragón rojo me sigue, como yo quiero. El humo se acumula bajo nosotros y me impide ver.

Ya no puedo ver a los que amo abajo.

Volar parece una locura. No es la primera vez que recuerdo las palabras de mi madre. Quería que le contara cómo era esto. Ojalá pudiera.

Intento subir más alto hacia las infinitas profundidades de los cielos, pero el dragón rojo me corta el paso. Entonces quedamos los dos flotando en el aire, suspendidos el uno ante el otro. Ingrávidos y en el aire, nos enfrentamos.

Una antigua voz masculina resuena desde el dragón rojo. Tan cerca, puedo olerlo. Su olor me resulta familiar

—He venido a buscarte muchas veces, ¿sabes? —dice. Su gran mandíbula se abre y se cierra como si estuviera probando algo—. Te *percibí*.

El viento agita las arrugas de su cuello. Mis alas baten el aire para mantenerse en el aire mientras un silencio aturdidor pasa entre nosotros.

Eso es lo que dijo el cambiaformas. Que me habían sentido. Pienso en todos los ataques que hicieron los dragones. Cómo ocurrieron después de que llegué a la edad madura.

—¿Por qué? —grito para que me oiga por encima de los rugientes vientos a esta altura, por encima del mundo—. ¿Quién eres? —La altitud amenaza con aplastarme los tímpanos, pero tengo que saberlo.

El dragón se estremece como si le hubiera golpeado. Entonces su enorme cabeza se inclina hacia un lado, inquisitivamente. —Soy Novar. —Hay una larga pausa—. Soy tu padre.

Y así, la última pieza del rompecabezas encaja en su sitio.

Cuando miro al dragón rojo, es bajo una nueva luz. Padre.

Este es el hombre que me engendró. No puedo creerlo.

Después de haber sido huérfana de padre toda mi vida, después de ser una don nadie nacida bastarda desde que tengo uso de razón, éste es mi padre. Este es el hombre con el que mi madre estaba tan fascinada que le fue infiel a mi padrastro, un hombre al que, por lo que dicen, mi madre amó una vez con todo su corazón.

Entonces, puede que sea cierto lo que dicen de que los dragones son especialmente seductores. No me extraña que todos los alfas se hayan interesado tanto por mí.

Es todo lo que puedo hacer para batir las alas y mantenerme en el aire. Me sorprende su revelación, soy incapaz de hablar en medio de un silencio asfixiante.

El dragón carmesí, un alfa entre los suyos, inclina la cabeza hacia mí.

Las palabras empiezan a brotar de él. Tal vez aquí, por encima de la espera, los ejércitos en pausa a continuación, siente que puede hablar libremente.

Quizá aquí estemos por encima de cosas como la vergüenza y el arrepentimiento.

—Pero entonces tu olor desapareció —suelta Novar—. Y al principio no sabía que habías pasado a la clandestinidad. Pensé... —Casi se le atragantan las palabras y siento que el corazón me pesa en ese momento—. Ir bajo tierra enmascara el olor de los dragones y nos debilita. Pensábamos que los cambiaformas te habían matado, que el *rey* te había matado igual que había matado a su único hermano.

Las palabras son como un golpe seco. Golpean mi corazón y lo agrietan aún más. Atlas no merece tal reputación.

Mi dragón le enseña los dientes al dragón alfa carmesí en respuesta a ese pequeño comentario.

De nuevo, inclina la cabeza. El mundo está quieto y en silencio. No se libra ninguna batalla.

Todavía no.

Todo se ha detenido, toda la guerra y el odio. Pero, ¿puedo detenerlo del todo?

¿Soy lo bastante fuerte para eso?

Observo atentamente a mi añorado padre mientras niega con la cabeza. —No le creí —dice distante, medio para sí mismo.

—No creía que olieran *mi* sangre entre los cambiaformas —murmura Novar, mirando hacia abajo como si pudiera ver a través de la película de nubes.

Recuerdo entonces al dragón verde que una vez intentó detener aquel ataque hace ya tanto tiempo. Debió oler mi sangre y alertó a sus camaradas. Fue a avisar a mi padre de que los cambiaformas me tenían, y mi padre no le creyó.

Todo esto podría haberse evitado si los dragones hubieran intentado comunicarse en lugar de entrar a tiros.

El vapor sale de mis fosas nasales. Siento el fuego dentro de mí, una reserva sin explotar esperando a que la utilice.

El hocico de mi padre se crispa. —Dije que era imposible. Realmente pensé que estabas muerta...

—Pues no lo estoy —suelto, mi mal genio me gana.

No me importa si es mi padre. Puede que no quiera la guerra, pero hay cosas que no se perdonan tan fácilmente.

Agacha la cabeza. —Y ordené el ataque de todos modos —dice, con la voz llena de arrepentimiento. Pero el arrepentimiento no traerá de vuelta a toda esa gente—. Me siento tan mal por ello.

Miro al enorme dragón alfa, que sé en mis huesos que es mi padre de carne y hueso, y luego vuelvo a mirar al ejército de cambiaformas.

Mi familia. Todos ellos.

A esta altura, todos parecen hormigas. Tan pequeños y vulnerables. Y todos dependen de mí.

Estamos casi al nivel de la cima de los volcanes. Se estremecen violentamente, a punto de estallar.

No estarás completa a menos que ellos regresen.

Eso era lo que decían los videntes, lo que decía la parte oculta de la profecía.

Los dragones metieron la pata; eso no se puede discutir. Pero yo también, cuando no podía controlar mis emociones y quemaba sin querer a cualquiera que me cabreara o me provocara alguna emoción.

Si hay gracia y redención para mí, ¿por qué no para ellos? Además...

Si no detenemos esta batalla, si no hacemos que los dragones vuelvan a ser cambiaformas, las plagas en las designaciones seguirán empeorando.

Los volcanes entrarán en erupción y arrojarán al mundo entero bajo un océano de lava y llamas al que ni siquiera los dragones podrían sobrevivir.

Vuelo más cerca de mi padre.

—¿Quieres compensarme? —pregunto, todavía bastante insegura de mí misma.

¿Realmente puedo detener esto? Durante mucho tiempo he dudado de mí misma, pero ya no hay tiempo para la duda.

Los ojos de mi padre parpadean cuando suelta a su bestia. Se transforma, pero no se cae. El aire lo sostiene, a la altura del nuevo dragón que he desbloqueado.

—Cualquier cosa por ti, Nova —dice suavemente el hombre de pelo oscuro y familiar con lágrimas en sus ojos rojos de alfa.

Y la única razón por la que me resulta familiar es por los rasgos que ambos compartimos. Los rasgos que obtuve de él.

Su rostro me resulta familiar porque es muy parecido al que me devuelve la mirada a través de mi reflejo.

Vuelve a caer al suelo y mi dragón aterriza en picado a su lado.

—¡Nova! —Atlas me llama, con alarma en sus ojos. Inmediatamente corre hacia mí. Mi dragón se acurruca en la palma de su mano.

Todos los dragones avanzan hasta que mi padre levanta una mano vacilante.

Todos los cambiaformas se alejan de él y se esconden detrás de su rey. Atlas deja que Bash trepe por mi espalda mientras mira a mi padre.

Esa es mi chica, me susurra mi compañero.

¿Malas ideas?, pregunto, bajando un hombro para que Bash lo tenga más fácil.

Buenas historias, Atlas termina mente a mente.

Casi me hace sentir como si mamá viviera con nosotros a través de su cita que se mantiene viva. Cuanto más la decimos, más prevalece su recuerdo.

Y todos a nuestro alrededor parecen contener la respiración mientras los dos alfas se acercan el uno al otro, encontrándose en el centro, en el punto muerto entre los tres volcanes sagrados, con sus ejércitos rodeándolos.

El humo se filtra inquietantemente por las fosas nasales de los dragones, con la boca abierta y preparada para cualquier cosa. Los cambiaformas se ponen en pie.

Mi padre es un hombre alto, pero no tanto como Atlas. Bash observa con gran interés cómo todo se desarrolla ante sus ojos.

En lugar de una guerra, mi hijo ve cómo se escribe la historia.

Atlas no muestra miedo y tiende la mano a mi padre.

Mi padre estrecha la mano de mi rey y compañero entre las suyas.

—¿Paz? —pregunta Atlas.

Es sólo una palabra, pero está cargada con el futuro de toda una generación, de todo un mundo.

El dragón alfa asiente una vez. —Paz.

Se oyen murmullos. Al principio, nadie cree que sea real. Hasta que mi dragón levanta la cabeza al cielo y grita nuestra victoria a los Dioses.

Para que puedan mirarnos y sonreírnos, sabiendo que cumplimos el propósito para el que nos enviaron aquí. Devolverles los dragones.

Mientras los rugidos de triunfo llenan el aire, la luna llena nos sonríe desde lo alto. Los volcanes dejan de temblar, se duermen para

volver a permanecer inactivos.

Se oyen aullidos y chillidos mientras todo el mundo lo celebra. Hay una luminosidad que proviene desde arriba, y parece como si los Dioses nos concedieran su favor, derramándolo sobre nosotros desde sus asientos celestiales.

La profecía se ha cumplido. Hemos completado nuestro propósito y hemos traído de vuelta a los dragones.

Y Ciudad Cambiaformas por fin está completa.

—·—

Epílogo

Nova

Una noche, Aylin me entrega una caja de parte de Atlas.

Es grande y rectangular, y dentro hay una pequeña tarjeta morada. —¿Qué es esto? —pregunto.

Bash y Atlas, incluso Aylin, han estado extrañamente ausentes durante mucho tiempo. Para Atlas, es raro que incluso se haya ido de mi lado.

Hemos sido incapaces de quitarnos las manos de encima. No pasa un día sin que encuentre una excusa para que estemos desnudos el uno sobre el otro, con sus manos en mi cuerpo y su polla dentro de mí.

Incluso mi padre, que ha estado tan ansioso por pasar tiempo con nosotros, ha estado desaparecido toda la mañana, lo cual es extraño ya que ha estado pasando todo el tiempo que ha podido con su nieto y conmigo. Recuperando el tiempo perdido, como una vez tuvo que hacer Atlas con nuestro hijo.

Ahora han salido las lunas llenas y aún no hay rastro de nadie.

Sólo han pasado unos días desde que todo se vino abajo, y no hemos tenido tiempo de reconstruir nada. La verdad es que no. Así que he estado sola en la tienda que comparto con Bash y Atlas todo el día.

Me pregunto dónde está todo el mundo.

—Ábrelo —dice Aylin.

Frunzo el ceño y le sonrío al mismo tiempo. Ella pone los ojos en blanco.

—Tú también llevas un vestido muy elegante —comento con indiferencia.

Está preciosa, como siempre.

Ahora que las cosas se han calmado y hemos cumplido el propósito que nos encomendaron los Dioses, todos estamos a la espera de recibir noticias de los seres supremos que nos crearon. Los videntes dicen que nos dirán qué hacer a continuación.

Ya sea para reconstruir la Ciudad Cambiaformas o para otra cosa, lo haremos como un pueblo unido. Todos los cambiaformas. Juntos.

Incluidos los dragones.

—El tuyo es mucho mejor —susurra Aylin, llevándose una mano a la boca en tono de conspiración.

Mis manos se aceleran cuando sus palabras despiertan mi curiosidad.

Cuando finalmente consigo abrir la caja, hay una pequeña tarjeta encima de algo envuelto en papel.

Dice, con la distinguible letra de Atlas: *Ponte esto en nuestra cita de esta noche. Estate lista en una hora.*

Todo esto me da una vertiginosa sensación de alegría. —¿Me ayudas a prepararme? —le pregunto a Aylin. Ella asiente, sonriéndome.

Cuando estoy lista, casi ha pasado la hora. Aylin se seca una lágrima mientras me mira con el vestido puesto.

—Estás muy guapa —resopla.

—No te pongas sentimental conmigo ahora —bromeo, luchando contra mis propias lágrimas.

El corte del vestido es perfecto, pero es el color del vestido lo que me llama la atención. Sé lo que significa. Y puedo adivinar lo que Atlas y yo haremos en nuestra cita.

Cuando Aylin me conduce al centro de los tres volcanes sagrados, lo hace con una mano tapándome los ojos. Me quita la mano y la vista que tengo ante mí me deja sin aliento.

Todo el mundo está aquí. Y me refiero a todo el mundo.

Pero los únicos que me importan son Atlas y Bash, de pie juntos con trajes a juego junto a la vidente.

Hacen juego con mi vestido plateado. Esta es una ceremonia de emparejamiento.

Atlas se atraganta cuando sus ojos se clavan en los míos.

—Estás... —respira, sin palabras—. Estás…

—¡Mamá, qué guapa estás! —chilla mi hijo, corriendo por el espacio que nos separa y abordándome.

Toda la multitud se ríe mientras me arrastra hasta su padre en el altar improvisado.

Me doy la vuelta para mirar a mi pareja y al amor de mi vida. Hay tanta adoración y amor en sus ojos que casi me hace caer de rodillas.

—Lo que él dijo —susurra Atlas.

Sonrío tanto que me duele la cara.

Atlas asiente a la vidente, palmeando a nuestro hijo en la espalda mientras se aferra a nosotros dos, uniéndonos en otro lazo irrompible además del de la luz de la luna que estará entre nosotros permanentemente y para siempre.

El vidente comienza a recitar las palabras sagradas.

—¿Así que esta es tu idea de una cita? —le susurro, haciéndome eco de sus palabras de antes.

—No está mal, ¿eh? —Guiña un ojo—. Mucho mejor que la caza de brujas.

Se me escapa una carcajada.

Atlas me mira reír como si fuera algo milagroso. Me agarra desesperadamente y aplasta sus labios contra mí. La vidente sisea y lo abofetea mientras mi compañero me besa con todas sus ganas.

—¡Todavía no! —replica la vidente.

Suenan más carcajadas mientras Atlas se separa de mí para fulminarla con la mirada. La vidente resopla indignada y vuelve a empezar.

Creo que nunca he sido tan feliz. Todos están aquí. El aquelarre que me acogió cuando no tenía a nadie. Todos los alfas. Los dragones. Las brujas que finalmente pueden salir de su escondite. Mi mejor amiga...

Pero, ¿dónde está Aylin?

Cuando miro a la multitud, la veo cerca de la primera fila.

Justo cuando me sonríe cálidamente, algo brilla en el aire a su alrededor.

Y entonces, ante mis ojos, mi mejor amiga desaparece en el aire.

Es como si los mismísimos Dioses se la hubieran llevado.

FIN

PULSE AQUÍ

para suscribirte a mi boletín y recibir actualizaciones EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, avances secretos y nuevos lanzamientos.